SUSAN SONTAG

Declaración

Cuentos reunidos

LITERATURA RANDOM HOUSE

Declaración

Cuentos reunidos

SUSAN SONTAG

Edición de Benjamin Taylor

Edición española de Aurelio Major

PRÓLOGO

a la edición inglesa

Susan Sontag fue una escritora de cuentos esporádica, más que empedernida, y recurrió al género en la medida en que surgían determinadas necesidades expresivas que de otro modo no podían satisfacerse. En cada uno de las obras aquí incluidas se libra una batalla campal por la sabiduría: a un golpe experiencial le sigue una declaración. Semejantes confesiones no eran cómodas para Sontag. Al leerlas —sobre todo las más personales—, se descubre el motivo. Antón Chéjov, el mayor cuentista, se refirió a su «autobiografifobia», un padecimiento con el que Sontag se identificaba plenamente. En relatos maestros como «Proyecto para un viaje a China», «Declaración», «Viaje sin guía» y otras, burla esa reticencia natural. El peso de la dificultad que dichos cuentos desplazan —la muerte de un padre; el suicidio de una amiga; la amenaza de una enfermedad mortal—, los aleja de su producción ensayística, mucho más extensa y frecuente. Si esta última siempre será más célebre, los cuentos son adonde debemos dirigirnos para conocer a Sontag más íntimamente. En una ocasión confesó a un entrevistador que si bien la sala de estar era perfecta para los ensayos, era preciso que los cuentos se escribieran en el dormitorio. La distinción entre un santuario externo y otro interno parece entonces la manera idónea de acercarse al contenido de este volumen. Los cuentos son su obra más recóndita.

Algunos críticos han señalado que sus cuentos bien podrían llamarse ensayos personales. Pero ello es no entenderlos. Sontag consideraba que los ensayos eran una palestra para llegar a comprender lo que pensaba, para decidirse. Sus cuentos emanan, por el contrario, de la necesidad de permanecer en suspenso, de aferrarse a las contradicciones, aunque también de lograr que dicha perplejidad rinda frutos. «Consentiría gustosamente en permanecer callada —escribe en "Proyecto para un viaje a China"—. Pero entonces, ¡ay!, es difícil saber algo. Para renunciar a la literatura debería estar realmente segura de que podría saber. Certidumbre que demostraría groseramente mi ignorancia.» La voz, a veces gnómica, como en «Baby» o «Espíritus norteamericanos», a veces plañidera, como en «Viaje sin guía», «La manera en que vivimos ahora» y en «Proyecto», siempre es concisa, vigorizante, destilada. «Yo, Sísifo —escribe en "Declaración"—. Me aferro a mi roca, sin necesidad de que me encadenéis. ¡Quietos! La hago rodar hacia arriba… arriba, arriba. Y… allá vamos. Sabía que sucedería esto. Mirad, estoy nuevamente en pie. Mirad, empiezo a hacerla rodar

nuevamente hacia arriba. No intentéis disuadirme. Nada, nada podría arrancarme de esta roca.» Por su mayor anhelo de incertidumbre de lo que permitía el ensayo, Sontag recurrió de cuando en cuando a un género en el que solo se necesita perseverar, en el que nada se decide: el cuento, infinitamente flexible, siempre dispuesto.

Los relatos de este libro proceden de *Partisan Review*, *Harper's Bazaar*, *American Review*, *Playboy* y *The New Yorker*, entre otras publicaciones, y se recogen aquí por primera vez. Intuyo que una nueva generación de lectores —menos preocupados por este género que sus mayores—, descubrirá que estos cuentos son absolutamente contemporáneos. Resulta que Sontag, como siempre, iba por delante de la gente.

BENJAMIN TAYLOR, 2017

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La primera recopilación de los cuentos de Susan Sontag, publicada con el título de *I, etcetera* por Farrar Straus & Giroux en 1978, sirvió de base a la reciente edición que, con el título de *Debriefing*, Benjamin Taylor reordenó y amplió con tres relatos adicionales en 2017 para la misma editorial.

Aquel primer volumen, en traducción española de Eduardo Goligorsky y múltiples veces reimpresa, se publicó originalmente en Seix Barral en 1983 y posteriormente en DeBolsillo en 2008. Los relatos que la integraban son los siguientes (se indica entre paréntesis el título de la revista o libro que los divulgó inicialmente, seguido de la referencia en español, si la hay), en este orden: «Project For a Trip to China» (*The Atlantic*, 1973), «Debriefing» (*American Review*, 1973), «American Spirits» (*Partisan Review*, 1965), «The Dummy» (*Harper's Bazaar*, 1963; *Revista de Occidente*, 1967), «Old Complaints Revisisted» (*American Review*, 1974), «Baby» (*Playboy*, 1974), «Doctor Jekyll» (*Partisan Review*, 1974), «Unguided Tour» (*The New Yorker*, 1977).

Los relatos que Benjamin Taylor añadió a la referida edición de 2017 son «Pilgrimage» (*The New Yorker*, 1987; *El País Semanal*, 1988, en traducción de C. Scavino), «The Letter Scene» (*The New Yorker*, 1986; *Letra Internacional*, 1987, en traducción de Miguel Martínez Lage) y «The Way We Live Now» (*The New Yorker*, 1986; *La Nación*, 1987, de mano de Eduardo Paz Leston).

La presente edición española se amplía de nuevo con cuatro relatos no recogidos en libro —a excepción del tercero que se indica— en ningún idioma. Se ha optado por reproducirlos al final, en orden cronológico de publicación y a manera de coda, a fin de no desvirtuar el orden y propósito que Taylor imprime a su propia selección. Se trata de «Description (Of a Description)» (*Antaeus*, 1984; *Vuelta*, 1984, en traducción de Margarita de Orellana), «The Very Comical Lament of Pyramus and Thisbe (An Interlude)» (*Die Endlichkeit der Freiheit Berlin*, 1990; *Cuestión de énfasis*, 2007, a cargo de Aurelio Major), «A Parsifal» (*Robert Wilson's Vision*, 1991; inédito, en traducción de Carlos Mayor) y «The View From the Ark» (*Violent Legacies: Three Cantos*, 1992; *Granta en español*, 2004, en versión de Aurelio Major).

Todas las traducciones han sido revisadas por quien firma estas líneas.

AURELIO MAJOR

DECLARACIÓN

CUENTOS REUNIDOS

PEREGRINACIÓN

Todo lo que rodea mi encuentro con él está teñido por la vergüenza.

Diciembre de 1947. Yo tenía catorce años, y estaba imbuida de vehementes admiraciones e impaciencias por una realidad a la cual viajaría una vez quedara libre de esa larga sentencia en prisión: mi niñez.

Final casi a la vista. Ya en mi penúltimo año, terminaría mis estudios de bachillerato a los quince años. Y entonces, y entonces… todo se abriría. Mientras tanto, esperaba, cumplía mi condena (¡aún tenía catorce años!), recientemente trasladada desde el desierto del sur de Arizona a la costa sur de California. Otro nuevo escenario con flamantes posibilidades de huida; me alegraba de ello. El segundo matrimonio de mi itinerante madre viuda con un as de la aviación de la Fuerza Aérea, bien parecido, con dos condecoraciones y dos metrallazos, que había sido enviado al curativo desierto para completar la hospitalización de un año (había sido derribado cinco días después del día D), parecía haberle puesto a ella los pies en la tierra. Al año siguiente, nuestra nueva familia reunida —madre, padrastro, hermana pequeña, perro, aya irlandesa teóricamente asalariada como una reliquia de tiempos pasados; más la huésped extranjera, yo— había cambiado el bungaló estucado de una calle sin asfaltar a las afueras de Tucson (donde se nos había unido el capitán Sontag) por un acogedor chalé con muchas persianas, setos de rosales y tres abedules a la entrada del valle de San Fernando, donde yo trataba de simular que estaba quieta en el asiento, para un facsímil de la vida familiar y el recuerdo de mi poco convincente infancia. Los fines de semana, mi padrastro, ya sin uniforme, pero aún marcialmente animado, colocaba solomillos y mazorcas pintadas con mantequilla y envueltas apretadamente en papel de aluminio en la barbacoa del patio; yo comía y comía. ¿Cómo podía no hacerlo al observar cómo mi taciturna y esquelética madre jugueteaba nerviosamente con su comida? La vivacidad de él era tan amenazante como la apatía de ella. Ahora no podían empezar a jugar a la familia. ¡Era demasiado tarde! Yo ya me había ido volando, aunque pareciera de pies a cabeza la grandullona hija mayor, con cara de niña que comía golosamente su cuarta mazorca: yo ya me había ido. (En francés se puede decir, mientras nos demoramos en exceso: *Je suis moralemant partie*.) Solo había que superar esta última pizca de niñez. Por la duración (aquella locución de los tiempos de guerra que me sirvió de primer modelo para condescender al presente en aras de un futuro mejor), por la duración era lícito

aparentar que agradaban sus fiestas, evitar los conflictos, devorar la comida. La verdad era que yo temía los conflictos. Y siempre tenía hambre.

Sentía que me rebajaba, en mi propia vida. Mi misión consistía en mantener a raya la tontería (sentía que me ahogaba en tonterías): la alegre faramalla de mis compañeros de clase y profesores, los exasperantes tópicos que oía en casa. Y los programas de humor semanales, adornados de risas enlatadas, la empalagosa lista de éxitos, los histéricos comentarios de los partidos de béisbol y los combates de boxeo. La radio, cuya bulla llenaba el salón todas las noches entre semana y buena parte del sábado y el domingo, era un tormento interminable. Yo rechinaba los dientes, me enroscaba el cabello con los dedos, me comía las uñas, era educada. Aunque no me tentaban los nuevos placeres tribales de los niños de los barrios residenciales que habían cautivado rápidamente a mi hermana, yo no me creía una inadaptada, pues suponía que mi fachada de afabilidad era aceptada al pie de la letra. (Aquí se filtra el hecho de que era una niña.) Lo que otra gente pensara de mí me importaba muy poco, ya que los demás me parecían sorprendentemente ciegos así como desinteresados; mientras que yo ansiaba aprenderlo todo: la exasperante diferencia entre todos aquellos a quienes había conocido, hasta entonces, y yo. Estaba segura de que en alguna parte había una multitud como yo. Y nunca se me ocurrió que pudieran detenerme.

Si yo no me deprimía o me enfurruñaba, no era solo porque creyera que quejarse no serviría de nada. Era porque el reverso de mi descontento —lo que de hecho a lo largo de mi infancia, me había causado tanto descontento— era el éxtasis. No podía compartirlo y aumentaba sin cesar: desde el último traslado tenía ataques de júbilo casi todas las noches. En las ocho casas y apartamentos de mi vida anterior nunca había tenido un dormitorio para mí. Ahora lo tenía, y sin pedirlo. Una puerta propia. Ahora podía leer durante horas a la luz de la linterna, después de que me enviaran a dormir y me obligaran a apagar la luz, y no bajo una tienda de ropa de cama, sino sobre las mantas.

Había sido una lectora incansable desde mi temprana infancia (leer era clavar un puñal en sus vidas) y por ello indiscriminada: cuentos de hadas y cómics (mi colección de cómics era enorme), la Enciclopedia Compton, los Bobbsey Twins y otros de la serie de Stratemeyer, libros sobre astronomía, sobre química, sobre China, biografías de científicos, todos los libros de viaje de Richard Halliburton y un número considerable de clásicos de la época victoriana. Un día, mientras deambulaba por una papelería que vendía tarjetas de felicitación, en la aldea que era el centro de Tucson a mediados de los cuarenta, encontré el pozo sin fondo de la Modern Library. Allí había calidad y, detrás de cada libro, mi primera lista. Solo tenía que comprarlos y leerlos (95 centavos los pequeños y 1,25 dólares los volúmenes grandes). Como un metro de carpintero, mi

sentido de las posibilidades se iba desplegando con cada libro. Y un mes después de mi llegada a Los Ángeles localicé una verdadera librería, la primera de una vida apasionada por la Pickwick, en Hollywood Boulevard, adonde solía ir al salir del colegio a leer de pie algo más de literatura universal, comprando cuanto podía, robando cuando me atrevía. Todos mis hurtos ocasionales me costaban semanas de autodesprecio y miedo a futuras humillaciones, pero ¿qué podía hacer dada mi diminuta asignación? Es extraño que nunca pensase en acudir a una biblioteca. Tenía que conseguirlos, verlos en hileras a lo largo de la pared de mi pequeña habitación. Mis deidades domésticas. Mis naves espaciales.

Por las tardes salía en busca de tesoros: siempre me desagradó ir a casa directamente después del colegio. Pero en Tucson, a excepción de las visitas a la papelería, el aplazamiento más divertido que se me había ocurrido era un paseo por el antiguo camino español hacia las colinas del Tanque Verde, donde podía ver, en primer plano, implacables saguaros e higos chumbos, escrutar el terreno en busca de puntas de flecha y serpientes, pequeñas piedras llamativas, imaginarme perdida o la única superviviente, desear ser una india. O el Llanero Solitario. Aquí, en California, había un espacio diferente para pasear, y me había convertido en un Llanero Solitario distinto. Casi todos los días, al salir del colegio, subía al tranvía en Chandler Avenue para acercarme a la ciudad y no para alejarme de ella. A unas pocas manzanas del maravilloso cruce de Hollywood Boulevard con Highland Avenue estaba mi pequeña ágora, con edificios de una y dos plantas: la Pickwick; una tienda de discos cuyos propietarios me dejaban pasar muchas horas a la semana en las cabinas de audición, atiborrándome de sus mercancías; un quiosco con prensa internacional, donde me abandonaba a la curiosidad militante hojeando la *Partisan Review*, *Kenyon Review*, *Sewanee Review*, *Politics*, *Accent*, *Tiger's Eye*, *Horizons*; y una fachada a través de cuya puerta abierta una tarde seguí muy decidida a dos personas, que me parecieron insólitamente hermosas, creyendo entrar en un gimnasio, pero que resultaron ser las dependencias de ensayo de la compañía de danza de Lester Horton y Bella Lewitzky. ¡Oh, edad de oro! No solo lo era, sino que sabía que lo era. Pronto estaba bebiendo de un centenar de pajitas. En mi cuarto escribía imitaciones de cuentos y llevaba verdaderos diarios; hacía listas de palabras para aumentar mi vocabulario, hacía listas de todo tipo, jugaba a dirigir mis discos; leía todas las noches hasta que me dolían los ojos.

Y pronto también tuve amigos, sorprendentemente no mucho mayores que yo. Amigos con los que podía hablar de lo que me absorbía y cautivaba. No esperaba que hubieran leído tanto como yo; bastaba con que quisieran leer los libros que les prestaba. Y en cuanto a música, aún mejor, yo era la principiante, ¡qué maravilla! Mi deseo de que me enseñaran, el cual aún me frustraba más que mi deseo de compartir, me

proporcionó a mis primeros amigos: dos alumnos del último año, cuyo gusto por la música era muy superior al mío. No solo eran diestros instrumentistas —Elaine tocaba la flauta; Mel, el piano—, sino que habían crecido aquí, en el sur de California, donde abundaban los refugiados virtuosos que integraban las enormes orquestas sinfónicas de los grandes estudios cinematográficos, y a los cuales podía escucharse por la noche tocando el repertorio de cámara canónico y contemporáneo para pequeñas reuniones esparcidas en un radio de ciento cincuenta kilómetros. Elaine y Mel eran parte de ese público, cuyo gusto excéntrico y riguroso elevaba la alta cultura musical de Los Ángeles de los años cuarenta: primero estaba la música de cámara, y luego todo lo demás. (La ópera ocupaba un lugar tan bajo en la escala de la calidad musical que no merecía mención alguna.)

Cualquier amigo era el mejor amigo, yo no conocí otra vía. Además de mis mentores musicales, que ingresaron en la UCLA el otoño siguiente, había un condiscípulo, mi romántico compañero durante los dos restantes años de bachillerato, que habría de seguirme a la facultad que ya había elegido como mi destino a los trece años: la universidad de Chicago. Peter, huérfano de padre y refugiado (medio húngaro y medio francés), había tenido una vida aún más marcada por los desplazamientos que la mía. Su padre había sido detenido por la Gestapo, y él y su madre habían huido de París al sur de Francia, y de allí a Nueva York vía Lisboa en 1941; tras una temporada en un internado de Connecticut, se había reencontrado con la supersoltera, bronceada y pelirroja Henya (la cual me parecía tan joven, aunque no tan hermosa como mi madre). Nuestra amistad comenzó en la cafetería del colegio con un jactancioso intercambio de anécdotas sobre nuestros glamurosos padres muertos. Peter era el amigo con el que debatía sobre socialismo y Henry Wallace, al que cogía de la mano y lloraba en *Roma, ciudad abierta*, *Sinfonía pastoral*, *Los niños del paraíso*, *Muchachas de uniforme*, *El pan y el perdón*, *Breve encuentro* y *La bella y la bestia*, en la sala Laurel, donde descubrimos que se proyectaban películas extranjeras. Íbamos en bicicleta por los desfiladeros y por el parque Griffith, y nos revolcábamos, abrazados, en la hierba: los grandes amores de Peter, que yo recuerde, eran su madre, yo y su bicicleta de carreras. Tenía el cabello oscuro, era flaco, nervioso, alto. Aunque siempre la más joven, yo era invariablemente la chica más alta de la clase, y más alta que la mayoría de los chicos, y, pese a toda mi insólita libertad de opinión en asuntos olímpicos, en el tema de la altura tenía una visión convencional abyecta. Un novio no solo debía ser el mejor amigo, sino más alto, y solo Peter reunía las condiciones.

El otro mejor amigo que hice, también estudiante de segundo año, aunque de otro instituto, y que ingresaría conmigo a la universidad de Chicago, era Merrill. Tranquilo y robusto, rubio, seductor, tenía todos los atributos de «mono», «guapetón», pero yo, con mi ojo infalible para detectar solitarios (bajo mil disfraces), había visto

enseguida que también era listo. Muy listo. Por lo tanto, capaz de ser independiente. Tenía una voz suave y baja, una sonrisa tímida y ojos que a veces sonreían sin la boca. Merrill era el único de mis amigos al que adoraba. Me gustaba mirarlo. Quería fundirme con él o que él se fundiera conmigo, pero debía respetar la barrera insuperable: era unos milímetros más bajo que yo. Las otras barreras eran más difíciles de considerar. Podía ser reservado, calculador (incluso literalmente: a menudo los números surgían en su conversación) aunque a veces, en mi opinión, no le emocionaba bastante lo que yo juzgaba emocionante. Me impresionaba lo sensato que era, y lo tranquilo que se quedaba cuando yo me ponía nerviosa. Yo no alcanzaba a saber qué sentía realmente sobre la muy razonable familia con la que contaba: madre, padre verdadero, hermano menor (una suerte de prodigio de las matemáticas), e incluso abuelos. A Merrill no le gustaba hablar de sentimientos, mientras yo bullía en deseos de expresar los míos, dirigiéndolos preferentemente al exterior, hacia algo que admirara o me indignara.

Nos apasionábamos en tándem. Primero, la música: llevaba años tocando el piano. (Su hermano tocaba el violín, lo que me dio igualmente envidia, porque años antes le había implorado —más bien le había dejado de implorar— a mi madre que me dejara tomar lecciones de piano.) Me enseñó a entrar gratis en los conciertos haciendo de acomodadora (en el Hollywood Bowl, en verano), y yo lo convertí en un asiduo a las «Noches en la Terraza» de música de cámara los lunes, a las cuales me habían llevado Elaine y Mel. Estábamos acumulando nuestras colecciones ideales, casi idénticas, de discos (de 78 rpm, felizmente ignorantes de que aquel era el último año antes de los elepés), y uníamos a menudo fuerzas en las frescas y oscuras cabinas de audición de la tienda Highland Records. A veces venía a casa, aunque estuvieran mis padres. O yo iba a la suya; recuerdo que el nombre de su madre, desaliñada y acogedora, me resultaba bochornoso: se llamaba Honey (Miel).

Nuestra intimidad se reservaba a los coches. Merrill tenía un permiso de conducir de verdad, mientras que el mío, provisional, se podía obtener entonces en California de los catorce a los dieciséis años y me autorizaba solo a conducir el coche de mis padres. Como los únicos disponibles eran los coches de nuestros padres, la diferencia era irrelevante. Tanto en el Chevy azul de sus padres como en el Pontiac verde de mi madre nos deteníamos de noche al borde de Mulholland Drive; abajo, la gran planicie de luces titilaba como un interminable aeropuerto, y ajenos a las parejas de enamorados en los coches que nos rodeaban, buscábamos nuestros propios placeres. Nos lanzábamos preguntas con imprecisa voz de tiple: «Bien. Escucha. ¿Qué es esto?». Nos interrogábamos sobre la numeración Köchel, pues sabíamos de memoria extensas partes de las seiscientas veintiséis. Debatíamos los méritos del cuarteto Busch y del cuarteto de Budapest (me había convertido en una intransigente partidaria del de

Budapest); discutíamos si sería inmoral comprar las grabaciones de Debussy por Giseking, ya que Elaine y Mel me habían hablado de su pasado nazi; tratábamos de convencernos de que nos habían gustado las obras para piano preparado de John Cage en el concierto de «Noches en la Terraza» del lunes anterior, y hablábamos de cuántos años le dábamos a Stravinski.

Este último era uno de nuestros problemas recurrentes. Éramos deferentes con los graznidos y aporreos de John Cage, sabíamos que debíamos apreciar la música fea; y escuchábamos devotamente a los Toch, Krenek, Hindemith, Webern, Schoenberg, lo que fuera (teníamos un gran apetito y estómagos resistentes). Pero la música de Stravinski era la que nos gustaba sinceramente. Y como Stravinski parecía grotescamente viejo (lo habíamos visto dos lunes en el pequeño auditorio del Wilshire Ebell, cuando Ingolf Dahl dirigió algunas de sus obras), nuestros temores por su vida habían dado pie a una emocionante fantasía *à deux* en la que moríamos por nuestro ídolo. La cuestión, una cuestión que debatíamos a menudo era: ¿cuáles serían las condiciones del sacrificio que tanto nos deleitaba contemplar?, ¿cuántos años más de vida para Stravinski justificarían que muriésemos en ese instante, allí mismo?

¿Veinte años? Obviamente. Pero eso era fácil, y coincidimos que era demasiado bueno para ser posible. Veinte años concedidos al afable anciano que Stravinski nos parecía entonces era una cifra inimaginablemente grande para mí, una chica de catorce años, y para Merrill, un chico de dieciséis, en 1947. (Qué estupendo que I. S. viviera aún más tiempo.) Insistir en darle a Stravinski veinte años más de vida a cambio de las nuestras apenas hacía justicia a nuestro fervor.

¿Quince años más? Naturalmente.

¿Diez? Sin duda.

¿Cinco? Empezamos a dudar. Pero no estar de acuerdo parecía una falta de respeto, de amor. ¿Qué era mi vida o la de Merrill —no nuestras miserables vidas como estudiantes de bachillerato en California, sino las vidas útiles salpicadas de logros que supuestamente nos esperaban— comparadas con el hecho de que el mundo pudiera disfrutar otros cinco años de las creaciones de Stravinski? Cinco años, muy bien.

¿Cuatro? Suspiré. Merrill, adelante.

¿Tres? ¿Morir por solo tres años adicionales?

Habitualmente acordábamos cuatro. Sí, por darle a Stravinski otros cuatro años, cualquiera de nosotros estaba dispuesto a morir allí y en ese preciso momento.

Leer y escuchar música: los triunfos de no ser yo misma. Parecía inevitable para mí que casi todo lo que admiraba había sido producido por gente que había muerto (o era muy vieja) o provenía de otra parte, idealmente de Europa.

Coleccionaba dioses. Lo que Stravinski era para la música, Thomas Mann lo llegó a ser para la literatura. En mi cueva de Aladino, en la Pickwick, el 11 de noviembre de 1947 —cojo el libro del estante ahora mismo, veo en la guarda la fecha en la letra bastarda que practicaba entonces—: compré *La montaña mágica*.

La empecé aquella misma tarde, y durante las primeras noches me fue difícil respirar mientras leía. Pues este no era un libro más que habría de gustarme, sino un libro que me transformaría, una fuente de descubrimientos y reconocimientos. Toda Europa cayó sobre mi cabeza: a condición, sin embargo, de que comenzara a afligirme por ella. Y la tuberculosis —la enfermedad levemente vergonzosa (así me lo había dado a entender mi madre) por la que mi padre verdadero, aunque, casi inimaginable, había muerto hacía tanto tiempo y en un lugar exótico, pero que pareció, cuando nos trasladamos a Tucson, un infortunio común—, ¡la tuberculosis se reveló como el arquetipo de un interés patético y espiritual! La comunidad de inválidos con pulmones enfermos en la alta montaña era una versión —una versión exaltada— de aquella pintoresca ciudad turística en el desierto, consciente de su clima, con su treintena de hospitales y sanatorios, donde mi madre fue obligada a establecerse por el asma que padecía una de sus hijas: yo. Allá en la montaña, los personajes eran ideas, y las ideas, pasiones, exactamente como yo siempre lo había sentido. Pero las propias ideas tanto me ensanchaban como me encogían: el ímpetu humanitario de Settembrini, pero también la melancolía y el desprecio de Naphta. Y el dulce, bueno y casto Hans Castorp, el huérfano protagonista de Mann, era, para mi desprotegido corazón, un héroe, no porque fuera un huérfano sino por la castidad de mi propia imaginación. Me fascinaba la ternura algo diluida por la condescendencia con la que Mann lo retrata como simple, ultraformal, dócil, mediocre (como yo misma me consideraba a juzgar por criterios reales). La ternura. ¿Y si Hans Castorp era un mojigato (abominable acusación que una vez me lanzó mi madre)? Lo cual no lo asemejaba sino que lo diferenciaba de los demás. Reconocía su vocación por la piedad; su soledad portátil vivía respetuosamente entre los otros; su vida, llena de molestas rutinas (que los guardas juzgaban buenas para uno), intercalada con conversaciones libres y apasionadas: una perfecta transposición de mis propias intenciones del momento.

Durante un mes el libro fue el lugar donde viví. Lo leí casi de un tirón: mi excitación vencía mi deseo de ir despacio y saborearlo. Sin embargo, sí tuve que ir más lentamente desde la página 334 a la 343, cuando Hans Castorp y Claudia Chauchat finalmente hablan de amor, pero en francés, idioma que nunca había estudiado: poco dispuesta a saltarme nada, compré un diccionario bilingüe y busqué cada palabra de su conversación. Al terminar la última página era tan reacia a separarme del libro que empecé de nuevo desde el principio y, para mantener el ritmo que el libro merecía, lo releí en voz alta, a razón de un capítulo por noche.

El paso siguiente era prestárselo a un amigo para sentir el placer del libro en otro: amarlo con alguien más y poder hablar sobre él. A comienzos de diciembre le presté *La montaña mágica* a Merrill. Y a Merrill, que leía inmediatamente cualquier cosa cuando yo insistía, también lo fascinó. Bien.

—¿Por qué no vamos a visitarlo? —me dijo Merrill entonces. Y entonces mi alegría se convirtió en vergüenza.

Naturalmente que yo sabía que él vivía aquí. El sur de California en los años cuarenta hervía con la presencia de celebridades para todos los gustos, y mis amigos y yo sabíamos no solo que estaban Stravinski y Schoenberg, sino Mann, Brecht (había visto recientemente *Galileo*, con Charles Laughton, en un teatro de Beverly Hills); y también Isherwood y Huxley. Pero era tan inconcebible que yo pudiera estar en contacto con cualquiera de ellos como podía ser entablar una conversación con Ingrid Bergman o Gary Cooper, que también vivían en los alrededores. De hecho, era todavía menos posible. Las estrellas bajaban de sus limusinas a las aceras de Hollywood Boulevard iluminadas por reflectores para una gala en una sala cinematográfica, desafiando la multitud de arrebatados fanáticos cercados por los caballetes de la policía: vi noticiarios cinematográficos de estas apariciones. Los dioses de la alta cultura habían desembarcado de Europa para residir, casi de incógnito, entre los limoneros, los jóvenes asiduos a la playa, la arquitectura neo-Bauhaus y las hamburguesas de fantasía. Estaba segura de que no debían de tener seguidores que intentaran inmiscuirse en su intimidad. Naturalmente, Mann, a diferencia de otros exiliados, tenía una presencia pública. El hecho de haber recibido en Estados Unidos tantos reconocimientos oficiales a finales de los treinta y comienzos de los cuarenta era tal vez más improbable que haber sido el escritor más famoso del mundo. Huésped de la Casa Blanca, presentado por el vicepresidente cuando dio un discurso en la biblioteca del Congreso, durante años infatigable en el circuito habitual de conferencias, Mann tenía la talla de un profeta en los Estados Unidos *bien-pensant* de Roosevelt al proclamar la perversidad de la Alemania de Hitler y la inminente victoria de las democracias. La emigración no había amortiguado ni su gusto ni su talento por ser una figura representativa. Si había una

suerte de Alemania buena, ahora podía hallarse en este país (prueba de la bondad de Estados Unidos), personificada en su persona; si había un Gran Escritor, ajeno al concepto estadounidense del escritor, lo encarnaba él.

Pero cuando fui llevada a lo alto por *La montaña mágica* no pensaba que también él estuviera literalmente «aquí». Afirmar que en ese momento yo residía en el sur de California y Thomas Mann residía en el sur de California era darle un sentido diferente a «residía» y a «en». Dondequiera que él estuviera, era donde yo no estaba. En Europa. O en el mundo más allá de mi infancia, el mundo de la seriedad. No, ni siquiera eso. Para mí, él era un libro. Mejor dicho, libros: ya estaba sumida en *Cuentos de tres décadas*. Cuando tenía nueve años, que en efecto consideraba mi infancia, viví meses de pena y suspenso con *Los miserables*. (El capítulo en que Fantine es obligada a vender su cabello hizo de mí una socialista consciente.) En lo que a mí respectaba, Thomas Mann —al ser sencillamente inmortal— estaba tan muerto como Victor Hugo.

¿Por qué querría conocerlo? Tenía sus libros.

No quería conocerlo. Merrill estaba en mi casa, era domingo, mis padres habían salido y estábamos en su dormitorio tendidos sobre el cubrecama de satén blanco. A pesar de mis ruegos, había traído la guía telefónica y buscaba en la M.

—¿Ves? Está en la guía telefónica.

—¡No quiero mirar!

—¡Mira! —Me obligó a mirar.

Horrorizada, vi: San Remo Drive, 1550, Pacific Palisades.

—Esto es absurdo. Vamos, ¡basta ya! —Bajé de la cama.

No podía creer que Merrill estuviera haciendo aquello, pero así era.

—Voy a llamar.

El teléfono estaba en la mesita de noche del lado de mi madre.

—Por favor, Merrill.

Levantó el auricular. Eché a correr por la casa, salí por la puerta, siempre abierta, crucé el césped más allá del bordillo, al otro lado del Pontiac estacionado con las llaves

puestas (¿en qué otro sitio podían guardarse las llaves de un coche?), para situarme en medio de la calle y taparme las orejas con las manos, como si desde allí hubiera oído a Merrill hacer la mortificante, inconcebible llamada telefónica.

Soy una cobarde, pensé, difícilmente por primera o última vez en mi vida; pero me demoré unos instantes, respirando aceleradamente, tratando de recobrar la calma, antes de destaparme las orejas y volver sobre mis pasos. Despacio.

La puerta de entrada daba directamente a la pequeña sala de estar, adornada con «piezas» coloniales norteamericanas, como las llamaba mi madre, y que entonces coleccionaba. Silencio. Atravesé el salón hasta el comedor, giré por un pasillo corto junto a mi habitación y la puerta del baño de mis padres hasta llegar a su dormitorio.

El auricular estaba en su sitio. Merrill sonreía sentado en el borde de la cama.

—Oye, no tiene ninguna gracia —dije—. He creído que realmente ibas a llamar.

Sacudió su mano:

—Lo he hecho.

—¿El qué?

—Lo he hecho. —Aún sonreía.

—¿Has llamado?

—Nos espera a tomar el té el próximo domingo a las cuatro.

—Realmente no has llamado…

—¿Y por qué no? —dijo—. Todo ha ido muy bien.

—¿Y has hablado con él? —Estaba a punto de llorar—. ¿Cómo has podido?

—No —dijo—, ha contestado su mujer.

Me hice una imagen mental de Katia Mann a partir de las fotografías que había visto de Mann con su familia. ¿Ella también existía? Si Merrill no había realmente hablado con Thomas Mann tal vez las cosas no estaban tan mal.

—Pero ¿qué le has dicho?

—Dije que éramos dos estudiantes de bachillerato que habíamos leído los libros de Thomas Mann y que nos gustaría conocerlo.

No, esto era mucho peor de lo que imaginaba. Pero ¿qué me había imaginado?

—¡Eso es tan… es una tontería!

—¿Qué tiene de tonto? Todo me pareció bien.

—Ay, Merrill… —Ya ni siquiera podía protestar—. ¿Qué dijo?

—Dijo: «Un momento, llamaré a mi hija» —Merrill continuó, orgulloso—: Entonces se puso la hija y yo repetí…

—Más despacio —interrumpí—. Su mujer dejó el teléfono. Entonces hubo una pausa. Entonces escuchaste otra voz…

—Sí, otra voz de mujer (ambas con acento) que me dijo: «Soy la señorita Man, ¿qué desea?».

—¿Eso dijo? Es como si estuviera enfadada.

—No, no, no parecía enfadada. Tal vez dijera: «Habla la señorita Mann». No lo recuerdo, pero, francamente, no parecía enfadada. Después dijo: «¿Qué desea?». No, espera, fue: «¿Qué es lo que desea?»

—Y entonces ¿qué?

—Y entonces le dije… ya sabes, que somos dos estudiantes de bachillerato, hemos leído los libros de Thomas Mann y queremos conocerlo…

—¡Pero yo no quiero conocerlo! —gemí.

—Y dijo —prosiguió obstinadamente—: «Un momento, le preguntaré a mi padre». Tal vez fue: «Espere, preguntaré a mi padre». No tardó mucho… luego volvió al teléfono y dijo, con estas palabras exactas: «Mi padre los espera para el té el próximo domingo a las cuatro».

—¿Y después?

—Me preguntó si conocía la dirección.

—¿Y después?

—Eso fue todo. Ah…, y dijo adiós.

Reflexioné un momento sobre la conversación antes de decir una vez más:

—Oh, Merrill, ¿cómo has podido?

—Te dije que lo haría.

Pasé una semana llena de vergüenza y temor. Parecía una enorme impertinencia que me obligaran a conocer a Thomas Mann. Y grotesco que él perdiera el tiempo en conocerme.

Podía negarme, por supuesto. Pero me preocupaba que este temerario Calibán que había confundido con un Ariel pudiera ir a ver al mago sin mí. A pesar de la deferencia habitual con que me trataba Merrill, ahora parecía considerarse mi igual en la veneración a Thomas Mann. No podía permitir que Merrill impusiera su presencia a mi ídolo sin mediación. Si lo acompañaba al menos limitaría el daño, desviaría los comentarios más inmaduros de Merrill. Tenía la impresión (y esta es la parte más conmovedora de mi recuerdo) de que Thomas Mann podía resultar herido por la estupidez de Merrill o la mía…, que la estupidez hería siempre y, como yo veneraba a Mann, era mi deber protegerlo de ese daño.

Merrill y yo nos encontramos después del colegio dos veces esa semana. Había dejado de reprenderlo. Estaba menos enfadada: me sentía cada vez más abatida. En una trampa. Como tenía que ir, necesitaba sentirme más próxima a él, hacer causa común para no hacer el ridículo.

Llegó el domingo. Fue Merrill quien, exactamente a la una, me recogió en el Chevy en la acera frente a mi casa (no le había hablado a mi madre ni a nadie de esta invitación a tomar el té en Pacific Palisades), y a las dos estábamos en el amplio y vacío

San Remo Drive, con vistas al océano y a la distante isla Catalina, estacionados unos sesenta metros más arriba (y fuera de la vista) de la casa del 1550.

Ya habíamos acordado cómo empezaríamos. Yo hablaría primero, sobre *La montaña mágica*, después Merrill preguntaría sobre lo que Thomas Mann estaba escribiendo en ese momento. El resto lo idearíamos ahora, en las dos horas que habíamos destinado para ensayar. Pero, transcurridos unos minutos, incapaces de tener idea alguna de qué podría responder a lo que habíamos pensado decirle, se nos acabó la inspiración. ¿Qué dice un dios? Es imposible imaginarlo.

Entonces comparamos dos grabaciones de *La muerte y la doncella* y luego nos desviamos hacia la teoría de Merrill sobre el modo en que Schnabel tocaba el *Hammerklavier*, una teoría que encontré maravillosamente original. Merrill no parecía en absoluto ansioso. Parecía creer que teníamos pleno derecho a molestar a Thomas Mann. Pensaba que éramos interesantes: dos chicos precoces, prodigios de segunda categoría (sabíamos que ninguno de los dos era realmente un prodigio, como el joven Menuhin; éramos prodigios en apetito, en respeto, no en logros); que podíamos resultar interesantes para Thomas Mann. Yo creía lo contrario. Pensaba que éramos… pura potencialidad. Con criterios reales, apenas existíamos.

El sol era intenso y la calle estaba desierta. En dos horas solo pasaron unos pocos coches. Entonces, a las cuatro menos cinco, Merrill soltó el freno y nos deslizamos suavemente colina abajo y nos detuvimos frente al número 1550. Salimos, estiramos las piernas, nos gruñimos burlonamente el uno al otro para animarnos, cerramos las puertas del coche sin hacer ruido, subimos por la senda y tocamos el timbre. Bonito sonido de campanas. Oh.

Un señora muy anciana de cabello blanco recogido en rodete nos abrió la puerta, no pareció sorprendida de vernos, nos invitó a pasar, y en la penumbra de la entrada nos pidió que esperáramos un momento —había una sala de estar a la derecha— y desapareció por un largo corredor.

—Katia Mann —susurré.

—Me pregunto si veremos a Erika —me susurró a su vez Merrill.

Había un absoluto silencio en la casa. Ahora volvía la anciana.

—Acompáñenme, si son tan amables. Mi marido los recibirá en su estudio.

La seguimos casi hasta el final del estrecho y oscuro pasillo, un poco antes de la escalera. A la izquierda había una puerta, que abrió. La seguimos y giramos nuevamente a la izquierda antes de estar realmente dentro. En el estudio de Thomas Mann.

Miré la habitación —parecía grande, con amplias ventanas y un amplio panorama— antes de darme cuenta de que era él, sentado tras una mesa enorme, ornamentada y oscura. Katia Mann nos presentó. Aquí están los dos alumnos, le dijo, dirigiéndose a él como el doctor Thomas Mann: este saludó con la cabeza y pronunció algunas palabras de bienvenida. Lucía una corbata de lazo y un traje beis, como en la portada de *Ensayos de tres décadas*, y ese fue el primer impacto: que se parecía mucho a la pose formal de la fotografía. La semejanza resultaba misteriosa, una maravilla. No era, pienso ahora, solo porque esta fuera la primera vez que conocía a alguien de cuyo aspecto me había formado una clara idea por las fotografías. Nunca había visto a nadie que no fingiera estar relajado. Su semejanza con la fotografía parecía una proeza, como si ahora estuviera posando. Pero la fotografía de cuerpo entero no me había permitido ver el ralo bigote, la blancura de la piel, las manchas de las manos, las desagradables venas superficiales, la pequeñez de sus ojos ambarinos detrás de las gafas. Estaba sentado, muy erguido y parecía muy, muy viejo. Tenía en efecto, setenta y dos años.

Oí que la puerta se cerraba detrás de nosotros. Thomas Mann nos indicó que nos sentáramos en las dos sillas de respaldo recto delante de la mesa. Encendió un cigarrillo y se echó hacia atrás en su silla.

Y empezamos.

Hablaba sin moverse. Recuerdo su solemnidad, su acento, su hablar pausado: nunca había oído a nadie hablar tan lentamente.

Dije cuánto me había gustado *La montaña mágica*.

Dijo que era un libro muy europeo, que describía los problemas principales de la civilización europea.

Dije que eso lo había comprendido.

Merrill preguntó qué estaba escribiendo.

—Acabo de terminar una novela que en parte está basada en la vida de Nietzsche —dijo con largas e inquietantes pausas entre cada palabra—. Sin embargo, mi protagonista no es un filósofo. Es un gran compositor.

—Sé que la música es muy importante para usted —me aventuré a decir, esperando que la conversación se animara durante un buen rato.

—Tanto las cimas como los abismos del alma alemana se reflejan en su música —dijo.

—Wagner —dije, preocupada por cometer una pifia, ya que nunca había escuchado una ópera de Wagner, aunque sí había leído el ensayo de Thomas Mann al respecto.

—Sí —dijo, alzando un libro que estaba sobre la mesa de trabajo, cerrándolo (con el pulgar entre las páginas), dejándolo, abriéndolo nuevamente—. Como veis, en este momento estoy consultando el tomo IV de la excelente biografía de Wagner de Ernest Newman.

Estiré el cuello para ver bien el título y el nombre del autor. Había visto la biografía de Newman en Pickwick.

—Sin embargo, la música de mi compositor no es como la música de Wagner. Tiene que ver con el sistema dodecafónico o lineal de Schoenberg.

Merrill dijo que ambos estábamos muy interesados en Schoenberg. Mann no respondió. Interceptando una perpleja mirada de Merrill, abrí más los ojos para alentarlo a continuar.

—¿Aparecerá pronto su novela? —preguntó Merrill.

—Mi fiel traductor está ahora trabajando en ella —dijo.

—H. T. Lowe-Porter —murmuré.

Era la primera vez que realmente mencionaba este fascinante nombre, con sus oscuras iniciales y su aparatoso guion.

—Tal vez este sea para el traductor el libro más difícil —dijo—. No creo que la señora Lowe-Porter se haya enfrentado nunca a una tarea tan exigente.

—Ah —dije, sin haberme imaginado que H. T. L.-P fuera nada en particular, pero sorprendida de saber que el nombre pertenecía a una mujer.

—Se requiere un profundo conocimiento del alemán y mucho ingenio, porque algunos de mis personajes hablan en dialecto. Y el Diablo, porque sí, el Diablo mismo es un personaje de mi libro, habla en el alemán del siglo XVI —dijo lenta, lentamente, Thomas Mann. Sonrió con labios finos—: Temo que esto significará muy poco para mis lectores norteamericanos.

Yo anhelaba decir algo reconfortante, pero no me atreví.

Me preguntaba si hablaba tan lentamente porque era su forma de comunicarse, o porque hablaba en un idioma extranjero, o porque creía que debía hablar despacio (¿porque éramos estadounidenses?, ¿porque éramos niños?), o porque de otra manera no comprenderíamos lo que decía.

—Lo considero el libro más audaz que he escrito —movió la cabeza hacia nosotros—. Mi libro más delirante.

—Estamos deseando leerlo —dije.

Aún esperaba que nos hablara de *La montaña mágica*.

—Pero también es el libro de mi vejez —prosiguió. Una larga, larga, pausa—: Mi *Parsifal* —dijo—. Y, por supuesto, mi *Fausto*.

Pareció distraerse un momento, como si recordara algo. Encendió otro cigarrillo y se giró levemente en la silla. Después dejó el cigarrillo en un cenicero y con el índice se frotó el bigote: recuerdo que pensé que su bigote (no conocía a nadie con bigote) parecía un sombrerito sobre la boca. Me preguntaba si esto significaba que la conversación había terminado.

Pero no, siguió. Recuerdo «el destino de Alemania»… «lo demoniaco» y «el abismo»… y «el pacto faustiano con el diablo». Hitler apareció varias veces. (¿Mencionó el problema Wagner-Hitler? Creo que no.) Hicimos lo posible para demostrarle que con nosotros sus palabras no caían totalmente en el vacío.

En un principio solo lo había visto a él, el respeto reverencial a su presencia física me había impedido observar lo que contenía la habitación. Ahora empezaba a ver más. Por ejemplo, lo que había sobre la abarrotada mesa: plumas, tinteros, libros, papeles y un montón de pequeñas fotografías en marcos de plata, que yo veía por detrás. De los muchos cuadros en las paredes, solo reconocí una foto firmada por F. D. Roosevelt, con alguien más, me parece recordar a un hombre en uniforme. Y libros, libros, libros en los estantes, que iban del suelo al techo y que cubrían dos de las paredes. Estar en la misma

habitación con Thomas Mann resultaba emocionante, grandioso, asombroso. Pero también oía el canto de sirena de la primera biblioteca privada que jamás había visto.

Mientras Merrill llevaba la voz cantante, demostrando que no desconocía del todo la leyenda de Fausto, yo trataba de inspeccionar la biblioteca sin que mis miradas fueran demasiado obvias. Como suponía, la mayoría de los libros eran alemanes, muchos en colecciones, encuadernados. La dificultad estribaba en que no podía descifrar la mayoría de los títulos (no sabía de la existencia de *Fraktur*). Los pocos libros norteamericanos, de aspecto reciente, eran fáciles de identificar por sus sobrecubiertas enceradas y brillantes.

Ahora estaba hablando sobre Goethe…

Como si realmente hubiésemos ensayado lo que íbamos a decir, Merrill y yo habíamos encontrado un ritmo relajado para hacer preguntas cuando la glacial conversación de Thomas Mann iba decreciendo y demostrar nuestra respetuosa valoración de todo lo que decía. Merrill era el Merrill que tanto me gustaba: tranquilo, encantador, nada tonto. Me mortificaba haber supuesto que podría hacer el ridículo, y con ello ridiculizarme a mí, frente a Thomas Mann. Merrill lo estaba haciendo muy bien. En cambio yo así así, pensé. La sorpresa fue Thomas Mann, que no resultara más difícil de comprender.

No me habría importado que hablara como un libro. Yo quería que hablara como un libro. Lo que estaba comenzando a objetar vagamente era que (no habría podido expresarlo entonces) hablaba como una reseña.

En ese momento se refería al artista y la sociedad, y usaba frases que yo recordaba de haberlas leído en entrevistas en *The Saturday Review of Literature*, una revista que consideré anticuada cuando descubrí la refinada prosa e intrincados razonamientos de la *Partisan Review*, la cual había comenzado a comprar en el quiosco del Hollywood Boulevard. Sin embargo, razoné, si ahora me resultaba un poco familiar lo que decía era porque había leído sus libros. No podía saber que tenía en mí a una ferviente lectora. ¿Por qué habría de decir algo que no hubiera dicho antes? Me negué a decepcionarme.

Me planteé decirle que *La montaña mágica* me había gustado tanto que la había leído dos veces, pero me pareció una tontería. También temí que me preguntara sobre algún libro que no hubiera leído, aunque hasta el momento no había hecho pregunta alguna. Finalmente, a sabiendas de que era ahora o nunca, me aventuré a decir:

—*La montaña mágica* ha significado mucho para mí.

—A veces ocurre —dijo— que me preguntan cuál considero mi mejor novela.

—Oh —respondí.

—Sí —dijo Merrill.

—Yo diría, y lo he dicho en recientes entrevistas… —Hizo una pausa; contuve el aliento—. *La montaña mágica* —espiré.

La puerta se abrió. Llegó el alivio: la esposa alemana, de paso lento, traía una bandeja con pastas, pastelillos y té, y se inclinó para ponerla en la mesa baja frente al sofá junto a una pared. Thomas Mann se puso de pie, rodeó la mesa y nos condujo al sofá: advertí que era muy delgado. Deseaba sentarme nuevamente y lo hice, junto a Merrill, donde se nos indicó, y tan pronto como Thomas Mann ocupó un sillón de respaldo alto. Katia Mann, con una pesada tetera de plata, servía té en tres tazas muy finas. Mientras Thomas Mann ponía el plato sobre sus rodillas y llevaba la taza a su boca (lo seguimos a la vez), ella le dijo en voz baja unas palabras en alemán. Él sacudió la cabeza. Su respuesta fue en inglés: algo así como «No importa» o «Ahora no». Ella suspiró y se fue.

—Ah —dijo—, ahora comeremos. —Sin sonreír, nos indicó con la mano que nos sirviéramos pastelillos.

En uno de los extremos de la mesa baja donde estaba la bandeja había una pequeña estatuilla egipcia que permanece en mi memoria como una votiva figura funeraria. Recordé que Thomas Mann había escrito un libro llamado *José en Egipto* y que en el transcurso de mis incursiones en Pickwick lo había hojeado y no me había parecido atractivo. Resolví darle otra oportunidad.

Nadie hablaba. Era consciente del intenso, entregado silencio de la casa, un silencio que nunca había notado en ningún ambiente interior, y de la lentitud y conciencia de cada uno de mis gestos. Bebí el té, procuré controlar las migas de los pastelillos e intercambié una furtiva mirada con Merrill. Tal vez ya todo había concluido.

Thomas Mann dejó la taza y el plato sobre la mesa, luego se tocó la comisura de la boca con el borde de la gruesa servilleta blanca y dijo que siempre le complacía hablar con jóvenes estadounidenses que revelaban el vigor, la salud y,

fundamentalmente, el carácter optimista de este gran país. Se me cayó el alma a los pies. Lo que había temido: estaba dirigiendo la conversación hacia nosotros.

Nos preguntó sobre nuestros estudios. ¿Nuestros estudios? Pasaría más vergüenza. Estaba segura de que Mann no tenía la menor idea de lo que era un instituto en el sur de California. ¿Sabía de la instrucción para conductores (obligatoria)? ¿De los cursos de mecanografía? ¿No se sorprendería de ver los arrugados preservativos al atravesar el césped para ir a la primera hora de clase (el campus era un lugar de citas muy popular), cuando en mi primera semana en el instituto mi sorpresa reveló que era dos años menor que mis condiscípulos al preguntar estúpidamente a alguien qué eran aquellos globitos bajo los árboles? ¿Y del «té» que vendían dos pachucos (como se llamaba a los chicanos) situados a lo largo del muro izquierdo del edificio del consejo durante el receso matutino? ¿Podría imaginarse a George, quien, como algunos de nosotros sabía, llevaba un revólver y les sacaba dinero a los empleados de gasolineras? ¿A Ella y Nella, las hermanas enanas que dirigieron el boicot del Club Bíblico que resultó en la retirada de nuestro libro de texto de biología? ¿Sabría que el latín había desaparecido junto con Shakespeare, y que durante meses la profesora, visiblemente embotada, del décimo año de inglés repartía al comienzo de cada clase ejemplares del *Reader's Digest* —del que debíamos seleccionar un artículo y escribir un resumen— y se sentaba a su mesa durante la hora tejiendo y asintiendo? ¿Podría imaginarse lo lejos que se encontraba el Gymnasium de su nativa Lübeck, donde a los catorce años Tonio Kröger cortejaba a Hans Hansen tratando de que leyera el *Don Carlos* de Schiller, del bachillerato de North Hollywood, alma mater de Farley Granger y Aland Ladd? No podía saberlo, y yo deseaba que nunca lo averiguara. Mann tenía ya bastantes motivos para estar triste: Hitler, la destrucción de Alemania, el exilio. Era mejor que no supiera lo lejos que en verdad estaba de Europa.

Ahora hablaba del «valor de la literatura» y «de la necesidad de proteger la civilización contra las fuerzas de la barbarie», y yo decía sí, sí… convencida de que era absurdo que estuviéramos allí: lo que había esperado sentir durante toda la semana, estaba por fin sobrecogiéndome. Al comienzo, solo podíamos decir alguna necedad. Ahora que tomábamos té, el ritual social que daba nombre a toda la reunión, se creaban nuevas ocasiones para la vergüenza. Mi preocupación de cometer alguna torpeza expulsaba de mi cabeza lo que me hubiera atrevido a decir.

Recuerdo que empecé a preguntarme cuándo no sería inconveniente marcharnos. Supuse que Merrill, a pesar de lo cómodo que parecía encontrarse, estaría encantado también de irse.

Y Thomas Mann seguía hablando, lentamente, de literatura. Recuerdo más mi consternación que lo que dijo. Intentaba no comer demasiadas pastas, pero en un momento de distracción tomé una más de lo que había pensado. Mann asintió:

—Toma otra —dijo.

Fue horrible. Cuánto deseé que me dejaran sola en su estudio mirando los libros.

Nos preguntó cuáles eran nuestros autores favoritos, y cuando dudé (eran tantos y sabía que solo podría nombrar unos pocos), continuó, y esto lo recuerdo exactamente:

—Supongo que les gusta Hemingway. Me parece que es el escritor estadounidense más representativo.

Merrill masculló que nunca había leído a Hemingway. Tampoco yo lo había leído, pero quedé demasiado atónita para responder siquiera. Qué desconcertante que Mann se interesara en Hemingway, el cual, en la vaga idea que yo tenía de él, era un autor muy popular de novelas que habían sido adaptadas al cine romántico (me gustaban Ingrid Bergman y Humphrey Bogart), y escribía sobre la pesca y el boxeo (yo detestaba los deportes). Nunca me pareció un escritor al que debía leer. Tampoco un escritor que Thomas Mann tomara en serio. Entonces comprendí que no era que a Thomas Mann le gustara Hemingway, sino que se suponía que tenía que gustarnos.

—Y bien —preguntó Thomas Mann—: ¿qué autores os gustan?

Merrill dijo que le gustaba Romain Rolland, queriendo decir *Juan Cristóbal*. Y Joyce, queriendo decir *Retrato del artista adolescente*. Dije que me gustaba Kafka, queriendo decir *La metamorfosis* y *En la colonia penitenciaria*, y Tolstoi, por sus últimos escritos religiosos, así como por sus novelas y al pensar que debía citar a un estadounidense porque eso parecía esperar de mí, mencioné a Jack London (queriendo decir *Martin Eden*).

Dijo que debíamos de ser jóvenes muy serios. Más vergüenza. Lo que más recuerdo fue lo vergonzoso que fue todo.

Aún me preocupaba lo de Hemingway. ¿Debía leerlo?

Le parecía perfectamente normal que dos alumnos de un instituto de la localidad supieran quiénes eran Nietzsche y Schoenberg…, mientras que hasta entonces yo había sentido el placer de saborear, por primera vez, el mundo donde dicha familiaridad se daba por supuesta. Pero al parecer ahora él también quería que fuéramos dos jóvenes

estadounidenses (como los imaginaba); que fuéramos, como lo era él (como él creía, no sé por qué, lo era Hemingway), representativos. Yo sabía que era absurdo. Lo cierto era que nosotros no representábamos absolutamente nada. Ni siquiera a nosotros mismos, al menos no muy bien.

Me encontraba en el salón del trono del mundo en el que aspiraba a vivir, incluso como el ciudadano más humilde. (La idea de decirle que quería ser escritora habría sido lo mismo que decirle que respiraba. Allí estaba, si así debía ser, como admiradora, no como aspirante a formar parte de su casta.) El hombre que estaba frente a mí solo hablaba con fórmulas sentenciosas, aunque era el hombre que había escrito los libros de Thomas Mann. Y yo no pronuncié sino simplezas, aunque estaba llena sentimientos complejos. Ninguno de los dos estaba en su mejor momento.

Es extraño que no recuerde cómo terminó. ¿Vino Katia Mann a decirnos que se había acabado el tiempo? ¿Dijo Thomas Mann que debía volver a su trabajo, recibió nuestra gratitud por concedernos la audiencia y nos acompañó hasta la puerta del estudio? No recuerdo la despedida ni cómo nos liberaron. El momento en que estábamos sentados en el sofá tomando té con pastas se funde en mi memoria con la escena en la que nuevamente estamos entrando en el coche en San Remo Drive. Tras el oscuro estudio, el sol menguante nos parecía resplandeciente: eran las cinco y media.

Merrill puso en marcha el coche. Evaluamos nuestra actuación como dos muchachos que salen de su primera visita a un burdel. Merrill creía que había sido un triunfo. Yo me sentía avergonzada, deprimida, aunque estaba de acuerdo en que no habíamos hecho el ridículo del todo.

—¡Maldición! Deberíamos haber traído el libro —dijo Merrill, rompiendo un largo silencio, mientras nos acercábamos a mi barrio—. Para que lo firmara.

Rechiné los dientes y no dije nada.

—Estuvo muy bien —dijo Merrill mientras yo bajaba del coche delante de mi casa.

Dudo que volviéramos a hablar del asunto.

Diez meses más tarde, a los pocos días de que apareciera el tan anunciado *Doctor Faustus* (seleccionado por el Book-of-the-Month-Club, con una primera edición de más de cien mil ejemplares), Merrill y yo nos encontrábamos en Pickwick mirando

nerviosamente las pilas de libros idénticos que se amontonaban sobre una mesa de metal delante de la tienda. Compré el mío y Merrill el suyo: lo leímos al mismo tiempo.

Aunque muy aclamado, el libro no tuvo el éxito que Mann esperaba. Los críticos expresaron una reserva respetuosa, su presencia en Estados Unidos comenzaba a declinar levemente. La era Roosevelt ya había concluido del todo y se había iniciado la Guerra Fría. Mann empezó a plantearse su regreso a Europa.

Yo estaba a unos pocos meses de dar mi gran paso, el inicio de mi verdadera vida. Tras graduarme en enero comencé un período académico en la Universidad de California, en Berkeley; el infortunado George empezó el suyo, de uno a cinco años, en San Quintín, y en el otoño de 1949 dejé la de California e ingresé en la Universidad de Chicago, en compañía de Merrill y Peter (ambos se habían graduado en junio), para estudiar filosofía, y después… y después… seguí con mi vida, que resultó ser, en general, lo que aquella niña de catorce años había imaginado con certeza.

Y Thomas Mann, que había estado aquí haciendo tiempo, hizo la mudanza. Él y Katia (que habían adoptado la ciudadanía estadounidense en 1944) abandonaron el sur de California en 1952 y volvieron para siempre a la montaña mágica más o menos allanada de Europa. Había pasado quince años en Estados Unidos. Había vivido aquí. Pero no había vivido realmente aquí.

Algunos años más tarde, cuando ya era escritora y conocí a otros muchos escritores, aprendí a ser más tolerante con la brecha que media entre la persona y su obra. Sin embargo, aún hoy el encuentro me parece ilegítimo, impropio. En lo profundo de mi memoria, muy a menudo, recuerdo la vergüenza.

Aún siento el júbilo, la gratitud por haberme liberado de las asfixias de mi infancia. Las admiraciones me liberaron. Y la vergüenza, la cual es el precio de una admiración vivida intensamente. En aquella época me sentía como una adulta, obligada a vivir en el cuerpo de una niña. Desde entonces me siento como una niña que tiene el privilegio de vivir en el cuerpo de una adulta. La fanática de la seriedad que hay en mí, que ya se había desarrollado completamente en la niña, sigue pensando que la realidad es algo por venir. Aún ve un inmenso espacio al frente, un horizonte distante. ¿Es este el mundo real? Aún me lo pregunto cuarenta años más tarde…, como hacen los niños durante un largo y agotador viaje: «¿Ya llegamos?». Me fue negado el sentido de la plenitud infantil. En compensación, siempre perdura el horizonte de la plenitud, hacia el cual me conducen los deleites de la admiración.

Nunca le comenté a nadie el encuentro. Lo he mantenido en secreto a lo largo de los años, como si fuese algo vergonzoso. Como si hubiera ocurrido entre otras dos personas, dos fantasmas, dos seres provisionales, en su camino a otro lugar: una niña cohibida, ferviente, ebria de literatura, y un dios en el exilio que vivía en una casa en Pacific Palisades.

PROYECTO PARA UN VIAJE A CHINA

I

Me voy a China.

Atravesaré el puente Luhu que cruza el río Sham Chun entre Hong Kong y China.

Después de pasar un tiempo en China, atravesaré el puente Luhu que cruza el río Sham Chun entre China y Hong Kong.

Cinco variables:

puente Luhu

río Sham Chun

Hong Kong

China

gorras de visera

Contemplemos otras posibles permutaciones.

Nunca he estado en China.

Siempre he deseado ir a China. Siempre.

II

¿Este viaje mitigará un anhelo?

P. (ganando tiempo): ¿El anhelo de ir a China, quieres decir?

R. Cualquier anhelo.

Sí.

Arqueología de los anhelos.

¡Pero es toda mi vida!

No te aterrorices. «La confesión no es nada, el conocimiento lo es todo.» Se trata de una cita pero no revelaré quién lo dijo.

Pistas:

— un escritor

— alguien sabio

— un austríaco (o sea, un judío vienés)

— un refugiado

— falleció en Estados Unidos en 1951

La confesión soy yo, el conocimiento son todos.

Arqueología de las concepciones.

¿Se me permite un retruécano?

III

La concepción de este viaje es muy antigua.

¿Cuándo fue concebido por primera vez? Tanto como puede remontarse mi memoria.

— Investigar la posibilidad de que yo fuera concebida en China, aunque nací en Nueva York y me crie en otra parte (Estados Unidos).

— Escribir a M.

— ¿Telefonearle?

Relación prenatal con China: algunos alimentos, quizá. Pero no recuerdo haber oído decir a M. que le gustara realmente la comida china.

— ¿Acaso no dijo que en el banquete del general escupió en la servilleta todo el huevo centenario?

Algo que se filtró a través de las membranas vasculares, de todos modos.

La China de Myrna Loy, la China de *Turandot*. Las hermosas, millonarias hermanas Soong de Wellesley y Wesleyan & sus maridos. Un paisaje de jade, teca, bambú, perro frito.

Misioneros, asesores militares extranjeros. Traficantes de pieles en el desierto de Gobi, entre ellos mi joven padre.

Las figuras chinas del primer salón que recuerdo (nos mudamos de allí cuando tenía seis años): un desfile de rollizos elefantes de marfil y cuarzo rosado, angostos rollos de caligrafía negra sobre papel de arroz enmarcados en madera dorada, el Buda Glotón inmovilizado bajo una amplia pantalla de tensa seda rosada. El Buda Compasivo, esbelto, de porcelana blanca.

— Los historiadores del arte chino distinguen la porcelana de la protoporcelana.

Los colonialistas coleccionan.

Trofeos que trajimos, trofeos que dejamos atrás en homenaje al otro salón, en la auténtica casa china, la que nunca vi. Objetos no representativos, opacos. De dudoso gusto (aunque esto solo lo sé ahora). Querencias que me confunden. El regalo de cumpleaños: una pulsera con cinco pequeños fragmentos tubulares de jade verde y un baño de oro en cada diminuto extremo, que nunca usé.

— Colores del jade:

verde, de todas clases, principalmente verde esmeralda y verde azulado

blanco

gris

amarillo

parduzco

rojizo

otros colores

Una certeza: China inspiró la primera mentira que recuerdo haber dicho. Al ingresar en el primer grado, conté a mis compañeros que había nacido en China. Creo que se quedaron impresionados.

Sé que no nací en China.

Las cuatro causas por las que deseo ir a China:

material

formal

eficiente

final

El país más antiguo del mundo: se necesitan años de arduo estudio para aprender su idioma. El país de la ciencia ficción donde todos hablan con la misma voz. Maotsetunguizada.

¿De quién es la voz de la persona que desea ir a China? Es la voz de una niña. Menor de seis años.

¿Viajar a China es como viajar a la Luna? Os lo contaré cuando vuelva.

¿Ir a China es como nacer de nuevo?

Olvidad que fui concebida en China.

IV

No solo mi padre y mi madre sino también Richard y Pat Nixon han estado en China antes que yo. Por no hablar de Marco Polo, Matteo Ricci, los hermanos Lumière (o por lo menos uno de ellos), Teilhard de Chardin, Pearl Buck, Paul Claudel y Norman Bethune. Henry Luce nació allí. Todos sueñan con regresar.

— ¿Acaso M. se mudó de California a Hawái hace tres años para estar más cerca de China?

Después de regresar definitivamente en 1939, M. solía decir: «En China, los niños no hablan». Pero el hecho de que me contara que, en China, eructar en la mesa es una forma cortés de manifestarse satisfecho por la comida no quería decir que yo pudiera hacerlo.

Fuera de casa, resultaba verosímil que me inventara lo de China. Sabía que mentía cuando contaba en la escuela que había nacido allí, pero dado que solo se trataba de una pequeña parte de un bulo mucho mayor y de más envergadura, lo mío era harto disculpable. Enunciada al servicio de la mentira mayor, mi mentira se convertía en una especie de verdad. Lo importante era convencer a mis compañeros de que China existía realmente.

¿Mentí por primera vez antes o después de anunciar en la escuela que era huérfana a medias?

— Eso era verdad.

Siempre he pensado: nadie puede llegar más lejos que China.

— Aún es verdad.

Cuando tenía diez años, excavé un hoyo en el patio trasero. Me detuve cuando medía dos metros de largo por dos de ancho por dos de profundidad. «¿Qué te propones hacer? —me preguntó la criada—. ¿Excavar hasta China?»

No. Solo quería tener un lugar donde sentarme. Cubrí el hoyo con tablones de dos metros y medio de largo: el sol del desierto quema. La casa donde vivíamos entonces era un chalet estucado de cuatro habitaciones que se levantaba sobre un polvoriento camino en el confín de la ciudad. Los elefantes de marfil y cuarzo habían sido subastados.

— mi refugio

— mi celda

— mi estudio

— mi tumba

Sí. Deseaba excavar hasta China. Y salir disparada por el otro extremo, cabeza abajo o caminando con las manos.

El casero vino un día en su jeep y dijo a M. que había que rellenar el hoyo en menos de veinticuatro horas porque era peligroso. Cualquiera que atravesara el patio por la noche podría caer en él. Le mostré que estaba totalmente cubierto con tablones, tablones sólidos, excepto en la pequeña entrada cuadrangular del lado norte por donde yo misma apenas podía entrar con dificultad.

— Además, ¿quién iba a atravesar el patio por la noche? ¿Un coyote? ¿Un indio extraviado? ¿Un vecino tuberculoso o asmático? ¿Un casero colérico?

Dentro del hoyo, escarbé una cavidad en la pared oriental y allí coloqué una vela. Me sentaba en el suelo. El polvo se filtraba entre las rendijas de los tablones y me caía en la boca. Estaba demasiado oscuro para leer.

— Al saltar dentro, nunca me preocupaba la posibilidad de caer sobre una serpiente o un monstruo de Gila enroscado en el fondo del hoyo.

Rellené el hoyo. La criada me ayudó.

Tres meses después volví a excavarlo. Esta vez fue más fácil, porque la tierra estaba removida. Al recordar el episodio de Tom Sawyer y la cerca que había que blanquear, recluté a tres de los cinco chicos de Fuller que vivían enfrente para que me ayudaran. Les prometí que podrían sentarse en el hoyo cuando yo no lo usara.

Sudoeste. Sudoeste. Mi infancia en el desierto, desequilibrada, seca, calurosa.

He estado pensando en las siguientes equivalencias chinas:

ESTE	SUR	CENTRO	OESTE	NORTE
madera	fuego	tierra	metal	agua
azul-verde	rojo	amarillo	blanco	negro
primavera	verano	final de verano / comienzo de otoño	otoño	invierno
verde	rojo		blanco	negro
dragón	pájaro		tigre	tortuga
cólera	alegría	compasión	aflicción	miedo

Me gustaría estar en el centro.

El centro es tierra, amarillo; dura desde el final del verano hasta ya entrado el comienzo del otoño. No tiene pájaro, ni animal.

Compasión.

V

Invitada por el gobierno chino, viajaré a China.

¿Por qué a todos les gusta China? A todos.

Cosas chinas:

comida china

lavanderías chinas

tortura china

Naturalmente, China es demasiado grande para que la entienda un extranjero. Pero también lo son la mayoría de los lugares.

Por el momento no pregunto por la «revolución» (la revolución china), sino que procuro entender el significado de la paciencia.

Y de la crueldad. Y de la infinita vanidad de Occidente. Probablemente los oficiales condecorados que dirigieron la ocupación anglo-francesa de Pekín en 1860 zarparon de vuelta a Europa llevando consigo baúles de baratijas chinas y respetables ensueños de regresar algún día a China como civiles y expertos.

— El Palacio de Verano, la «catedral de Asia» (Victor Hugo), saqueado e incendiado.

— Gordon de China.

La paciencia china. ¿Quién asimila a quién?

Mi padre tenía dieciséis años cuando viajó por primera vez a China. M. tenía, según creo, veinticuatro.

Aún lloro cuando, en una película cualquiera, veo una escena en la que un padre regresa al hogar después de una larga y desesperada ausencia, en el momento en que abraza a su hijo. O hijos.

Fue en Hanói, en mayo de 1968, donde adquirí el primer objeto chino por mi cuenta. Se trataba de un par de zapatillas de lona verde y blanca, con la leyenda «Made in China» estampada en relieve sobre la suela de goma.

Circulando por Pnom Penh en un *rickshaw*, en abril de 1968, recordé la fotografía que conservo de mi padre en un *rickshaw* de Tientsin, tomada en 1931. Parece satisfecho, juvenil, tímido, distraído. Mira en dirección a la cámara.

Una incursión en la historia de mi familia. Me han contado que a los chinos les complace descubrir que un visitante proveniente de Europa o Norteamérica tiene algún vínculo con la China de preguerra. Objeción: Mis padres estaban alineados en el bando enemigo. Afable, sofisticada respuesta china: Pero es que todos los extranjeros que residían en China en aquella época estaban alineados en el bando enemigo.

La Condition Humaine se titula en inglés *Man's Fate* [El destino del hombre]. No es convincente.

Siempre me han gustado los huevos centenarios. (Son huevos de pato, de aproximadamente dos años, tiempo que tardan en convertirse en un exquisito queso verde y negro translúcido.

— Siempre deseé que tuvieran cien años de antigüedad. Imaginaos en qué podrían haberse transformado para entonces.)

En los restaurantes de Nueva York y San Francisco pido a menudo una ración. Los camareros preguntan en su precario inglés si sé lo que estoy pidiendo. Afirmo que sí. Los camareros se van. Cuando llega el plato, les cuento a mis compañeros de mesa lo deliciosos que son, pero siempre termino por comer sola todos los pedazos. A todos mis amigos les repugna su aspecto.

P. ¿Acaso David no probó los huevos? ¿Más de una vez?

R. Sí. Para complacerme.

Peregrinación.

No vuelvo al lugar donde nací, sino al lugar donde fui concebida.

Cuando tenía cuatro años, el socio de mi padre, el señor Chen, me enseñó a comer con palillos. Durante su primer y único viaje a Estados Unidos. Dijo que yo parecía china.

comida china

tortura china

cortesía china

M. me miraba con aprobación. Todos volvieron en el barco juntos.

China era una suma de objetos. Y de ausencia. M. tenía una vaporosa túnica de seda de color dorado mostaza que había pertenecido a una dama de compañía de la corte de la Emperatriz Viuda, según decía.

Y de disciplina. Y de espíritu taciturno.

¿A qué se dedicaba la gente en China en aquella época? Mi padre y mi madre haciendo de Gran Gatsby y Daisy dentro del Protectorado británico; Mao Tse-tung, miles de kilómetros tierra adentro, marchando, marchando, marchando, marchando, marchando, marchando. En las ciudades, millones de enjutos culis fumando opio, arrastrando *rickshaws*, orinando en las aceras, dejándose maltratar por los extranjeros y atormentar por las moscas.

«Rusos blancos» ilocalizables, albinos que cabeceaban sobre los samovares tal como yo los imaginaba cuando tenía cinco años. Imaginaba a los bóxers alzando sus pesados guantes de cuero para desviar las descargas de plomo de los cañones Krupp. No es extraño que los derrotaran.

Miro en una enciclopedia una fotografía cuyo pie dice así: «Recuerdo de un grupo de occidentales con los cadáveres de bóxers torturados. Honghong. 1899». En primer plano, una hilera de cuerpos chinos decapitados cuyas cabezas han rodado a cierta distancia: no siempre está claro a qué cuerpo pertenece cada cabeza. Siete hombres blancos están de pie tras ellos, y posan para la cámara. Dos lucen sus sombreros de exploradores y un tercero sostiene el suyo a su derecha. En las aguas aparentemente poco profundas que tienen a sus espaldas, varios sampanes. El comienzo de una aldea a la izquierda. En el fondo, montañas ligeramente salpicadas de nieve.

— Los hombres sonríen.

— Indudablemente quien toma la fotografía es un octavo occidental, amigo de los otros.

Shanghái huele a incienso, pólvora y estiércol. Un senador estadounidense (de Misuri) a comienzos de siglo: «Con la ayuda de Dios, levantaremos Shanghái más y más hasta colocarla a la altura de Kansas City». Un búfalo a finales de la década de 1930, destripado por las bayonetas de los soldados invasores japoneses, gimiendo en las calles de Tientsin.

Fuera de las pestilentes ciudades, aquí y allá, un sabio se acuclilla en el corazón de una montaña verde. Grandes extensiones de delicado paisaje separan a cada sabio de su colega más próximo. Todos los sabios son ancianos, pero no todos son lo bastante hirsutos como para dejarse crecer barbas blancas.

Señores de la guerra, terratenientes; mandarines, concubinas. Veteranos en China. Tigres voladores.

Palabras que son imágenes. Teatro de sombras. Tempestad sobre Asia.

VI

Me interesa la sabiduría. Me interesan las murallas. China es célebre por ambas cosas.

Del artículo sobre China que figura en la *Encyclopaedia Universalis* (vol. 4, París, 1968, p. 306): «Dans les conversations, on aime toujours les successions de courtes phrases dont chacune est induite de la précédente, selon la méthode chinoise traditionnelle de raisonnement».

La vida vivida mediante citas. En China, el arte de la cita ha llegado a su apogeo. Sirve de guía en todas las actividades.

En China hay una mujer de veintinueve años que tiene el pie derecho en la pierna izquierda. Se llama Tsui Wen Shi. El accidente de tren que le costó la pierna derecha y el pie izquierdo ocurrió en enero de 1972. La operación que le injertó el pie derecho en la pierna izquierda tuvo lugar en Pekín y fue realizada, según el *Diario del Pueblo*, «utilizando como guía la línea proletaria del presidente Mao en cuestiones de salud, pero también gracias a avanzadas técnicas quirúrgicas».

> — El artículo del diario explica por qué los cirujanos no injertaron nuevamente el pie izquierdo en la pierna izquierda: los huesos del pie izquierdo estaban triturados, mientras que el pie derecho estaba intacto.

> — No se pide al lector que acepte nada como artículo de fe. No se trata de un milagro quirúrgico.

Contemplo la fotografía de Tsui Wen Shi, sentada en posición erguida sobre una mesa cubierta con un lienzo blanco, sonriente, sosteniendo con las manos su rodilla izquierda doblada.

Su pie derecho es muy grande.

Todas las moscas han desaparecido, fueron eliminadas hace veinte años durante la Gran Campaña de Exterminio de Moscas. Los intelectuales que, después de practicar su autocrítica, fueron enviados a las zonas rurales para que se reeducaran compartiendo la suerte de los campesinos vuelven a ocupar sus puestos en Shanghái, Pekín y Cantón.

La sabiduría se ha vuelto más sencilla, más practicable. Más horizontal. Los huesos de los sabios se blanquean en las cuevas de la montaña y las ciudades están limpias. La gente está ansiosa por decir su verdad, al unísono.

Las mujeres, que desde hace mucho tiempo ya no se comprimen los pies, celebran reuniones para «comentar su amargura» hacia los hombres. Los niños recitan cuentos de hadas antimperialistas. Los soldados eligen y destituyen a sus oficiales. Las minorías étnicas disfrutan de un permiso limitado para cultivar su folclore. Chou En-lai continúa siendo esbelto y atractivo como Tyrone Power, pero ahora Mao Tse-tung se parece al rollizo Buda bajo la pantalla de la lámpara. Todos están muy tranquilos.

VII

Hace veinte años que me prometo hacer tres cosas antes de morir:

— escalar el Matterhorn

— aprender a tocar el clavicordio

— estudiar chino

Quizá no sea demasiado tarde para escalar el Matterhorn. (¿Tal como Mao Tse-tung nadaba, didácticamente anciano, once millas aguas abajo por el Yang-Tse?) Mis pulmones, que provocaron tantas preocupaciones, son más resistentes ahora que cuando era adolescente.

Richard Mallory desapareció para siempre detrás de una nube inmensa, precisamente cuando se le vio aproximarse a la cima. Mi padre, tuberculoso, jamás volvió de China.

Nunca dudé que algún día iría a China. Aun cuando para un norteamericano se hizo difícil ir, incluso imposible.

— Estaba tan confiada que nunca pensé en convertir dicho viaje en uno de mis tres proyectos.

David lleva el anillo de mi padre. El anillo, un pañuelo de seda blanca con las iniciales de mi padre bordadas en hilo negro de seda y una billetera de piel de cerdo con su nombre estampado por dentro en pequeñas letras de oro son los únicos bienes suyos que conservo en mi poder. No sé cómo era su letra, ni siquiera su firma. El sello plano de su anillo también lleva sus iniciales.

— Es sorprendente que encaje exactamente en el dedo de David.

Ocho variables:

rickshaw

mi hijo

mi padre

el anillo de mi padre

muerte

China

optimismo

chaquetas de tela azul

La cantidad de posibilidades aquí encerradas es impresionante: épica, patética. Tónica.

También tengo algunas fotos, tomadas en su totalidad antes de mi nacimiento. En *rickshaws*, sobre camellos y cubiertas de barcos, frente a la muralla de la Ciudad Prohibida. Solo. Con su amante. Con M. Con sus dos socios: el señor Chen y el ruso blanco.

Es opresivo tener un padre invisible.

P. ¿Acaso David no tiene también un padre invisible?

R. Sí, pero el padre de David no es un muchacho muerto.

Mi padre no cesa de rejuvenecer. (Ignoro dónde está sepultado. M. dice que lo olvidó.)

Un dolor inconcluso que podría, solo podría, desaparecer dentro de la interminable sonrisa china.

VIII

El más exótico de los lugares.

China no es uno de esos lugares adonde yo al menos iría únicamente por mi propia voluntad.

Mis padres optaron por no traerme a China. Tuve que esperar a que el gobierno me invitara.

— Otro gobierno.

Entretanto, mientras yo esperaba, sobre su China, la China de las coletas y de Chiang Kai-shek, y la de más habitantes que los que era posible contar, había sido injertada la China del optimismo, la del futuro deslumbrante, la de más habitantes que los que era posible contar, la de las chaquetas de tela azul y las gorras con visera.

Concepción, preconcepción.

¿Qué concepción de este viaje puedo tener por anticipado?

¿Un viaje en busca de esclarecimiento político?

— ¿«Notas para la definición de la Revolución Cultural»?

Sí. Pero asentada sobre conjeturas, vivificada por falacias. Puesto que no entiendo el idioma. Ya soy seis años mayor de lo que era mi padre cuando murió, y no he escalado el Matterhorn ni he aprendido a tocar el clavicordio ni he estudiado chino.

¿Un viaje capaz de mitigar un dolor íntimo?

En tal caso, el dolor será mitigado voluntariamente: porque deseo dejar de padecer. La muerte es irreversible, innegociable. No inasimilable. Pero ¿quién asimila a quién? «Todos los hombres deben morir, pero el sentido de la muerte puede variar. El antiguo escritor chino Szuma Chien dijo: "Aunque la muerte sobreviene a todos los hombres por igual, puede ser más pesada que el monte Tai o más ligera que una pluma".»

— Esta no es la totalidad de la breve cita que aparece en *Citas del presidente Mao Tse-tung*, pero por ahora me basta.

— Advierte que incluso en esta cita abreviada de Mao Tse-tung hay una cita dentro de una cita.

— La frase final omitida de la cita aclara que la muerte deseable es la pesada, no la ligera.

Murió muy lejos. Al rememorar la muerte de mi padre lo hago más pesado. Lo sepultaré yo misma.

Visitaré un lugar totalmente distinto de mí. No es necesario decidir de antemano si es el futuro o el pasado.

Lo que hace diferentes a los chinos es el hecho de que viven simultáneamente en el pasado y en el futuro.

Hipótesis. Los individuos que parecen realmente excepcionales dan la impresión de pertenecer a otra época. (Ya sea a una época del pasado o, sencillamente, del futuro.) Nadie extraordinario parece ser cabalmente contemporáneo. Las personas que son contemporáneas no parecen ser absolutamente nada:

son invisibles.

El moralismo es la herencia del pasado, gobierna el ámbito del futuro. Vacilamos. Recelosos, irónicos, desilusionados. ¡Este presente se ha convertido en un puente muy difícil! Cuántos, cuántos viajes debemos emprender para no estar huecos ni ser invisibles.

IX

De *El gran Gatsby*, p. 2: «Cuando regresé del Este el otoño pasado, sentí que deseaba que el mundo estuviera uniformado y en una especie de permanente alerta moral; no quería más excursiones tumultuosas con visiones privilegiadas del corazón humano».

— Se trata de otro «Este», pero no importa. La cita es pertinente.

— Fitzgerald se refería a Nueva York, no a China.

— (Es mucho lo que se puede decir del «descubrimiento de la función moderna de la cita», que Hannah Arendt atribuyó a Walter Benjamin en su ensayo «Walter Benjamin».

— Datos:

un escritor

alguien brillante

un alemán [o sea, un judío berlinés]

un refugiado

murió en la frontera franco-española en 1940

— A Benjamin, sumad Mao Tse-tung y Godard.)

«Cuando regresé del Este el otoño pasado, sentí que deseaba que el mundo…» ¿Por qué el mundo no habría de estar en alerta moral? Pobre mundo maltrecho.

Primera mitad de la segunda cita del anónimo sabio austrojudío refugiado que murió en Estados Unidos: «El hombre como tal es el problema de nuestro tiempo; los problemas de los individuos se están esfumando e incluso están prohibidos, moralmente prohibidos».

No se trata de que tema volverme simple al viajar a China. La verdad es simple.

Me llevarán a visitar fábricas, escuelas, granjas colectivas, hospitales, museos, presas. Habrá banquetes y ballets. Nunca estaré sola. Sonreiré a menudo (aunque no entiendo el chino).

Segunda mitad de la cita no identificada: «El problema personal del individuo se ha convertido en motivo de risa para los dioses, y razón tienen para ser despiadados».

«Combatid el individualismo», dice el presidente Mao. Moralista magistral.

En otro tiempo, China significaba el colmo de los refinamientos: en cerámica, crueldad, astrología, modales, alimentación, erotismo, pintura de paisajes, la relación entre el pensamiento y el signo escrito. Ahora China significa el colmo de la simplificación.

No me desanima, imaginándome China la víspera de mi partida rumbo a ese país, todo lo que se dice de la bondad. Ser *demasiado* buena no es algo que me inquiete, como le sucede a toda la gente que conozco.

— Como si la bondad llevara aparejada una pérdida de energía, de individualidad;

— en los hombres, una pérdida de virilidad.

«Los buenos llegan los últimos.» Proverbio norteamericano.

«No es difícil hacer un poco de bien. Lo difícil es hacer el bien durante toda la vida y nunca hacer nada malo…» (*Citas del presidente Mao Tse-tung*, edición Bantam de bolsillo, p. 141.)

Un mundo atestado de culis y concubinas oprimidos. De crueles terratenientes. De mandarines arrogantes, cruzados de brazos, con sus largas uñas enfundadas en las anchas mangas de sus túnicas. Todos transformándose, apaciblemente, en Girl Scouts & Boy Scouts Celestiales a medida que la Estrella Roja se remonta sobre China.

¿Por qué *no* querer ser bueno?

Pero para ser bueno hay que ser más simple. Más simple, como en un retorno a los orígenes. Más simple, como en un gran olvido.

X

Una vez, al dejar China de regreso a Estados Unidos para visitar a su hija (o hijas), mi padre y M. cogieron el tren. En el Transiberiano, donde pasaron diez días sin vagón comedor, cocinaban en su compartimento sobre un hornillo Sterno. Como una sola bocanada de humo de cigarrillo bastaba para provocar un ataque de asma a mi padre, M., que fuma, probablemente pasaba mucho tiempo en el pasillo.

— Esto lo imagino. M. nunca me lo dijo, aunque sí me contó la siguiente anécdota.

Después de atravesar la Rusia de Stalin, M. quiso apearse cuando el tren se detuvo en Bialystok, donde había nacido su madre, fallecida en Los Ángeles cuando M. tenía catorce años. Pero en la década de 1930 las puertas de los vagones reservados para extranjeros se precintaban.

— El tren estuvo parado varias horas en la estación.

— Unas ancianas golpeaban el cristal helado de la ventanilla con la esperanza de venderles *kvass* tibio y naranjas.

— M. lloraba.

— Quería sentir bajo sus pies el suelo del lejano lugar natal de su madre. Una sola vez.

— No se lo permitieron. (Le advirtieron que si pedía una vez más que la dejaran apearse del tren durante un minuto, la arrestarían.)

— Lloraba.

— No me dijo que lloraba, pero sé que así fue. La veo.

Compasión. Legado de desdichas. Las mujeres se reúnen para charlar de sus amarguras. Yo he sentido amargura.

¿Por qué no querer ser bueno? El corazón cambia de parecer. (El corazón, el más exótico de los lugares.)

Si perdono a M., me libero. Después de todos estos años, ella no ha perdonado a su madre por haber muerto. Yo perdonaré a mi padre. Por haber muerto.

— ¿Perdonará David al suyo? (No por haber muerto.) Que lo decida él.

«Los problemas de los individuos se están esfumando…»

XI

En alguna parte, en algún rincón de mi ser, siento desapego. Siempre he sentido desapego (en parte). Siempre.

— ¿Desapego oriental?

— ¿orgullo?

— ¿miedo al dolor?

Respecto al dolor, he sido ingeniosa.

Cuando M. regresó a Estados Unidos procedente de China, a comienzos de 1939, dejó transcurrir varios meses antes de decirme que mi padre no volvería. Estaba a punto de acabar el primer curso, y mis compañeros de clase creían que había nacido en China. Cuando me invitó a entrar en el salón, comprendí que esa era una ocasión solemne.

— Dondequiera que mirase, al cambiar de postura en el sofá de brocado, había budas que me distraían.

— Fue lacónica.

— No lloré durante mucho tiempo. Ya imaginaba cómo anunciaría esa novedad a mis amigos.

— Me envió a jugar.

— Yo no creía realmente que mi padre estuviera muerto.

Queridísima M. No puedo telefonear. Tengo seis años. Mi pena cae como copos de nieve sobre el cálido suelo de tu indiferencia. Estás inhalando tu propio dolor.

La pena maduró. Mis pulmones se debilitaron. Mi voluntad se reforzó. Fuimos al desierto.

De *Le Potomak* de Cocteau (edición de 1919, p. 66): «Il était, dans la ville de Tien-Sin, un papillon».

De alguna manera, mi padre había quedado abandonado en Tientsin. El hecho de que me hubieran concebido en China pasó a ser aún más importante.

Parece aún más importante viajar allí ahora. En este momento la historia complica mis razones personales, individuales. Las difumina, las desplaza, las aniquila. Gracias a los afanes de la figura más portentosa de la historia mundial desde Napoleón.

No languidezcáis. El dolor no es inevitable. Aplicad la gaya ciencia de Mao: «Permaneced unidos, alertas, entusiasmados y vivaces» (la misma edición, p. 81).

¿Qué significa «permaneced alertas»? ¿Cada persona alerta dentro de sí, eludiendo el zumbido de la colmena?

— Todo muy bien, si se exceptúa el riesgo de acumular demasiadas verdades.

— Pensad en el perjuicio del «permaneced unidos».

El grado de alerta equivale al grado en que no se es holgazán, en que se evita la rutina. Permaneced alertas.

La verdad es simple, muy simple. Centrada. Pero la gente anhela otro alimento además de la verdad. Sus distorsiones privilegiadas, en la filosofía y en la literatura. Por ejemplo.

Yo respeto mis anhelos, y me impaciento con ellos.

«La literatura es solo la impaciencia del conocimiento.» (Tercera y última cita del sabio austrojudío anónimo que murió en Estados Unidos como refugiado.)

Ya en posesión de mi visado, estoy impaciente por partir rumbo a China. Por saber. ¿Me detendrá un conflicto con la literatura?

Un conflicto inexistente, según Mao Tse-tung en sus disertaciones de Yenan y demás escritos, si la literatura sirve al pueblo.

Pero las palabras nos gobiernan. (La literatura nos revela lo que les sucede a las palabras.) Más precisamente, nos gobiernan las citas. No solo en China, sino también en el resto del mundo. ¡Y ahora que no nos vengan con lo de la naturaleza transmisible del pasado! Desunid las oraciones, fracturad los recuerdos.

— Cuando mis recuerdos se convierten en consignas, ya no los necesito. Ya no creo en ellos.

— ¿Otro embuste?

— ¿Una verdad accidental?

La muerte no muere. Y los problemas de la literatura no se están esfumando…

Después de atravesar el puente Luhu, que cruza el río Sham Chun entre Hong Kong y China, cogeré un tren en dirección a Cantón.

A partir de ese momento, estoy en manos de un comité. Mis anfitriones. Mis afables Virgilios burocráticos. Controlan mi itinerario. Saben lo que quieren que vea, lo que juzgan apropiado que vea; y no discutiré con ellos. Pero cuando me inviten a formular sugerencias adicionales, les diré: Cuanto más al norte, mejor. Me aproximaré más.

Detesto el frío. Mi infancia en el desierto me convirtió en una incorregible amante del calor, de los trópicos y los desiertos. Pero en este viaje estoy dispuesta a soportar tanto frío como sea necesario.

— China tiene desiertos fríos, como el de Gobi.

Viaje mítico.

Antes de que la injusticia y la responsabilidad se volvieran demasiado nítidas, y estridentes, los viajes míticos se hacían a lugares situados fuera de la historia. Al infierno, por ejemplo. Al país de los muertos.

Ahora esos viajes se hallan totalmente circunscritos por la historia. Viajes míticos a lugares consagrados por la historia de pueblos auténticos, y por la historia personal de cada cual.

El resultado es, inevitablemente, literatura. Literatura más que conocimiento.

El viaje como acumulación. El colonialismo del alma, de cualquier alma, por muy bienintencionada que sea.

— Por muy casta que sea, por muy propensa a la bondad que sea.

En la frontera entre la literatura y el conocimiento, la orquesta del alma prorrumpe en una fuga sonora. El viajero vacila, tiembla. Tartamudea.

No os dejéis llevar por el pánico. Pero para continuar el viaje, ni colonialista ni nativo, se necesita ingenio. El viaje como desciframiento. El viaje como forma de liberarse de un peso. Llevo conmigo una maleta pequeña, ni máquina de escribir ni cámara fotográfica ni magnetófono. Con la esperanza de resistir la tentación de traer a

mi regreso objetos chinos, por elegantes que sean, o recuerdos, por evocadores que sean. Cuando ya tengo tantos en mi cabeza.

¡Qué impaciente estoy por marcharme a China! Sin embargo, aun antes de salir, una parte de mí ya ha realizado el largo viaje que me lleva a su frontera, ha recorrido el país y ha vuelto a abandonarlo.

Después de atravesar a pie el puente Luhu, que cruza el río Sham Chun entre China y Hong Kong, me embarcaré en un avión rumbo a Honolulú.

— Donde tampoco he estado nunca.

— Una parada de pocos días. Después de tres años, estoy extenuada por la inexistente literatura de cartas no escritas y llamadas telefónicas no hechas que se cruzan entre M. y yo.

Después de lo cual cojo otro avión. Rumbo a donde pueda estar sola: por lo menos, aislada del zumbido de la colmena. E incluso de las lágrimas de las cosas, tal como las entiende —ya sea con alivio o indiferencia— el corazón individual que se compadece a sí mismo interminablemente.

XIII

Atravesaré el puente Sham Chun en ambas direcciones.

¿Y después? Nadie se sorprende. Entonces viene la literatura.

— La impaciencia del conocimiento

— El dominio de una misma.

— La impaciencia volcada en el dominio de una misma

Consentiría gustosamente en permanecer callada. Pero entonces, ¡ay!, es difícil saber algo. Para renunciar a la literatura debería estar realmente segura de que podría saber. Certidumbre que demostraría groseramente mi ignorancia.

La literatura, pues. La literatura antes y después, si es necesario. Lo cual no me libera de las exigencias de tacto y humildad necesarias para este viaje sobredeterminado. Temo traicionar tantas declaraciones contradictorias.

La única solución: saber y no saber. Literatura y no literatura, utilizando los mismos signos verbales.

Entre los llamados románticos del siglo pasado, un viaje cristalizaba casi siempre en la producción de un libro. Se viajaba a Roma, Atenas, Jerusalén —y aún más allá— para escribir al respecto.

Quizá escriba el libro sobre mi viaje a China antes de ir.

ESPÍRITUS NORTEAMERICANOS

La historia comienza en un lugar muy concurrido, algo así como una estación de autocares Greyhound, pero más refinado. La protagonista es una joven intrépida de irreprochable ascendencia protestante blanca y de complexión estándar, normal. Su único defecto visible se reflejaba en su nombre: señorita Carichata.

Abofeteada por las miradas mecánicas, la señorita Carichata resolvió emprender una carrera de actividades venéreas. Los espíritus de Ben Franklin y Tom Paine susurraron roncamente en sus oídos, convocándola e intimidándola.

La señorita Carichata se levantó las faldas. Todos y cada uno profirieron una exclamación. «Nada de sexo, nada de sexo —coreó la multitud—. ¿Quién podría inspirar deseo con semejante cara?»

—Ponedme a prueba —murmuró ella valerosamente, mientras se replegaba contra una pared de azulejos blancos.

La concurrencia continuó mofándose de ella, sin moverse.

Entonces el señor Obscenidad irrumpió en el recinto, luciendo pantaloncitos blancos, una camisa a cuadros y un monóculo.

—Vuestro problema, muchachos —manifestó, mirando a la señorita Carichata con expresión lasciva, y desgarrándole luego la blusa de nailon sin molestarse en desabrochar los botones—, consiste en que tenéis principios. Un exceso de sentido estético, ese es vuestro defecto. —Para dar mayor énfasis a sus palabras propinó un empellón a la señorita Carichata, que lo miraba fijamente, atónita, parpadeando—. Mansa como un corderito —agregó mientras se apoderaba de su pecho izquierdo y apuntaba con él a los fascinados espectadores.

—Eh, sepa que yo soy su marido —dijo un joven robusto, llamado Jim, separándose de la concurrencia—. Señorita Carichata es solo su nombre de soltera. En casa es simplemente la señora de Jim Johnson, orgullosa esposa y madre de tres criaturas, jefa de distrito de la Asociación de Boy Scouts, vicepresidenta de la

Asociación de Padres y Maestros de la escuela Green Grove, a la que van nuestros niños, y secretaria del registro de la Liga Local de Mujeres Votantes. Tiene casi diez cuadernillos de cupones canjeables de King Korn y un Oldsmobile de mil novecientos sesenta y dos. Su madre, o sea, mi suegra, se pondría furiosa si le permitiera a usted salirse con la suya. —Hizo una pausa—. Si le permitiera salirse con la suya, señor Obscenidad, caballero.

—Así me gusta más —dijo el señor Obscenidad.

—Jim —exclamó la señorita Carichata enfadada—. Es inútil, Jim. He cambiado. No volveré a casa.

Algo semejante a un carruaje con un tiro de caballos ruanos se detuvo ante las puertas de vidrio esmerilado. El señor Obscenidad se precipitó sobre su asiento y, con un ademán que no admitía negativas, indicó a la señorita Carichata que ocupara el suyo. Cuando salieron disparados, se oyeron lamentos y risitas por encima del redoble de los cascos.

* * *

Allí donde vivía, la señorita Carichata —exseñora Johnson— se había hecho célebre porque tenía la basura más limpia de la manzana. Pero en el lugar adonde la transportó el señor Obscenidad, nada parecía ceñirse a las leyes de la higiene tal como ella las había conocido. La gente dejaba caer lánguidamente sobre los suelos de madera blanqueada los melocotones demasiado maduros, a medio comer. En las hojas de papel oficio de color azul celeste garabateaban dibujos de órganos genitales masculinos y femeninos, y después las estrujaban y las arrojaban a un rincón del cuarto. Sobre los manteles de damasco, que nunca cambiaban, florecían manchas de vino. En la cara interior de la puerta del armario estaba clavada con chinchetas una foto desvaída de Marlon Brando, arrancada de una revista y manchada con lápiz de labios; nadie quitaba el polvo del alféizar de las ventanas; la señorita Carichata apenas tenía tiempo para cepillarse los dientes una vez al día, y las condiciones en que se encontraba la cama —particularmente la almohada, erizada de pequeñas plumas— eran increíbles.

Desde su ventana la señorita Carichata podía ver el océano, un tiovivo y una montaña rusa llamada El Huracán y pequeñas figuras —agrupadas por parejas o en familias— que discurrían por la pasarela de tablas. Era verano y varios ventiladores grasientos distribuidos por la habitación removían el aire sin vencer al calor. La señorita Carichata anhelaba bañarse en el océano, aunque no habría osado lavarse los acres olores corporales que deleitaban al señor Obscenidad. Su apetito por el algodón dulce

se satisfacía con más facilidad. Prácticamente no terminaba de enunciar su deseo de ingerirlo, cuando aparecía allí, envuelto en papel de periódico, al pie de su puerta. Pero cuando solo lo había consumido a medias, arrancando alegremente bolas de filamentos rosados con sus dientes superfluos, el señor Obscenidad se abalanzaba sobre la cama y la poseía. El cucurucho de papel impregnado con el mejunje pegajoso rodaba inadvertidamente al suelo, en medio de los quejidos de los muelles del colchón.

Algunas veces se presentaba gente a la hora de la cena. Mientras el señor Obscenidad presidía la reunión desde un extremo de la mesa de roble, varios individuos morenos conversaban sobre el comunismo, el amor libre, el mestizaje racial. Algunas de las mujeres lucían largos pendientes de oro. Algunos de los hombres calzaban zapatos puntiagudos. La señorita Carichata tenía una idea de los extranjeros sacada de las películas. Lo que no conocía era los modales espantosos de que hacían gala a la mesa, por ejemplo, cuando arrancaban trozos de pan con los dedos. Y no siempre le sentaban bien los suculentos guisos sazonados con ajo y las cremas espumosas. Generalmente después de la cena resonaban salvas de solemnes eructos. La señorita Carichata participaba jubilosamente en la ceremonia.

Aunque a veces la incomodaban tanto la desagradable confusión de alimentos como la estridencia e ímpetu de la conversación, la señorita Carichata ya confiaba bastante en el señor Obscenidad. Este, cualquiera que fuese el aspecto de sus huéspedes, estaba siempre inmaculada y pulcramente abotonado. Las páginas mimeografiadas que el señor Obscenidad llevaba a menudo en su sujetapapeles y consultaba con frecuencia, incluso a la mesa durante la cena, contribuían a aumentar su confianza. «Esto es de buen augurio —pensaba la señorita Carichata—. Aquí rige algún sistema.»

Joviales y dispuestos a divertirse a la menor insinuación: así era como la señorita Carichata procuraba imaginar a los huéspedes. Cuando hacían circular por la mesa estatuillas de yeso procaces, podía suceder que su vecino le rozara el bajo vientre con el codo para expresar entusiasmo. De vez en cuando un par de comensales se sumergían bajo la mesa, que se estremecía durante un rato hasta que la pareja reaparecía congestionada y desaliñada.

Al observar que el señor Obscenidad parecía querer exhibirla ante sus amigos, la señorita Carichata procuraba ser lo más afectuosa posible. Alimentaba la esperanza de que un día no hubiera nada que ella no pudiese hacer de cuanto él le pidiera.

—Qué linda mujercita tienes aquí —comentó uno de sus compadres negros, un hombre a quien todos llamaban Abe el Honesto.

Dejó caer la ceniza de su puro en un diafragma chapado en oro que hacía las veces de cenicero, y se repantingó en su silla.

—Está a tu disposición —respondió el señor Obscenidad con un ademán cordial.

Después anotó algo en su sujetapapeles.

—Bueno, no sé… —murmuró Abe el Honesto.

Se frotó la hilera de barba que le orlaba el mentón, cavilando.

La señorita Carichata dudó. ¿Este negro corpulento, Abe el Honesto, sentía temor del delgado señor Obscenidad? ¿O la encontraba indeseable?

—La cara no es gran cosa…

¡Eso liquidaba la cuestión! Las lágrimas se agolparon tras los ojos de la señorita Carichata.

—Y las mujeres blancas no son buenas para mi sangre. Es lo que dice el Profeta.

—¡Abe! —exclamó el señor Obscenidad, con tono amenazador.

—Sí, señor Obscenidad. Quiero decir, sí, patrón. Quiero decir, sí, señor.

Abe el Honesto apartó parsimoniosamente de la mesa su enorme mole, dejó caer la servilleta y dispersó por el suelo las migas de pan acumuladas sobre su regazo.

—Bueno, mujercita, veamos qué podemos hacer tú y yo. No será peor para ti que para mí. —Soltó una risita.

La señorita Carichata se levantó ansiosamente. Experimentó un ligero cosquilleo en el estómago. Los espíritus de James Fenimore Cooper y de Betsy Ross le susurraron al oído, convocándola e intimidándola.

—Es mi deber, ¿verdad? —le preguntó al señor Obscenidad, deseando sofocar los últimos atisbos de duda que maculaban su resolución perfecta—. La voluntad nacional, quiero decir. El objetivo nacional. Y la presencia nacional.

—Debes hacer lo que debes hacer —sentenció fríamente el señor Obscenidad—. Este es, después de todo, el dilema norteamericano. —Hizo una anotación en su sujetapapeles y se volvió hacia sus invitados.

Abe el Honesto se quitó cuidadosamente la chaqueta de terciopelo marrón y la colgó sobre el respaldo de su silla, y luego desabrochó el transistor que se alojaba en su axila.

«De modo que la música provenía de allí», pensó la señorita Carichata.

Su unión se consumó en una bañera cuya dura superficie de esmalte blanco había sido tapizada con toallas de baño de alegres colores —azules, púrpuras, marrones y amarillas—, como la tienda de un jeque. Sobre los grifos, alguien había desplegado considerada, quizá incluso reverentemente, la bandera de las barras y las estrellas. La señorita Carichata tuvo la presencia de ánimo necesaria para reflexionar: «Huelen de otra manera. Pero es un olor agradable y fuerte. Me pregunto por qué les temía tanto cuando entré una noche tarde en aquella tienda de golosinas para comprar un paquete de Luckies, o en el palco del cine (entonces era una niña) cuando aquel grandote se sentó a mi lado. Te asusta verlos en los telediarios alborotando y arrojando ladrillos en sus propias calles sórdidas. Parecen ser muchos. Pero de uno en uno no son tan inquietantes cuando los tienes realmente cerca. Se merecen todos los derechos que puedan conquistar», concluyó.

* * *

Mientras días y noches se sucedían invariablemente, todos ocupados por placeres tumultuosos, la señorita Carichata se preguntaba a veces si seguiría mereciendo su nombre. Pero el señor Obscenidad resultó ser un capataz severo. No le permitía acercarse a un espejo. Se negaba a contestar cualquier pregunta acerca de su aspecto, sus talentos o su destino.

Ella no pensó ni una vez en su madre, la viuda de un maquinista de tren que ahora vivía en Saint Louis, ni siquiera deseó enviarle una tarjeta postal. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, pensaba en Jim y los tres niños. Se preguntaba si él habría vendido el Oldsmobile: no necesitaría dos coches. Pero no podía volverse atrás.

—Tienes cierto poder —le dijo un día al señor Obscenidad—. Pero ¿por qué te teme la gente?

Los espíritus de Henry Adams y de Stephen Crane le susurraron roncamente al oído, convocándola e intimidándola. ¿Seguro que no estaba prohibido formular preguntas? No en un país libre.

—Quiero decir, ¿cómo conseguiste que Jim me dejara partir tan fácilmente?

El señor Obscenidad, intensamente dedicado a la señorita Carichata, no respondió. Se limitó a colocar una almohada sobre su animado rostro.

Ella arrojó la almohada a un lado.

—¿Y Abe el Honesto? —preguntó, escudriñando sus ojos serenos y abstraídos—. ¿Por qué te temía *él*? —Tampoco esta vez obtuvo respuesta—. Él es más grande… quiero decir más alto… que tú.

El señor Obscenidad continuó hojeando, por así decirlo, su cuerpo. Acababa de desencadenarse un vendaval que presagiaba algo. En algún lugar, un postigo golpeaba contra una pared.

La atención de la señorita Carichata se extravió. Observó cómo una mosca sorbía el contenido de un charco de café frío, sobre la mesilla de noche. A continuación la etiqueta de los nuevos pantalones de montar marrones del señor Obscenidad, dejados de cualquier manera en el suelo, atrajo su interés. Luego se preguntó si el señor Obscenidad tendría dificultades para figurar en la guía de teléfonos.

—Presta atención —ladró él, retirándose de la señorita Carichata, girándose un poco y espolvoreando ligeramente el torso de ella con azúcar.

—La presto.

—No me contradigas. No la prestas.

—Bueno, ¿qué importa si pienso en otras cosas? ¿Quién dice que debo pensar constantemente en eso? ¿Acaso el pensar no lo echa a perder, de todos modos?

—Mira —manifestó él—, este no es un ejercicio de euritmia.

—Bueno, no sé qué significa eso —contestó ella solemnemente—, pero tampoco se supone que sea un trabajo forzado.

—¡No te hagas la inocente conmigo! No tengo a toda esa gente apostada aquí por nada.

Por encima del zumbido de las moscas sobre sus pechos, la señorita Carichata sintonizó un coro de jadeos roncos. En el pasillo, un poco más allá de la puerta abierta, cuatro tenientes del Ejército del Aire parecían estar jugando al bridge.

—No los había visto —protestó ella.

El señor Obscenidad gruñó.

—Te juro que no.

—Apuesto a que de pequeña eras remilgada para comer —masculló el señor Obscenidad.

—No, realmente…

El señor Obscenidad volvió a colocar la almohada. La señorita Carichata se resignó al placer. Formularía sus preguntas en otra ocasión.

* * *

—¿Qué te parece esta vida? —se dignó a preguntar una tarde el señor Obscenidad con voz ahogada mientras hozaba entre las piernas de la señorita Carichata.

—¡Cielos! —exclamó ella—. ¡Nunca imaginé que la vida podía ser así!

—¿Quieres seguir viviendo así? —inquirió él.

—¡Seguro! —Desde su infancia, la señorita Carichata siempre había dicho «¡Seguro!» cuando no estaba segura—. ¿Quién querría vivir de otra manera? Casi no lo puedo imaginar —prosiguió, con un estremecimiento de ansiedad ante tan inoportuna verborrea.

—Ah, querida mía… —suspiró el señor Obscenidad mientras se sentaba entre las sábanas húmedas y arrugadas, y palmeaba el muslo de la señorita Carichata—. Me temo que todo ha acabado para ti. Nunca hay que pensar que no es posible otra vida distinta de esta. Todas las otras vidas son imaginables, posibles, incluso probables.

—¿Qué he hecho? —gritó ella, desolada al ver que él se había calado el monóculo en la cuenca del ojo izquierdo. El señor Obscenidad solo se quitaba el monóculo cuando estaba entregado a la más profunda indagación carnal.

—A menos que estés dispuesta a arriesgar tu vida en una de las proezas más pintorescas que conoce el hombre, a saber, una orgía donde todo vale, te despediré de aquí. Con buenas referencias, por supuesto. Y un poco de dinero para sufragar tus gastos durante la primera semana.

¿Una orgía donde todo vale? ¿Drogas? ¿Instrumentos de tortura? ¿Perversiones? ¿Falos artificiales de un metro de largo? Inclinó la cabeza, sumida en sus cavilaciones. Los espíritus de William James y de Fatty Arbuckle le susurraron roncamente al oído, convocándola e intimidándola. El señor Obscenidad tamborileó una melodía indescifrable sobre el vientre de ella, con las yemas de los dedos, esperando que tomara una decisión.

Era valiente, pero no tanto. El ser humano ambiciona una educación para usarla. No había abandonado a Jim para morir sino para vivir. La señorita Carichata pensaba que existía un límite incluso para la voluptuosidad. Aunque fuera inocente, a pesar de todo lo que había experimentado, tenía cierta conciencia de su propio valor.

—¿Quieres echarlo a suertes? —preguntó el señor Obscenidad, mientras perfilaba lánguidamente con un suave lápiz de labios de color anaranjado las partes pudendas de la señorita Carichata, en la zona contigua al ombligo.

—No te molestes. Me iré —respondió ella.

Alguien echó una moneda en la gramola. «Cualquiera que tuviese corazón —pensó la señorita Carichata— me amaría.» El señor Obscenidad extrajo un espejo de su bolsillo y empezó a acicalarse. Primeramente inspeccionó el interior de sus fosas nasales, y luego se golpeó el abdomen buscando señales de flacidez. Nunca en su vida la señorita Carichata se había sentido tan humillada. De repente se sintió tremendamente, tremendamente sola.

* * *

Sin embargo, la señorita Carichata sabía que no estaba sola en aquel lugar. Allí había otras jóvenes norteamericanas, bajo la férula de otros educadores semejantes al señor Obscenidad. También existía la ligera posibilidad de que todas estuvieran bajo la batuta del señor Obscenidad. La señorita Carichata prefería no pensar en ello.

Todas las casas próximas al océano son húmedas, y ya empezaba el invierno. Una legión de obreros desfiló por su habitación. Cubos de pintura, pinceles rígidos y abandonados, rodillos, latas de aguarrás y enormes escaleras toscas con incrustaciones de pintura se hallaban esparcidos por todas partes, aumentando la confusión general. Estaban reparando el edificio. La señorita Carichata se sumió en un profundo abatimiento.

Pasaron días sin vislumbrar siquiera al señor Obscenidad. La señorita Carichata procuró recordar todo lo que le debía. Al principio supuso que su rabieta era una manifestación de deseo. No lo era. Dado que no tenía un temperamento agradecido, lo que la señorita Carichata experimentaba era sed de venganza. Incluso tenía un plan. Persuadiría a algunas de las otras pupilas para que se fueran con ella. Entonces el señor Obscenidad lamentaría el capricho que lo había impulsado a decretar su expulsión.

¿A quién se llevaría? Solo a mujeres, decidió. Andar con hombres a rastras complicaría demasiado las cosas. Anteriormente la señorita Carichata nunca se había considerado feminista: no, desde luego, mientras había sido la esposa de Jim y madre de tres hijos. Pero ahora se sentía arrastrada por la lealtad a su sexo. Los espíritus de Edith Wharton y de Ethel Rosenberg le susurraron roncamente al oído, convocándola e intimidándola.

¿O era eso?

Esa misma noche, un poco desaliñada y con la bata azul floreada ceñida alrededor de su cuerpo, se deslizó por los corredores ventosos, escuchando y espiando, cada vez que podía, por el ojo de las cerraduras. Escenas de torturante deleite le asaltaron los sentidos. ¿Era ese el Edén que perdía? Entonces, nadie más debería disfrutar de él.

En el pasillo abordó a una morena casquivana vestida solo con una gabardina beige.

—Pareces digna de confianza —manifestó jubilosamente la señorita Carichata—. Y yo me largo de aquí…, quiero decir que estoy harta. ¿Te gustaría venir conmigo? ¿No quieres bañarte en el océano, o montar en El Huracán? Ya sabes, hacer lo que se te antoje sin tener que bajarte las bragas constantemente.

Veloz como una centella, la chica metió la mano bajo la gabardina y extrajo un objeto oscuro de metal. ¿Una pistola? La señorita Carichata retrocedió aterrada. No, una

cámara fotográfica. La chica acercó el frío dispositivo a su ojo y tomó rápidamente nueve primeros planos de su atónita compañera.

—Las tendré reveladas mañana por la mañana —anunció la joven—. Te enviaré copias, si quieres.

—Pero ¿para qué? —chilló la señorita Carichata, al comprender que su conspiración ni siquiera echaba a andar.

—Son para mi álbum. —Al ver que la señorita Carichata la miraba sin comprender, agregó—: Mi colección.

—¿Tu colección?

—Para el curso Sociología 1046, «El matrimonio y la familia» —respondió la joven—. Un proyecto de investigación para mi primer año. Vale por cuatro créditos.

Aunque perpleja, la señorita Carichata ya había captado lo suficiente para comprender que aquel lugar no era la zona de desgobierno espontáneo que podía parecer. ¿Cómo explicar, si no, la presencia de esa chica, con su fría imagen de secretaria, que probablemente tomaba dictado a una velocidad fenomenal? La señorita Carichata se sintió como si fuera una antigualla.

La chica descubrió sus grandes dientes blancos al sonreír, y después se alejó precipitadamente por el corredor.

—Espera —exclamó la señorita Carichata—. Sí me gustaría recibir una copia. Quiero decir, para ver qué aspecto tengo en ella.

—¿Por qué no? —convino la joven—. Mañana por la mañana. Y no utilizaré tu nombre. Todos son anónimos, ya sabes. Así el proyecto es más científico.

¡Científico! ¡Vaya idea! ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Toda institución de grandes dimensiones necesita máquinas enormes, y aquella no podía ser distinta de las otras. Le bastaría con asumir el control de la maquinaria. Así es como se hace una revolución. No sencillamente empleando la fuerza, sino conquistando los instrumentos de poder. La señorita Carichata bajó deprisa a la sala de calderas. El suelo había estado

recientemente sumergido bajo el agua, pilas de libros mohosos y empapados se alzaban en precario equilibrio sobre cajones de naranjas, y el hedor de orina distraía la atención. Pero la única maquinaria que encontró fue una hilera de pantallas de televisión, cada una de las cuales reproducía una imagen diferente, y una pantalla solitaria coronando el conjunto que repetía una u otra imagen de la hilera. Debajo de las pantallas había una gran mesa llena de interruptores, botones, controles y palancas; y frente a ella se hallaba sentada una voluminosa figura que manejaba el panel, con un casco de plástico blanco y un par de auriculares.

—Señor Obscenidad… —susurró ella, que temía lo peor y prefería la reconvención inmediata al suspenso.

En lugar de volverse, la figura manipuló convulsivamente algunos controles. La imagen reproducida en la pantalla monitora saltó de una carrera de patinadores a una mujer con las piernas abiertas en las últimas fases del parto. La carrera de patinadores, rebajada de categoría, continuó como una de las imágenes de la hilera inferior.

—Por favor, dime quién eres. Sé que no debería estar aquí.

La señorita Carichata temió que no le contestaran nunca, dado que debía competir con todas aquellas imágenes. La figura tocada con el casco blanco accionó un interruptor. Un gobernador calvo y dentudo que pronunciaba un discurso ante una convención de Shriners fue ascendido de la hilera a la pantalla gigante, y la parturienta angustiada pareció mucho más tranquila junto a la carrera de patinadores. La arenga política duró poco. La eclipsó la imagen que la señorita Carichata había estado mirando fijamente desde el comienzo: una deliciosa escena erótica entre dos mujeres y un joven niponorteamericano con una erección descomunal.

La señorita Carichata hizo un esfuerzo y apartó la vista de la pantalla principal.

—Te amo, señor Obscenidad. —Esta era una mentira torpe.

El anuncio de un nuevo desodorante con aplicador de bola borró la escena erótica. La figura impasible giró, con su atención fugazmente liberada. La señorita Carichata, temblorosa, abrió su bata azul floreada, con la intención de seducir al hombre. Por el momento todo marchaba bien: ahora tenía exclusivamente reservada para sí la atención de los ojos (que era lo único que podía ver de la cara cubierta por el casco). Una mano se estiró hacia sus muslos pegajosos, una mano que parecía más delgada que la del señor Obscenidad.

—Sí, sí —gritó ella, inclinándose hacia la mano.

Pero en ese preciso instante concluyó el anuncio, y el joven niponorteamericano y las dos mujeres reanudaron su gimnasia. La mano delicada del técnico tocado con el casco vaciló en el aire suspendida entre la señorita Carichata y el panel de instrumentos. Pasaron segundos que parecieron horas. Entonces triunfó la máquina: la mano se precipitó sobre un control. Humillada, la señorita Carichata envolvió en la bata sus carnes trémulas y emprendió el retorno a su habitación.

* * *

A la mañana siguiente, unos fuertes golpes en la puerta arrancaron de su sueño a la señorita Carichata, que tenía los ojos enrojecidos por su primer llanto copioso desde que abandonara a Jim.

—Laura —dijo el hombre desde el hueco de la puerta, que tenía puesto un abrigo gris y un sombrero informal igualmente gris—. ¿Laura? —repitió.

Nunca nadie había llamado a la señorita Carichata por su nombre de pila en ese lugar.

—¿La señorita Laura Carichata?

La señorita Carichata se sintió atemorizada y al mismo tiempo intrigada.

—Permita que me presente.

El hombre entregó a la señorita Carichata una tarjeta estampada en relieve. «Inspector Chirona, detective —rezaba—. Solo horas convenidas.»

—Ahora hablemos claro, Laura —dijo el hombre, dando aparentemente por terminadas las ceremonias. Se había sentado, pero no se había quitado el sombrero.

—¿Quién lo ha autorizado a llamarme por mi nombre de pila? —chilló la señorita Carichata, indignada.

—Escúchame bien, Laura —prosiguió el hombre, con tono apaciguador—. No quiero asustarte, pero me han soplado lo que te propones hacer y no cuajará. No,

señora, sencillamente no cuajará. Las chicas se quedarán aquí, y los televisores también, y tú deberás largarte. El patrón me llamó para que te lo diga.

Irritada por el rechazo que había sufrido la noche anterior, la señorita Carichata decidió comprobar si el inspector Chirona era invulnerable a sus encantos.

—¿Música, inspector? ¿Quizá un poco de vino?

—No me disgustaría, señora.

—Puedes llamarme Laura.

Sin hacer caso de los espíritus de Eddie Duchin y de John Philip Sousa, que le susurraban roncamente al oído convocándola e intimidándola, puso en el tocadiscos una balada pop que trepaba rápidamente a los primeros puestos de los Cuarenta Principales. Las voces de un cuarteto andrógino y las vibraciones de sus guitarras eléctricas resonaban en una cámara de ecos celestial. La señorita Carichata, siempre a tono con lo novedoso, estaba fascinada. Pero el inspector Chirona pertenecía evidentemente a la vieja generación.

—Quita ese disco —aulló, mientras tironeaba de su corbata—. ¿Cómo puedes soportar esos berridos?

—Me gustan —respondió la señorita Carichata dulcemente, mientras se le sentaba sobre las rodillas.

—Eh, qué…

Precisamente entonces volvieron a golpear la puerta.

—¡Maldición! —masculló la señorita Carichata.

Era la chica morena, que, fiel a su palabra, le entregó en silencio un pequeño sobre de papel manila.

La señorita Carichata lo rasgó y contempló complacida sus propias facciones. Gracias a Dios, las cosas no habían llegado demasiado lejos: no eran indecentemente prominentes. Quizá ni siquiera eran medianamente prominentes. Pero no quedaba la menor duda de que se había producido un cambio perceptible: su rostro se había proyectado nítidamente hacia delante con un aire de rotunda afirmación. Llevada por el júbilo, abrazó a la joven morena y la besó.

—¿Quién está ahí? —clamó el inspector, que, si bien había rehuido las atenciones de la señorita Carichata, ahora empezaba a sentirse desairado. Aparentemente esa sería una jornada en la que no estaría exclusivamente pendiente de sus deberes profesionales—. ¿Por qué no invitas a entrar a tu amiga? —agregó fingiendo despreocupación.

Quizá, pensó rápidamente, el señor Obscenidad también podría sacarle provecho a un informe sobre aquella otra.

—De acuerdo —asintió la chica—. Para mi colección —le explicó a la señorita Carichata, que no sabía si deseaba compartir al inspector Chirona con alguien más.

—Bueno, bueno —dijo el inspector—. Qué bonito par de damiselas tenemos aquí. Una un poco mayor… —Señaló a la señorita Carichata, que se sintió complacida de que la mencionara en primer lugar—. Otra un poco más joven —añadió, señalando a la alumna de «El matrimonio y la familia»—. Una rubia… —Nuevamente la señorita Carichata—. Y una morena. —La joven—. Una con hoyuelos en las rodillas. —Eran las rodillas de la señorita Carichata las que magreaba. Y una con rodillas de tenista. —El inspector acarició la corva de la joven—. Una con un lunar en su…

—¡Inspector Chirona!

¡Ay!, aquí se interrumpió bruscamente el inventario anatómico del inspector Chirona. Junto a la chimenea se erguía el señor Obscenidad, vestido con una bata negra y con los brazos extendidos como un murciélago de grandes alas. El reflejo de los rayos del sol hacía brillar su monóculo implacablemente como una obsidiana. Sus dientes parecían más largos y su rostro era una máscara de ira atroz. No se veía en él ni un atisbo de sarcasmo o compasión. El inspector Chirona palideció, pero no se echó atrás: no movió las manos, que descansaban sobre las nalgas de ambas mujeres.

—No puede hablarme en ese tono, señor Obscenidad.

La joven se zafó de la zarpa del inspector Chirona y se estiró la falda hacia abajo.

—Usted era el ayudante en quien más confiaba, Chirona —dijo severamente el señor Obscenidad—. Y ha traicionado esa confianza. Ya conoce mi lema: Cada cual a su oficio. Yo sé cuál es mi oficio. Y usted debería saber cuál es el suyo.

El inspector Chirona comenzaba a acobardarse visiblemente. Al sentir que la mano que le había estrujado las nalgas con tanta avidez aflojaba su presión, mitigada su

lascivia, la señorita Carichata se apartó. Experimentó una sensación de frialdad ligeramente desagradable por donde la había sujetado el inspector Chirona.

El señor Obscenidad avanzó, con las manos como garras.

—Pero señor Obscenidad… señor…

Al oír esos balbuceos deferentes, la señorita Carichata comprendió que el juego había terminado. El inspector Chirona era tan incapaz como los otros de desafiar al señor Obscenidad. Llegó a la conclusión de que el rey de la jungla sería siempre el rey.

—¡Tú! —gritó el señor Obscenidad a la señorita Carichata con tono imperioso—. Quédate donde estás. Quiero tener unas palabras contigo, apenas le haya rebanado un pedazo a este sinvergüenza llorón.

—No te vayas, Laura —suplicó el inspector Chirona—. Dile con cuánta formalidad te traté cuando entré por esta puerta. No hacía nada malo. Tú puedes decírselo, Laura. ¡Díselo! ¡Por favor!

El señor Obscenidad hincó sus colmillos en el hombro del inspector Chirona, a través del abrigo y todo lo demás.

—¿Por dónde se sale de aquí? —preguntó la señorita Carichata dirigiéndose a la joven morena, que estaba agazapada junto a la puerta. La joven hizo una seña, en silencio. La señorita Carichata oyó un ruido de cascos impacientes—. Interpretad esto como una fuga —anunció a los dos hombres.

—Te pillaré —vociferó el señor Obscenidad—. Nadie se fuga de aquí. Debes ser expulsada. —De las comisuras de su boca chorreaba saliva.

—¡Yo también! —gritó el inspector Chirona, apretando un pañuelo contra su hombro ensangrentado—. Te pillaré por haberme indispuesto con mi patrón. ¡Bruja! ¡Perra!

—Yo me quedaré —manifestó la joven morena, dejando caer la falda hasta sus tobillos y quitándose el suéter por encima de la cabeza. Los dos hombres se desentendieron de ella: era el primer acto que realizaban al unísono. Todo su ardiente deseo, tardío como es siempre el deseo más devorador cuando no es prematuro, estaba encauzado hacia la orgullosa figura en retirada de la señorita Carichata.

*   *   *

Ella nunca lamentó su partida. Su aprendizaje había concluido. En términos estrictos, la carrera de actividades venéreas por la que había optado solo podía practicarse fuera, en el mundo propiamente dicho. Todo había ido a las mil maravillas. Puesto que la vida de una mujer que no es arrastrada a esa profesión por su origen (recordad su impecable ascendencia blanca y protestante) ni por sus antecedentes (Jim, los tres hijos, la Liga Local de Mujeres Votantes, los cupones canjeables) es dura y solitaria, podría haber flaqueado. Tal como estaban las cosas, tenía motivos para necesitar estar sola. Sabía que aquellos dos no cejarían fácilmente.

Perseguida por el señor Obscenidad y el inspector Chirona, la señorita Carichata atravesó Estados Unidos a lo largo y a lo ancho, llevando su cálido tesoro entre las piernas. Fuese donde fuese, vislumbraba duplicados de su antigua personalidad: mujeres pálidas, voraces, abnegadas, fortalecidas por tostadoras de rayos infrarrojos que despedían automáticamente las rebanadas y por estuches con juegos de cuchillos de acero inoxidable para carne fabricados en Alemania Occidental. La señorita Carichata, que expiaba su vida anterior, viajaba ligera de equipaje. Por supuesto, se vendía por dinero. Los espíritus de William Jennings Bryan y de Leland Stanford la regañaban cuando no obtenía un buen precio.

Su mentor, el señor Obscenidad, la alcanzó por primera vez en un campamento de leñadores del noroeste, relativamente cerca de la frontera con Canadá. No lucía su monóculo ni sus pantaloncitos. Llevaba una camisa a cuadros remetida descuidadamente en unos vaqueros desteñidos. La señorita Carichata, que ejercía su oficio frente al único cine de la ciudad, al principio no lo reconoció. Sus recientes esfuerzos parecían haberlo envejecido. Había engordado un poco e iba menos arreglado.

Lo que le refrescó la memoria fue la profunda reverencia burlona que le hizo cuando ella se paseó seductoramente delante de él.

—Si te acercas, gritaré —replicó la señorita Carichata con sorprendente aplomo.

—No te asustes. No te violaré. ¿Acaso alguna vez te obligué a hacer algo?

La señorita Carichata hizo memoria. La respuesta fue negativa.

—Solo te pido que vuelvas —agregó él—. Olvidaremos todo lo que sucedió.

—Hablas como Jim —dijo ella.

Una expresión resentida, un poco coqueta, cruzó por las facciones del señor Obscenidad. Había decidido hacer caso omiso de su último comentario.

—No soy tan ágil como era —reflexionó en voz alta—. No sé por qué, pero estoy cansado.

—Yo, no —contestó ella—. Por lo menos, todavía no.

—Bueno, al menos dime algo. ¿Ya te ha encontrado esa rata que se llama Chirona?

La señorita Carichata empezó a valorar lentamente el nuevo poder gratuito de que disfrutaba sobre el señor Obscenidad.

—Porque si te encuentra —bramó él—, y le haces caso, os mataré a los dos. ¡Escúchame! ¿No comprendes que él representa la destrucción de todo lo que tú y yo hemos hecho?

La señorita Carichata contempló la posibilidad de que fuera así, pero no daría al señor Obscenidad la satisfacción de demostrarle que estaba de acuerdo con él.

—Bueno —añadió él—, terminemos con esto. Invita la casa, desde luego.

—De ninguna manera —respondió la señorita Carichata con gran severidad—. No soy una institución benéfica.

—Yo lo era —sentenció el señor Obscenidad.

Su sarcasmo, encaminado a despertar compasión, fue contraproducente. La señorita Carichata no pudo contener la risa. Los labios del señor Obscenidad se cubrieron de espuma y su boca dibujó una mueca siniestra que dejó al descubierto una hilera de dientes afilados como navajas. Avanzó feroz, inexorablemente.

La señorita Carichata se persignó. Fue inútil. Pero, oportunamente, un árbol se desplomó y rozó el cráneo del señor Obscenidad, dejándole a la señorita Carichata tiempo de sobra para escabullirse por un callejón y ponerse a salvo.

Su suplicante, el inspector Chirona, la abordó por primera vez unos meses más tarde, mientras a ella le ardía el paladar después de haber devorado impetuosamente una porción de pizza con *pepperoni*. Estaban apretujados el uno junto al otro en una cantina de Times Square que funcionaba durante toda la noche.

—Hola, Laura —suspiró él, resollando—. Me ha llevado mucho tiempo encontrarte.

—No tengo nada que decirte —respondió ella, mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—No tienes que decirme nada. Bastará con que me reconcilies con mi patrón. Ese tío está furioso conmigo.

—¿Cómo sigue tu hombro? —preguntó la señorita Carichata con rutinaria compasión.

—Bastante mal, Laura.

—Bueno, no puedo ayudarte. Debo pensar primero en mí. De todas maneras, deja de cargarme con tus responsabilidades. ¡Compórtate como un hombre! ¿Qué te importa lo que él piense? ¿No sabes que este es un país libre? Tú eres libre. Yo también lo soy. Y me propongo disfrutar de la libertad que me conceden Dios y la Constitución.

El inspector Chirona quedó visiblemente abatido después de escuchar esta arenga militante.

—¿Eres sincero? —inquirió la señorita Carichata—. Quiero decir, ¿es esta la auténtica razón, la única razón por la que has estado siguiéndome? Verás, recibí aquel telegrama indecente en Nueva Orleans. Sencillamente, no vi ninguna razón para contestarlo. —Pidió otra porción de pizza.

—Bueno, muchachita, supongo que no. Realmente me gustas. Por ti misma. Tienes agallas. Pensé más o menos que podríamos asociarnos, Laura, que quizá podríamos montar una pequeña agencia en la que tú serías mi socia a partes iguales. Muchos casos de divorcio y cosas por el estilo. Una mujer detective es aún más eficaz que un hombre. ¿Qué opinas?

—¿O sea, que me has seguido por todo el país para proponerme un negocio? —Los espíritus de John Brown y de Dashiell Hammett le susurraron roncamente al oído, convocándola e intimidándola.

—Bueno, quizá no se trate solo de que me sienta atraído por ti, lo confieso. ¿Por qué no vamos ahora a mi hotel y…?

—Escucha —lo interrumpió la señorita Carichata—. Cuando dije que este es un país libre hablaba en serio. Tardé mucho en descubrir mi libertad y no renunciaré a ella. Por lo menos no lo haré mientras la idea no se me ocurra a mí, y no a otro.

Y, después de pronunciar estas rotundas palabras, abandonó la segunda porción intacta de pizza y salió a la turbulenta calle. Al mirar hacia atrás, comprobó que el inspector Chirona no la seguía.

Los valientes términos con que la señorita Carichata se había dirigido al señor Obscenidad y al inspector Chirona habían sido sinceros. Amaba su libertad. Pero ello no significaba que no se sintiera sola de vez en cuando.

Para aplacar su soledad la señorita Carichata cultivaba una flamante vocación por los desastres. No los desastres políticos (en Times Square raramente levantaba la vista hacia el panel donde se sucedían las noticias luminosas), sino los privados y domésticos. Entre una faena y otra, para las que utilizaba un hotel apropiado de la Décima Avenida, compraba y devoraba todos los semanarios escandalosos, cuyos titulares le resultaban irresistibles. «Mi leche mató a mis nueve bebés.» «Para ayudar a mi marido pasé cuarenta y dos años ciega.» «Esta era mi cara hasta que me sometí a la cirugía plástica.» «¡Cocinada viva!» «Pertenezco al cuarto sexo.» «Mis suegros me incrustaron cuatro clavos en el cráneo.» «No soy fea, solo rara.» «Me sacaron a dormir a la calle durante diecisiete años.» Los artículos eran a menudo menos patéticos que los titulares, pero esto no importaba. Solo de los titulares la señorita Carichata extraía el suficiente placer vicario. Porque había decidido que ella tenía un aspecto perfectamente normal. Sus clientes jamás manifestaban la menor renuencia en razón de su cara chata.

Pero, aunque generalmente los hombres la encontraban atractiva, ella debía admitir que no la atraían todos los hombres. No siempre le aguardaba una emoción sensual absoluta. Sin embargo, a veces le bastaba ver a alguien a quien confundía al principio con el señor Obscenidad o incluso con el insípido inspector Chirona para que se inflamara su pasión.

La señorita Carichata procuraba mitigar sus circunstanciales accesos de descontento con continuos traslados. Así llegó a conocer extremadamente bien el país: sus ilimitados recursos humanos, su majestuoso ámbito natural. De vez en cuando se tomaba unas vacaciones y viajaba por el mero placer de viajar (lo cual también la ayudaba a despistar a su mentor y a su suplicante), economizando un poco de dinero y haciendo autostop o montando en un autocar que la llevaba al Gran Cañón o al Parque Nacional de Yosemite o a las cavernas de Carlsbad. Una vez pasó dos semanas enteras en una pequeña cabaña de los Ozarks, leyendo números atrasados de *The Saturday*

Evening Post, durmiendo doce horas al día y accediendo alguna vez a los requerimientos de George, propietario del cercano Friendly Ed Motel.

Sabía que cualquier otro trabajo sería menos extenuante que la prostitución. Una telefonista, una vendedora de J. C. Penney's o una camarera lo pasaban mejor que ella. No se trataba solo del riesgo de caer enferma sino también del hecho de estar de pie y, peor aún, de caminar. Se le hinchaban los pies y era difícil encontrar zapatos atractivos de tacón que no le apretaran los callos. Pero en realidad no habría cambiado su vida por ninguna otra. Esta le había brindado una paz espiritual y una vitalidad que nunca había conocido antes. Ella, que a menudo había flaqueado en sus faenas cotidianas como ama de casa suburbana totalmente mecanizada con solo tres hijos, dos de ellos en edad escolar, ahora se encontraba siempre en movimiento, llena de entusiasmo. Ciertamente, el poder del sexo es mágico, aunque lo descubras en una etapa avanzada de la vida.

Tanta era su energía que la primera vez que se encontró simultáneamente con el señor Obscenidad y el inspector Chirona —en una calle abierta flanqueada por barracas, en el extremo norte de Chicago— tuvo el ingenio materno de llamar a la policía y hacerlos arrestar con el pretexto de que le habían faltado al respeto. En realidad, aún no habían llegado a ese extremo. El señor Obscenidad, equipado con su monóculo y vestido con anorak, pantalones de pana y botas de goma de caña alta para la nieve, llevaba sujeto al inspector Chirona mediante una especie de correa. Esto es lo que yo llamo una relación patológica, pensó ella.

La policía de Chicago no se destaca por su coraje ni por su incorruptibilidad, pero no parecía en absoluto desconcertada por la extravagante pareja que la señorita Carichata consignó a su cuidado.

—Apuesto a que esta no será la última vez —reflexionó la señorita Carichata en voz alta mientras salía de la comisaría, después de que hubieran fichado al indecoroso dúo. Un tono anhelante se mezclaba con la ansiedad de su voz.

* * *

El señor Obscenidad y el inspector Chirona abordaron a la señorita Carichata no menos de ciento setenta y cuatro veces en los cinco años siguientes, por teléfono, por telegrama y personalmente, casi siempre por separado y raramente en equipo. A menudo la interrupción era embarazosa, y la señorita Carichata perdía la compostura. Sin embargo, gradualmente, la emoción más fuerte que le inspiraba la pareja empezó a ser de condescendencia, matizada con una pizca de alarma. ¿Es que nunca cejarían? ¿No conocían el significado del rechazo? ¿No tenían orgullo?

*   *   *

Mientras comía en una cantina de las afueras de Tulsa, Oklahoma, la señorita Carichata acabó enamorándose por primera vez en su vida. Él era un marinero llamado Arthur. Sentado junto a ella frente a la barra, con los pies entrelazados alrededor de la columna del taburete, engullía tres hamburguesas que chorreaban ketchup y salsa. La señorita Carichata ansiaba estirar la mano y tocar su mejilla, suave y tersa. Los espíritus de Warren G. Harding y de John F. Kennedy le susurraron roncamente al oído, convocándola e intimidándola. Porque Arthur se parecía un poco a Jim. Había algo en sus ojos, en la forma de su cabeza, en la manera en que el pelo se rizaba en la nuca. ¡Cuidado!, gritaron los espíritus. Pero no es Jim, se dijo la señorita Carichata. Ni yo soy yo.

Es un hombre, en ello reside la semejanza, observó la señorita Carichata después de pasar unas pocas noches en los brazos infatigables de Arthur. Al igual que Jim, no demostraba mucho interés por la variación sexual. Pero quién la necesita, se dijo ella, mientras reprimía implacablemente todos los recuerdos del imprevisible señor Obscenidad. Lo más importante es que me ama. Y no se sentará sobre mi cabeza —una metáfora— como lo hacía Jim, porque ahora sé lo que quiero.

Fue con Arthur a San Diego, donde se celebró una ceremonia nupcial. Alquilaron una habitación en el Magnolia Arms, con derecho al uso de la cocina, pero a la señorita Carichata ya no le gustaba cocinar. Cuando Arthur estaba fuera —salía a navegar a menudo, con intervalos de varias semanas seguidas—, ella vivía de raviolis envasados, que comía fríos, y de sardinas y jamón con especias. Por la mañana, después de bajar a recoger la correspondencia, iba a la bolera. Por la tarde, tenía el bingo. Es superfluo aclarar que era fiel a Arthur y sellaba su fidelidad usando mocasines y calcetines blancos, una moda poco agraciada que se remontaba a sus tiempos de estudiante de bachillerato. Y Arthur, cuando regresaba al hogar, era tan afectuoso como siempre.

—Laurita mía —gritaba al tiempo que irrumpía por la puerta, con una ancha sonrisa en su rostro bronceado—. ¡Caray, cómo he echado de menos a mi nena! ¡Caraycaraycaray!

La señorita Carichata amaba al niño que había en Arthur aún más que al amante. Cuando lo desvestía al regreso de un viaje, lo hacía en primer lugar para verificar si tenía nuevos tatuajes. Este era un juego entre ambos. Los antebrazos y los bíceps de Arthur ya estaban ornamentados con diseños multicolores. Ahora procuraba que se los

dibujaran en lugares más improbables. Caía en la cama chillando —para colmo sentía cosquillas, lo que constituía otro de sus encantos— mientras la señorita Carichata le examinaba las axilas, el ombligo, los pliegues de la ingle y otras zonas secretas.

—Espera que yo te pille a ti —mascullaba Arthur con falsa ferocidad, entre risitas.

La señorita Carichata insistía en continuar buscando minuciosamente los tatuajes. Este juego era un componente delicioso de su júbilo. En el apogeo de su dicha con Arthur, la señorita Carichata empezó a olvidar sus vidas pasadas.

Recibió una advertencia, sin embargo, después de una noche en la que él estaba de juerga en el puerto con algunos de sus camaradas marineros. En esas circunstancias la señorita Carichata tenía la prudencia de no pretender acompañarlo, pero posteriormente se arrogaba el derecho de interrogar a Arthur.

—Oh, ya sabes —dijo Arthur aquella noche en concreto—. Bebimos mucho. Y corrimos tras las chicas…, aunque no porque a mí me interese ninguna otra chica cuando tengo a mi nena esperándome en casa. Y conversé con un par de tíos ridículos en el Blue Star.

—¿Qué tíos?

—Oh, unos tíos, nada más. —Rio y se palmeó el pecho—. Los bichos más raros que hayas visto en tu vida, cariño. Uno tenía un monóculo y una especie de disfraz absurdo, como si fuera inglés o algo por el estilo. Como uno de esos jugadores de polo. Realmente estirado. Pero el otro tío, ese sí que era afectuoso de verdad. Me hizo hablar de mí. Dije todo lo que tenía que decir de ti, de mi estupenda mujercita. —Frunció los labios con talante satisfecho y después los estampó sobre el cuello de ella.

—Arthur —chilló estridentemente la señorita Carichata—. No te acerques a esos dos hombres. No me pidas explicaciones. Limítate a eludirlos. ¡Prométemelo! ¿Me oyes?

—Está bien, está bien, está bien… —Arthur se descorazonó, porque no estaba acostumbrado a que su esposa lo regañara. Una idea mezquina, una de las pocas de esa naturaleza que jamás habían cruzado por su mente, le brotó espontáneamente a los labios—. Creo entender. Sé que tuviste un pasado bastante turbulento…

—¡Arthur!

—Oh, lo siento. —Un beso—. Olvidémoslo. Ven, veremos un poco la televisión y después nos meteremos en la cama, ¿vale?

Durante toda la noche, la señorita Carichata no pudo librarse de la sospecha de que el señor Obscenidad y el inspector Chirona espiaban cómo ella y Arthur hacían el amor, desde ventanas distintas. Estaba ansiosa por levantarse y verificarlo. Pero no quería alarmar a Arthur. Dudaba que su potencia sexual pudiera sobrevivir a semejante interrupción dado que se hallaba aturdido por la cerveza.

Al amanecer, con Arthur acurrucado en un extremo de la cama, la señorita Carichata se asomó afuera. No se había equivocado. Sus dos perseguidores estaban sentados despreocupadamente en el bordillo, cerca de la parada de autobuses.

—Pensé que os odiabais el uno al otro —comentó con tono irritado.

—Nos hemos reconciliado —respondió el inspector Chirona—. Hemos sumado nuestras fuerzas.

—No le hagas caso —dijo la voz familiar e imperiosa del señor Obscenidad, impregnada de tintineante ironía—. Ya sabes cuál es tu lugar, cariño. Y no está precisamente junto a ese… crío —escupió la palabra con algo menos que desprecio—. ¿Ha sido por este pueril Arthur purpúreo, rojo y verde que te rescaté de Jim, que te enseñé todo lo que sabes? Santo cielo, mujer, ¿te das cuenta de que eres mucho mayor que él? ¿Se da *él* cuenta?

—Nunca hemos hablado de eso —replicó la señorita Carichata, llorosa—. Me ama.

—¿Pero te *conoce*? —insistió el señor Obscenidad—. ¿Te conoce tanto como yo?

—Señor Obscenidad… señor… —intervino el siempre compungido inspector Chirona.

—¡Silencio, cretino!

—Pero ¿no deberíamos contarle lo que he averiguado acerca de él? Tengo su expediente completo.

—¿Qué expediente? —aulló la señorita Carichata.

—Bueno, Laura —empezó a explicar el inspector Chirona en tono confidencial—, tu Arthur no fue siempre marinero. Antes era…

—¡Mierda, eres una mierda! —vociferó el señor Obscenidad, perdiendo totalmente, por primera vez desde que la señorita Carichata lo conocía, su espléndido autocontrol—. ¿No ves que esta no es manera de recuperarla?

—No importa —dijo la señorita Carichata, poniéndose más firme en vista del desasosiego del señor Obscenidad—. No podréis echar a perder la imagen que tengo de Arthur. Lo necesito. Y no renunciaré a él.

—¿Y cuando él tenga treinta años? ¿Te das cuenta de que entonces serás un vejestorio?

—No importa —dictaminó la señorita Carichata—. Dejadme en paz, los dos. He cumplido con mi deber, he disfrutado de mis placeres. Ahora deseo vivir en paz.

De pronto los pantaloncitos del señor Obscenidad parecieron arrugados y ridículos bajo el sol brillante. Su monóculo tenía un aspecto grotescamente afectado. Y nadie, pero nadie, usa sombrero en el sur de California. Menos aún a primera hora de una mañana soleada. La señorita Carichata se echó a reír.

* * *

Cuando solo habían transcurrido unos pocos meses más de su segundo matrimonio, la señorita Carichata, todavía en la flor de la feminidad, pilló una enfermedad mortal. Empezó como un envenenamiento de tomaína contraído justo del otro lado de la frontera, en Tijuana. Cuando se aproximó al carrito del anciano vendedor callejero, e incluso mientras masticaba los tacos —un plato que nunca le había gustado especialmente—, los espíritus de Margaret Fuller y Errol Flynn le gritaron advertencias en los oídos. Pero no los escuchó. Siempre sensible al espíritu norteamericano en sus más vastas manifestaciones, nunca había sintonizado particularmente con sus símbolos más directos. Arthur, que nunca oía voces, había optado por una Pepsi.

Dos semanas después de estrenar su descapotable Castro, mantenida con los mejores cuidados médicos que pudo dispensarle el sindicato de marineros, empezó a delirar. Mientras miraba al hombre desconsolado que se hallaba cabizbajo en una silla próxima, exclamó:

—¡Jim, no sabía que estabas aquí! —Y luego, con una pizca de hipocresía—: ¡Ha sido estupendo que vinieras!

Pero no era Jim. Seguía siendo Arthur, que la asistió fielmente durante las horas interminables de orinales, tazas de caldo y paños húmedos desplegados sobre sus facciones, que aún distaban mucho de ser prominentes. Y aunque él era el único amor de su vida, la señorita Carichata apenas se dio por enterada de los cuidados de Arthur. En un intervalo de lucidez entre un delirio y otro, reclamó la presencia de un abogado y le dictó su testamento. Ni siquiera en él mencionó a Arthur. La señorita Carichata no tomaba en consideración para nada el presente. A medida que se aproximaba a la muerte, su mente se adueñaba inesperadamente de efusiones de índole patriótica e imágenes de su anterior marido y sus hijos. Al final todos volvemos a nuestros comienzos.

* * *

Última Voluntad y Testamento de la señorita Carichata.

«A Estados Unidos… Os saludo, especialmente a aquellas cosas vuestras que no son hermosas: vuestros nuevos bancos, vuestras tiendas de golosinas, vuestros aparcamientos. Siempre he procurado ver lo mejor de vosotros y de vuestras gentes, que, aunque cordiales y muy divertidas por fuera, son a menudo bastante mezquinas por dentro. Pero no importa. He pasado mi vida descubriéndoos… o sea, descubriéndome. Soy lo que soy porque soy ciudadana de este país y adepta a su forma de vida. Por tanto, que mi cuerpo sea incinerado y que mis restos sean esparcidos entre las cenizas de cigarrillos contiguas a las patatas que dejáis sin comer (porque estáis a dieta) en el plato de la cena.

»A la Asociación Nacional de Salud Mental, a Radio Europa Libre (que propala rayos de esperanza allende el Telón de Acero), a la Liga de Mujeres Votantes, a la Asociación Nacional por el Progreso de la Gente de Color (porque ayuda a acelerar la integración de nuestras dos grandes razas), a la Convención Nacional de Cristianos y Judíos, a las Girl Scouts de Estados Unidos, al templo Bahai de Chicago, a la Universidad de Vermont (mi preferida) —no he olvidado a la Comisión para el Desarrollo Económico del Valle de Tennessee ni al Club del Libro del Mes, aunque no necesitan mi ayuda—, a todos los organismos que fomentan la forma de vida típicamente norteamericana, haría una donación generosa y, si pudiera, legaría diez mil dólares a cada uno.

»A mis hijos, que ya deben de estar crecidos y que seguramente han olvidado a su madre descarriada —Jim Jr., Mary y el pequeño Willums, el bebé—, les dejo mi bendición de madre y mi acuario, que mi propia madre ha conservado lealmente en mi nombre (o por lo menos eso prometió) desde que dejé el hogar para casarme con el padre de ellos, si no han muerto todos los peces.

»A mi exmarido Jim, con la esperanza de que me haya perdonado hace ya mucho tiempo, todas mis pólizas, con cuyo pago estoy totalmente al día, y que han sido contratadas en la Compañía de Seguros de Vida Equitativos.

»Al inspector Chirona, mi desprecio, sin ser mi intención hacerlo recaer sobre el honor de los policías y detectives en general.

»Al señor Obscenidad, la ingratitud que tanto merece.

»(Firmado) Laura Carichata Johnson Anderson.»

* * *

Anderson era el apellido de Arthur.

En la Casa de Pompas Fúnebres Así Como Nos Lo Dan Nos Lo Quitan, de Las Madrinas Boulevard, se congregó una multitud de dolientes. Arthur, azorado por la inesperada concurrencia, se escabulló a toda prisa y con disimulo por una puerta lateral, y volvió más tarde con una gran caja de cucuruchos bañados en azúcar y quince litros de helado de vainilla. Llenó los cucuruchos con helado, de tres en tres, y los distribuyó entre los presentes. Un fotógrafo circulaba entre el público. Varios dolientes escondieron sus cucuruchos cuando se percataron de que los fotografiaban.

Entre los dolientes se podía ver a un sujeto con un monóculo, de talante un poco abatido, que era asistido por un hombre corpulento tocado con un estrujado sombrero de fieltro.

—Qué pérdida —no cesaba de musitar el hombre del monóculo—. Qué condenada pérdida.

Cuando Arthur se acercó con un cucurucho para el hombre del monóculo, este lo apartó despectivamente y luego salió de la habitación. El hombre del sombrero de fieltro arrebató de la mano de Arthur el cucurucho ahora chorreante y corrió tras el otro. «Qué bastardos maleducados, ¿no te parece?», murmuraron algunos de los

dolientes, familiares de Arthur que nunca habían aprobado el matrimonio pero que se habían apresurado a acudir al funeral.

En el fondo del velatorio, un hombre robusto —con las sienes veteadas de gris—, sentado solo, se enjugaba las lágrimas con un gran pañuelo amarillo.

En el preciso instante en que iba a empezar la cremación, el hombre lloroso se precipitó hacia la barandilla y cogió a Arthur por el cuello.

—Soy Jim Johnson, ¿sabes? Su primer marido. —Entonces se desquició por completo—. Es suyo —agregó, con las palabras entrecortadas por sollozos y ahogadas por el pañuelo que le cubría la cara y al que se refería—. ¿Te enteraste alguna vez de que le gustaba el amarillo?

—No —respondió Arthur tristemente. Quizá Arthur se habría sentido un poco menos apenado de haberse enterado de que esa afición por el amarillo era un detalle vinculado a la señorita Carichata que ni siquiera el señor Obscenidad, cortés y sensualmente perspicaz como era, había adivinado.

Con un ademán tiernamente viril, Arthur ciñó a Jim en un abrazo. Se arrodillaron juntos en silencio mientras el cuerpo era incinerado. Desde el cielo, la señorita Carichata observaba complacida. Que la perdonen si disfrutó un poco con el mal ajeno. Es posible que a ninguno de nosotros se nos conozca nunca a fondo. Pero ¿quién de nosotros ha sido tan amado?

LA ESCENA DE LA CARTA

Respira hondo. Todavía no intentes nada, no estás preparada. ¿Cuándo estarás preparada? Nunca, nunca, nunca.

Entonces tengo que empezar ahora.

No empieces, no pienses siquiera en ellos, es demasiado difícil. Que no, que es fácil.

Deja que empiece; ya ha comenzado. No debo quedarme atrás.

Así no, zoquete. No se puede empezar así, sentada al borde de la silla. Apóyate en el respaldo.

No me enfríes, no me detengas, ¿no ves que ya me he lanzado, que estoy volando? Respira hondo, déjate llevar por el sentimiento, rodéate de todo lo que te haga falta. ¿Pluma, lápiz, máquina de escribir, ordenador?

Sabes que terminará por estropearlo todo, ¿no? Estas cosas llevan su tiempo. Hay que preparar el terreno. Hay que avisar a los otros de tu llegada.

De mi invasión querrás decir. De mis exigencias, de mis súplicas.

Tienes derecho, eso lo admiro. Respira hondo.

¿Derecho a respirar? Gracias. ¿Y qué hay de mi derecho a tener una hemorragia? Nadie me va a detener, nadie va a restañar mi herida, nadie va a vendarme. Déjame intentarlo. No me hagas mucho caso mientras lo intento.

* * *

Acto I, Escena 2. Con el ceño fruncido, húmedas las palmas de las manos, Tatyana toma asiento frente al escritorio de su habitación para escribir una carta a Eugene. Después del saludo se atasca. ¿Cómo proceder, se pregunta, si después de todo se han encontrado tan solo una vez, hace unas cuantas noches, en el piso de abajo, si desde su tímido privilegiado puesto de observación, acodada en el alféizar de la

ventana del conservatorio aunque lo seguía con la mirada a todas partes, apenas podía levantar la vista de los resplandecientes botones con que él abrochaba su chaqueta? Es esa oleada de entusiasmo: quiere declarar algo. Se levanta y pide a su nodriza que le prepare una taza de té. El aya también le trae unos pasteles de chocolate. Tatyana frunce el entrecejo y vuelve al trabajo. Ella se lo imagina sobre un fondo etéreo, se imagina que va haciéndose más delgado, más denso, más remoto. Lo que quiere hacer es una declaración de amor. Empieza a cantar.

El viento agita las persianas y la pluma de ave que empuña Eugene rasca el papel con prontitud, como un pececillo que agitara su aleta. «Queridísimo padre, hay muchas cosas que quería decirte desde hacía mucho tiempo, muchas cosas que nunca me atreví a decirte a la cara. Tal vez consiga darme valor con esta carta. Por carta, tal vez consiga ser valiente.» Al empezar de este modo, Eugene podrá aplazar tanto tiempo como quiera lo que quiere decir. La suya será, intenta ser una carta reprobatoria. Será muy larga. Echa más leña al fuego.

* * *

La noche anterior a la ejecución de Dumane en la horca: después de la cena especial, con el acompañamiento de los himnos y los cánticos de libertad que en las celdas más próximas entonan sus camaradas a lo largo de la noche para reconfortarle. Dumane está sentado sobre el suelo de cemento de su celda, una celda de tres por cuatro, con las rodillas apretadas contra el pecho, el papel sobre estas, un trozo de lápiz sujeto con fuerza entre los tres dedos lacerados de la mano izquierda —pues la derecha se la han roto—, escribe lenta y laboriosamente sus últimas palabras. «Cuando leas esta carta habré muerto. Sé valiente. Mbangeli y yo morimos confiados en que nuestro sacrificio no sea en vano. No me llores demasiado tiempo. Quiero que vuelvas a casarte. Consuela a la abuelita. Da un beso a los niños.» Había mucho más que esto, escrito a duras penas con mayúsculas vacilantes, pero estos eran los puntos más destacables. La carta termina así: «Posdata: Querida hija, acuérdate siempre de que tu padre te quiere y quiere que llegues a ser igual que tu madre. Querido hijo, por favor, cuida a tu madre, que te va a necesitar, y esfuérzate en la escuela hasta estar listo para tomar parte en nuestra justa lucha».

* * *

Piénsalo, todas esas cartas sin artificios pasaron sin pena ni gloria entre tormentosos arranques de sus novelas, entre la lenta composición de esas novelas intrincadas, de esos serios ensayos que la hicieron rápidamente famosa, y ahora acaban de aparecer dos volúmenes de su correspondencia, lo cual tal vez sea, según se dice, lo

mejor de su obra escrita. No son solo sus animadas frases las que encantan al lector, sino que cualquiera se siente conmovido por el retrato de la idílica y amorosa familia de la cual surgen. ¿Es posible que existan familias tan unidas? ¿Incluso ahora? Nadie tiene noticia de las amargas cartas a su hermana que su viudo quemó en la chimenea. El mundo está harto de desilusiones, harto de revelaciones indecorosas: el mundo está hambriento por encontrar modelos de probidad. Nuestro mundo. Nadie llegará a conocerla como él la conoció, nadie llegará a saber lo valiente que fue durante los últimos meses de su terrible enfermedad, los meses en que el tumor cerebral le carcomía las facultades lingüísticas, meses en los que él escribía las cartas por ella, para ella, en los que escribía las cartas que ella, de haber podido, habría escrito. Al ser el guardián de su reputación, él puede estar ahora dentro de su obra de un modo que ella, mientras estuvo viva, jamás le permitió. Será exigente, tal como lo fue ella. Alguien, aunque no es un profesor suficientemente distinguido, se ha embarcado en una biografía: él no ha decidido si colaborará en ella o no. Un corresponsal de prensa le escribe desde Extremo Oriente una carta sensible, en la cual se refiere a la «pérdida tan irreparable para la literatura que…». Él le contesta, entablan una correspondencia. ¿Podría ser este un antiguo amante de ella? Llega procedente de Hong Kong un paquete con cartas de ella, un total de sesenta y ocho, atadas con una cinta de color rojo. Él las lee con asombro. Sorpresa póstuma: esta *no* es la mujer que él conoció en vida.

* * *

Acto I, Escena 2. Tatyana bebe de un sorbo la taza de té templado que le trae el aya. Desliza su mano izquierda dentro de la blusa y se acaricia con el pulgar el suave hueco del hombro. Apenas ha empezado la carta. El ímpetu del éxtasis al declarar algo determinado debiera ser su única recompensa, pero no, ya siente la necesidad de una respuesta. «No me miraste», ha escrito Tatyana en la primera página. Y, a mitad de la segunda: «Te estoy escribiendo para preguntarte si has pensado en mí alguna vez». Después llora (no en el poema ni en la ópera, no, sino en la vida real) y vuelve a empezar la carta. En la ópera hay una efusión de sentimientos que la hace flotar hasta el final.

* * *

Aquí estoy con mis irrevocables sentimientos, al menos me parecen irrevocables, está claro que todo esto *no* tendría por qué haber ocurrido. No teníamos por qué habernos encontrado.

Nos encontramos porque se declaró un incendio, nada grave, en la vivienda de seis plantas en la que tuve la gran suerte de haber encontrado un apartamento de

alquiler estable. Por lo visto, un fumador de hachís, que vive en el quinto, en plena modorra le prendió fuego a su sofá de pelo de caballo. Humo, humo negro y acre: nada grave. Yo estaba en la calle temblando sin abrigo, y tú estabas echando monedas en una máquina expendedora para comprar el *Times*. Al ver que te miraba me preguntaste por el incendio. Nada grave. Pasamos juntos los camiones de los bomberos para tomarnos un café en la otra acera. Eso fue en enero y ahora perezco de tanta seriedad. ¿Por qué me dejaste? ¿No te importa nada la frialdad con que él te trata? ¿Qué significa este papel sobre mi mesa? Me he sentado a escribirte una carta, no sé si crees que tal vez puedas volver a amarme, pero a lo mejor yo no.

* * *

La carta que no se envió, su fantasma.

La carta que nunca llegó, otras dos clases de fantasma. La carta que se extravía (en el correo). La carta que no se escribió jamás pero ella afirma haber escrito una, dado lo cual debe de haberse extraviado (en el correo). Uno ya no puede fiarse del correo. Uno nunca puede fiarse del cartero.

* * *

Escribir es decir… todo. Un acto de pasión. Por eso ella duda tanto, mientras mentalmente sigue escribiendo cartas. Pero es que una carta aun mentalmente escrita es una carta. Suele decirse que Arthur Schnabel tenía por costumbre ensayar mentalmente sus piezas.

* * *

Acto I, Escena 2. «Te escribo», ha empezado Tatyana, ha vuelto a empezar pues ha encontrado la cadencia. «Ya no son necesarias más confesiones, nada queda por decir. Sé que ahora está en tu mano y escarnio convertir mi vida en un infierno.»

Parpadea la vela que hay sobre el escritorio. ¿O es acaso la luna, la luna que se estremece y se pone más brillante?

—Ve a dormir, cariño —murmura la anciana aya.

—Oh, aya, oh, oh. —Pero no está dispuesta a hallar consuelo en el regazo de su querida y tierna aya.

—Eh, eh, mi niña.

—Aya, me estoy ahogando, ábreme la ventana. —La mohosa vejancona obedece—. Aya, estoy helada, tráeme un chal. —Se queda parada en la ventana, perpleja—. Oh, oh, oh…

—Deja que te cante, cariño.

—No, aya, soy yo quien debe cantar. Con mi dulce voz de muchacha. Déjame, aya, mi vieja y querida aya. Debo cantar…

* * *

Esta es una carta que transmite malas noticias. No sé cómo empezar. Cuando comenzó, no parecía tan espantoso. Todos teníamos muchas esperanzas. La situación solo empeoró ya al final. Confío en que lo aceptes lo mejor que sepas y puedas. Lamento ser el portador de… etcétera.

* * *

Por qué ya nadie escribe cartas. (Sobre esto hay mucho que decir, sin mencionar siquiera el teléfono). Ya nadie está dispuesto a tomarse el tiempo que requiere, que es por cierto un tiempo más que considerable, porque carecen de confianza. Posada la pluma sobre el papel en blanco, todos vacilan. La exuberancia inicial, momentánea, no se deja traducir rápidamente con fluidez, en una voz que cumpla los criterios, ¿qué criterios? Dudas y más dudas. Vacilaciones. Todos hacen un borrador.

Además, las cartas parecen tan… digamos, unilaterales. O les falta velocidad. Uno está demasiado impaciente por obtener respuesta.

* * *

Las malas noticias son ahora peores. Son noticias realmente malas, de las que invitan a la ceremonia. Para consolarme, me escribió con un estilo muy formal y florido que me pareció desgarrador.

* * *

Al contrario que los amantes, al contrario que los buenos amigos, padres e hijos no pueden deleitarse ni desesperarse ante el pensamiento de que no tenían por qué haberse conocido. Y tampoco tienen por qué separarse, excepto cuando se separan. Eugene va acercándose a lo que quiere decir «Padre, has sido generoso y no me cabe ninguna duda de que siempre has tenido las mejores intenciones para conmigo. No me

creas desagradecido por el estipendio mensual que me has proporcionado desde que me gradué en la Escuela de Cadetes. Ahora bien, tal como has actuado de acuerdo con tus principios, yo he de actuar de ahora en adelante de acuerdo con los míos». Una carta gélida —el tono que trata de conseguir es de opaca sinceridad—, que desembocará en una carta apasionada y violenta.

* * *

Las Cartas de Hong Kong, como las llamó el viudo, revelaban una relación que había durado casi una década repleta de fecunda lascivia que él no habría atribuido a su esposa ni siquiera en sueños. Los trances sexuales de los dos están evocados gráficamente, al igual que la facilidad de ella para procurarse placer en cualquier momento en que están separados, vestida y en público (conversando en un cóctel o dando una conferencia), si encontraba algo contra lo que apoyarse con discreción ante el solo pensamiento del brusco placer que se daban el uno al otro. Y «él» —siempre se trata de «él», pronombre respetuosamente esparcido por todas sus cartas—, «él» y sus limitadas y tiernas necesidades, su presencia siempre protectora y asexuada lejos de cuyo cobijo ella temía no ser capaz de escribir. ¡Dios santo! ¿Eso era para ella el ardor conyugal de él? ¿La monotonía matrimonial? Ahora es cuando iba a mostrar los colmillos; nunca es demasiado tarde para cometer un crimen pasional. Se paga un pasaje aéreo a Hong Kong.

* * *

Y ese empleado de Osaka de cuarenta y tres años de edad, a bordo de un jumbo averiado que en este momento describe enloquecidos círculos a medida que pierde altitud y se precipita contra una montaña, capaz de dominar la explosión al rojo blanco de terror animal y de sacar de su maletín una hoja de papel; como Dumane, también él escribe una carta de despedida a su mujer y a sus hijos. Pero solo dispone de tres minutos. Los otros pasajeros están gritando o gimiendo; algunos se han hincado de rodillas y rezan, en tanto el equipaje de mano, los paquetes y las almohadas les llueven encima. Se sostiene con las piernas apretadas contra el asiento delantero para evitar caer de bruces al pasillo, con el brazo izquierdo acuna con fuerza el maletín sobre el que escribe, con trazos rápidos pero legibles, ordenando a sus hijos que sean obedientes a su madre. A su mujer le dice que no se arrepiente de nada —«la nuestra ha sido una vida de plenitud», escribe—, y le pide que acepte su muerte. Está firmando cuando el avión se invierte, se mete la carta en el bolsillo de la chaqueta cuando es proyectado contra la ventana por encima de su compañero de asiento y al golpearse cae a merced de la inconsciencia. Cuando localizan el destrozado cadáver entre otros quinientos, en una ladera de la montaña cubierta de cedros encuentran también la carta, que es entregada a

su mujer por un funcionario de Japan Airlines con los ojos enrojecidos; la carta se publica después en primera plana. Todo Japón, como un solo hombre, se deshace en lágrimas.

* * *

Sus cartas se ponían cómodamente del lado de la soledad. La separación llegó a ser un valor, llegó a ser para ella justificación y motivo de sus cartas.

Lo que sigue, tomado de una de las cartas que me escribió:

«Poco después de llevar un mes en una isla de la costa dálmata, una isla que olía a espliego. Encontré una habitación que me alquilaba en su casa un pescador, aparte de otros turistas que me gustaron, con los cuales pasaba la mayor parte del tiempo: buceábamos desde un bote con un motor fuera de borda de cuatro caballos que habíamos alquilado, íbamos de excursión, asábamos caballas y las comíamos con unas barras de pan plano recién hecho, un pan que llamaban *lepinja*, sobre las rocas de la península, a la sombra de los pinos y durante largas noches en el café del puerto nos contábamos unos a otros cómo habían sido nuestras vidas en otros lugares. Fui yo la que se fue primero antes de que unos y otros se desperdigaran a Houston, a Londres o a Múnich; cuando el vapor se alejaba del malecón les dije adiós agitadamente con la mano y les grité: "¡Escribid! ¡Escribid!"».

»El primero con el que volví a encontrarme era el abogado de Texas al cual vi la primavera siguiente en Ginebra; habíamos cruzado muchas cartas. "Tú nos gritaste: Escribid —bromeó—, como si creyeras que te estábamos abandonando. Pero fuiste tú la que decidió marcharse y adelantarse." Me hirió el orgullo. Desde entonces no he vuelto a escribirle».

De nuevo a mí (fragmento): «No ha de tomarse como una falta de confianza ni como una retirada. Ni como un rechazo. Qué mal se vive cuando una teme vivir sola».

Con otro, pero no conmigo, ella se permite el trémolo lírico.

Con sus cuatro dromedarios, Don Pedro de Alfaroubeira viajó por todo el mundo y lo admiró. Hizo lo que a mí me gustaría hacer. ¡Si tuviera tres dromedarios! ¡O dos! Escribo esto a horcajadas sobre el corcel que tengo más a mano. Estoy viendo el mundo, las maravillas que encierra. Es lo que siempre he deseado hacer en mi vida. Entretanto, quiero seguir en contacto. De verdad quiero seguir. En contacto.

Contigo. Y contigo.

* * *

«Te agradará saber, padre —añade Eugene—, que he saldado mis deudas de juego.» Procura resultar sarcástico, aunque tal vez intente apaciguar al viejo. ¿A él qué le importa, qué le importa, o acaso busca aún la aprobación de su padre? Esta parte, en la que el fracasado poeta proclama que no ha malgastado su vida, es preciso tratarla *presto*, del modo en que se trata una nota retando a otro batirse en duelo.

* * *

En realidad, otro pasajero también está escribiendo mientras el avión se precipita: una niña de catorce años de vuelta a Tokio después de que su tía la invitara a pasar un delicioso fin de semana en Osaka y a asistir a espectáculos en Takarazuka, y está a punto de empezar a redactar una nota de agradecimiento a su tía cuando el piloto hace el primer anuncio con voz ronca. Levanta la pluma, siente un escalofrío y se clava en el papel para escribir, en cambio, lo siguiente: Tengo miedo. Tengo miedo. Socorro. Socorro. Socorro.

Los caracteres son ilegibles. Su carta no la encuentra nadie.

* * *

He aquí una pila de viejas cartas. Hojarasca vieja… me he pasado un rato procurando releerlas. Son de mi exmarido. Estuvimos casados durante siete años, y como íbamos a estar casados para siempre, nos concedimos un año sabático para mí, obtuve una beca en Oxford, estuvimos separados durante el año académico y todos los días nos escribíamos el uno al otro aerogramas azules. En aquellos tiempos casi nadie utilizaba el teléfono para poner conferencias transoceánicas. Éramos pobres, él era tacaño. Yo me iba alejando, iba poco a poco descubriendo que la vida también era posible sin él. Pero le escribía todas las noches. A lo largo del día me dedicaba a componer la carta mentalmente; mentalmente estaba hablando con él a todas horas. Estaba, ya ves, muy *acostumbrada* a él. Me sentía segura. No me había sentido nunca una persona ajena a él. Fuera lo que fuese lo que veía cuando pasaba una hora separada de él, lo primero que me hacía pensar era cómo iba a describírselo; y casi nunca permanecíamos separados durante más de unas horas: solo el tiempo imprescindible para que él diera sus clases y yo asistiera a las mías: éramos insaciables. Daba igual que me doliese la vejiga: no deseaba interrumpirme ni interrumpirle; si estábamos hablando, él me seguía hasta el cuarto de baño. Al volver a medianoche de lo que a la clase universitaria le complacía llamar fiesta en aquella época conservadora, nos quedamos más de una vez en el coche hasta que la luz del amanecer bañaba la calle,

olvidándonos incluso de entrar en nuestro apartamento, tan absortos como estábamos en las disecciones que hacíamos de sus exasperantes colegas. Tantos años así, la delirante concordia de las conversaciones ininterrumpidas, ¡hace ya más de tres veces todos esos años! Me pregunto si él habrá conservado mis cartas ¿O acaso, para congeniar mejor con su segunda esposa, las tiró a la chimenea? Y es que incluso un año después del divorcio me levantaba por la mañana con una estúpida sonrisa causada por la sorpresa, o el alivio de no estar ya casada con él. Desde entonces nunca he vuelto a sentirme tan segura con nadie. No es correcto sentirse tan segura. No, no puedo releer esas cartas. Sin embargo, necesito saber que están ahí en una caja de zapatos en el fondo del armario. Son parte de mi vida, de mi vida muerta.

* * *

Acto I, Escena 2. «¿Por qué viniste a visitarnos, por qué? Perdida en nuestra casa apartada de todo, no te habría conocido. Por tanto me habría ahorrado este desgarro. Con el tiempo —¿quién sabe?— tal vez habría pasado la agitación de la inexperiencia. Habría encontrado a un amigo, a otro y me habría adaptado con calma a mi papel correspondiente, al papel de madre virtuosa y esposa leal.» Tatyana padece su incuestionable sentimiento. Claro que ¿de qué forma enciende el sentimiento que se da en el pecho de uno el sentimiento de otro? ¿Cuáles son las leyes que rigen la combustión? Ella solo puede hablar de su propio sentimiento, de su incuestionable sentimiento tras apartarse de las novelas epistolares y lacrimógenas de amor que le encanta leer. Solo puede hablar de lo único que siente. «¡Otro! Ahora ni siquiera puedo pensar en otro. Otro nunca podrá gobernar mi corazón. Lo que siento por ti está en mí decretado para siempre por voluntad del cielo. Te estoy reservada a ti. Toda mi vida, te plazca o no, te está prometida.»

Promesas, compromisos. ¿No atestigua el fervor con que las hacemos la pujanza de la fuerza opuesta, la fuerza del olvido? El indomable poder del olvido es menester para cerrar puertas y ventanas a la conciencia, es menester para abrir espacio a la novedad. Tatyana se recuesta en su silla temblando sudorosa, se pasa una mano por la frente. Nada en toda su fragante niñez, transcurrida entre álamos plateados, la ha preparado para esta calamitosa contradicción. Intenta en vano conjurar a su querida hermana, a sus amables y rechonchos padres. El mundo entero se ha reducido ante el ceñudo, inquieto rostro de Eugene. Al diablo con el pasado, que se disuelva a la pálida luz de la luna que se evapora igual que las moduladas notas de un perfume. Sin olvido no pueden existir ni la felicidad, ni la alegría, ni la esperanza, ni el orgullo, ni el *presente*.

Sin olvido no puede existir ni la desesperación, ni la ansiedad, ni la abyección, ni el anhelo, ni el *futuro*.

*   *   *

Otros alegatos en pro del amor, otros estilos de timidez.

La primera vez que te vi llevabas un pañuelo blanco anudado al cuello, te daba el sol en el pelo, llevabas una blusa de rayas, pantalones de lino y alpargatas. Desde la mesa de la terraza del café que domina la Piazza del Popolo te vi acercarte. No pensé que fueras hermosa. Comentaste despreocupadamente el hecho de haber pasado la noche en la comisaría por agarrar y romper en pedacitos la multa que te habían puesto por exceso de velocidad; te sentaste, pediste un sorbete de limón. Te vi y pensé: si no consigo decirte que te quiero, estoy perdido. Pero no lo hice. En cambio voy escribir una carta. La jugada más débil.

Ahora que entiendo cuán hermosa eres, tu cara se me interpone. Como ocurre en una pantalla lenticular, los ojos me siguen. No quiero decirte que eres hermosa. Tendría que ocurrírseme otra cosa. La costumbre, además de mi injusto corazón, exigen que te adule. Sonsacarte un sentimiento. Quisiera pronunciar esas dichosas palabras: amor, amor, amor.

Recibí una carta de un buen amigo. La tuve una semana sin abrir. Permaneció ardiendo sobre la mesilla de noche. El sobre en que figuraba el nombre de un mero conocido y que rasgué ansiosamente mientras subía por las escaleras, confiando en que no contuviera nada que pudiese molestarme o herirme.

Tengo que decirte que escribo con una letra diminuta, tan diminuta que puede llegar a ser imposible el descifrarla. Pero no lo es. Esa caligrafía tal vez parezca expresar mi deseo de no ser conocido, mi alejamiento del contacto humano, hecha la salvedad de que quiero que me conozcas, y esta es la razón por la que te escribo, cariño.

Mi amor, esta mañana recibí tu maravillosa carta (mecanografiada) y me apresuro a contestarte. Por favor, escríbeme más.

Más esfuerzo del que puedas imaginar, eso es lo que significa. En mi guarida, bajo un ventanal de sucios cristales que deja pasar una amarga luz, me siento en la mesa de la cocina y sopeso qué puedo decirte. Por eso aparto con el dorso de la mano el polvo de mi máquina de escribir, por eso juego con mi pelo, me acaricio el mentón, me pongo la mano sobre los ojos, me rasco la nariz, me aparto el pelo de la frente, como si mi tarea

consistiera en eso y no en la hoja de papel que está metida en el carro de la máquina. Tal vez fracase en mi esfuerzo por escribirte; no intentarlo supondría un fracaso del mismo calibre.

De Alemania llega un sobre ribeteado de negro con la noticia de la muerte de un querido conocido de la cual ya había tenido conocimiento por teléfono la semana anterior. Me resultaría más fácil abrir mi correspondencia si todas las cartas importantes obedecieran a un código por colores. El negro, para la muerte. (Christoph murió a los cuarenta y nueve a causa de su segundo ataque al corazón.) El rojo para el amor. El azul para el anhelo. El amarillo para la cólera. Y un sobre cuyo ribete fuera del color que antaño se conocía como las cenizas de una rosa, ¿podría anunciar la amabilidad? Soy muy dada a olvidar que también existe esta clase de cartas: las que expresan, sin más, la amabilidad.

Hola, hola. ¿Qué tal?, ¿qué tal? Yo estoy bien, yo estoy bien, cómo están, cómo está…

¿Y tú, cariño?

* * *

Acto I, Escena 2. Temblorosa, suspirando, Tatyana continúa redactando su carta, plagada de los errores que comete en francés. (Su estado es febril, tal como he insinuado.) Ella se escucha en sus palabras. Y la cadencia del ruiseñor. (¿No he mencionado que había un ruiseñor en su jardín?) El alba está a punto de romper, pero ella necesita todavía la luz vacilante de la vela. Canta su amor. Más bien es la soprano la que canta la parte de Tatyana. Aunque Tatyana es muy joven, el papel lo representa casi siempre una diva ya madura cuya voz no responde tal como debería. Debería flotar. Pero allí donde se da una clara tendencia al fraseo elaborado la línea vocal rara vez flota, rara vez florece; parece, por el contrario, contenida o desparramada. Por suerte, esta es una buena interpretación. Los versos remontan vuelo. Tatyana escribe. Y canta.

* * *

No puedo soportar el no recibir una carta tuya; ya no salgo de casa. ¿Cómo es posible que fuera yo en otro tiempo una muchacha atolondrada, alegre? Ahora, arrastro tras de mí una larga sombra que, al pasar, marchita todo verdor.

Me quedo en casa, a la espera de tu contestación. Este arresto domiciliario que me he impuesto está resultando una sentencia más larga de lo que había previsto. A

veces a media mañana vuelvo a acostarme o a primera hora de la tarde después de que haya pasado el cartero: el sueño diurno que los presos llaman tiempo rápido. Tu carta *llegará*.

* * *

Escribo tu nombre. Dos sílabas. Dos vocales. Tu nombre te expande, tu nombre es más grande que tú. Tú reposas en un rincón durmiendo; tu nombre te despierta. Yo lo escribo. No podrías tener otro nombre. Tu nombre es tu savia, es tu sabor y gusto. Si alguien te llamase por otro nombre, te desvanecerías. Yo lo escribo. Tu nombre.

* * *

«¡Querido amigo! ¡Querido amigo! Eres todo lo que me queda, mi única esperanza, mi único amigo. Solo tú puedes salvarme. Quiero ir allí donde tú estés, quiero estar a tu lado, junto a ti. No te molestaré, no iré a visitarte, no interrumpiré tu trabajo, lo único que necesito es saber que tú estás ahí, que más allá de las paredes de mi habitación hay una presencia humana. Tú. Necesito tu calor. ¡Me han aplastado! ¡Estoy vencido! ¡Estoy agotado! Después de la pesadilla de este año he de ir a ti, ¡bajo tu protección! ¿No podrías encontrarme una habitación? Cualquier cosa serviría, lo único que necesito es una mesa, un paisaje, es decir, una ventana por la cual mirar afuera, en la cual vea algo que no sea una pared aunque si la ventana da a una pared no importará mientras esté junto a ti. Tú me salvarás, tú me enseñarás qué he de hacer, cómo he de vivir. Ah, ¿podrías prestarme algún dinero para el viaje? No me hace falta nada, no te pediré nada. En cuanto esté allí no te molestaré, te lo prometo solemnemente. ¿Hay alguien que entienda mejor que yo la necesidad que tienes de cierta intimidad? ¡Cómo admiro tu independencia, tu fuerza! Y tu generoso corazón. Si tú eres mi estrella polar, seré tan independiente como tú. Si es necesario, me haré comida, estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo, pero si pudieras encontrar a alguien en el pueblo dispuesto a ocuparse de mis más simples necesidades me sería más fácil quedarme en mi habitación, mirar por la ventana pensando serenamente en ti, sin atreverme nunca a molestarte. Eres el único a quien puedo acudir, pero eres el único al que necesito. ¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro, del brillo de los filamentos en las lámparas de cobre que nos iluminaban? Entonces comprendiste. Siempre me has comprendido. Por favor, haz un milagro. ¡Arréglalo todo! ¡Escóndeme! ¡Consígueme una habitación!»

Y le encontré una habitación, en la casa de al lado, sobre una colina desde la que podía ver las dunas. Y le escribí diciéndole que desde la ventana vería los árboles,

espacios abiertos, niños volando cometas junto al mar. Y le dije que también nosotros volaríamos cometas.

«Es la caligrafía de un loco», me dijo un amigo al que mostré la carta, con sus trazos enormes, después de su muerte. No, no tanto la de un lunático como la de un niño: eran las mismas letras grandes que escribe un niño, que no escribe solo con la mano, sino con el brazo entero: Querida Mami, TE QUIERO CON TODO MI CORAZÓN Y SIEMPRE TE QUERRÉ.

Le conseguí una habitación y no vino jamás.

* * *

En tamaño real, arriba, fig. 1 (ilustración por venir), y ampliado abajo, fig. 2 (ídem), un ejemplo de la caligrafía empleada por Richard Anton en la década de los veinte, al parecer como medio de protección de sus manuscritos de todo escrutinio indeseado. El profesor Joachim Greichen ha establecido que casi todos los textos de esta índole son descifrables; se trata de borradores de textos en prosa que Anton concluyó y publicó más adelante. Aunque en 1931 había retomado su caligrafía normal, como se ve en página contigua, fig. 3 (ídem), aún tendía a las variaciones de tamaño. Por ejemplo, en su correspondencia más personal a menudo empleaba mayúsculas de cuerpo mayor. NECESITO, QUIERO. NECESITO, QUIERO.

* * *

Me encanta el clima apacible. Me recuesto junto a la piscina. Mis cartas constituyen mi diario. Deposito mi vida en otro. En ti. Se aproxima una tormenta de verano. ¿Debería escribir el tiempo (o el paisaje) utilizando ese tiempo atmosférico (o ese paisaje) para retratar las contrariedades de mi ser? Si escribo me siento a salvo. Tarareo algo. Hiervo de pura turbación sexual.

* * *

La rapidez del deseo es comparable a la lentitud del sistema postal. Los retrasos que sufre el correo hacen que mis cartas sean obsoletas desde el momento mismo de su creación, tergiversan todo lo que escribo. Incluso cuando escribo contestando punto por punto a tu carta más reciente, ya existe una carta tuya posterior, escrita para responder a la última que has recibido de mí, diciendo algo distinto. Mientras escribo ya existe una carta tuya *que no he leído*. El Dios de las Epístolas juega con nosotros. Nuestras cartas se entrecruzan, nuestros miembros no.

*   *   *

Musitó la diva:

«Me encanta recibir visitas, detesto ir a ver a los demás. Me encanta recibir cartas, e incluso leerlas. Pero detesto escribir cartas. Me encanta dar un consejo, pero detesto ser su destinataria y jamás sigo de inmediato ningún consejo acertado que se me dé».

A veces las cartas contienen una fotografía que a la diva le place firmar y dedicar. Suya, escribe. Con mis mejores deseos. Su amiga de usted. Cariñosamente. Con amor. Sí, en las fotografías que envía a perfectos desconocidos, que en el fondo son admiradores —precisamente, eso es lo que dije, perfectos desconocidos—, ella les firma Amor.

*   *   *

Las cartas son a veces una manera de mantener alejado a alguien. Pero si el propósito es este, uno debe escribir infinidad de cartas: cuando menos una o dos al día. Si te escribo no tengo por qué verte. Tocarte. Posar mi lengua sobre tu piel.

*   *   *

Al principio, sobre todo escribe acerca de su asombroso y ahora legendario descubrimiento, el de un peculiar sistema matrimonial de «seis clases» en la isla Mortimer. Está contento. Ella lo siente. Y ella se alegra por él, y se lo dice. Y él lo siente, siente el deseo que ella tiene de que él sea feliz, de que se entregue íntegramente a su trabajo, de que sea inseparable de su trabajo, que no piense en ella, que no se preocupe por ella. Y él a través de la correspondencia parece enamorarse más; ansía estar con su corresponsal, si bien no allá en Inglaterra (aunque a ella le resulta imposible venir a reunirse con él); en ese momento cesa la correspondencia. La última carta de Trevor llegó con más de un mes de retraso sobre la fecha en que Elisabeth recibió el telegrama en el que se le notificaba que había muerto, a los veinticuatro años de edad y a causa de unas fiebres tifoideas. Ella recuerda a solas ese instante, casi sin comentarios, dejándonos —tal como quedó ella durante medio siglo— con la herida, el silencio y la posibilidad abiertos. ¿Habrían sido felices para siempre?

*   *   *

No podía decirle que quería el divorcio, y mucho menos por carta. Mis cartas tenían que ser amorosas. Tenía que esperar mi regreso. Me recibió en el aeropuerto, se saltó la zona de espera y atravesó el asfalto en el momento en que yo bajaba por la

escalerilla. Nos abrazamos, recogimos mi maleta, llegamos al aparcamiento. Una vez en el coche antes de que arrancara se lo dije. Nos quedamos allí, en el coche, hablando; lloramos.

Por supuesto habría sido más fácil decir no —o ya no, o nunca más— por carta. Más fácil, mucho más fácil que hacer frente a su rostro ensombrecido por la tristeza. ¿Y decir sí? Sí.

* * *

Acto I, Escena 2. Tatyana relee las tres páginas que lleva escritas y que ha firmado ya. Tacha las palabras, manchan las lágrimas el papel, pero no importa: esto no es una redacción escolar. Quedará tal cual está escrita, sellada.

Sale el sol. Ella tira de la campana para llamar a su aturdida aya, que supone simplemente que su amada y nerviosa niña se ha levantado más temprano de lo habitual, e indica a la anciana que entregue la carta a su nieto, quien debe llevarla rápida, rápidamente a su nuevo vecino. ¿A quién? ¿A quién? Tatyana señala muda el adorado nombre que consta en el sobre.

¿Y Eugene? El Eugene de Tatyana. El muchacho pálido y ceñudo, delgado, con sus caras botas extranjeras, el que apenas habló con nadie la otra noche, cuando vino según esperaban todos, de visita. El amante siempre considera solitario y desdichado al amado. Pero Eugene (el Eugene de Eugene) se encuentra en verdad tan solitario y abatido como Tatyana lo imagina.

Así pues, este es Eugene (mi Eugene), que acaba de terminar una altiva carta de seis páginas en la cual rompe toda relación con su padre. No se permitirá ni una sola debilidad de corazón, de ahora en adelante estará muerto, se jura, a todos los reclamos del afecto.

Pero luego se entera de que su padre ha muerto (¿habrá recibido antes de morir la carta de Eugene?) y —en este punto se suma mi cuento al suyo— regresa a Petersburgo para asistir al funeral, para administrar la herencia, se dispone después a marchar al extranjero cuando se entera de que el hermano mayor de su padre está muriéndose (¡cuán mortales son aquellos antiguos valientes!), llega obedientemente a la mansión de altos techos que tiene su tío en lo más recóndito de la campiña, se lo encuentra ya en el patio en un ataúd, y decide quedarse allí tanto tiempo como le plazca (¿acaso no podría revivir la vida rústica sus dones poéticos?), permanece muchos días a solas pero tras un mes de reclusión, reclusión que desaprueban los gentilhombres de la

vecindad, se concede de mala gana asistir a una reunión en la hacienda de una familia de la región que cuenta con dos hijas, una sencilla velada familiar con unos cuantos vecinos. Y percibe la hermosa gravedad de la figura sentada junto a la ventana y piensa: si pudiese enamorarme me enamoraría de una muchacha como esa. Encuentra su aire melancólico… de muy buena educación.

Y cuando recibe la carta de Tatyana se conmueve, pero más que nada por compasión de su sencilla ingenuidad, pues ha expulsado de su imaginación todo lo que tenga que ver con el amor. Relee la carta, suspira; no quiere hacerle ningún daño. Cuando ya termina el día, el día más largo de la vida de Tatyana, cabalgará hasta su casa —la encontrará en el jardín— y le explicará con toda la galantería de la que es capaz que no está hecho para el matrimonio, que no puede sentir por ella nada más que los sentimientos de un hermano. No hay carta alguna para Tatyana. Ella no lo obsesiona. Prefiere contárselo cara a cara.

* * *

Al igual que tú tienes el valor de escribirme yo tengo el valor de leer tu carta. No pienses que medito despacio cada renglón, pese a lo cual creo haber entendido por qué te cuesta tanto esfuerzo escribirme. (Date cuenta, tú me has permitido conocerte.) Y ello es así porque con cada carta das la impresión de estar escribiéndome por primera vez en tu vida.

* * *

Eugene no sabe que tras su conversación en el jardín, Tatyana cae gravemente enferma, que está a punto de morir. De vergüenza, de pena. Pero dos años después se entera, por medio de un compañero de la Escuela de Cadetes, de que ella se ha casado y que se ha casado bien —su marido, un general y un hombre decente, es conocido de la familia de Eugene— y que vive ahora en Petersburgo.

¿Lo ha olvidado cuando unos dos años después recibe una invitación para asistir a una recepción en la mansión Gremin, en Petersburgo? Cuando el general Gremin le presenta a su joven esposa, al principio Eugene no la reconoce en esa mujer imponente, con diadema, más hermosa si cabe que aquella muchacha vulnerable, de cejas oscuras, a la que él desairó en el jardín de la casa paterna. Sus ojos miran, pero no ven. No inquieren nada.

Antorchas, candelabros.

Descubre, no sin cierta sorpresa, que vuelve con frecuencia a la mansión Gremin, que se las ingenia para encontrársela, en la ópera, en otras fiestas de sociedad, pese a lo cual Tatyana y él nunca llegan a intercambiar sino serenas palabras de cortesía. En ocasiones consigue ser el que deposita la capa de pieles sobre sus hombros. Ella asiente con gravedad, ¿a qué podrá referirse? A veces da la impresión de que ella esconde su rostro querido en el embozo. Perplejo, poco a poco, reconoce que la ama, que la ama más allá de donde alcanzan las palabras. Que el suyo es un amor que han decretado los cielos. Se da cuenta de ello porque quiere escribirle. ¿No podría ser esa la solución al enigma de su árido corazón? Se siente ridículo, mas no importa. Una noche se queda en vela hasta el alba, hasta haber escrito un aullido de amor epistolar de cuatro páginas de extensión. Al día siguiente escribe otra carta. Luego, una tercera.

Y espera y espera. A que llegue la respuesta.

¿Qué hizo con la carta que le enviara ella cuatro años antes? Ni siquiera le concedió la dignidad de la quema; lisa y llanamente, se le traspapeló. Si al menos pudiera disponer de ella ahora, si al menos la llevara en secreto junto a su corazón, pudiera doblarla y desdoblarla, y humedecerla con sus lágrimas.

Por favor escríbeme, escríbeme una sola carta, le suplica humildemente la última vez que se ven. Él la ha descubierto llorando. Tatyana ya no guarda ningún secreto. Pese a su irrevocable matrimonio, jamás ha dejado de amarle en ningún momento. Él se arrodilla a sus pies.

No habrá ninguna carta

Ella no olvida nada.

No hay futuro.

* * *

Ahora respiro aún más hondo. Me preparo, me preparo, vacilante. He ahí la médula de mi anhelo, condensada. Está ahí, a mano, en las palabras.

Enciende la lámpara halógena. No hay luz suficiente en esta habitación.

Amor, por favor sigue escribiendo. Tus cartas me alcanzarán siempre. Escríbeme, aunque sea con tu auténtica diminuta caligrafía. La sostendré a la luz. La aumentaré con mi amor.

EL MUÑECO

Dado que mi situación es intolerable, he decidido tomar medidas para resolverla. Por ello he fabricado un muñeco de tamaño natural utilizando varias marcas de productos plásticos japoneses que simulan la carne, el pelo, las uñas y demás. Un técnico electrónico que conozco montó, a cambio de una suma considerable, el mecanismo interior del muñeco: este podrá hablar, comer, trabajar, caminar y copular. Contraté a un destacado artista de la antigua escuela realista para que pintara las facciones: necesitó doce sesiones para lograr un rostro idéntico al mío. Allí están mi nariz ancha, mi cabello castaño, las arrugas a los lados de la boca. Ni siquiera yo podría distinguir al muñeco de mi persona si no fuese porque desde mi peculiar perspectiva resulta harto evidente que él es él y yo soy yo.

Lo que falta es instalar al muñeco en el centro de mi vida. Él irá a trabajar en mi lugar, y recibirá la aprobación y la crítica de mi jefe. Él hará reverencias y economizará y será diligente. Lo único que le pediré será que me traiga el cheque cada miércoles. Yo le daré dinero para sus gastos de transporte y sus almuerzos, pero no más. Yo extenderé los cheques para el pago del alquiler y los servicios, y me guardaré el resto. El muñeco también será el que estará casado con mi esposa. Le hará el amor el martes y el sábado por la noche, verá la televisión con ella todas las noches, ingerirá sus saludables cenas, reñirá con ella respecto de la forma de criar a las niñas. (Mi esposa, que también trabaja, paga las provisiones con su sueldo.) También encomendaré al muñeco que juegue a los bolos el lunes por la noche con el equipo de la oficina, que visite a mi madre el viernes por la noche, que lea el periódico todas las mañanas y quizá que compre mi ropa (dos juegos: uno para él, otro para mí). Le asignaré otras tareas a medida que se presenten y que yo desee librarme de ellas. Quiero reservarme solo lo que me produzca placer.

Diréis que es una empresa ambiciosa. Pero ¿por qué no abordarla? Los problemas de este mundo solo se resuelven de dos maneras: por extinción o por duplicación. Las épocas pasadas solo contaban con la primera alternativa. Pero no veo ningún motivo para no aprovechar las maravillas de la tecnología moderna en aras de la liberación personal. Tengo una opción. Y, puesto que no alimento tendencias suicidas, he resuelto duplicarme.

Una hermosa mañana de un lunes doy cuerda al muñeco y lo pongo en libertad, después de haberme asegurado de que conoce su deber. O sea, que sabe perfectamente cómo me comportaría yo en cada situación cotidiana. Suena la campanilla del despertador. Se da la vuelta y da un codazo a mi mujer, que se levanta desganadamente de la cama de matrimonio y silencia el despertador. Mi esposa se pone las pantuflas y la bata, y luego entra cojeando, con los tobillos entumecidos, en el baño. Cuando ella sale y se dirige hacia la cocina, él se levanta y ocupa el lugar que ha quedado libre en el baño. Orina, hace gárgaras, se afeita, vuelve al dormitorio y saca su ropa de la cómoda y el armario, regresa al baño, se viste y por fin se reúne con mi esposa en la cocina. Mis hijas ya están sentadas a la mesa. La menor no terminó de hacer sus deberes anoche, y mi esposa escribe una carta de justificación a la maestra. La mayor mastica altivamente la tostada fría. «Buenos días, papá», dicen al muñeco. Este, a su vez, las besa fugazmente en la mejilla. Observo con alivio que el desayuno transcurre sin problemas. Las niñas se van. No han notado nada. Empiezo a sentirme seguro de que mi plan va a tener éxito y deduzco, de mi excitación, que había temido muchísimo que no lo tuviera: que se produjese alguna avería mecánica, que el muñeco no reconociera las claves para actuar. Pero no, todo marcha sobre ruedas. Incluso su manera de doblar *The New York Times* es la correcta; reproduce exactamente el tiempo que yo dedicaba a las noticias internacionales y tarda precisamente lo mismo que tardaba yo en leer las páginas de deportes.

El muñeco besa a mi esposa, sale por la puerta, entra en el ascensor. (Me pregunto si las máquinas se reconocen entre sí.) Llega al vestíbulo, sale por la puerta, camina por la calle a paso normal —el muñeco ha salido puntualmente, no tiene por qué inquietarse—, baja al metro. Equilibrado, sereno, pulcro (yo mismo lo limpié el domingo por la noche), desenvuelto, realiza los actos estipulados. Será feliz mientras yo esté satisfecho con él. Y lo estaré, haga lo que haga, mientras los otros estén satisfechos con él.

Tampoco en la oficina nota nadie ningún cambio. La secretaria lo saluda y él le sonríe como yo lo hago siempre; después se encamina hacia mi cubículo, cuelga su abrigo y se sienta frente a mi mesa. La secretaria le trae mi correspondencia. Después de leerla, pide que le tome algunos dictados. A continuación debe ocuparse de una pila de trámites que dejé inconclusos el viernes pasado. Hay llamadas telefónicas, una cita para almorzar con un cliente de fuera. Solo observo una irregularidad: el muñeco fuma siete cigarrillos durante la mañana. Yo fumo generalmente entre diez y quince. Pero eso lo atribuyo al hecho de que es nuevo en su trabajo y no ha tenido tiempo para acumular las tensiones que yo experimento al cabo de seis años en esa oficina. Se me ocurre que probablemente no beberá dos martinis —como yo hago siempre— durante el almuerzo, sino solo uno, y acierto. Pero estos son simples detalles, y será un mérito del muñeco

que alguien los note, aunque dudo que eso suceda. Su comportamiento con el cliente de fuera es correcto: quizá exagera un poco su amabilidad, pero eso también lo atribuyo a la inexperiencia. Gracias a Dios, no falla en los pequeños detalles. Sus modales a la mesa son como deben ser. No picotea del plato sino que come con fruición. Y sabe que debe firmar la cuenta en lugar de pagar con la tarjeta de crédito: la empresa tiene una cuenta en ese restaurante.

Por la tarde se celebra una conferencia de ventas. El vicepresidente explica una nueva campaña de promoción para el Medio Oeste. El muñeco formula sugerencias. El jefe hace ademanes de asentimiento. El muñeco da golpecitos con el lápiz sobre la larga mesa de caoba y tiene un talante pensativo. Observo que fuma un cigarrillo tras otro. ¿Es posible que experimente la presión tan pronto? ¡Qué vida tan difícil ha sido la mía! Después de vivirla durante menos de un día, incluso un muñeco da ya algunas muestras de desgaste y deterioro. El resto de la tarde transcurre sin incidentes. El muñeco vuelve a casa para reunirse con mi esposa e hijas, ingiere mi cena gustosamente, juega al Monopoly con las niñas durante una hora, ve una película del Oeste en la televisión junto con mi esposa, se baña, se prepara un bocadillo de jamón y luego se acuesta. Ignoro con qué sueña, pero deseo que sea con algo reposado y placentero. Si mi aprobación puede suministrarle un sueño tranquilo, ya cuenta con ella. Estoy plenamente satisfecho con mi creación.

Hace varios meses que el muñeco está en funcionamiento. ¿Qué puedo decir? ¿Que es más eficiente? Imposible. El primer día se desenvolvió muy bien. No podría parecerse a mí más de lo que se parecía al principio. No es necesario que mejore en su trabajo, basta con que se consagre a él de buena gana sin rebeldías, sin averías mecánicas. Mi esposa es feliz con él… o por lo menos no es más desdichada de lo que era conmigo. Mis hijas lo llaman «papá», y le piden su paga. Mis compañeros de trabajo y mi jefe continúan confiándole mis tareas.

Últimamente, sin embargo —solo durante la semana pasada, en realidad—, he notado algo que me preocupa. Se trata de la atención que el muñeco presta a la nueva secretaria, la señorita Amor. (Espero que no sea su nombre lo que lo excita en algún recoveco de su compleja maquinaria. Imagino que las máquinas pueden tener una mentalidad literal.) Una ligera demora en la mesa de ella cuando él entra por la mañana, una pausa de un segundo, no más, cuando ella lo saluda; mientras que yo —y él hasta hace poco tiempo— acostumbraba pasar junto a esa mesa sin cambiar el ritmo de la marcha. Y parece dictar más cartas. ¿Acaso eso es producto del mayor celo con que trabaja para la firma? Recuerdo cómo habló el primer día en la sala de conferencias. ¿O acaso se trata del deseo de retener a la señorita Amor? ¿Esas cartas son necesarias? Juraría que él lo cree. Pero también es cierto que nunca se sabe qué es lo que sucede

detrás de su imperturbable cara de muñeco. No me atrevo a preguntárselo. ¿Acaso porque no quiero descubrir lo peor? ¿O porque tengo miedo de que lo enfurezca mi intromisión en su intimidad? Sea como fuere, he resuelto esperar a que él me lo diga.

Hasta que un día aflora… la temida noticia. A las ocho de la mañana el muñeco me acorrala en la ducha, desde donde lo espío mientras se afeita, maravillándome de que se acuerde de cortarse de vez en cuando, como me corto yo. Se desahoga conmigo. Me asombra la magnitud de su emoción… me asombra y me produce un poco de envidia. Nunca había imaginado que un muñeco pudiera ser tan sensible, que vería llorar a un muñeco. Intento serenarlo. Lo amonesto y después lo reprendo. Es inútil. Sus lágrimas se truecan en sollozos. Él, o más exactamente su pasión, cuyo mecanismo no puedo sondear, empieza a repugnarme. También me aterroriza la posibilidad de que mi esposa y mis hijas lo oigan, irrumpan en el baño y encuentren allí a esa criatura enloquecida e incapaz de responder normalmente. (¿Podrían hallarnos a los dos en el baño? Eso también es posible.) Abro la ducha y los dos grifos del lavabo, y hago correr el agua del inodoro para ahogar los ayes de dolor que articula. ¡Todo eso por amor! ¡Todo eso por amor a la señorita Amor! Apenas le ha hablado, excepto por cuestiones de negocios. Ciertamente no se ha acostado con ella: de eso estoy seguro. Y, sin embargo, está locamente, desesperadamente enamorado. Quiere abandonar a mi esposa. Le explico hasta qué punto es imposible. En primer lugar, tiene deberes y responsabilidades. Es el marido de mi esposa y el padre de mis hijas. Dependen de él y su actitud egoísta les destrozaría la vida. Y en segundo lugar, ¿qué sabe acerca de la señorita Amor? Ella es por lo menos diez años menor que él, no le ha dado ninguna muestra de interés, y probablemente tiene un simpático novio de su edad con el que planea casarse.

El muñeco se niega a escuchar. No hay forma de consolarlo. La señorita Amor será suya o —aquí hace un ademán amenazador— se autodestruirá. Se golpeará la cabeza contra la pared, o saltará por la ventana, para descalabrar irremediablemente su delicada maquinaria. Eso me alarma realmente. Veo arruinado mi maravilloso plan, que me ha dejado tan estupendamente desocupado y en paz durante los últimos meses. Me veo de nuevo en la oficina, haciéndole el amor a mi esposa, disputando el espacio en el metro durante la hora punta, viendo la televisión, dando un azote a las niñas. Si la vida me había resultado intolerable antes, podéis imaginar cuán impensable se ha vuelto ahora. Vaya, si solo supierais cómo he pasado estos últimos meses, mientras el muñeco administraba mi vida… Sin una preocupación en el mundo, exceptuando la ocasional curiosidad respecto de la suerte que corría mi muñeco. Me he deslizado hasta el fondo del mundo. Ahora duermo en cualquier parte: en pensiones de mala muerte, en el metro (que solo cojo muy avanzada la noche), en callejones y portales. Ya no me

molesto en ir a pedirle mi cheque al muñeco, porque no hay nada que desee comprar. Casi nunca me afeito. Mis ropas están desgarradas y manchadas.

¿Os parece esto muy deprimente? No lo es, no lo es en absoluto. Por supuesto, cuando el muñeco me alivió por primera vez de mi propia vida, yo alimentaba planes grandiosos para vivir vidas ajenas. Quería ser explorador del Ártico, concertista de piano, una gran cortesana, un estadista mundial. Intenté ser Alejandro Magno, luego Mozart, luego Bismarck, luego Greta Garbo, luego Elvis Presley… en mi imaginación, claro está. Supuse que, al no ser ninguna de esas personas por mucho tiempo, experimentaría solo sus placeres y ninguno de sus dolores; porque podría evadirme, transformarme, cada vez que lo deseara. Pero el experimento falló, por falta de interés, por extenuación, llamadlo como queráis. He descubierto que estoy cansado de ser persona. No solo cansado de ser la persona que era, sino cualquier persona. Me gusta contemplar a las gentes, pero no conversar con ellas, tratar con ellas, complacerlas u ofenderlas. Ni siquiera me gusta hablar con el muñeco. Estoy cansado. Me gustaría ser una montaña, un árbol, una piedra. Si he de continuar siendo una persona, la vida de la escoria solitaria es la única tolerable. De modo que queda totalmente descartada la posibilidad de permitir al muñeco que se autodestruya, obligándome a ocupar su puesto y a vivir mi vida de antes.

Persevero en mis esfuerzos de persuasión. Consigo que enjugue sus lágrimas y salga y afronte el desayuno en familia, a cambio de la promesa de que continuaremos nuestra conversación en la oficina, después de que dicte a la señorita Amor su tanda de cartas matutinas. Accede a intentarlo, y se presenta un poco tardíamente en la mesa, con los ojos enrojecidos. «¿Un resfriado, cariño?», pregunta mi esposa. El muñeco se ruboriza y murmura algo. Ruego que se dé prisa. Temo que sufra otro colapso. Observo alarmado que apenas puede comer y deja las dos terceras partes del café en la taza.

El muñeco sale tristemente del apartamento, y deja a mi mujer perpleja y recelosa. Veo que hace señas a un taxi en lugar de coger el metro. En la oficina, escucho subrepticiamente cómo dicta sus cartas, suspirando entre una oración y otra. La señorita Amor también lo nota. «Bueno, ¿qué le pasa?», pregunta jovialmente. Se produce una larga pausa. Espío desde el interior del armario y ¿qué veo? Al muñeco y la señorita Amor que se abrazan apasionadamente. Él le acaricia los pechos, ella tiene los ojos cerrados, se devoran mutuamente con sus bocas. El muñeco me ve fisgar detrás de la puerta del armario. Le hago señas frenéticamente, procurando darle a entender que debemos hablar, que estoy de su parte, que lo ayudaré. «¿Esta noche?», susurra el muñeco, mientras suelta lentamente a la extasiada señorita Amor. «Te adoro», susurra ella. «Te adoro —dice el muñeco con una voz un poco más fuerte que un susurro—, y debo verte.» «Esta noche —susurra ella a su vez—. En mi casa. Esta es la dirección.»

Otro beso y la señorita Amor se va. Salgo del armario y echo la llave a la puerta del pequeño despacho. «Bueno —anuncia el muñeco—, debo elegir entre Amor y muerte.» «Está bien —respondo tristemente—. Ya no intentaré disuadirte. Parece una buena chica. Y es muy atractiva. Quién sabe, si hubiera trabajado aquí cuando estaba yo… —Veo que el muñeco frunce el ceño coléricamente y no termino la frase—. Pero deberás concederme un poco de tiempo.» «¿Qué harás? Hasta donde veo, no puedes hacer nada —dice el muñeco—. Si crees que volveré a reunirme en casa con tu esposa y tus hijas, después de haber encontrado a Amor…» Le imploro que me dé tiempo.

¿Qué me propongo hacer? Sencillamente esto. Ahora el muñeco se encuentra en mi situación inicial. Su actual régimen de vida le resulta intolerable. Pero, puesto que su anhelo de vivir una vida auténtica, individual, es mucho mayor que el que yo experimenté jamás, no quiere desaparecer del mundo. Solo desea reemplazar a mi esposa, a todas luces de segunda mano, y a mis dos bulliciosas hijas por la deliciosa señorita Amor, que no tiene descendencia. Pues bien, ¿por qué mi solución —la duplicación— no habría de ser tan eficaz para él como lo fue para mí? Cualquier cosa es mejor que el suicidio. El tiempo que necesito es el indispensable para fabricar otro muñeco, un muñeco que se quedará con mi esposa y mis hijas y que irá a mi oficina mientras este muñeco (el verdadero muñeco, debo llamarlo ahora) se fuga con la señorita Amor.

Esa mañana, más tarde, le pido dinero prestado para ir a un baño turco y asearme, para cortarme el pelo y afeitarme en la peluquería, y para comprarme un traje idéntico al que él usa. Por sugerencia suya, nos reunimos para comer en un pequeño restaurante de Greenwich Village, donde es imposible que se encuentre con alguien que pudiera reconocerlo. No sé muy bien qué es lo que teme. ¿Comer solo, y que lo vean conversando consigo mismo? ¿Que lo vean conmigo? Pero ahora estoy perfectamente presentable. Y si nos vieran a los dos juntos, ¿qué podría haber más normal que una pareja de gemelos adultos idénticos, de sexo masculino, vestidos de la misma manera, comiendo juntos y conversando seriamente? Los dos pedimos espaguetis al burro y almejas al horno. Después de beber tres copas, acepta mi punto de vista. Dice que, por consideración a los sentimientos de mi esposa —no a los míos, insiste varias veces con un tono de voz bastante áspero—, esperará. Pero solo unos pocos meses, no más. Le señalo que no le pediré que en el ínterin no se acueste con la señorita Amor, sino solo que sea discreto en su adulterio.

Es más difícil fabricar el segundo muñeco que el primero. Todos mis ahorros se han agotado. Los precios del plástico humanoide y de los otros materiales, así como los honorarios del técnico y del artista, han aumentado en solo un año. Debería agregar que el sueldo del muñeco no ha aumentado en absoluto, a pesar de que el jefe valora cada

vez más los servicios que presta a la firma. Al muñeco le fastidia que insista en que sea él, y no yo, quien pose para el artista cuando este moldea y pinta los rasgos faciales. Pero le señalo que, si sirvo nuevamente de modelo para el segundo muñeco, existe la posibilidad de que la copia resulte borrosa o desvaída. Es indudable que han aparecido algunas diferencias entre el aspecto del primer muñeco y el mío propio, aunque yo no pueda detectarlas. Quiero que el segundo muñeco se parezca a él, allí donde exista la menor disparidad entre él y yo. Deberé correr el riesgo de que en el segundo muñeco también se reproduzca la imprevista pasión humana que despojó al primero del valor que tenía para mí.

Finalmente, el segundo muñeco está listo. Cediendo a mi insistencia (y de mala gana, porque quería pasar su tiempo libre con la señorita Amor), el primer muñeco se hace cargo de su período de adiestramiento y adoctrinamiento, que dura varias semanas. Entonces llega el gran día. El segundo muñeco es instalado en la vida del primer muñeco en medio de un partido de béisbol que se celebra un sábado por la tarde, durante el descanso del séptimo *inning*. Ha quedado convenido de que el primer muñeco saldrá a comprar salchichas y Coca-Colas para mi esposa y mis hijas. Es el primer muñeco el que sale, y es el segundo el que vuelve cargado con víveres y bebidas. Entonces el primer muñeco salta dentro de un taxi y sale disparado rumbo a la señorita Amor, que lo espera con los brazos abiertos.

Esto ocurrió hace nueve años. El segundo muñeco vive con mi esposa en un estado de ánimo ni más entusiasta ni más deprimido que el que yo había tenido. Mi hija mayor va a la universidad, la segunda a la escuela secundaria, y hay un tercer hijo, un varón, que ahora tiene seis años. Se han mudado a un apartamento en Forest Hills, mi esposa ha dejado su empleo, y el segundo muñeco es vicepresidente adjunto de la firma. El primer muñeco reanudó los estudios universitarios por la noche mientras trabajaba como camarero durante el día; la señorita Amor también volvió a la universidad y obtuvo su título de maestra. Ahora él es arquitecto y tiene cada vez más trabajo; ella enseña inglés en la escuela secundaria Julia Richman. Tienen dos hijos —un varón y una niña— y son extraordinariamente dichosos. De tiempo en tiempo visito a ambos muñecos…, pero nunca sin antes acicalarme, entendedme bien. Me considero un pariente y el padrino, a veces el tío, de todos sus hijos. No los hace muy felices verme, quizá por mi aspecto humilde, pero no tienen el coraje de ponerme de patitas en la calle. Nunca me quedo mucho tiempo, pero les deseo lo mejor, y me felicito por haber resuelto de una manera tan equitativa y responsable los problemas de esta pobre vida breve que me ha sido asignada.

VIAJE SIN GUÍA

Hice un viaje para ver las cosas bellas. Un cambio de paisaje. Un cambio de estado de ánimo. ¿Y sabes qué?

¿Qué?

Continúan allí.

Pero no continuarán allí por mucho tiempo.

Lo sé. Por eso fui. Para despedirme. Cada vez que viajo, es invariablemente para despedirme.

Techos de tejas, balcones de madera, peces en la bahía, el reloj de cobre, chales secándose sobre las rocas, el delicado aroma de las aceitunas, puestas de sol tras el puente, piedra ocre. «Jardines, parques, bosques, montes, canales, lagos privados, con cabañas, villas, portones, bancos de jardín, cenadores, huecos, grutas, ermitas, arcos de triunfo, capillas, templos, mezquitas, salones de banquetes, rotondas, observatorios, pajareras, invernaderos, neveras, fuentes, puentes, barcas, cascadas, casas de baños.» El anfiteatro romano, el sarcófago etrusco. El monumento a los muertos de la guerra de 1914-1918 en la plaza de todas las aldeas. No ves la base militar. Está fuera de la ciudad, y no sobre la carretera principal.

Presagios. En el muro del claustro ha aparecido una larga grieta oblicua. Sube el nivel del agua. La nariz del santo de mármol ya no es aguileña.

Este lugar. Un impulso piadoso me trae siempre de vuelta a este lugar. Pienso en todas las personas que estuvieron aquí. Sus nombres están garrapateados con torpes incisiones al pie del fresco.

¡Vándalos!

Sí. Es su manera de estar aquí.

Las obras más orgullosas hechas por la mano del hombre rebajadas a la condición de cosas naturales. El Juicio Final.

No puedes guardar todo bajo llave en museos.

¿No hay nada hermoso en tu país?

No. Sí. Menos.

¿Tenías guías, mapas, horarios, zapatos resistentes?

Leí las guías cuando llegué a casa. Quería conservar mis…

¿Impresiones inmediatas?

Podrías llamarlas así.

Pero viste los lugares famosos. No te desentendiste perversamente de ellos.

Los vi. Tan a conciencia como podía mientras salvaguardaba mi ignorancia. No quiero saber más de lo que sé, no quiero apegarme a ellos más de lo que ya lo estoy.

¿Cómo sabías adónde ir?

Jugando con mi memoria como si fuese una ruleta.

¿Recuerdas lo que viste?

No mucho.

Es demasiado triste. No puedo amar el pasado que está prisionero dentro de mi memoria como un recuerdo comprado en una tienda.

Lecciones sobre objetos. Urnas griegas. Un molinillo de pimienta en forma de Torre Eiffel. Una jarra de cerveza con la imagen de Bismarck. Un pañuelo de cabeza con la bahía de Nápoles y el Vesubio. Una bandeja de corcho con el *David* de Miguel Ángel.

Recuerdos comprados en tiendas no, gracias. Aferrémonos a lo auténtico.

El pasado. Bueno, en el pasado siempre hay algo inefable, ¿no te parece?

Con toda su gloria original. El patrimonio indispensable de una mujer culta.

Estoy de acuerdo. Como tú, no considero que la devoción al pasado sea una forma de esnobismo. Solo una de las formas más desastrosas del amor no correspondido.

Estaba siendo cruel. Soy una amante voluble. No es amor lo que el pasado necesita para sobrevivir, sino la ausencia de opciones.

Y ejércitos de personas pudientes, inmovilizadas por la vanidad, la codicia, el miedo al escándalo y la ineficiencia e incomodidad del viaje. Mujeres equipadas con sombrillas y bolsos de perlas, con pasitos cortos, faldas largas, ojos tímidos. Hombres bigotudos con chistera, peinados con la raya a la izquierda, que sostienen con ligas sus calcetines de seda. Secundados por lacayos, zapateros remendones, traperos, herreros, músicos callejeros, aprendices de linotipista, deshollinadores, fabricantes de encajes, comadronas, carreteros, nodrizas, albañiles, cocheros, guardianes y sacristanes. Así de reciente. Todo ha desaparecido. La gente. Y su pompa y boato.

¿Es eso lo que crees que fui a ver?

No a la gente. Pero sí sus lugares, sus cosas bellas. Dijiste que aún estaban allí. La choza, la ermita, la gruta, el parque, el castillo. Una pajarera de estilo chino. La hacienda de Su Señoría. Un aislamiento delicioso en medio de sus bosques impenetrables.

Yo no fui feliz allí.

¿Qué sentías?

Pesar porque talaban los árboles.

Así que tienes una visión nebulosa de las cosas naturales. Por un disfrute excesivo de los placeres nerviosos, metálicos, de las grandes ciudades.

Como no estaba a la altura de mis pasiones, rehuí los lagos, rehuí los bosques, rehuí los campos donde titilaban las luciérnagas, rehuí las montañas aromáticas.

Tonterías provincianas. Lo que necesitas es algo menos solitario.

Yo acostumbraba decir: Los paisajes solo me interesan en relación con los seres humanos. Ah, el hecho de amar a alguien infundiría vida a todo esto… Pero las emociones que nos inspiran los seres humanos también se parecen tristemente entre sí. Cuanto más cambian los lugares, las costumbres y las circunstancias de las aventuras, tanto más nos damos cuenta de que nosotros permanecemos inmutables en medio de

todo aquello. Conozco todas las reacciones que tendré. Conozco todas las palabras que volveré a pronunciar.

Deberías haberme llevado a mí en su lugar.

Te refieres a él. Sí, claro que no estaba sola. Pero reñíamos casi todo el tiempo. Él ajetreado, yo odiosa.

Dicen. Dicen que un viaje es una buena ocasión para reparar un amor lesionado.

O la peor. Sentimientos semejantes a metralla extirpada a medias de la herida. Opiniones. Y competencia de opiniones. Ejercicios amatorios desesperados de regreso en el hotel en doradas tardes estivales. Servicio de habitaciones.

¿Cómo permitiste que se volviera tan monótono? Alimentabas muchas esperanzas.

¡Basura! Las prisiones y los hospitales están henchidos de esperanzas. Pero no los vuelos chárter y los hoteles de lujo.

Pero estabas conmovida. A veces.

Quizá fuese el agotamiento. Claro que lo estaba. Lo estoy. El interior de mis sentimientos está humedecido por las lágrimas.

¿Y el exterior?

Muy seco. Bueno, tanto como hace falta. No puedes imaginarte lo extenuante que es. Ese órgano de la nostalgia equipado con dos membranas, que bombea las lágrimas hacia dentro. Que las bombea hacia fuera.

Virtudes de profundidad y energía.

Y discernimiento. Cuando puedes hacerlas aflorar.

Qué sorpresa. No son todas bellas, las cosas bellas. Nunca he visto tantos Cupidos rechonchos y Gracias desmañadas.

Aquí hay un café. *En el café*. El cura del pueblo jugando al *pinball*. Marineros de diecinueve años con borlas rojas mirando. Un caballero anciano con un komboloi de ámbar. La hija del propietario haciendo sus deberes en una mesa de juego. Dos cazadores comprando postales con fotos de ciervos. Él dice: Puedes beber el vino ácido local, volverte un poco menos odiosa, relajarte.

Monsieur René dice que se cierra a las cinco.

Cada cuadro. «Cada cuadro tenía al pie un lema de alguna buena intención. Al ver que yo miraba atentamente esas nobles imágenes, él dijo: "Aquí todo es natural". Las figuras estaban vestidas como hombres y mujeres vivos, aunque eran inmensamente más hermosas. Mucha luz, mucha oscuridad, hombres y mujeres que son y sin embargo no son.»

¿Merece un rodeo? ¡Merece un viaje! Es una colección notable. Aún conservaba su aura. Las cosas eran realmente fastidiosas.

El celo del barón al explicar. Sus modales corteses. Se quedó durante todo el bombardeo.

Una homogeneidad necesaria. O, si no, algún acontecimiento descarnado, específico.

Quiero volver a esa tienda de antigüedades.

«El arco ojival de la puerta es gótico, pero la nave central y las naves laterales…»

Eres difícil de complacer.

¿No puedes imaginar un viaje que no se haga para acumular placeres sino para hacerlos más escasos?

La saciedad no es mi problema. Tampoco lo es la piedad. No queda nada por hacer excepto esperar nuestras comidas, como animales.

¿Te estás resfriando? Bebe esto.

Me encuentro perfectamente. Te ruego que no compres el catálogo. Ni las postales con reproducciones. Ni el suéter de marinero.

No te enfades, pero… ¿le diste la propina a *monsieur* René?

Debes decirte cincuenta veces por día: No soy un experto, ni un trotamundos romántico, ni un peregrino.

Dilo tú.

«Una parte permanente de los bienes espirituales de la humanidad.»

Tradúceme eso. He olvidado mi libro de frases.

De todos modos, viste lo que viniste a ver.

El antiguo triunfo de la organización sobre la acumulación.

Pero a veces fuiste feliz. No solo a pesar de las cosas.

Descalza sobre el suelo de mosaico del baptisterio. Encaramándome sobre los arbotantes. Iluminada por una custodia barroca que titila ambiguamente en la penumbra creciente de la catedral. El fulgor de los objetos. Voluminosos. Resplandecientes. Bienaventuranza inefable.

Envías tarjetas postales sobre las cuales escribes «Bienaventuranza». ¿Recuerdas? Me enviaste una.

Lo recuerdo. No me interrumpas. Estoy volando. Estoy merodeando. Epifanía. Lágrimas ardientes. Delirio. No me detengas. Acariciaba mi delirio como las pelotas del apuesto camarero.

Quieres despertar mis celos.

No me interrumpas. Su tez exquisita, su risa insolente, su manera de silbar, la humedad suculenta de su camisa. Entramos en un cobertizo situado detrás del restaurante. Y yo dije: Penetre, señor, en este cuerpo. Este cuerpo es su castillo, su cabaña, su pabellón de caza, su villa, su carruaje, su transatlántico de lujo, su estudio, su cocina, su lancha motora, su depósito de herramientas…

¿Haces esas cosas a menudo cuando él está cerca?

¿El? Él dormía la siesta en el hotel. Un leve ataque de heliofobia.

En el hotel. De vuelta en el hotel, lo desperté. Tenía una erección. Me senté sobre su bajo vientre. El cubo de la rueda, el eje, el punto de apoyo. Líneas de fuerza de la gravitación. En un mundo de claridad diurna perfecta. En verdad, un mundo de mediodía, donde los objetos no proyectan sombra.

Solo los parcialmente sabios despreciarán estas sensaciones.

Estoy girando. Soy un volante gigantesco, que no guía ninguna mano humana. Estoy girando…

¿Y los otros placeres? Los que viniste a buscar.

«Es difícil que en todo el mundo visible exista una sensación del ánimo más poderosa que la experimentada dentro de una de las catedrales góticas en el preciso instante en que se pone el sol.»

Placer de la vista. Había que darle énfasis.

«El ojo no ve nada más allá de esas figuras resplandecientes, suspendidas en el aire hacia el oeste en adustas y solemnes hileras mientras el sol incandescente del crepúsculo cae sobre ellas.»

Mensajeras del infinito temporal y espiritual.

«La sensación del fuego lo impregna todo, y los colores elevan su cántico, regocijándose y sollozando.»

Existe, en verdad, un mundo diferente.

Encontré una maravillosa Baedeker antigua, con muchas cosas que no figuran en la Michelin. *Vamos*. Vamos a visitar las cuevas. A menos que estén cerradas.

Vamos a visitar el cementerio de la Primera Guerra Mundial.

Vamos a presenciar la regata.

Este lugar. Se suicidó precisamente aquí, junto al lago. Con su prometida. En 1811.

Hace dos días seduje a un camarero en el restaurante próximo al puerto. *Dijo*. Dijo que se llamaba Arrigo.

Te amo. Y mi corazón late con fuerza.

El mío también.

Lo importante es que paseamos juntos por esta arcada.

Que paseamos. Que contemplamos. Que es bella.

Lecciones sobre objetos. Dame esa maleta. Pesa mucho.

Hay que tener la precaución de no preguntarse si estos placeres son superiores a los del año pasado. Nunca lo son.

Esa debe de ser nuevamente la seducción del pasado. Pero espera a que el ahora se convierta en entonces. Verás cuán felices fuimos.

No espero ser feliz. *Quejas*. Ya la he visto. Seguramente estará lleno. Está demasiado lejos. Conduces a demasiada velocidad, no veo nada. Solo dos funciones en el cine, a las siete y a las nueve. Hay una huelga, no puedo telefonear. Esta condenada siesta: no hay nada abierto entre la una y las cuatro. Si todo salió de esta maleta, no entiendo por qué no puedo volver a meterlo dentro.

Pronto dejarás de inquietarte por estos engorros mezquinos. Comprenderás que no tienes preocupaciones ni obligaciones. Y entonces empezará el desasosiego.

Como esos protestantes de clase media alta que experimentan revelaciones, se vuelven histéricos, sufren colapsos bajo el impacto desconcertante de la luminosidad del Mediterráneo y los modales del Mediterráneo. Aún piensas en el camarero.

Te dije que te amo, confío en ti, no me importó.

No debería importarte. No me interesa ese tipo de revelación. No quiero satisfacer mi deseo, quiero exasperarlo. Quiero resistir la tentación de la melancolía, cariño. Si por lo menos supieras cuánto…

Entonces debes poner fin a este coqueteo con el pasado que inventaron poetas y comisarios de museos. Podemos olvidar sus antigüedades. Podemos comprar sus tarjetas postales, comer sus platos, admirar su despreocupación sexual. Podemos participar en sus festivales obreros y cantar «La Internacional», porque incluso nosotros sabemos la letra.

Me siento perfectamente.

Creo que no entraña riesgos. Recoger autoestopistas, beber agua no embotellada, tratar de conseguir un poco de grifa en la *piazza*, comer los mejillones, dejar la cámara fotográfica en el coche, visitar los bares del puerto, confiar en que el conserje hará la reserva, ¿no te parece?

Algo. ¿No quieres hacer algo?

¿Todos los países tienen una historia trágica excepto el nuestro?

Este lugar. ¿Ves? Hay una placa conmemorativa. Entre las ventanas.

Arruinados. Arruinados por demasiadas décadas de valoración intrépida. La Naturaleza, esa prostituta, coopera. Los despeñaderos de los Dolomitas que el sol tiñe de un color excesivamente rosado, el agua de la laguna que la luna tiñe de un color excesivamente plateado, los cielos azules de Grecia (o Sicilia) excesivamente oscurecidos por el arco de una muralla blanca.

Ruinas. Estas son ruinas que perduran de la última guerra. Insolencia anticuaria: nuestra bella morada.

Fue un convento, construido según un plano que dibujó Miguel Ángel. Transformado en hotel en 1927. No pretendas que los nativos cuiden las obras hermosas.

No lo pretendo.

Dicen. Dicen que van a rellenar el canal para transformarlo en una autopista, que venderán la capilla rococó de la duquesa a un jeque de Kuwait, que construirán un bloque de apartamentos sobre ese acantilado con una plataforma de madera de pino, que inaugurarán una boutique en la aldea de pescadores, que montarán un espectáculo de luz y sonido en el gueto. Va deprisa. Comisión Internacional. Procura conservar. Bajo el patrocinio de Su Excelencia y el Honorable. Va deprisa. Tendrás que correr.

¿Tendré que correr?

Entonces déjalos ir. La vida no es una carrera.

O sí lo es.

Ya no. ¿No es una pena que ya no escriban los menús en tinta roja? ¿Que ya no puedas dejar los zapatos fuera de la habitación del hotel por la noche? *Recuerda*. Aquellos billetes descomunales, de esos que circulaban antes de la devaluación. *La última vez*. No había tantos coches la última vez, ¿no te parece?

¿Cómo pudiste soportarlo?

Fue más fácil de lo que parece. Con una imaginación como una columna de fuego. Y un corazón como una columna de sal.

Y quieres romper el vínculo.

Precisamente.

¡La mujer de Lot!

Pero la amante de él.

Te dije. Te dije que deberías haberme llevado a mí en su lugar.

Holgazaneando. En la basílica. En el jardín situado detrás de la posada. En el mercado de especias. En la cama en mitad de la tarde dorada.

La causa. La causa reside en los gases de las fábricas petroquímicas próximas. La causa reside en el hecho de que no tienen suficientes guardias para los museos.

«Dos grupos de esculturas, uno representa el trabajo virtuoso; el otro, la lascivia desenfrenada.»

¿Te das cuenta de la forma en que han subido los precios? Una inflación apabullante. No entiendo cómo se las apaña la población local. Pagan alquileres casi tan altos como los nuestros, y ganan la mitad.

«A la izquierda del camino principal se entra en la Tumba de los Relieves (llamada Tomba Bella). Los objetos favoritos y los artículos domésticos de los muertos están reproducidos en estuco pintado en relieve sobre los muros que rodean los nichos y sobre las columnas: perros, cascos, espadas, grebas, escudos, morrales y macutos, cuencos, un jarro, un catre, pinzas, un sierra, cuchillos, cacharros y utensilios de cocina, rollos de cuerda, etcétera.»

Estoy segura. Estoy segura de que era una prostituta. ¿Has visto sus zapatos? Estoy segura de que esta noche habrá un concierto en la catedral. Además dijeron. Tres estrellas, estoy segura de que dijeron que tenía tres estrellas.

Este lugar. Es aquí donde filmaron la escena de aquella película.

Nada deteriorado. Qué sorpresa. Esperaba lo peor.

Alquilan mulas.

Por supuesto. Aquí todos los asalariados disfrutan de cinco semanas de vacaciones pagadas.

Las mujeres envejecen muy rápidamente.

Amables. Es el segundo verano de la campaña «Sed amables» del Ministerio de Turismo. Este país cuyo suelo está sembrado de maravillas en ruinas.

Dice. Dice que está cerrado por restauración. Dice que aquí ya no se puede nadar.

Contaminación.

Dijeron.

No me importa. Métete. El agua está casi tan tibia como en el Caribe.

Te deseo, te siento. Lámeme el cuello. Bájate el pantalón de baño. Deja que…

Vamos. Volvamos al hotel.

«El tratamiento del espacio en la arquitectura y la pintura manieristas muestra esta transición del orden mundial "cerrado" del Renacimiento a los movimientos "abiertos", "libres" y sinuosos del universo manierista.»

¿Qué pretendes decirme?

«La armonía, la inteligibilidad y la coherencia de la cosmovisión del Renacimiento eran inherentes a los patios simétricos de los palacios italianos.»

No quiero halagar mi inteligencia con testimonios. Si no deseas mirar el cuadro, mírame a mí.

¿Ves la señal? No puedes enfilar la barca en esa dirección. Nos estamos acercando a la base de submarinos nucleares.

Informaciones. Han informado sobre la existencia de cinco casos de cólera.

Esta *piazza* ha sido definida como un escenario para héroes.

Hace mucho más frío por la noche. Debes usar un suéter.

Gracias al festival de música de todos los veranos. Deberías ver este lugar en invierno. Está muerto.

El juicio se celebra la semana próxima, así que ahora organizan manifestaciones. ¿Ves esa pancarta? Y escucha esa canción.

No entremos. Seguro que aquí te timan.

Dijeron. Tiburones, creo que dijeron.

En el aerodeslizador no. Sé que es más veloz, pero me mareo mucho.

«Como el sol se ha levantado y el calor en otros lugares es excesivo para nosotros, nos hemos refugiado en el patio donde los árboles dan sombra.» No se trata de que lo amara. Pero en determinado momento de fatiga física…

A merced de tus estados de ánimo.

A veces satisfecha. Incluso dichosa.

No parece así. Suena como un esfuerzo por saborear.

Quizá. Pérdida de discernimiento en la necrópolis.

Informaciones. En el norte está en su apogeo una guerra civil. El líder del Frente de Liberación sigue en el exilio. Circulan rumores de que el dictador ha tenido un infarto. Pero todo parece tan…

¿Tranquilo?

Eso supongo… tranquilo.

Este lugar. En este lugar masacraron a trescientos estudiantes.

Será mejor que te acompañe. Deberás regatear.

Empieza a gustarme la comida. Te acostumbras a ella después de un tiempo. ¿A ti no te ocurre?

En las pinturas más antiguas falta por completo el claroscuro.

Aquí me siento bien. No hay tanto que ver.

«Bajo la moldura, pequeños árboles con mucho follaje, de los que cuelgan guirnaldas, cintas y diversos objetos, se alternan con figuras danzantes de hombres. Un hombre está tumbado en el suelo, tocando una flauta doble.»

Cámaras. A las mujeres no les gusta que las fotografíen.

Quizá necesitemos una guía.

Es un libro sobre los tesoros que han exhumado. Imágenes, bronces y lámparas.

Esa es la prisión donde torturan a los sospechosos políticos. *Terror incognita*.

Cubierto de moscas. Ese pobre niño. ¿Lo has visto?

Presagios. El corte de electricidad de ayer. Nuevas pintadas sobre el monumento esta mañana. Tanques rechinando por el bulevar al mediodía. Dicen. Dicen que el radar del aeropuerto no funciona desde hace setenta y dos horas.

Dicen que el dictador se ha recuperado del ataque al corazón.

No, agua embotellada. Gente más recia. Una vegetación muy distinta.

¡Y la forma en que tratan aquí a sus mujeres! Bestias de carga. Transportando esos sacos cuesta arriba por colinas azuladas sobre las que…

Están construyendo una estación de esquí.

Están desmontando el lazareto.

Mira su cara. Intenta hablarte.

Claro que podríamos vivir aquí, privilegiados como somos. No es nuestro país. Ni siquiera me molesta que me roben.

«Como el sol se ha levantado y el calor en otros lugares es excesivo para nosotros, nos hemos refugiado en la sombra de un oasis.»

A veces lo amaba. Sin embargo, en determinado momento de fatiga mental…

A merced de tus estados de ánimo.

Mis caricias intrépidas. Mis silencios groseros.

Tratabas de enmendar un error.

Trataba de cambiar mi desgracia.

Te lo dije, deberías haberme llevado a mí en su lugar.

No habría sido distinto. Desde allí seguí viaje sola. También te habría abandonado a ti.

Mañanas de partida. Con todo preparado. El sol se eleva sobre la más majestuosa de las bahías (Nápoles, Río o Hong Kong).

Pero podrías decidir quedarte. Tomar nuevas decisiones. ¿Eso te haría sentirte libre? ¿O sentirías que has menospreciado algo insustituible?

El mundo entero.

Eso se debe a que es después y no antes. «Al principio, todo el mundo era América.»

¿A qué distancia estamos del principio? ¿Cuándo empezamos a sentir la herida?

Esta herida irreparable, el gran anhelo de otro lugar. De convertir este lugar en otro.

En una mezquita de Damietta se levanta una columna que curará tu impaciencia si la lames hasta que te sangre la lengua. Tiene que sangrar.

Qué curiosa palabra, *wanderlust*, ansia de viajar. Estoy preparada para partir.

Yo ya he ido. Pesarosamente, jubilosamente. Un lirismo más orgulloso. No es el Paraíso lo que se ha perdido.

Consejo. Muévete, salgamos pitando, no me retengas, viaja más ligero quien viaja solo. Echemos a andar. Arriba, zángano. Yo me voy de aquí. Mueve el culo. Duerme más aprisa, necesitamos la almohada.

Ella corre, él remolonea.

Si voy a tanta velocidad, no veré nada. Si voy más despacio…

Todo. Entonces no habré visto todo antes de que desaparezca.

En todas partes. He estado en todas partes. No he estado en todas partes, pero figuran en mi lista.

El final de la tierra. Pero hay agua, oh corazón mío. Y sal sobre mi lengua.

El fin del mundo. Este no es el fin del mundo.

REPASO DE ANTIGUAS QUEJAS

Quiero dimitir, pero no puedo. Cada día me despierto y me digo: Hoy escribiré una carta. No, mejor aún: iré y le diré personalmente al organizador que renuncio. Tengo mis argumentos en orden. Los repaso mentalmente. Pero los de él son poderosos, a pesar de que los he oído un centenar de veces. Mientras tanto, cuando se comporta con severidad, aunque sin encolerizarse, se le ponen flácidos los carrillos, transpira, se le enrojecen las uñas de tanto apretar la mesa: una tensión peligrosa para el viejo. Me interrumpo, sin saber muy bien si lo hago porque sus palabras me han convencido o por consideración a su mal estado de salud. El organizador huele a muerte. Y yo soy algo así como su persona favorita, a quien dispensa su protección.

Es posible que consiga imponerme con mi retórica, obligarlo a entender mi punto de vista.

Supongamos que realmente pudiera obtener su consentimiento, o que pudiera salir sencillamente de su despacho, mientras él se queda siseando, tosiendo de rabia. Ese solo sería el comienzo de mi suplicio. Aun con la autorización del organizador, debería igualmente enfrentarme a mis compañeros.

Sus ojos me inspiran más miedo que sus palabras. Conozco muy bien —por haberla exhibido yo también— la expresión característica que aflora en sus rostros cuando tratan con miembros desleales: el semblante sabiamente compuesto que refleja, en este orden, indignación, envidia, desprecio, aflicción, indiferencia. Ningún mérito especial me exime de sus reproches. ¿Por qué mis colegas no habrían de enfurecerse si los abandono? ¿Qué derecho tengo a ser libre si ellos no lo son?

No, se me ocurre una idea mejor…, siempre la misma idea mejor. Me marcharé al extranjero. Lee, con su flamante ascenso en el hospital, no querrá ir, sobre todo ahora, en plena guerra. Insistiré. Me enfurruñaré. Lloraré. Daré explicaciones. Afortunadamente, ambos renovamos nuestros pasaportes el mes pasado. Cualquier mañana de un día laborable podríamos retirar del banco nuestros modestos ahorros, y una persona con mi profesión (traduzco y soy competente en idiomas) y otra doctorada

en medicina pueden encontrar trabajo en cualquier parte. Pero entonces (esta es la idea que se me ocurre de inmediato), si me marcho, ¿cómo podría enfrentarme a ellos? Ahora no me refiero a los miembros locales —aquí existe una filial respetable, mientras que en el país tropical adonde me propongo emigrar con Lee y nuestra hija, los consocios son escasos y carecen de dirigente—, sino a los difuntos: a aquellos con los que podría encontrarme cuando muera y vaya a donde sea que va la gente.

(No sonriáis cuando digo que creo en algún tipo de existencia en el más allá.)

Se congregarían en torno a mí cuando yo entrara tímidamente, tal como me hubieran dejado después de lavarme y vestirme pulcramente para mi funeral, sin lesiones de gas en los pulmones, sin marcas de balas, azotes o quemaduras; y desfilarían delante de mí sus rostros implacables y sus cuerpos mutilados. El martirio es una herencia de la que resulta difícil renegar. ¡Hermanas y hermanos!, grito. Me hinco de rodillas y tiendo los brazos, suplicándoles perdón, explicando que no ha sido su sacrificio el que he repudiado. Pero se negarían a disculparme. ¿Cómo has podido?, me preguntarían. Cuando nosotros nos mantuvimos firmes hasta la muerte, ¿cómo te atreviste a abandonar?

Vosotros me interrumpiréis con impaciencia. Entonces es el miedo lo que te detiene. El miedo a sus argumentos, a su desdén, a sus reproches, a su aire conmovedor. El miedo a sus bocas grises; el miedo a los ojos legañosos e inseguros del organizador, que enfocan dubitativamente, que se desvían, que vuelven a enfocar, que vienen a apoyar la hoja filosa del remordimiento contra tu cuello. Confiesa que eres cobarde y quédate. Continúa haciendo méritos, dejándote esclavizar por las normas de la circunspección, recibiendo lecciones de virtud, cumpliendo ridículamente con el deber. ¿No has observado que no todos están predestinados a ser libres?

No os impacientéis. Oh, si solo fuera cobarde. Pero se trata de algo peor. Dejemos de lado a los muertos. Estoy incurriendo en un vicio de retórica, como diría el viejo. En cuanto a los vivos… ¿cómo podría temerles, puesto que disfrutan de tan poco poder, en el sentido en que generalmente se concibe el poder? Quienes no pertenecen a la organización suponen que ejercemos un poder concreto. En verdad, están convencidos de que somos cada día más poderosos. Pero yo sé, todos los que pertenecen a nuestra organización lo saben, cuán débiles somos. Las represalias, ya sea en forma de lesiones físicas o de daños irreparables a mi carrera, van contra los principios de los miembros o están fuera de su alcance. Incluso las ceremonias humillantes de expulsión, que acostumbraban practicarse con aquellos que nos abandonan, han caído en desuso. Y en la improbable eventualidad de que me amenacen u hostiguen, siempre me quedará el recurso de buscar la protección de los no asociados. Me bastará con proceder

discretamente y escabullirme con sigilo para estar a salvo. Vaya, si hasta es posible que mi partida pase casi inadvertida (excepto para el organizador, que debería buscarse otro traductor para sus libros), mientras no arme un escándalo público: denunciando a la organización en cartas a los diarios, revelando nuestros secretos en informativos de televisión o en conferencias por las universidades. Lo que me impide desertar no es solo el miedo.

Se trata, en realidad, de que me han convencido. Mi lealtad resucita, como el Ave Fénix, cada vez que creo haberla matado…, porque no se trata de un asesinato, sino de un suicidio. Y aunque entre los miembros prospere la deplorable idea contraria, lo cierto es que los sentimientos personales no pueden suicidarse. Por mucho que rechace lo que la organización inculca, en el fondo continúo formando parte de ella. Aunque sé que están equivocados, no puedo dejar de sentir que es un privilegio participar de su error. Me parece un error glorioso.

Es mejor equivocarse con ellos que tener razón con los demás.

Creo que esta es una cita. (¿«Es mejor equivocarse con nosotros que tener razón con los demás»?) Tengo la cabeza atestada de citas.

Entended que no creo en esto. No puedo creerlo. Despojado de toda excusa lisonjera y de toda circunstancia atenuante, mi dilema parece absurdo. Y, al igual que vosotros, percibo lo que tiene de absurdo.

Una salida. (La recompensa de la sinceridad.) Al expresar por escrito mis sentimientos con toda su impúdica irracionalidad, he saltado fuera del círculo embrujado de dichos sentimientos. Al declarar que lo que creo es falso y al pensar realmente lo que digo he roto el hechizo de la credulidad. Me he liberado mediante la magia blanca de la razón. Es posible que sienta lo que he explicado hacia la organización, hacia mi propia persona. Pero ya no puedo creer en lo que siento.

No, no es tan sencillo. Inténtalo de nuevo.

La Persona Encargada de las Traducciones Busca un Enfrentamiento con un Viejo Problema. Un mensaje sucinto. O quizá el título de un libro.

Primer párrafo: el acento del organizador. Nació en el extranjero, y todos sus parientes desaparecieron en una purga o matanza. Yo traduzco sus libros, y vivo entre su idioma y el mío. También me ocupo de otros libros. (Y es sedante traducir libros que no son esenciales, sino meros pasatiempos: novelas, estudios que predicen el futuro.)

Por supuesto digo que debo traducirlos para ganarme la vida. Los libros del viejo nunca se han vendido en cantidad suficiente para asegurarle el sustento, así que podéis imaginar que el pequeño porcentaje de sus derechos que me corresponde no pasa de ser una suma minúscula. Mis otras actividades le hacen sonreír con indulgencia. Dice que no dispone de tiempo para la «literatura». Eso también es para los otros, los que no son miembros de la organización.

No podéis imaginar cuánto debilita traducir. Pero difícilmente tendría más armas, más lucidez, si hubiera escrito mis propios libros acerca de la organización.

Atención, las cosas son así. La nuestra es una organización muy antigua. Y, como sabéis, mientras en un sentido se trata de una organización secreta, es igualmente cierto que el grueso del público nos conoce muy bien. Se han escrito muchos libros y artículos sobre nosotros, tanto eruditos como de carácter popular. Aunque cualquier crónica redactada antes de este siglo es, necesariamente, poco fiable, las historias recientes de la organización se inspiran, probablemente al menos, en fuentes fidedignas. Muchos documentos originales fueron rescatados de la Segunda Purga, cuando destruyeron los antiguos archivos: memorandos confeccionados por presidentes anteriores y sus subordinados, actas de consejos plenarios, manifiestos, peticiones, folletos de circulación interna, correspondencia entre filiales y biografías de miembros destacados. En mi condición de persona encargada de las traducciones, con títulos acreditados, puedo obtener autorización para consultar estas arcanas y amarillentas páginas en las cámaras acorazadas de plomo donde están almacenadas. Pero para utilizar esas fuentes no es necesario tener acceso a los nuevos archivos. Hace treinta años, en un arranque de inusitada humildad encaminado a mejorar nuestras tormentosas relaciones con el mundo exterior, la organización reprodujo en microfilm una selección corregida de esos documentos, que es posible consultar en cualquier biblioteca municipal o universitaria bien surtida.

Un perro ladra en el apartamento contiguo. Sus ladridos son más estentóreos que el aullido de la sirena de la ambulancia que pasa por la calle de abajo. Más estentóreos que los gritos de los niños que están en la escalera.

A comienzos de siglo, algunos consocios denunciaron que todos esos documentos, tanto los que estaban reservados para ser leídos por los miembros autorizados como los que estaban a disposición del público, eran falsos. (Uno de sus argumentos: los papeles se hallaban demasiado bien conservados, eran demasiado legibles; documentos tan antiguos deberían haber sido parcialmente indescifrables.) Estos disidentes alegaban que ni siquiera los miembros más importantes saben la verdad sobre nuestros orígenes. Pero deben mantener la ficción de que lo saben, porque

para nosotros los orígenes son muy importantes. Los orígenes son, en verdad, el orgullo de la organización. Todos los miembros tienden a ufanarse de que hayamos empezado a actuar hace tanto tiempo y bajo tan gloriosos auspicios.

Esta herejía se ha extinguido en los años recientes, después de la última purga. Ahora pocos creen que valga la pena impugnar la versión recibida de nuestros orígenes. Actualmente parece tener mucha menos importancia que el relato oficial sea una simple conjetura o un embuste. Nuestros miembros han consagrado esta crónica a lo largo de muchas generaciones de creencia ininterrumpida. Si no era auténtica al principio, lo es ahora. Y probablemente se torne más y más auténtica a medida que nuestro punto de partida vaya retrocediendo hacia el pasado. (Ciertamente, se torna más pesada.)

Una vez se lo dije así al organizador. «De acuerdo —respondió, mientras una sonrisa afable torcía sus facciones ajadas—. Es más auténtica.» Se levantó resollando de su sillón giratorio de roble, vaciló frente a los anaqueles repletos de libros tras su mesa, bajó un antiguo infolio, y leyó en voz alta una glosa —con la cual yo no estaba familiarizado— sobre la glosa del comentarista a la Séptima Lección que se aplicaba exactamente a este caso. (Debo explicar que se ha interpretado que la séptima de las Ocho Lecciones aborda el tema de la verdad retroactiva.)

Ahora somos más refinados. Incluso los más inteligentes y más beligerantes de entre nosotros aceptan que basta con una verdad retroactiva.

De hecho, ahora nos preocupamos decididamente menos por nuestros orígenes. Lo que ahora nos obsesiona es nuestra historia… sobre todo, la historia de nuestros padecimientos. Y la veracidad de estos relatos es incontestable. Lo primero que presentamos a los nuevos miembros es la desdichada historia del movimiento. Incluso antes que los *Comentarios* en cuatro volúmenes y la lectura de la antología de citas *Qué se debe hacer*.

Lee no tardará en volver del hospital, y entonces será hora de cenar. Nuestra hija, que tiene la complexión de un pequeño jockey, se afana con sus deberes escolares en el cuarto de estar y ve un partido de baloncesto en la televisión. Menciono estos datos para que podáis imaginar cuán sencilla es mi vida.

Hay que distinguir una disensión de otra. Yo disiento de manera diferente.

Lejos de querer discutir los detalles, o de acusar a nuestros líderes de ignorancia o de engaño, deseo impugnar nuestra misma compenetración con la historia. El problema no consiste en que nuestros orígenes sean controvertibles (posiblemente) o

remotos (seguramente). Consiste en la pura continuidad de la organización. Me parece que dista mucho de ser suficiente que nuestro movimiento sea tan antiguo, que hayamos sobrevivido a tantas incomprensiones, difamaciones e injusticias.

Entendedme. No pongo objeción alguna al hecho de que el movimiento no haya tenido más éxito ni postulo que en todo este tiempo debería haber logrado más cosas: debería haber reclutado más miembros, haberse infiltrado en más instituciones, haber conquistado territorios, gobernado ciudades. Nuestros logros, que solo conocen los miembros situados en las altas esferas, no son en absoluto menospreciables. (Esto es algo que la organización tiene la prudencia de minimizar.) Y comprendo que un éxito más visible podría haber puesto en peligro la idea misma del movimiento, que depende de sus reducidas dimensiones y de su fuerte cohesión, cualquiera que sea el grado de dispersión de nuestros miembros. Solo dudo que nuestros éxitos valgan el precio que hemos pagado por ellos… a menos que la organización haya sido creada únicamente para demostrar el poder de la perseverancia humana en la pugna contra obstáculos demoledores. Pero ni siquiera nuestros miembros más mordaces esgrimirían este argumento.

Es demasiado tarde para ir al taller de reparaciones a recoger la otra máquina de escribir.

No alego que la organización sea inmaculada. Se han concertado muchos acuerdos turbios en su nombre: nuestra historia tiene sus capítulos deshonrosos. Y confesaré que algunas de las imputaciones que nos achacan —esnobismo, exclusivismo, fomento deliberado de las diferencias respecto de los demás— son, hasta cierto punto, justas. No son nuestros defectos los que me inquietan. Son nuestras virtudes.

Considerad las glorias genuinas del movimiento. Las diversas formas en que conserva la lealtad de los miembros. La sutileza y flexibilidad de sus enseñanzas. La naturaleza sublime de sus ideales. Finalmente, todo esto se resume en la creación de un determinado tipo: el miembro. Lejos de conspirar para subvertir la sociedad, como suponen muchas personas, el movimiento opera especialmente sobre sí mismo, no sobre el mundo. Y ¿con qué fin? Para cohesionar aún más estrechamente a quienes lo integran.

¿Qué es lo que justifica esta autoperpetuación interminable? ¿El hecho de que poseamos un secreto que los otros, los que no son miembros, ignoran? Pero lo conocen, en parte. Nosotros lo hemos puesto a su alcance. Y ellos han fundado organizaciones

mayores y más vastas que imitan la nuestra y se nutren de nuestras doctrinas. ¿Por qué perseveramos, entonces? ¿Por el residuo de nuestra verdad que ellos no han adoptado aún? Pero nunca la adoptarán, nunca. Lo que nos han dejado, sin imitar, es nuestra verdad exclusiva.

A menudo tengo los dedos manchados de tinta de imprimir. Poseo entre cinco y seis mil libros y periódicos. Lee posee más o menos otros tantos, la tercera parte de los cuales son libros de medicina. A las cucarachas les gusta reproducirse en los libros. A nuestra hija no le gusta leer.

Alguien golpea la puerta del apartamento contiguo.

En esta ciudad, podéis determinar la antigüedad exacta de un edificio por el grosor de las paredes. Los golpes se hacen más fuertes.

Desdeñamos el proselitismo absoluto entre quienes no son miembros, pero los miembros parecen necesitar un readoctrinamiento continuo. (En privado, nuestros dirigentes confiesan que muchos miembros descuidan sus deberes, se desentienden de las eminentes responsabilidades implícitas en el hecho de pertenecer a la organización.) Después del entusiasmo inicial, que normalmente dura varios años, la mayoría de nosotros tiende a utilizar el movimiento sobre todo para entablar contactos sociales y comerciales, cerrar un trato, encontrar un abogado digno de confianza o elegir cónyuge. Nuestros miembros desconfían tradicionalmente de quienes no lo son. Con sobrada razón, admito de buen grado que, en verdad, nos han perseguido cruelmente. Con regularidad, nuestras filas se ven mermadas por matanzas, durante las cuales son tratados con idéntico rigor leales y desleales, fanáticos y negligentes. Los demás no distinguen entre nosotros. Finalmente, nosotros tampoco. Porque no nos adherimos a doctrinas claramente identificables, e incluso a las Ocho Lecciones se las conoce sobre todo por la libertad con que se las interpreta. Lo que nos une es más bien aquello que rechazamos.

Podría compilar una nueva antología de citas: *Lo que no se debe hacer*. Quizá el título verdadero fue un error.

Lo que nos une es cierta especialización del carácter, que ciñe a los miembros con los lazos de la familiaridad. Sabemos qué esperar de los miembros, y aunque podemos ser más implacables entre nosotros, más despiadados que los no miembros a la hora de despreciarnos a nosotros mismos, generalmente terminamos por hacer concesiones. Estas características unificadoras también determinan que los no miembros nos identifiquen fácilmente. En todas partes nos reconocen por nuestras costumbres

distintas, por nuestros votos, nuestras energías, nuestros escrúpulos, incluso (dice la gente) por una fisonomía y una postura comunes.

¡Cuántos prejuicios demenciales existen aún contra la organización! Obviamente, no podemos tener todos el mismo aspecto… porque nuestros miembros provienen de varias razas y son ciudadanos de muchos países (somos en verdad tenazmente internacionalistas); además, ni siquiera es común que la condición de miembro perdure mucho tiempo dentro de una misma familia. Tomad mi propio caso. Lee es miembro, por supuesto. Pero hasta ahora nuestra hija menor no ha mostrado ni el temperamento ni los gustos que revelan a un futuro miembro. Sinceramente estamos un poco decepcionados: Lee más que yo. Yo, en mi actual estado de ánimo, debería regocijarme de la buena suerte de mi hija.

Una pequeña gracia. ¡Por lo menos, nadie pertenece a la organización desde que llega al mundo! El hecho de que semejante opción fuera asignada por razones hereditarias, de que la propia infancia quedara paralizada por predilecciones tan morbosas, sería demasiado opresivo. En la severidad por lo demás rigurosa de nuestros dirigentes queda esta pizca de humanitarismo: nos dejan encontrar la organización por nuestra propia iniciativa.

Hoy Lee se está retrasando. Quizá yo debería empezar a preparar la cena.

Os preguntaréis qué es lo que induce a la gente a ingresar en la organización. El idealismo… esto se sobreentiende. Y otros motivos que son menos nobles, sin llegar tampoco a ser innobles. En algunos casos, se trata de las ventajas sociales que he mencionado. Un miembro, hombre o mujer, sabe que puede presentar nuestras credenciales a otro miembro en cualquier lugar del mundo y que a cambio de ello le ofrecerán ayuda y hospitalidad, porque los miembros consideran que forman una familia. Puesto que el mundo es, como se sabe, harto peligroso, no es pequeña ventaja contar con familiares serviciales a quienes recurrir en cualquier lugar donde os encontréis. En otros casos, se trata de la cantidad de escritores, estudiosos, científicos, actores, políticos y otros personajes destacados que han sido miembros: quienes se suman a nosotros sienten que están incorporándose a una sociedad selecta. En otros casos, se trata de la historia conmovedora de nuestras penurias: el sufrimiento goza de mucho prestigio entre quienes se sienten atraídos hacia nosotros.

Creo que a mí me atrajeron todas estas razones. Ya en mi infancia, tenía la predisposición psicológica del miembro en ciernes. Desde los nueve años quería dedicarme a la literatura. Como nunca encontré la libertad necesaria para escribir con mi propia voz, opté por una profesión que me coloca al servicio de otros escritores.

Siempre me ha parecido que el servicio, que es útil a la comunidad y a los ideales más sublimes, era lo que hacía que la vida fuera digna de ser vivida. Pero ninguna vocación —ni siquiera la literaria, por muy elevada que fuera la concepción que tenía de ella— parecía agotar mi apetito de veracidad, mi anhelo de vivir una vida no solo correcta sino también marcada por la exaltación moral.

Según recuerdo, también me fascinaba la idea de ser diferente. Cuando me adormecía en la clase de educación cívica de la escuela primaria, lamentaba no haber nacido en el seno de la comunidad judía; fantaseaba que era una criatura zurda; me imaginaba, en la etapa adulta, en el papel de homosexual, de monje o monja, de revolucionario o revolucionaria tirabombas; soñaba con Robin Hood. Mientras aún era joven, oí hablar vagamente de la organización. (¿A quién no le ha sucedido, aquí, donde hay tantas filiales?) Pero nunca pensé en incorporarme a ella hasta que ya era casi una persona crecida, sobre todo porque nunca había conocido realmente a un miembro: el reclutamiento personal es, desde luego, el método principal del que se vale el movimiento para ganar nuevos adeptos. La gente casi nunca nos solicita asociarse en razón solo de lo que ha leído u oído.

A veces el primer contacto con un miembro —si este o esta es antipático o estúpido— ahuyenta al candidato en ciernes. Esto casi fue lo que me sucedió a mí, porque el primer miembro que conocí, un hombre de voz plañidera y pelo de color arenoso, con gafas, que se había casado recientemente con la hermana menor de mi padre, pertenecía a la categoría de los asociados más aburridos, los que asisten regularmente a las reuniones y pagan sus cuotas, como si nadie esperara nada más de ellos. La misma predisposición del tío George a entrar por la vía matrimonial en una familia ajena a la organización ya sugería su falta de seriedad. Mis padres, personas acomodadas que vivían en una zona suburbana, y que se jactaban de ser progresistas, capitularon rápidamente cuando mi tía trajo a su novio a casa. Incluso se tragaron los comentarios sobre los modales que exhibía en la mesa y sobre sus camisas deportivas de manga corta. Él creía que nos hacía un honor; la familia creía que era muy moderna y animosa al aceptarlo. La perspectiva de conocer a un miembro me entusiasmaba (yo tenía quince años), y lo asedié con mis preguntas. Las eludió todas con una baladronada vulgar y un encogimiento complaciente de hombros. Resolví que debía de estar comprometido por un voto de silencio, o que temía confiar en mí, pensando que lo espiaba y que mi familia me había encomendado la misión de sonsacarlo. Más tarde comprendí, con un gran desencanto, que la explicación más verosímil de la vaguedad de George consistía en que tomaba a la ligera su condición de miembro.

Una vez describí al organizador los defectos de George y critiqué la laxitud de una política que permitía la admisión de semejantes personas. Fue una objeción

ingenua, típica de la mentalidad de los miembros. Incluso después de pertenecer a la organización durante muchos años, mi orgullo por esta, mi deseo o mi convicción de que los miembros debían ser mejores que otras personas permanecían intactos.

Tenía casi dieciocho años cuando conocí a mi segundo miembro, profesor de la universidad a la que yo asistía. Cranston me atrajo mucho antes de que supiera nada de él. Usaba ternos con refuerzos de piel en los codos, y en la tribuna desplegaba una actitud peculiarmente arrogante por la que yo, con el ánimo sentimental propio de la juventud, lo admiraba. Estaba perdiendo el pelo. Aunque en aquel entonces debía de tener veintiocho o veintinueve años, parecía frisar por lo menos en la cuarentena. Este experto de fama internacional en su especialidad abstrusa descendía de una familia pobre e ignorante de matarifes, modistas y policías. Los años que había pasado al borde de la inanición mientras trabajaba para costearse los estudios universitarios y de posgrado lo habían dejado tremendamente flaco. Y cuando, por los chismes de un condiscípulo, me enteré de que era miembro de la organización, creí adivinar el secreto de su austeridad y dedicación.

Por supuesto, no me atrevía a plantear inmediatamente a Cranston mi interés personal por la organización. La timidez me lo impidió. Además, deseaba ofrecerle algo más serio que mi curiosidad. Antes de abordarlo, estudié la historia de la organización. Como no había pasado por la etapa iniciática, entendí muy poco de lo que leí, pero sobre dicha base propuse que el tema del ensayo que me correspondía redactar en aquel semestre fuera la doctrina de la organización a comienzos del siglo xix. El adjunto de Cranston aprobó el tema de mala gana. El paso siguiente consistía en conseguir una entrevista con Cranston en persona, lo cual no era fácil, porque siempre se marchaba deprisa después de dictar sus clases. Procuré imaginar una pregunta apropiada, que luego pudiera formularle… quiero decir, una pregunta que no fuera chocante por su grado de ignorancia ni impertinente por su grado de madurez.

«¿Estaría de acuerdo en afirmar que los miembros de la organización no se agrupan por razones de esnobismo o tribalismo sino para poder ayudarse recíprocamente en las circunstancias más difíciles?», le espeté un día a Cranston en el corredor, después de clase. Mi pretexto continuaba siendo aquel ensayo para su curso. «Predicamos la fraternidad universal», respondió secamente. Me había desairado, y yo lo respetaba por ello. Una semana más tarde lo abordé nuevamente, sin desanimarme. Esta vez había mecanografiado una lista de preguntas, que le coloqué en las manos. «¿Todo esto para el ensayo del semestre?», inquirió, frunciendo el entrecejo. Tenía dedos largos y delgados, con bellas uñas ahusadas.

«No precisamente para el ensayo, señor —contesté—. En realidad se trata de un interés más personal. Pensé que, puesto que usted… quiero decir, he oído que usted…»

Supongo que la organización también me atrajo (debo mencionar todas las razones) porque mi madre se oponía vehementemente a que ingresara en sus filas. Estaba bien que mi tía se casara con George, ella no era intolerante, etcétera, según decía. Yo sabía que la explicación era otra: nunca había querido a ninguno de sus parientes políticos. Convencida de que había bajado de categoría al optar por mi padre, pensaba que era justo que su cuñada se rebajara aún más al elegir a George. Pero no estaba bien que su único retoño —que iba a triunfar en el mundo de la literatura— se mezclara con esa pandilla vulgar, sospechosa, tribal. Y además, era peligroso. ¿Acaso algunas de sus actividades no eran ilegales? Yo me complacía en desafiarla. Por lo menos tenía un motivo para preocuparse por mí. (Yo había sido una criatura demasiado dócil.) Años más tarde, ella también ingresó en la organización. Eso me turbó.

Descubrí, con sorpresa, que Cranston me había tomado una súbita simpatía. Me cogió desmañadamente por el codo. «¿Cómo te llamas?»

Cranston me invitó a su apartamento de una habitación, próximo a la universidad, y empezó a preparar un café instantáneo en el hornillo. Entonces la relación se distendió. Aquel día conversamos durante varias horas, y esa fue la primera de muchas conversaciones. Bajó unos raros volúmenes del siglo xvii encuadernados en piel y me los mostró. (Uno se titulaba *Oceanía*.) ¡Cuánto me halagó su actitud! Allí tenía a un hombre que era tal como había imaginado a los miembros de la organización: majestuoso, coherente, circunspecto, y sin embargo (esto es algo que nadie puede ocultar) inflamado por una gran pasión.

Aún no había conocido al tipo de miembro, demasiado común, que termina por avergonzarse de pertenecer a la organización, y lo oculta.

Cranston sonreía… sin que ese fuera un gran mérito. Su cabeza casi hermosa, esquelética, era más bella cuando no sonreía. Cuando lo hacía, saltaba a la vista que tenía problemas con las encías. Empezó a hablarme un poco de la organización. A diferencia de mi tío, Cranston no se ufanaba de estar afiliado al movimiento. Sus comentarios eran fríos, objetivos. Para él, yo seguía siendo una persona desvinculada de la organización, y no le interesaba hacer proselitismo. Yo ocupaba un sillón desvencijado, estaba bajo el hechizo de su consagración a la causa y anhelaba compartir aquello que lo inspiraba.

* * *

Será mejor que pase por alto las etapas de mi ingreso en la organización, porque me siento recaer en el ánimo de agradecida veneración que me impulsó a afiliarme a ella. Puesto que trato de compilar los motivos que tengo para abandonarla, estos son los que debería explicar… reforzando quizá mi resolución al referirlos.

Supongo que el motivo capital consiste en que, si bien la afiliación genera una íntima camaradería, experimento una sensación de aislamiento. Es difícil de explicar, porque los miembros me rodean por todas partes, y dentro de la organización he cosechado amistades, amoríos, contactos profesionales y, hace nueve años, un matrimonio. Nunca me falta compañía. Aunque nuestro movimiento es muy pequeño desde el punto de vista numérico y apenas agrupa a una ínfima fracción de la población mundial (en muchos lugares la organización nunca ha logrado establecerse), a menudo me parece que el mundo solo está habitado por miembros. Los encuentro allá adonde voy, y he viajado por tres continentes. Tal vez esta es una ilusión, parte de la mentalidad especial, de la forma singular de contemplar el mundo que adoptamos al convertirnos en miembros: una especie de miopía protectora que nos confiere la iniciación. Me ha sucedido a menudo que, al entablar conversación con un extraño con la presunción de que no es un miembro (nunca, debo confesar, sin la nítida conciencia de que no es uno de nosotros, conciencia que a veces intensifica nuestra intimidad pero que frecuentemente la inhibe), mi flamante conocido resulta serlo. A lo mejor lo oculta, por razones de conveniencia personal, o porque teme que se esté preparando una nueva persecución.

O quizá se trata de un miembro no activo… por lo menos, de uno que ha dejado de pagar sus cuotas y de asistir a las reuniones. Pero aun así, no puedo dejar de tratarlo como si fuera un miembro de pleno derecho. Porque una de las peculiaridades de nuestro movimiento consiste en que, si bien somos (o decimos ser) escrupulosos a la hora de seleccionar candidatos y de aceptar nuevos miembros, nunca consideramos que uno de ellos se haya desvinculado realmente. Incluso después de decretar la expulsión, seguimos la pista de los miembros estigmatizados. Los vigilamos atentamente y con una cierta solicitud.

Una vez pregunté al organizador por qué el movimiento permanece tan ligado a sus ex miembros. ¿Por sentimentalismo? «En buena hora nos libramos de los desafectos —dije—, aquellos que ya no nos aportan nada.» Sería mejor, argumenté, tener pautas definidas de mala conducta y procedimientos fiables para la ruptura… así como el matrimonio, otro contrato permanente que compromete a las partes, es compatible con la posibilidad de obtener el divorcio.

Esta conversación se desarrolló hace cuatro años, antes de que yo tuviera conciencia de sentir algo más que orgullo por la organización. El viejo acababa de recuperarse de su primer ataque cardíaco; yo pulía mi traducción de su tercera colección de polémicas. Ahora se me ocurre pensar que mis preguntas no eran desinteresadas: que yo abogaba, anticipadamente, por mí, por la posibilidad de mi propio mutis.

No digo que no sea posible que a una persona la expulsen de la organización. Lo es. Pero solo después de que haya perpetrado actos específicos, públicos y atroces. Algunos alegan que el ingreso en otra organización basta para justificar la expulsión. Otros piensan que basta el traslado a un país donde no hay miembros: ni siquiera una pequeña célula, una filial embrionaria. (Una minoría opina que lo segundo equivale a lo primero.) Otros, en fin, expulsarían a cualquiera que denunciara a la organización o que revelara sus secretos a profanos… en tanto que tratarían con llamativa indulgencia las indiscreciones que no trascendieran de las filas del movimiento. Igualmente, nadie puede cometer ninguno de esos actos de traición con la certidumbre de que el resultado será la expulsión. En muchas ocasiones, el organizador ha sorprendido a los miembros rebeldes con su indulgencia. Esta es una de las razones —no la única, desde luego— por las que aún vacilo en seguir una línea de conducta específica. Sería más fácil si los precedentes garantizaran que por lo menos algunas líneas de conducta que yo pudiera seguir tendrían consecuencias.

Espero que hayáis notado que divago. Las razones por las cuales me resulta difícil desvincularme no son idénticas a las razones que me mueven a desvincularme; y son estas últimas las que deseo explicar.

He mencionado la sensación de aislamiento que padezco, a pesar de la proximidad estimulante de los miembros que me rodean por todas partes. No se me ocurre una manera de describir este aislamiento en términos más precisos que los siguientes: experimento una aguda sensación de que me han cercenado. Pero ¿de qué? Después de solo doce años de pertenencia al movimiento, apenas recuerdo cómo era el no pertenecer. Entended: no niego ni por un instante las ventajas y los pesados privilegios de la afiliación. Pero sé que al incorporarme perdí algo, algo que probablemente no podría recuperar jamás si me desvinculara, porque la organización nos deja su impronta (proclaman nuestros maestros) y, además, soy doce años mayor, o sea, que ya no soy precisamente joven. Probablemente he dado al movimiento los mejores años de mi vida.

En honor a la verdad, debo explicar que la organización no oculta los sacrificios que exige a sus miembros (independientemente del riesgo de martirio, que no es muy

real para mí, porque nací en un país que afortunadamente no se ha dejado tentar, hasta ahora, por ese crimen). «El mérito a través del sufrimiento» es uno de los lemas del movimiento, y a cada aspirante lo exhortan a rumiarlo. («Cada vez más y más a fondo en los libros» es otro lema más abstruso, que solo algunos miembros estudian en una etapa más avanzada de la iniciación.) Igualmente, pienso que la organización minimiza algunos de los sacrificios que lleva aparejado el ingreso en ella. Nos inculcan exhaustivamente la hostilidad del mundo y los sublimes deberes morales que las tradiciones de la organización imponen a los miembros. Pero ni una palabra acerca del resto de nuestros sacrificios. ¿Estos han sido omitidos en las discusiones? ¿U ocultados? Creo que no. (Cualesquiera que sean mis otras quejas, no acuso a los líderes de hipocresía o mala fe.) No, pienso que la mayoría de nuestros presidentes, junto con la base, ni siquiera tiene conciencia de ellos. Esta es la más amarga de las verdades.

Me refiero, por ejemplo, a la forma de vida constreñida fomentada por la condición de miembro. Aunque nuestro movimiento fue fundado por reclusos que vivían en regiones subpobladas, ha atraído casi exclusivamente a habitantes de grandes ciudades. Es como si la seca soledad, propia del desierto, hubiera sido necesaria para formular el ideal o tener las experiencias que engendraron el movimiento, en tanto que el húmedo hacinamiento propio de la vida urbana fuera indispensable para perpetuarlo.

El ascensor se ha averiado nuevamente, así que Lee deberá subir a pie dieciséis tramos de escalera. El perro ha dejado de ladrar en el apartamento contiguo. Nuestros vecinos están guisando la cena. Cerca, alguien se ejercita con el violín, acompañado por un desconsiderado afinador de piano.

Nuestros miembros pasan las vacaciones en el campo y, a veces, viven en graneros. Pero raramente se sienten cómodos allí. Les disgusta labrar la tierra o explotar la naturaleza por placer. Es posible que esto se explique, en parte, por la norma de no violencia (en realidad, es más una tradición) que sustenta la organización. Pero los miembros no se niegan solo a cazar y pescar, así como a practicar la agricultura y la cría de ganado. La mayoría de nosotros elude instintivamente, por así decir, todos los deportes, puesto que estos implican un grado intolerable de irreflexión y de concesiones al cuerpo. Los miembros que se aficionan al fútbol, a las cacerías de zorros, a la navegación a vela, al paracaidismo, a las carreras de coches, que bailan el tango o cultivan trigo parecen practicar una especie de laboriosa, asombrosa, nada convincente afectación.

Y, sin embargo, no se trata de algo instintivo. Porque alguna vez —por lo menos en su infancia— esas mismas personas boxearon y montaron a caballo y jugaron al tenis

tan despreocupadamente como las demás. Lo que genera tales aversiones es la idiosincrasia producida por la afiliación (más por obra del ejemplo, mediante el contacto con otros miembros, que por obra de reglas explícitas). La prueba consiste en que incluso nos enorgullecemos de nuestras ineptitudes. Aprendemos a replicar: «Eso es para los demás».

Lo mismo vale para las preferencias gastronómicas que comparten muchos de nuestros miembros. Indudablemente, cuando eran pequeños, los futuros miembros comían espinacas, coles de Bruselas y berzas, igual que el resto del mundo. Pero, después de afiliarse, la mayoría de ellos hace una mueca de desdén cuando les colocan delante un plato de estas hortalizas. «Pasto», comentan sarcásticamente. Puedo atestiguar que esto no es producto de una antigua superstición respecto del color verde, una de las creencias más ridículas que los profanos sustentan acerca de nosotros. Tampoco se trata del resabio de un tabú religioso. La razón por la cual formamos un grupo carnívoro que rehúye las hortalizas consiste en que asociamos la dieta herbívora con el embotamiento intelectual. Y sin embargo, como para compensar esta aversión, los miembros tienden a ser glotones, y a menudo nuestras comidas en común son festivas.

¿Habéis notado que los reproches que nos hacen, aun cuando están justificados, son muy contradictorios? Algunos afirman que somos sucios; otros que somos neuróticamente aseados. (Los miembros raramente dejarán un fregadero lleno de platos mugrientos.) Algunos dicen que somos remilgados; otros que somos demasiado sensuales. (Amamos la comida. Loamos el sexo.) Este es el numen de la organización: que estemos a la vez tan dispersos y tan unidos, que seamos tan similares y tan desunidos. Solo así, probablemente, hemos podido sobrevivir a tantas persecuciones.

Bueno, podéis decir, entonces vete al campo. Túmbate al sol, broncea tu cuerpo pálido, practica la calistenia, comete adulterio, dedícate al submarinismo, monta en motocicleta, cría perros, come lechuga. Pero no es tan sencillo. Hago, sí, hago muchas de estas cosas, sin incurrir en ostentación delante de otros miembros. Pero siguen pareciéndome exóticas. Siento que me falta autorización. Y aunque me la pudiera conceder por mis propios medios, algo falla si la necesito.

Desgraciadamente, nunca he ido al campo sin llevar la máquina de escribir conmigo. Siempre tengo mucho trabajo atrasado.

Aún más estúpido que el hecho de no disfrutar sin reservas de lo rural y lo carnal es practicar estas actividades por principio, con esfuerzo. (El esfuerzo debe reservarse para los afanes encaminados a elevar la propia mente y a perfeccionar los propios principios.) De todas maneras, continúo desarrollando discretamente mis patéticos proyectos. He iniciado la explotación de una huerta en la azotea de nuestro edificio de apartamentos, donde, a pesar del aire contaminado, consigo cultivar judías verdes.

El sábado pasado, cuando llegué al apartamento de mi madre, esta se hallaba absorta en un libro sobre la guerra. Tenía los ojos inyectados en sangre y se los frotaba frecuentemente. Yo experimentaba una sensación de prosperidad, de buena salud y de autocomplacencia. «Siempre has tenido un carácter pomposo —murmuró—. Por eso te atrajo la organización. —Miró sus manos artríticas—. Estamos rodeados de melindrosos con buenas intenciones.» No me molestó que me insultara, si eso hacía que se sintiese mejor. Y tomé nota de ese empleo de la primera persona del plural.

«Escucha —prosiguió, dejando el libro a un lado—. Existe otra organización.» Creo que hablaba con voz pastosa. «¿Qué dices?», exclamé. «Ya me has oído», respondió ella.

«¿Te refieres a uno de los grupos rivales?», inquirí cautelosamente. «No, me refiero a otro igual al nuestro —murmuró—. Pero más ilustrado. Ese te gustaría más.» Se recostó contra el respaldo del sillón y cerró los ojos. «No me interesa», manifesté, casi con alegría. El terror estaba subyacente.

Con que solo pudiera cometer un crimen y así poner punto final…

En este país los miembros han empezado a suavizar las normas. Si tiene que haberlas, prefiero que sean más estrictas.

* * *

Quizá debería decir algo sobre la estructura de la organización. Tenemos una jerarquía laxa, con un organizador en cada localidad donde hay muchos miembros. En algunos países los miembros utilizan el sistema de comité central; en otros, eligen un presidente. No existe una constitución escrita. Hace muchas generaciones se desistió de crear una sede central permanente para todo el mundo, porque eso era demasiado peligroso, y lo acostumbrado es celebrar la conferencia anual de organizadores en un país distinto cada año. El testimonio más llamativo de nuestra falta de centralización se encuentra en los diversos grupos cismáticos que continúan autodenominándose filiales de la organización, y cuyos adeptos (que insisten en llamarse a sí mismos miembros)

envían una respetable contribución anual para el mantenimiento de los archivos centrales. Y hace mucho tiempo que se rumorea sobre la existencia de filiales totalmente secretas, como una secta del sur de India que compiló su propia antología de citas y *Comentarios*. La única institución regular de cada localidad es, además de la academia para la educación de miembros avanzados, un tribunal. Los estatutos del tribunal (compuesto por diez miembros veteranos) estipulan que debe reunirse cada vez que parece inminente una persecución al movimiento, para confeccionar planes destinados a salvaguardar las vidas y propiedades de los miembros. Cuando el tribunal funciona en el sentido habitual, judicial, no es necesario que tome sus decisiones por unanimidad. Quizá convenga explicar que en la sociedad nunca hay nada unánime.

El tribunal también selecciona a los aspirantes a miembros y supervisa la educación de los nuevos acólitos. En el tribunal de la rama local, discípulos y no discípulos del viejo acuden a clases sobre nuestra historia y enseñanzas. (Ahora él se halla recluido en su casa, a causa de su enfermedad y porque está preparando otro libro.) Después de cada exposición, se abre un debate en la clase. Tradicionalmente, el movimiento ha depositado mucha fe en las discusiones prolongadas y libres. Los miembros no son gente particularmente beligerante. Por lo menos, las disputas casi nunca degeneran en violencia física. Pero tenemos fama, entre los profanos, de emborracharnos con palabras y de ser locuaces. Nuestras reuniones semanales, que según el programa deberían concluir a medianoche, se prolongan a menudo hasta las tres de la madrugada. Después de levantada la sesión, generalmente unos pocos miembros continúan la discusión fuera del local hasta el amanecer.

¿Estas controversias son un recurso mediante el cual nos perpetuamos? No recuerdo que durante los doce años en que he pertenecido a la organización se haya decidido algo en una asamblea. Entre nosotros, las palabras pasan por ser un fin en sí mismas. Malgastamos demasiado tiempo en conversaciones.

Quizá sea esta la razón por la cual ahora me impresiona lo enclenques que son los cuerpos de la mayoría de los miembros; por la que tantos de nosotros que habitamos en climas septentrionales exhibimos una inusitada sensibilidad al frío, y muchas veces damos la impresión de abrigarnos en forma un poco exagerada en comparación con los profanos. Cuando veo a los miembros congregados fuera del local de reuniones en las primeras horas de la mañana, mientras el vapor brota de las bocas de las alcantarillas en las calles desiertas, debatiendo algún punto sutil del coloquio, casi siempre los imagino vestidos con jerséis de cuello de cisne y largos abrigos… cualquiera que sea la estación.

Tal vez exagero.

En el país tropical al que sueño emigrar con Lee, podríamos quejarnos continuamente del calor. Nuestra hija crecería siendo una experta en pirañas. Nadaría desnuda en el río local junto con los niños de la aldea. Dormiría bajo una mosquitera. Yo sudaría sobre mi máquina de escribir. Y cuando esta se averiara, no habría nadie para repararla. Lee estaría en el monte, repartiendo píldoras de quinina, tratando a niños cubiertos de mugre y examinando los pies de los aguadores en busca de infecciones propias de la selva. Cada pocas semanas embarcaría en una balsa que me llevaría aguas abajo hasta la estafeta de correos más próxima, para despachar mis pruebas, recoger el cheque de honorarios por el último libro o recibir un nuevo manuscrito… quizá en un idioma que estudié en la universidad pero del que nunca he traducido nada.

Últimamente, he estado tratando de adiestrar mi organismo contra el frío. Acabo de abrir la ventana. Los papeles revolotean sobre mi mesa. Esa puede ser la sirena de un camión de bomberos. Los niños de la escalera retozan como lobeznos.

En el país tropical al que quizá emigremos Lee y yo, la correspondencia tarda tres semanas en llegar y el servicio postal es irregular. Puede que Lee y yo nos enteremos de que en la capital ha habido un golpe de Estado derechista. Ni siquiera nos indignaremos. Seremos extranjeros, y no nos afectará.

Pero es posible que en esa lejana aldea verde debamos trabajar con más ahínco aún que aquí, para sofocar los sentimientos de alienación. (Yo tendré que traducir más libros. Lee deberá traer al mundo más críos, deberá consolar a más moribundos.) Los miembros tienden a descorazonarse cuando pasan demasiado tiempo lejos unos de otros… del amparo casi familiar de la organización. Aunque hayamos disfrutado de la naturaleza cuando éramos niños, llegamos a sentirnos inquietos en ella. No es algo que nos incumba.

¿Ni siquiera una punzada de indignación? Pero ¿nos hemos enterado de lo grave que es realmente la situación? ¿Entre nuestras higueras de Bengala nos llegará la noticia de que diez mil dirigentes sindicales, periodistas, estudiantes y otros partidarios del gobierno anterior fueron encerrados hace diez días sin alimentos en el nuevo y vanguardista estadio de fútbol, y que a seiscientos de ellos los torturaron hasta dejarlos tullidos y después los sacaron del recinto y los alinearon contra el muro de cemento que hay en el parque municipal y los hicieron fusilar por pelotones militares?

La razón por la que los miembros de la organización tienden a congregarse en ciudades es obvia. Es allí donde pueden prestar mayores servicios. Es en las ciudades donde suceden las cosas, donde (pensamos) nos necesitan. En las ciudades se forja el

arte y se ejerce el poder. Las decisiones que afectan a todos, para bien o para mal, se toman en las ciudades. La campiña puede parecernos hermosa, pero también parece vacía desde el punto de vista moral. Es un lugar donde se ejercita la voluntad física, pero no la moral. No es apropiada para cultivar ninguna clase de vehemencia moral. El campo es amoral. La ciudad es inmoral o moral.

El viento ha hecho caer al suelo parte del manuscrito del nuevo libro del organizador. Cierro la ventana.

¿Hace falta que añada algo más sobre la voluntad moral? El verano pasado casi dejé a Lee por otra persona. A veces, cuando decía que tenía una cita con un corrector o que estaba charlando con el viejo, en realidad iba a un taller de pintura situado en la parte baja de la ciudad. En la cama, con Nicky, sufría todos los tormentos del remordimiento. Los miembros respetan la monogamia un poco más estrictamente que los profanos, y somos famosos por la calidez y estabilidad de nuestra vida familiar.

La Persona Encargada de las Traducciones Está a Punto de Hablar de Sexo.

En lugar de explayarme sobre la voluntad moral, prefiero hablar de sexo. Pero aquí surge un obstáculo… de mi propia factura. Os he hablado de mi matrimonio. He mencionado un adulterio. Pero no deseo entrar en demasiados detalles. Temo que obviéis que el problema no es solo mío.

Por eso he tenido la precaución de no dejar claro si soy hombre o mujer. Y no creo que lo haga más adelante… porque, en uno u otro caso, podría restar contundencia a lo que quiero explicar. Pensadlo bien. Si soy hombre, el problema persiste, pero yo me convierto en un paradigma. Soy demasiado representativo, casi una figura alegórica. Si soy mujer, sobrevivo como individuo singular, pero mi dilema se restringe: refleja las inseguridades del segundo sexo. Si os digo que soy mujer, desecharéis mi problema —¡que sigue siendo el mismo problema!— como algo meramente «femenino».

Suponed que soy hombre, si así os resulta más fácil entender el problema como algo general. Un hombre, digamos, que ronda la treintena, alto, guapo, pálido, de abdomen cada vez más prominente, etcétera, que normalmente usa traje y corbata. Ahí lo tenéis: el Hombre Común. Y Lee y Nicky son mujeres. Nicky es probablemente rubia, masca chicle y la talla de su sujetador es más grande que la del de Lee. Nicky lee revistas de rock y fuma porros; Lee usa gafas. Pero no tiene que ser necesariamente así. Yo podría ser una mujer de aspecto adolescente de unos treinta años, con larga y lacia cabellera, pechos menudos, tez impecable, que se come las uñas y usa vaqueros y camisas con el cuello abotonado. Si soy mujer, Lee puede ser mi marido, exhausto de

tanto trabajar, bien educado, afable al hablar; y Nicky mi amante proletario, salpicado de pintura, aficionado a la cerveza y malhablado. En una u otra versión, supondréis, la vida sexual es más animada con Nicky que con Lee. Desgraciadamente, debo coincidir con vosotros.

Puesto que me dedico a las traducciones, tengo conciencia de que probablemente este idioma —el inglés— sea el único del mundo que me permita conservar la ambigüedad. (Exceptuando la necesidad de eludir un «él» o «ella» delator, no resultaría demasiado difícil.) Todos los otros idiomas que conozco están saturados de géneros. Un pequeño triunfo. Tengo el placer de escribir, personalmente, algo que *no se puede traducir*.

Tampoco es esta la única diferencia entre este idioma y los otros. Pensad de cuántas maneras se podrían traducir las siguientes palabras: *pariah*, *onslaught*, *inbred*, *insurgent*, *fear* («indeseable», «agresión», «innato», «insurgente», «temor»).

Me resisto a describirme, por temor a que un exceso de detalles particulares os haga tomar mi problema con menos seriedad. Pero puedo describiros a Nicky, y así también, por inversión, me estaré describiendo a mí. Nicky tiene muchas cualidades que a mí me faltan ostensiblemente: por ejemplo, la renuncia a juzgar a los demás. Nada indigna a Nicky.

En la cama, durante este bochornoso verano, intenté despertar la comprensión de Nicky por mi anhelo de abandonar la organización. Lo único que obtuve a modo de respuesta fue una sonrisa, aunque no una sonrisa insensible. (Ciertamente no fue la reacción típica de una persona profana, contenta de oír malas noticias acerca de nosotros.)

En realidad, a lo que aspiraba en mi infancia era a la santidad. Con plena conciencia de que era una aspiración ridícula. Las personas que desean, desesperadamente, a menudo desean ser ángeles o santos. Por desgracia, los ángeles no son santos. Y los santos no son ángeles. Nicky (¿afortunadamente?) pertenecía a la categoría de los ángeles.

Cierta vez, Nicky me explicó cómo era posible pasar el día entero sin juzgar. El arte consiste en no dejar transcurrir el menor lapso entre los acontecimientos y las propias reacciones. Un juicio, dijo Nicky, es un grito de impotencia. Cuando las personas no pueden hacer nada para modificar una situación, ¿qué otro recurso les queda, como no sea juzgarla? Pero ¿no es necesario juzgar para poder actuar —pregunté— cuando actuamos racionalmente? ¿No existe, en todos nuestros actos, por lo

menos un juicio implícito? «No», respondió Nicky. El juicio no está más implícito en los actos, según Nicky, que la impotencia en la potencia.

En cuanto a juzgarse a uno mismo, o una misma —una de mis ocupaciones favoritas—, podéis imaginar qué opinaba Nicky de eso.

El retrato que Nicky empezó a pintar hacia el final de nuestra relación no me juzgaba. Me observaba, me registraba: alrededor de treinta años, alto y bien formado, etcétera, o con cabellos largos, pechos menudos y con las uñas de las manos mordidas, no importa. (Para mí es muy importante ser hombre o mujer. Pero no importa en absoluto que la mayoría de vosotros lo sepáis.) Yo no cesaba de desear que Nicky agregara algo. «¿Qué más quieres?», preguntaba Nicky. «Es el rostro —respondía yo—. No es tan sereno como lo pintas.»

«¿Pretendes que refleje duda? —preguntaba Nicky—. ¿Dolor?» Cuando Nicky se apartó del lienzo para ir a buscar una cerveza a la nevera, meneé la cabeza. «Quiero que muestres a una persona en el trance de transformarse en otra. Pero que lo hagas sin que el retrato sea menos lineal y figurativo. No permitas que la pintura chorree, manche o difumine.»

«No puedes convertirte en alguien distinto de quien eres. Solo en más o menos lo que eres. No puedes pisotearte tus propios pies.»

«Puedo, Nicky, puedo —murmuré—. Eso es precisamente lo que debo hacer.»

Nicky tenía razón, por supuesto. Pero ello no impidió que volviera a Lee. No fue el remordimiento lo que me llevó de vuelta. Fue una forma muy peculiar de añoranza: una nostalgia por la palabra. Nicky y yo podíamos mantener un determinado tipo de diálogo lacónico, aforístico. Pero la exuberante unión verbal que tenía con Lee finalmente contaba más. Al volver a Lee, me zambullí nuevamente en el cálido baño de conversación del que nunca podré prescindir.

No importan los placeres del cuerpo que haya disfrutado con Nicky. Al final, la vida de los miembros se funda sobre la palabra. La conversación se convierte en un vicio, como el alcohol (que los miembros tienden a rehuir) y el trabajo (al que son particularmente adictos).

Me doy cuenta de lo verborreicos que somos cuando releo lo que he escrito hasta ahora. Pero no veo otra alternativa. Si pudiera permanecer en silencio, quizá podría pisotearme mis propios pies. Tal vez incluso podría volar. Pero en silencio ¿cómo

podría razonar? Y si no puedo razonar, ¿cómo podría encontrar una salida? Y si no puedo hablar, ¿cómo podría protestar, acusar, exponer mi alegato? Necesito palabras para eso.

* * *

Un alegato: «Acuso a la organización de privarme de mi inocencia. De complicar mi voluntad.

»(No niego que ha mejorado mi intelecto, que me ha enseñado a ver el mundo con un criterio más veraz, menos cargado de falsas expectativas. Pero ¿de qué sirve la verdad, si te hace despreciar a los demás? Al despreciar a los demás, no hacéis más que despreciaros a vosotros mismos.)

»Acuso a la organización de privarme de mi condición de ser común. De infundirme falso orgullo.

»(No niego que todo esto tiene un componente altruista. No alimento ambiciones para mí, sino para gloria de la organización… para ayudar a acreditarla. Pero ¿de qué sirve el altruismo si te hace más vanidoso?)

»Acuso a la organización de privarme de mi fuerza. De enseñarme a temer a quienes no son miembros. Acuso a la organización de privarme de mi estupidez. De convertirme en una persona solemne, grave, propensa a juzgar…»

¿Me entendéis? ¿Os he sorprendido? ¿Alguien desea soltar un suspiro de admiración? ¿Una breve salva de aplausos?

Me la merecería si hubiera dicho realmente estas cosas en una de nuestras reuniones semanales. Pero no he hecho nada… excepto mirar a mis cofrades de manera relativamente furtiva cuando estos hablan. Permanezco cada vez más en silencio durante las reuniones, aunque cuando tomo la palabra lo hago con inusitado fervor. Antes tenía dotes oratorias bastante destacadas. Fue sobre todo gracias a este talento por lo que alcancé mi actual rango modesto en la jerarquía de la organización. Pero ahora, cuando me levanto para hablar, siento que se me congestiona el rostro e incluso mis ojos parecen encenderse. Tartamudeo, hago ademanes inoportunos, retengo el uso

de la palabra durante demasiado tiempo y el viejo se ve obligado a regañarme afablemente.

Experimento todo este tumulto interior mientras enuncio sentimientos cuya ortodoxia no podría ser más irreprochable. Pero es la vergüenza la que me induce a ser vehemente, porque entretanto sé que engaño a mis crédulos cofrades, que traiciono la confianza que han depositado en mí. Debería tener coraje para confesar con franqueza mis dudas, en lugar de exponer mi antigua certidumbre en las Ocho Lecciones y otras doctrinas. «¡Miradme! —ansío exclamar—. Ya no os sirvo. En mi boca las verdades se truecan en mentiras. No me escuchéis. Ni yo creo lo que digo. Os contagiaré, vosotros también empezaréis a dudar. Enseñadme. Destituidme. Expulsadme.» Por supuesto, no he dicho nada semejante. Temo las risas con que podrían acoger mis palabras, o las sonrisas de resentimiento, o esos condescendientes ademanes de compasión para las personas momentáneamente enajenadas.

O quizá temo que los miembros me tomen al pie de la letra, y me expulsen, después de lo cual deberé sufrir todos los tormentos del exilio. Puesto que me he habituado a las batallas, a las polémicas sectarias, el mundo me parecería vacío. Me borrarían de la lista de suscriptores. Ya no recibiría las publicaciones mensuales ni los memorandos privados. No me telefonearían por la noche para convocarme a reuniones de emergencia. Nada de reuniones. La soledad.

No quiero que esta decisión me sea impuesta por un acto impetuoso, irrevocable, del que sin duda me arrepentiría. Una fanfarronada, un gesto histriónico, sería forzosamente contraproducente. Quiero que mi salida de la organización sea producto de mi decisión, no de la de ellos. Aunque no alimento la esperanza ni la ilusión de que me adulen para que me quede (¿acaso ahora me miento?), me gustaría imponer mi partida a mis cofrades, contra la voluntad de estos.

Basta de retórica. Solo un acto de gran magnitud podría resolver el problema. Pero existe la posibilidad de que incluso entonces los miembros dirigentes de la filial local se nieguen a admitir que me he ido y continúen tratándome como miembro.

Una idea: cuando renuncie, conseguiré que algún otro (un miembro igualmente leal y fiable) renuncie conmigo; y quizá, mediante esta duplicación premeditada del agravio, garantice al menos mi propia expulsión.

Quizá mi descontento personal no baste para provocar ninguna reacción, lo cual casaría muy bien con las doctrinas centrales del movimiento… así como las cualidades y defectos personales del viejo no impugnan y ni siquiera describen su derecho a ser el

Viejo. Por ejemplo, sus uñas, su nuca, y así sucesivamente, están mugrientas. De sus orejas y fosas nasales brotan pelillos. Su corbata está manchada a menudo de huevo. Generalmente tiene la bragueta abierta. Cada vez que debo inclinarme sobre él, para mostrarle un pasaje de uno de sus manuscritos que estoy traduciendo, me azota su mal aliento. No puedo mirar los cuadros que cuelgan de las paredes de su apartamento, atroces por su fealdad y falta de gusto. Aborrezco la forma en que hostiga a su esposa. Pero ¿qué importan mis remilgos personales?

La dignidad de su cargo, los valores que sustenta simbólicamente no tienen nada que ver con el desmesurado lunar de su mentón.

La última vez que visité al organizador fue el miércoles por la noche, en su apartamento. Lee lo había sometido a su chequeo bimestral el día anterior, y me había dicho que su estado cardíaco parecía mantenerse estable. A decir verdad parecía más robusto que cuando lo vi por última vez, ese mismo mes. Pero con una salud tan frágil como la suya, nunca se sabe. Cuando llegué, empezó a quejarse de su lumbago. Le mostré mi compasión. Se animó y, en mitad de sus elogios a la profesionalidad de Lee, se interrumpió, llamó a su esposa y le pidió que trajera dos vasos de té mezclado con un poco de whisky. Me sorprendí, no solo porque nunca lo había visto beber, sino porque, como es harto sabido, la organización impone una norma de abstinencia total. Lee debería hablar con él.

Mi madre siempre ha sido una gran bebedora, aunque tal vez no se la podría tildar realmente de alcohólica. Esta es una de las razones por las que nunca creí que le atraería la organización. (Ya tenía cuarenta y un años bien cumplidos cuando ingresó en ella.) Si ahora bebe, como sospecho, tiene que hacerlo en secreto. Debe de estar avergonzada. Pobre mujer desdichada, luchadora. ¡Sentirse aún más culpable de lo que ya se sentía!

Para coger el vaso de la mano del organizador, debí ponerme al alcance de su hediondo aliento. Parecía estar de un humor particularmente expansivo. Seguimos conversando.

Yo le daba vueltas a mi tema habitual. Quería que el organizador me explicara y justificara la existencia del movimiento… sin dejarle vislumbrar la gravedad de mis propias dudas e insatisfacciones. Sin embargo, como siempre, me turbaba el hecho de que pareciera estar cuestionando aquello a lo que ese hombre frágil, venerable, había consagrado su vida, la causa por la cual todos sus familiares habían sido ejecutados (antes de que él llegara a este país).

Otra vez llaman a la puerta del apartamento de al lado.

En lugar de hablar concretamente de la organización aludí, como quien no quiere la cosa, a mi propio desasosiego. El viejo captó un trasfondo en mis preguntas. Me explicó vehementemente que era necesario desembarazarse de la angustia personal. «Ahora todo eso carece de importancia», dijo. Desde su punto de vista, tiene razón. Mi problema, evidentemente, es pequeño… cuando se compara con el sufrimiento que la organización conoce: los padecimientos de toda la humanidad, de la historia misma. Este es, en última instancia, nuestro secreto. Merced a él, nos ayudamos tan portentosamente en todo el mundo. Merced a él, estamos dotados de nuestro legendario sentido del humor, de nuestra mordaz alegría. Conocemos el sufrimiento. «¡Guarda el secreto!», gritó a mis espaldas, cuando me levanté y corrí hacia la puerta.

¿Estaba borracho? Eso no puede ser bueno para su corazón. Debo decírselo a Lee.

¡El secreto! ¿Qué secreto? ¿Que cada ser humano sufre? Pero esto lo saben todos. Y si hay personas que no lo saben, bendita sea su ignorancia. Y maldito sea mi propio saber, que me conecta con el dolor de tantas personas, vivas y muertas, desde personas que jamás he conocido hasta ese viejo mugriento que me repugna tocar. Malditos sean los recuerdos de siglos de sufrimientos que no son míos, excepto en la medida en que mi temperamento me predispone a tomarlos en consideración. Malditos sean los milenios de aislamiento y lamentación. Malditas sean las cadenas de papel que me sujetan.

«Cada vez más y más a fondo en los libros.» Echo de menos a Lee.

* * *

Empezaré de nuevo. Aunque aún no sé cómo abandonar la organización, sí sé qué es lo que me ayudaría a encontrar el camino. Necesito a alguien con quien pueda compartir mi perplejidad, alguien que alimente análogas insatisfacciones rebeldes. Sería inútil, desde luego, confiar en un profano. (Qué desilusión recibí en el caso de Nicky.) No supongáis que pienso que un profano no es suficientemente astuto o considerado como para ayudarme a resolver mi problema. En principio, nada me gustaría más que depositar toda mi confianza en un profano, aunque solo fuera para demostrar que no comparto por completo el hábito de los miembros que buscan amigos solo dentro del movimiento, pensando que los miembros son automáticamente más inteligentes, más virtuosos, más espabilados que los profanos. Por desgracia, no puedo. Pero por una razón muy distinta: mi lealtad a la organización. Por mucho que pueda valorar la inteligencia y los sentimientos humanitarios de muchos profanos, no termino de

decidirme a confiar en uno de ellos. Si escuchara que un profano secunda mis propias críticas, probablemente desearía defender a la organización. Aunque tengo motivos para querer dimitir, continúo sintiéndome vehementemente leal a ella.

Sé, sin el menor asomo de duda, que si mañana se desencadenara una nueva persecución, y los miembros de la organización fuesen convocados desde sus modestas viviendas, despachos, bibliotecas, para comparecer en la comisaría, y desde allí fueran enviados a prisión y ejecutados, yo, estuviera donde estuviese, incluso padeciendo una enfermedad, cualesquiera que fuesen mis excusas de disconformidad o no participación en nuestros ritos, me apresuraría a vestirme, bajaría en el ascensor y saldría a la calle sin compañía ni escolta, pero con tanta prisa como si me estuvieran azuzando con la culata de un fusil, para presentarme en esa comisaría, estampar mi firma al pie de la lista y compartir orgullosamente la suerte de mis cofrades.

No fanfarroneo. Por supuesto, mi conducta es harto previsible. Porque esto es precisamente lo que enseña la organización: cómo morir por ella, y también cómo vivir (segregados).

¿Encontraré alguna vez el coraje necesario para cometer una traición? Debería dejar de pensar que soy una persona especial. Debería vencer la necesidad de experimentar esa sensación.

Por eso necesito abrir mi corazón a un cofrade, a alguien que sienta la llamada del mismo orgullo y la misma lealtad irracional. Solo me conformaré si otro miembro secunda mi propio desencanto. Tengo la obligación de desestimar toda crítica a la organización formulada por profanos, atribuyéndola a prejuicios insensibles.

Mi hija está en la puerta del estudio, mordisqueando un tallo de apio. Me pregunta cuándo llegará a casa Lee.

Oh, es muy fácil criticar a la organización desde fuera. Siempre nos atacan: por nuestra obstinación, por nuestra vanidad, por nuestro exclusivismo. Me sobresalto al descubrir que ahora me hago eco de estos juicios. Me digo que cuando yo, en mi condición de miembro, expongo semejantes argumentos, es distinto. Al fin y al cabo, me fascinaron los ideales de la organización, me sometí a su disciplina. A los demás no les cuesta nada formular dichas críticas, mientras que a mí me cuesta mucho. Pero ¿es así en realidad? ¿Qué precio pago, excepto el suplicio de saber que soy una gran hipócrita? Porque aún no he hecho nada… ni siquiera decir lo que pienso.

Y si alzara la voz, si súbitamente me desahogara en una reunión y denunciara a la organización ¿acaso me dejarían renunciar? Después de todo, uno de los pasatiempos favoritos de los miembros consiste en criticar a la organización. La última vez que vi al viejo, cuando me referí muy superficialmente a los defectos de la organización y de algunos de sus miembros, se manifestó totalmente de acuerdo. «Claro que somos pretenciosos y corruptos», afirmó.

El viejo había estado bebiendo té mezclado con whisky. Quizá estaba borracho.

Aún no veo la salida. La Persona Encargada de las Traducciones Llega a un Punto Muerto.

Por eso necesito un confidente. Pero ¿quién? No puede ser Lee. Cualquier complicidad conmigo sería rápidamente atribuida a la lealtad conyugal más que a la convicción autónoma. Además, Lee no ha dado nunca señales de haberse arrepentido de ser miembro de la organización ni de estar disconforme con su régimen. La perspectiva de abordar a cualquiera de los amigos que tengo aquí, en la filial local, me llena de aprensión. No me atrevo. Será mejor dejarlo al azar.

Por eso escribo esto, y mañana lo haré fotocopiar.

Os aseguro a quienes leéis esto que solo los miembros lo tienen en sus manos. Pamplinas, diréis, interrumpiéndome.

Admito que lo que he escrito puede parecer destinado a que lo lean los profanos. Si no, ¿qué motivo podría haber tenido para explicar exhaustivamente temas que todos cuantos pertenecen a la organización conocen al dedillo? Pero ¡no os dejéis engañar por las apariencias! ¿Cómo podría haber pensado seriamente en enviar esto a los profanos? (Esta habría sido una traición demasiado descomunal.) No aceptaré ningún confidente que no sea a su vez miembro.

Envío copias a un centenar de miembros que viven aquí y en el exterior. Exceptuando a Lee, que tiene derecho a saber lo que pienso; al estudioso (no se trata de Cranston) que me inició realmente, o sea, el tercer miembro que conocí en mi vida; a mi madre, etcétera; la mayoría de los nombres que figuran en mi lista son los de miembros que no conozco, extraídos aleatoriamente del archivo. Que conteste quien quiera.

* * *

Preveo cuáles serán las respuestas.

Alguien, quizá Cranston, me escribirá: «Tu problema es mediocre y, por tanto, no tiene solución. Es el problema de una persona mediocre. La libertad que buscas es mediocre, como también lo es el concepto de la servidumbre de la que intentas zafarte. ¿A quién demonios le interesan tus minúsculos problemas? ¿Qué entiendes por sabiduría?».

¿Qué haré entonces? Quizá sea cierto que no entiendo mucho de sabiduría. Pero reconocedme, al menos, este mérito: el amor a la sabiduría fue una de las razones que me indujeron a incorporarme a la organización y a ser, durante la mayor parte de estos doce años, un miembro tan ferviente y entusiasta.

Y si mi concepto de la coacción y de la libertad es mediocre, no por eso deja de crear un problema concreto, un problema que millones de personas intuyen por lo menos vagamente: la invención de la libertad.

Varias personas me escribirán para acusarme en términos mucho menos elocuentes, de desertor, cobarde, blandengue. Quizá una de esas cartas provenga de mi madre.

«¿Qué te ha metido semejante idea en la cabeza, al fin y al cabo? —comenzará así otra carta—. No me cuentes que ha sido el descontento gradual que maduró a lo largo de los años. Debió de ser algo específico, una experiencia, una conversación con alguien, lo que te activó.»

«Sí —responderé yo—. Hubo… una suerte de experiencia. Pero no quiero hablar de ella.» ¿Por qué no? «Porque es asunto mío —responderé categóricamente—. Porque no podría describirla —añadiré—. Porque —concluiré— no es una razón para abandonar la organización. Solo un acicate.»

Alguien, un funcionario de bastante jerarquía dentro de la organización, que tal vez resultará ser George, me escribirá: «Nunca me entendiste. Pensaste que solo era un ejecutivo de publicidad aficionado a mascar chicle, con treinta pares de mocasines, que se casó con tu tía. En realidad, estaba cumpliendo una importante misión secreta en tu ignara comunidad, y debí adoptar esta personalidad como disfraz. Ahora te toca el turno a ti. Nunca has entendido nada, a pesar de todas las confidencias de las que fuiste copartícipe. Nunca se te ocurrió pensar que la organización, tal como tú las has descrito, es solo una fachada. Deja de protestar, deja de lloriquear, deja de pensar solo en ti. Créeme, esta es una causa noble, la mejor que existe. Y en este preciso momento corre un grave peligro». La carta vendrá acompañada de instrucciones que me ordenarán asesinar a un ministro del gabinete de un país vecino dispuesto a desencadenar una

persecución mortífera contra nuestra cofradía local, utilizando turbas de patriotas ignorantes. Hay, adjuntos, un billete de avión y un pasaporte falso. Se supone que debo emprender la peligrosa misión al día siguiente, llevando conmigo credenciales del supremo consejo internacional de la organización.

¿Qué haré entonces?

Alguien, tal vez una colega de Lee, me escribirá: «Has entendido todo al revés. Para ti, la organización no es más que un cúmulo engorroso de obligaciones. Pero puedo atestiguar que es una valiosa fuente de consuelo. En primer lugar, en la historia. En segundo lugar, en lo personal». La carta pasa a relatar la historia de su matrimonio, y la forma en que su marido abusa de ella y la descuida. «¿Cómo puedes querer renunciar —añade—, una vez que has invertido sufrimiento en la organización?»

Alguien, quizá el organizador de una filial de otra ciudad, escribirá: «He enviado instrucciones al comité central designándote mi sucesor. Tú ocuparás mi puesto».

Una respuesta podría provenir de Morgan, una amiga de la escuela a quien no he vuelto a ver desde que éramos adolescentes, y que ingresó dos años después que yo. (He consultado el legajo de Morgan en el archivo de la organización: el hecho de que viva en el campo me parece un buen presagio. Pero lo que ignoro es que Morgan fue expulsada en una ceremonia secreta hace dieciocho meses, y que fue solo después de su ignominia cuando compró la granja abandonada y la restauró.) Lo que recibiré de Morgan no es una respuesta directa, sino la imagen refleja de lo que he escrito aquí. Empieza así: «Quiero volver. Pero no puedo».

Y así sucesivamente. Intento imaginar la diversidad de respuestas que podría recibir. El resultado es imprevisible, porque no todas las contestaciones son cáusticas. Algunas denotan comprensión.

¿No sería extraño descubrir que no soy un caso insólito… que el confidente que busco, lejos de estar ilocalizable, existe en todas partes? Quizá el deseo de abandonar la organización no sea un rasgo inusitado en un miembro y por todo el mundo circulen miles de quejas semejantes a la mía. Si así fuera, ¿debería quedarme?

No, a menos que venga del organizador en persona. (A quien le enviaré también una copia de esto.) Tal vez parezca improbable, pero ¿quién sabe qué puede suceder? De su boca, todo es posible.

Se cuenta la historia de un organizador de otro país, que juzga un caso en presencia de un discípulo favorito. Primeramente escucha a una de las partes, reflexiona un momento y le dice a la litigante: «Tiene razón». La mujer sale y entra su adversaria. El organizador escucha solemnemente su versión de la querella, hace una pausa y luego dictamina: «Tiene razón». La segunda litigante se va, igualmente convencida de que el veredicto ha sido justo. Apenas el organizador y el joven discípulo se quedan a solas, este exclama: «Pero, señor, las dos versiones son completamente contradictorias, y usted les dijo a ambas mujeres que tenían razón. Eso no es correcto, es imposible. Usted se ha equivocado». El organizador cavila un momento, y luego le dice al discípulo: «Tienes razón».

Recuerdo el brillante ensayo del viejo sobre el principio de contradicción, tema de la Tercera Lección. Aunque me resulta más fácil imaginar que me reprende, que me regaña por mi insolencia y superficialidad, también puedo imaginar que coincide conmigo.

Acaso reciba una carta del organizador, en la que me informa de que él también desea renunciar. Siempre ha querido renunciar, y nunca se ha atrevido a hacerlo. Al demonio con sus parientes asesinados. Al demonio con sus responsabilidades. Aunque es muy viejo, desea divertirse: bailar, correr detrás de las chicas, practicar surf y tocar el saxo alto. Me sugiere que renunciemos juntos.

Si descubro que ese es su propósito, me quedaré en la organización.

* * *

Acabo de releer lo que he escrito hasta ahora. Considerad que soy consciente de sus limitaciones. (Puesto que me dedico a traducir, tengo cierto conocimiento de los textos.) Me revuelvo al releerlo. Porque me doy cuenta de que soy incapaz de investigar mi dilema sin corporeizarlo. ¡Ese tono plomizo, exangüe, del miembro indiscutible! Sea como fuere, otros miembros reconocerán mi voz. Es mi certificado de identidad, como una huella dactilar.

Oh, si pudiera cambiar mi estilo. (Entonces no tendría que pensar en cambiar de país.) Desprenderme de mi propia piel. Cuando Nicky dijo: «No puedes convertirte en

una persona distinta de la que eres», yo murmuré: «Sí puedo, sí puedo, Nicky. Eso es precisamente lo que debo hacer». Si pudiera quedarme… con el puntal del compromiso. O irme realmente.

Quizá si reescribiera lo que he escrito aquí, sería más convincente. ¡Si pudiera adoptar un tono lírico! ¡Imprevisible! ¡Conciso! ¡Enamorado de las cosas tal como son! Pero ¡ay!, esta voz chillona, exageradamente escrupulosa, es la mía. Y si pudiera cambiar mi voz, escribir esto de otra manera, no sería la persona que soy. No tendría el problema que tengo.

La Persona Encargada de las Traducciones Incurre en Algunas Generalizaciones.

Mi problema es idéntico a mi lenguaje. O sea, si no tuviera este lenguaje, no tendría este problema. Si no tuviera este problema, no tendría este lenguaje. No necesitaría vuestra ayuda.

Por pertenecer a la categoría de personas que solo tienen acceso a este lenguaje, debo suplicar vuestra ayuda y comprensión. Pero es posible que este mismo lenguaje no sirva para inspirar comprensión… por lo menos, no para inspirársela a alguien que yo pueda respetar.

Deberíais ser sinceros conmigo. ¿Mi manera de escribir me ha privado de todo derecho a vuestra comprensión? ¿Me habéis descalificado por considerarme una persona fría? ¿Una persona desprovista de espontaneidad? ¿Demasiado poco específica? ¿Incorpórea? Pero tengo cuerpo, os lo aseguro. Si no os digo más acerca de mi propia persona y del tipo de cuerpo que tengo, es solo porque sé que el problema no es solo mío.

Procuro no perder la serenidad. Procuro no caer en la histeria.

Esta trama, este fragmento de lenguaje, ¿a quién pertenece? A mí, es verdad. Pero reniego de él. Soy más que mi voz. Si he escrito acerca de mi dilema con este enfoque arbitrario de los detalles y esta falta de concreción, ocultándome detrás de una voz rígida, un poco anticuada, es porque me embargan la turbación, la timidez… y el miedo. Porque no soy libre. Porque soy lo que soy. Porque soy miembro. Pero incluso siendo lo que soy, puedo querer ser diferente. Imagino que esto lo admitiréis.

Quizá mi profesión también ha contribuido a deformar mi lenguaje. Trabajo entre dos (o más) lenguas. Pero esto parece justo, de alguna manera, porque mi problema reside entre dos (o más) problemas. Si la estructura sintáctica y la dicción que

afloran de manera natural en la redacción de este texto no descansan totalmente en un idioma —mi propio idioma bello, rico, natal, que ofrece infinidad de palabras y ritmos que no he utilizado— y contienen en cambio ecos de otros idiomas, es correcto que así sea, porque mi problema contiene ecos de otros problemas.

El lenguaje en que os narro todo esto es un lenguaje que flota unos centímetros por encima del suelo. Así como mi problema (el que os he relatado) es un problema situado unos centímetros por encima del suelo. Es posible que el lenguaje sea pobre. No me esforzaré por defenderlo. Pero el problema es real, aunque se trate de una historia conocida. Una Antigua Queja. Nostalgia de Hereje. Disculpa de Disidente. Congoja de Apóstata.

Puesto que sé que mi dilema quizá es despreciable, imaginad cómo me siento. Imaginad cómo influye esto sobre mi estilo: cómo deforma mi lenguaje e inhibe mi voz. Por favor, no os apresuréis demasiado a juzgarme.

Si empezara de nuevo desde el principio, ¿me entenderíais mejor? No os riais.

He oído decir que hay miembros de la organización que nunca abren su correspondencia. Están demasiado atareados hablando o leyendo. O suspirando. O haciendo aspavientos. O criando hijos con la esperanza de que sean futuros miembros. O perfeccionándose y mejorando el mundo. O acariciándose la barba. O huyendo de sus posibles asesinos. O quedándose y dejándose matar. O escribiendo libros. O ganando dinero. O mirando irónicamente en torno a ellos con ojos expresivos, melancólicos, de párpados pesados. Ninguna de estas es una solución. Yo también puedo hacer esas cosas.

¡Habladme! ¡Contestadme!

Esperaré vuestras respuestas.

EL NENE

Lunes

Lo que resolvimos, doctor, fue que lo mejor sería exponer nuestros problemas ante un profesional realmente competente. Dios sabe que hemos procurado hacerlo de la mejor manera posible. Pero a veces una persona debe confesar su derrota. Así que decidimos hablar con usted. Pero pensamos que lo mejor sería no venir juntos. Si uno de nosotros pudiera venir los lunes, miércoles y viernes, y el otro los martes, jueves y sábados, usted escucharía nuestros respectivos puntos de vista.

Unas pocas deudas. No muchas. Tratamos de vivir de acuerdo con nuestras posibilidades.

Claro que lo podemos pagar. No queremos ahorrar ningún gasto. Pero, sinceramente, lo elegimos a usted porque sus honorarios eran más razonables que los de algunos otros. Y el doctor Greenwich nos dijo que usted estaba especializado en problemas de este tipo. No, en este preciso momento no hacemos nada. Solo capear el temporal.

Claro que no. Eso es lo que venimos a preguntarle a usted.

¿Cuántos antecedentes necesita conocer?

Sí, ambos nos hemos sometido a chequeos físicos durante el año pasado.

Ambos nacimos en este país, nativos de pura cepa. ¿Por qué? ¿Pensó que éramos extranjeros? Usted es extranjero, ¿verdad, doctor? No le molesta que le formule este tipo de preguntas, ¿no es cierto?

Al principio, como se imaginará, nos sentíamos muy seguros de nosotros mismos. Con buenos ingresos, una casa sin hipoteca, solo tres personas…

A veces. Claro que sí. ¿No les sucede a todas las parejas? Pero amainan. Entonces generalmente vamos al cine para celebrarlo. También acostumbrábamos asistir a las representaciones teatrales del Forum. Pero ya no tenemos mucho tiempo para eso.

Oh, lo mimamos. Al fin y al cabo, cuando se tiene un…

Con bastante regularidad. Una o dos veces por semana. Gracias a Dios, por ese lado no tenemos ningún problema.

No, fue el grupo el que sugirió que se lo consultáramos a usted. No reivindicamos todos los méritos. Pero probablemente se nos habría ocurrido de todas maneras.

Ya, claro. Sucede. Pero ¿eso qué tiene de malo? Realmente nos llevamos muy bien, si se piensa que tenemos antecedentes muy distintos en materia de educación.

Quizá nuestros problemas le parecen ridículos.

No, no lo he dicho en ese sentido.

Está bien.

¿Esa puerta?

Martes

El verdadero problema es el Nene, doctor.

¿Cómo?

Oh, oraciones completas de repente. Empezó directamente.

Nos turnamos. No está lejos.

A él le gusta. Después de sonar el despertador, todas las mañanas, el Nene acostumbraba llevarnos a la cama sendas tazas de café caliente y humeante.

Procuramos no entrometernos. La habitación del Nene está llena de cachivaches. Le ofrecimos el dormitorio más grande, pero él insistió…

La primavera pasada estuvimos de camping en Big Sur durante dos semanas. Quisimos llevar al Nene con nosotros, pero se negó a ir. Dijo que tenía que estudiar para los exámenes.

Sí, es perfectamente capaz de bastarse a sí mismo, de guisar sus propias comidas. De todos modos, a veces nos preocupamos.

Eso le encanta.

Pero tememos que el Nene se esté arruinando la vista. No quiere jugar con los otros niños.

Libros de cómics, Poe, Jack London, la enciclopedia, para él es igual. Después de apagar las luces a las nueve, lee bajo las mantas con una linterna. Lo hemos sorprendido varias veces.

Solo lecciones de sitar.

No, no tratamos de influir sobre el Nene. Aceptamos de buen grado lo que desee ser cuando crezca.

No creemos en la familia chapada a la antigua. Todos encaramados sobre los demás.

Hemos hablado de la posibilidad de irnos de vacaciones por separado. Es bueno que las personas se separen de cuando en cuando, ¿no le parece?

Por ejemplo, cuando acudimos a las sesiones dominicales de nuestro grupo, generalmente no nos sentamos juntos.

No, hemos resuelto no tener amoríos. Mentir sería espantoso y, como los dos somos celosos, nos pareció mejor evitarlo.

Usted tiene una opinión muy cínica de la naturaleza humana, doctor. Quizá pasa demasiado tiempo en compañía de personas con problemas.

Es cierto. Desde el principio. Para nosotros, ser sinceros no es tan complicado como para otras personas. Al fin y al cabo, lo único que se necesita es un poco de coraje. Y decoro. Pero a lo mejor somos anticuados.

Un sueño. Lo que usted diga, doctor. Pero tendremos que dejarlo para la próxima sesión.

Miércoles

Probablemente ha atendido a muchos padres que se ufanan de sus hijos. Pero el Nene es realmente precoz. Cuando era pequeño, procurábamos evitar que se diera cuenta de que era mucho más espabilado que los otros niños. No queríamos que se volviera engreído.

Tal vez si fuéramos más jóvenes…

No lo que se llamaría un accidente. No. Pero tampoco fue algo planeado.

No creemos en el aborto. A nuestro juicio, incluso un feto tiene derechos. A pesar de lo que digan ustedes los médicos.

No, nunca pensamos en adoptar otro niño.

El Nene es muy sano.

No sería lo mismo, ¿verdad?

Claro, a veces nos gustaría que el Nene fuera atlético. La verdad es que ni siquiera sabe nadar. Incluso en la piscina de lona se limita a chapotear. Casi no vale la pena comprar una piscina auténtica.

¿Esa no es una idea un poco convencional, doctor? Quizá no haya muchos atletas con un alto coeficiente intelectual, lo admitimos. Pero no entendemos por qué un chico inteligente tiene que permanecer constantemente encerrado y negarse incluso a ir a un campamento.

Vaya si lo estimulamos.

Siempre ha tenido agallas. Y tenacidad. Le gustan los desafíos. Y es curioso, además.

Le gusta coleccionar cosas. Antiguallas. Al Nene le encantan los dinosaurios del museo del condado.

Pues verá, ambos recordamos la noche en que el Nene fue concebido.

No. Siempre nos contó sus pequeños problemas.

Bastó una zurra. Desde entonces no hemos vuelto a tener ese tipo de problemas.

La criada.

Sí, solía comerse las uñas. Pero ya no.

Pensamos mudarnos a un barrio mejor. Probablemente sea más de lo que podemos pagar. Pero los chicos de Cudahy con los que se ha estado juntando son groseros. Y el domingo pasado, mientras paseábamos por Topanga Canyon, vimos esta hacienda con dos casas adosadas. No costaría mucho, solo la entrada con una hipoteca a veinte años. Sería ideal para nosotros. Tiene un garaje de tres plazas, y el Nene podría utilizar una parte para su laboratorio de química y sus patos y sus seis pollos.

Dos patos.

Laurie y Billy. Suena ridículo, ¿verdad?

No, no ha bautizado a los pollos.

Todos sobresalientes este semestre. Le prometimos regalarle una bicicleta si lo incluían en el cuadro de honor.

Oh, es una buena escuela. Muy exigentes. Disciplina a la antigua. Y toman todas las precauciones necesarias. Ayer el Nene cayó enfermo con sarampión. Y la maestra de su curso telefoneó esta mañana a casa, alrededor de las diez. En esa es-cuela son muy cuidadosos, tienen que serlo. Desde que hubo un secuestro hace dos años.

No, no discutimos entre nosotros lo que usted dice. Usted nos indicó que no lo hiciéramos, ¿no es verdad? Ninguno de los dos es sordo, doctor.

¿Ya?

Jueves

Hemos encontrado una caja de condones en el cajón de la mesilla de noche del Nene. ¿No le parece que es un poco joven para eso, doctor?

La maestra del Nene vino a casa. Quería saber qué pasaba.

Quizá el Nene también debería ver a un médico.

La escritura del Nene es muy rara. ¿Deberíamos traer una muestra?

Bastará que usted lo diga.

El Nene lleva un diario. Ojo: lo guarda bajo llave.

Ni se nos cruzaría por la cabeza. Nos perdería la confianza en menos que canta un gallo, ¿no le parece, doctor?

No podríamos estar más de acuerdo con usted. La gente joven es muy pretenciosa.

Es usted muy amable al decir eso.

La aritmética es la asignatura en que está más flojo. De su caligrafía, es mejor no hablar. Atroz.

Historia. Y química.

No mucho. Tiene tan buena memoria que no le hace falta. Pero nos gustaría que leyera más.

Todo. Recuerda los precios del supermercado del año pasado, los índices de contaminación ambiental, el diálogo de un programa de televisión, los promedios de cierre del Mercado de Valores. Sabe los números de teléfono de todos nuestros amigos. Al terminar el día, puede recitar de corrido las matrículas de todos los coches con que nos cruzamos en las autopistas. Lo hemos puesto a prueba. Es un auténtico cubo de basura para acumular información inútil.

Ha llegado a esperar durante horas frente a The Greenhouse porque a veces Steve McQueen almuerza allí.

Baloncesto. También juega bien al voleibol.

Bueno, desde luego, es alto para su edad. Lo lleva en la sangre.

Sarampión vulgar, paperas, amigdalitis, lo habitual cuando era pequeño. Corrector dental durante tres años.

Ronca cuando duerme. Le extirparon dos veces las vegetaciones.

¿Le cuento una cosa rara que le sucede al Nene? Siempre se ríe a las cuatro de la mañana. Debe de soñar. Pero si uno intenta despertarlo, no recuerda nada gracioso.

No, no me ha entendido. Siempre exactamente a las cuatro.

Incluso cuando fuimos a Hawái, donde hay dos horas de diferencia. También a las cuatro en punto. ¿Cómo explicaría eso?

¡De veras! Podría guiarse por ello para poner en hora el reloj.

Tiene una risa maravillosa. Maravillosa. Nos basta oírlo, en la habitación contigua, para enternecernos.

En verdad, lo intentamos una vez. Nos quedamos en la puerta de su habitación, esperando que dieran las cuatro. Apenas lo oímos reír, entramos corriendo, lo zarandeamos hasta despertarlo y le preguntamos con qué soñaba. Estaba tan amodorrado, el pobrecillo. Al principio no dijo nada. Y después, ¿sabe lo que dijo? Adivine.

Nunca lo adivinará.

«Peces.» Tenía los ojos cerrados, no se engañe. Después volvió a reír otro poco y repitió: «Peces». Y a continuación se durmió de nuevo, roncando.

Se lo preguntamos por la mañana. Pero no recordaba absolutamente nada.

Otra vez. Pero no lo despertamos, literalmente. Fue mientras estábamos de cámping en Big Sur, la primavera pasada, compartiendo la misma tienda. Claro está, la risa volvió a sonar a las cuatro en punto. Consultamos nuestros relojes, para estar seguros. Y nos limitamos a decir, en voz muy baja: «¿Nene?».

¿Y sabe qué contestó? En sueños, claro está. Dijo: «Napoleón en un tren blindado rumbo a Elba». Y después se desternilló de risa. Muy inteligente, ¿no cree? Incluso cuando sueña, ese crío sueña inteligentemente.

Quizá sea una estupidez preocuparse tanto por un hijo. ¿Es a eso a lo que se refiere, doctor?

Hemos procurado darle todas las facilidades, pero…

Sí. A veces. No con frecuencia.

¿Cree que hemos procedido mal?

Estupendo. Es lo que pensábamos. De todas maneras, fue la criada la que lo sorprendió.

Ah, Juanita adora al Nene. Todos los que conocen al Nene se dan cuenta de que es excepcional. Sobre todo los niños.

Nos preguntábamos si no convendría que usted conociera al Nene personalmente. Entonces entendería de qué estamos hablando.

Viernes

Ayer al Nene le sangró la nariz en la escuela.

El pediatra dice que está muy sano, excepto por lo que concierne a las vegetaciones. ¿Cree que habría que examinarlo de nuevo?

Pensamos que las proteínas son muy importantes.

Pero algunas afecciones son físicas. ¿No está de acuerdo, doctor?

Utilizando las pautas del doctor Greenwich, procuramos apañarnos solos. Pero no nos pareció justo ocupar demasiado tiempo en las sesiones de grupo por un problema personal.

Quizá usted nunca ha tratado un caso exactamente igual al nuestro.

Claro que tratamos de llevarlo a un terapeuta.

Pero se niega. No podemos obligarlo a ir, ¿no es cierto, doctor? Las personas tienen que desear que las ayuden.

Exactamente. Por eso pensamos que podríamos ayudar al Nene si hablábamos con usted.

Eso no serviría. La semana pasada le aumentamos la paga al Nene.

Con cupones de compra. Pero nunca reunirá lo suficiente.

El Nene dice que quiere ser sacerdote cuando sea mayor.

Duerme con la versión Gideon de la Biblia bajo su almohada de madera.

De The Wigwam, en Barlow. Es un motel en forma de wigwam, de cabaña india.

Tremendamente caluroso. Usted ya sabe cómo es Barlow en verano.

Casi nos asfixiamos. Pero al Nene no le molesta el calor.

Probablemente fue una locura ir allí en junio. Pero cuando empezamos a sentirnos enjaulados, a veces no nos queda otra alternativa que coger el coche e ir a alguna parte.

No le molestará que pongamos el aire acondicionado, ¿verdad? ¿No tiene calor?

Así, ah. Gracias.

El Nene tiene mucha facilidad para la mecánica. La otra noche reparó el televisor del cuarto de estar cuando se estropeó, precisamente en el momento en que esperábamos a ocho invitados para cenar.

A veces lamentamos que sea tan aficionado a la ciencia. Es un poco como tener al doctor Frankenstein Junior en casa. Y digan lo que digan, hay que admitir que la ciencia endurece el corazón.

Por ejemplo, cuando Mickey, su mejor amigo, murió de polio el verano pasado. El año anterior habían estado en un campamento de surf en Seal Beach. Intentamos ocultárselo al Nene, porque temíamos que se alterara demasiado. Pero cuando se lo dijimos, no pareció nada afligido.

No, usted no, doctor. Estamos seguros de que usted es un verdadero torrente de comprensión. Pero por otra parte, tampoco definiríamos precisamente como una ciencia lo que usted hace. ¿Usted sí?

Oh. Bueno, no es eso lo que dice el doctor Greenwich.

¿Realmente quiere que se lo preguntemos? ¿Y si él no está de acuerdo?

¿Sabe una cosa, doctor?, esta es la primera vez que ha sonreído, desde que empezamos a venir aquí. Debería sonreír más a menudo.

Trato hecho. ¿Por qué no lo dijo el primer día?

Sábado

Más afilado que un colmillo de serpiente, y todo eso. No le molesta que seamos un poco cursis, ¿verdad, doctor? Es un gran alivio poder hablar con usted.

Queríamos que fuera a clase de piano.

Ningún problema con el pelo.

Bueno, eso depende de lo que usted interprete por drogas, ¿no le parece?

No.

Solo en la escuela.

Un poco, pequeñas dosis, pero jura que lo dejó.

¡Nunca, gracias a Dios! Eso arruina el cerebro definitivamente, ¿no es cierto?

Lo que hace difíciles las cosas es que el Nene guarda rencor.

Un momento. ¿El Nene ha intentado verlo, a nuestras espaldas?

¿Por qué no? Escuche, usted no parece entender hasta qué punto es listo.

El Nene dice que nació en Krypton y que no somos sus verdaderos padres.

Bueno, ¿qué opina de un crío de solo cinco años que anuncia que va a ganar el premio Nobel? Y que entonces nos enorgulleceremos de haberlo conocido. Se lo dijo a la criada.

El de química.

¿La primera vez que se fugó de casa? Sí.

Con un rifle de aire comprimido.

No, no muy lejos.

Una vendedora de fritangas del Ocean Park consiguió que el Nene le mostrara su pase para el autobús escolar y nos telefoneó. Vio como el Nene daba vueltas durante cuatro horas sin parar en la montaña rusa.

La policía solo intervino la tercera vez. No nos gustó llamar a la policía, pero no parecía haber otra alternativa.

Todos tienen una infancia desdichada, ¿no es verdad, doctor? Por lo menos, todos parecen pensarlo. Por aquí debe de desfilar mucha gente que viene a contarle esa historia. ¿En qué consistió nuestra peor equivocación? Por supuesto, hoy en día nadie respeta la institución familiar. Sabíamos cuáles eran las ideas que le inculcarían al Nene en la escuela. Pero en el hogar procuramos restaurar un poco el equilibrio, enseñarle…

No, no quiere a ninguno de sus primos. Por supuesto no son tan espabilados como él. Pero aun así…

A su primo Bert lo matricularon en el Instituto Tecnológico de California.

Siempre le gustó que lo trataran como a un adulto y no como a un niño. Sonríe radiantemente cuando le dan un poco de responsabilidad y le encargan tareas. El Nene es más puntual que nosotros, ¿sabe? Eso es muy inusitado en una persona de su edad.

Cada vez que le parece que lo tratamos como a un niño, le da un berrinche.

La primera vez que le extirparon las vegetaciones, pasamos toda la noche junto a su cama, en el hospital. Pero esta vez… ¿No le parece que ya está crecido para eso?

No, severos no. No tenemos coraje para tanto. Pero a veces debemos ponernos firmes, por su propio bien.

Bueno, hay que reconocerle ese mérito. Sabemos que es necesario que se rebele contra nosotros.

No es lo mismo.

¿Usted tiene hijos, doctor?

De todas maneras, un niño precoz es distinto. No nos dirá que un crío de ocho años que lee a Schopenhauer puede ser fácil de manejar, ¿verdad?

Tal vez.

Está bien. Intentaremos averiguarlo para mañana.

¡Precisamente! Caray, ¿cómo podremos arreglarnos todo un día sin su ayuda?

Claro que lo haremos sin pedírselo abiertamente. Usted nos toma realmente por idiotas, ¿a que sí? Igual que el Nene.

Lunes

Anoche reñimos, después de la sesión de grupo. Y, justo a la mitad, sorprendimos al Nene escuchando detrás de la puerta en pijama.

No pudimos.

Por la mañana descubrimos que había vuelto a mojar la cama.

Oh, lo hicimos. Y tratamos de dormir en camas separadas. El Nene tiene la costumbre de meterse en la cama con nosotros los sábados y domingos por la mañana.

A veces tenemos amoríos. No creemos que debamos dar por segura nuestra relación. Pero nos contamos todo.

Escuche, todo el mundo tiene que vivir su propia vida.

Claro que consideramos la posibilidad de tener más hijos. Pero nunca parece ser el momento justo. Estas cosas hay que planificarlas.

Quizá ahora es demasiado tarde. Y debemos admitir que no nos fue muy bien con el que tuvimos.

Nunca lo dice. Prefiere a los niños mayores. Su mejor amiga tiene ocho años. Se llama Thelma DeLara, pero él la llama Calzones. Ella lo llama Vainilla. Son adorables cuando están juntos. Él nos dijo que se casará con ella. Los dos pueden pasar horas riéndose dentro del armario empotrado del vestíbulo.

Thelma nos hace las veces de canguro cuando vamos a jugar al bridge a casa de los Turnell, que viven calle abajo. Generalmente los jueves por la noche. Tienen una barca parecida a la nuestra.

Los Turnell. Son amigos, doctor.

No, no pertenecen al grupo. No son de esa clase.

¿A qué se refiere? ¿Quién diablos le dijo eso?

Oh. Bueno, no es cierto. Esas cosas no nos interesan. No las censuramos, por supuesto. Los demás pueden hacer lo que se les antoje.

¿Por qué nos formula tantas preguntas sobre nosotros, doctor? En nuestra amistad con los Turnell no hay ningún elemento que pueda ayudarlo a entender mejor el problema del Nene.

El Nene ni siquiera conoce a los Turnell. No tienen hijos de su edad.

Claro que eso influye. Criar hijos es un arte, ya sabe. Vemos a nuestro alrededor a muchos padres que no se lo toman en serio. Incluso usted se espantaría. ¡No sabe ni la mitad de las cosas que suceden!

Martes

¿La mayoría de sus pacientes son miembros de algún grupo, doctor?

Solo por curiosidad.

Una vez. Decidimos divorciarnos, pero no pudimos llevarlo a cabo. El Nene habría sufrido mucho. Es demasiado pequeño para comprender.

En primer lugar, para enseñarle a cuidar de sí mismo. El Nene es muy confiado. Está dispuesto a montar en el coche de cualquier desconocido sonriente que le prometa llevarlo a Disneylandia.

Nos turnamos para acompañarlo hasta la escuela. Está a solo seis manzanas, pero, dadas las condiciones en que se encuentra ahora el barrio, nunca se es demasiado prudente.

¿En qué zona de la ciudad vive, doctor? Este no es también su apartamento, ¿verdad?

Oh, es muy afortunado. En estos tiempos es muy difícil encontrar una buena casa.

Al Nene lo atracaron en el parque Griffith, adonde fue a volar su cometa. Tres chicos mexicanos.

Llevaba siete dólares.

Solo un cuchillo.

No, no lo hirieron.

Cuando tuvo su primer equipo de química, su comportamiento fue realmente adorable. Dijo que iba a descubrir una fórmula mágica para que pudiéramos vivir eternamente.

No, eso fue lo raro. Solo nosotros dos.

A veces nos preocupa que no podamos tener con él una relación tan estrecha como la que tienen otros padres, porque no éramos demasiado jóvenes cuando nació. No se trata de que el abismo generacional sea tan importante como era antes, pero aún…

Claro que la juventud es un estado de ánimo. ¿No le parece, doctor? Y nosotros nos mantenemos en forma. Corremos. Y no fumamos.

¿Si nos paseamos desnudos delante del Nene? ¡Desde luego que no! No es que nos parezca mal. Pero el Nene es tan hermoso…

Guardamos el primer rizo del Nene. Ayer lo llevamos a un peluquero italiano de Westwood. El Nene casi no lloró.

A veces tenemos la sensación deprimente de que el tiempo pasa demasiado deprisa. Ya ha cambiado mucho.

Eso se nota en las instantáneas que le sacamos cada mes para documentar su crecimiento. Probablemente el álbum vale más que la suma de todas las palabras que desembuchamos aquí.

Es extraño que diga eso, doctor. Usted sabe perfectamente bien qué es lo que deseamos.

Miércoles

¿Razonar con él? Es lo único que hacemos. Pero es muy retraído.

El año pasado se negó a seguir desayunando. Y ahora ha dejado de beber leche. Le hemos advertido que eso perjudicará inevitablemente su desarrollo. En realidad, no le ha perjudicado. Pero, de todas maneras, no nos parece saludable.

Golosinas, refrescos, pizzas, tacos mexicanos… Usted ya sabe cuáles son las basuras con que se atiborran los críos.

Pasa la mayor parte del tiempo en su habitación. Tenemos que insistir una decena de veces antes de que acceda a ayudarnos a lavar los platos.

El Nene dice que no es partidario de los pasatiempos. ¡Imagínese! Pero, por supuesto, los tiene. Como todo chico.

Modelos de aviones para armar. Pero el Nene se niega a comprar los de plástico, que pueden encontrarse en las tiendas. Confecciona sus propias maquetas con madera de balsa, e ideó una hélice y un soporte de cola ingeniosos con palitos de pirulís y gomas elásticas. El condenado artefacto parece capaz de volar realmente.

Claro que sabemos que hay chicos que inhalan cola de aeromodelismo. ¡Por favor, doctor! No nacimos ayer.

Escuche, al Nene le preocupa demasiado su cerebro de niño prodigio como para aficionarse a las drogas. Además, es demasiado insociable.

Nos preguntamos si alguna vez conversa siquiera con los otros chicos de la escuela.

Quizá sea mejor así. Debería ver esa escuela. Es abominable.

No hay vigilancia. Los críos pueden hacer lo que se les antoje. Las maestras les tienen miedo, sencillamente.

Tal vez los chinos hayan dado en el clavo. Claro que no nos gustaría vivir allí. Pero por lo menos la gente es honesta, existe un auténtico sentimiento comunitario, hay vecinos, los matrimonios se mantienen unidos, los hijos respetan a sus padres. Por

supuesto, la gente carece de comodidades materiales y no les permiten pensar. Pero nosotros podríamos prescindir de los tres coches y de la piscina y de todo lo demás. Pensándolo bien, para lo que nos ha servido… Y vea adónde ha llegado el Nene, después de tanto pensar.

Usted no cree que sea así ¿eh, doctor? Tiene una expresión muy condescendiente. Piensa que nos ha calado, ¿verdad? A lo mejor ahora se dará cuenta de que no somos tan tradicionales como supone.

Realmente somos radicales, aunque no lo dejemos traslucir.

El Nene opina que somos radicales.

Ahora pasa por un período de conservadurismo, como muchos críos de hoy en día. No lo criticamos. Solo deseamos que supere esta etapa.

El Nene tiene una bandera confederada sobre la cama.

La Navidad pasada le regalamos un disco de Pete Seeger, con canciones antibélicas. Su primer tocadiscos, ¿sabe?, muy resistente. No pudo romperlo. Apenas lograba insertar el disco en el eje con sus dedos regordetes. Acostumbraba poner esas canciones durante horas. Y las cantaba en el cuarto de baño, mientras jugaba con sus patitos de goma. Ahora solo quiere dinero para Navidad y en el día de su cumpleaños. No sabemos en qué lo gasta.

Oh, no somos tacaños. Escuche, el chico tiene que vivir una vida normal. Pero eso no significa que no nos sintamos excluidos. Y a veces, cuando vemos que comete alguna estupidez, tenemos que mordernos realmente la lengua.

Pero no parece divertirse, como otros niños. Siempre estudiando. Preocupándose. Es muy serio.

El Nene se cortó el pelo a cepillo. Y lo que es aún peor, ¿sabe lo que dice?

Dice que sabe que es el corte de pelo menos atractivo de la historia. Y que le gusta por ello. Dice que sirve para desviar la atención de la superficie y encauzarla hacia el hombre interior.

Resulta extraño pensar que el Nene sea tan puritano.

Le suplicamos que se dejara el pelo largo, como los otros chicos.

Usted lleva el pelo bastante corto, ¿no es cierto, doctor?

Jueves

¡Otra vez! Ayer hizo novillos. Ya ve lo que nos ha deparado la suerte. Probablemente fue al cine. Al menos, eso es lo que esperamos que hiciera.

El Nene ha visto trece veces *La gran evasión*, con Steve McQueen. ¿Usted diría que la película representa…?

Ah, usted no la ha visto.

¿Va mucho al cine, doctor?

Nunca. Incluso cuando llevó chicas a su habitación, cerramos los ojos. Al fin y al cabo, no se puede decir que nos alcance el dinero para instalarlo en su propio apartamento. No a estas alturas. Pero pensamos que él no tenía por qué pagar el pato. Es nuestro problema.

Entonces un día lo sorprendimos robando.

Oh, no. Él no sabe que lo sorprendimos.

No, no se puede decir que sea precisamente propenso a los accidentes.

El verano pasado, en el campamento, se pinchó con un clavo en el pie. El monitor dijo que se portó como un valiente.

Todas sus vacunas.

Pero nunca nos dice nada cuando le pasa algo malo. Por eso tenemos que preocuparnos tanto.

Cuando al Nene le extrajeron de golpe todas las muelas del juicio, lo llevamos al Colorado. Estábamos en una lancha con los otros turistas, todos enfundados en gruesos impermeables negros. Empezó a sangrar en los rápidos. Entraba mucha agua en la embarcación. El Nene tenía la cara mojada y le chorreaba sangre por las comisuras de la boca. Pero no dijo una palabra.

No, la decisión fue suya. Tiene que aprender a tomar sus propias decisiones. Y a no recurrir a nosotros para todo.

El Nene quiere un ciclomotor. Pero le dijimos que es demasiado peligroso, con todo el tráfico que hay en la ciudad. No es como el Valle en los viejos tiempos.

Su primo Bert sufrió un accidente atroz y pasó ocho meses postrado en el Saint John's. Los dos tobillos fracturados, tres operaciones. Aún cojea un poco. Probablemente cojeará el resto de su vida. ¡Y Bert tuvo suerte! Conocemos algunos casos de accidentes realmente horribles.

Ya sabe cómo son los chicos. Nunca dejan de querer cosas.

Siempre ha querido un perro, pero no creemos que tenga suficiente sentido de la responsabilidad. Es demasiado joven para sacar a pasear al perro todas las noches. Y ya llega tarde a la escuela algunas mañanas. Así que puede imaginar lo que sucedería si tuviera que pasear antes al perro.

Dentro de unos años, tal vez.

Lo más difícil ha sido siempre hacerle asumir la responsabilidad. Cree que estamos aquí solo para recoger lo que él deja tirado.

Pero es que debería ver la habitación del Nene. Nunca se desprende de nada. Conserva todos sus desgarrados números del *National Lampoon*, *Penthouse* y *Rolling Stone*. Botes con monedas y Dios sabe qué más, entradas de cine, tarjetas con los tantos de los Dodgers, pañuelos de papel sucios, colillas, viejos envoltorios de caramelos, cajas de cerillas vacías, latas de Coca-Cola, su ropa dispersa por el suelo. Para no hablar de lo que está escondido.

El Nene guarda una esvástica en el cajón superior de su cómoda, debajo de la ropa interior.

El Nene dibuja cómics obscenos.

Acostumbrábamos entrar y recoger sus cosas apenas se iba a la escuela. Pero cuando le faltaba algo se ponía furioso. Ahora no tocamos nada.

Si quiere vivir como un cerdo, deberá descubrir por sí mismo cuán desagradable es.

Algunas, lo confieso. Resultaron ser ejemplares de coleccionista. Por supuesto, el Nene no quiere venderlas. Pero no nos dirá que el hecho de que el Nene conserve las guías de televisión de seis años atrás le producirá un día algún beneficio.

La gente debe elegir, ¿no es así, doctor?

Viernes

¿Usted cree que un aumento gradual de peso es síntoma de algo malo, doctor?

En los últimos seis meses.

No más que de costumbre.

No, no fuma. Gracias a Dios. La verdad es que el Nene siempre se burla de nosotros porque fumamos. Es un poco hipocondríaco. Desde que era pequeño.

El Nene tiene miedo a los microbios. Ha empezado a utilizar una mascarilla de tela blanca sobre la boca, como los japoneses.

Claro que hemos tratado de dejar de fumar. ¿Acaso no lo ha intentado todo el mundo?

¿Este humo le molesta? Ahora que lo pienso, supusimos… como tiene todos estos ceniceros repartidos…

Bien.

Quizá teme que muramos antes de que él crezca.

Muy longevos, por ambas partes. Pero no podemos abordar el tema de la longevidad con el Nene. Apenas alguien menciona la idea, se pone frenético. Solo parece recordarle la muerte.

Claro que lo sabe. Todas las fechas. El Nene confeccionó un árbol genealógico y lo colgó sobre su cama, junto a la bandera confederada. Pero no va a creer las preguntas que nos formuló.

Quiso saber si éramos primos hermanos, figúrese.

Ya está bien, le dijimos. Tomándolo todo a broma. Y pareció realmente desilusionado.

Cuando se trata del Nene, no hay nada mejor que abrazarlo. A veces nos sentimos ineptos al contestar sus preguntas. Pero cuando demuestra más abiertamente que nos necesita, es un verdadero placer.

Si por lo menos se riera más… Tiene una risa maravillosa.

Al Nene le encantan las espinacas. Y las costillas de cordero. Son sus dos platos favoritos. No permite que lo sentemos en su silla alta si no lo llamamos Nene Costilla de Cordero.

Al Nene le están saliendo los dientes torcidos. Nació con un paladar anormalmente alto, nos dijo el tocólogo.

No, pero eso es lo que le produce trastornos con las vegetaciones. Nos lo advirtieron en aquel mismo momento.

Y una mancha azul en la región lumbar, llamada mancha mongólica. Es curioso. Desde luego, no tenemos ni una gota de sangre oriental, eso es seguro. El tocólogo dijo que era muy rara en los bebés caucásicos.

¿Ha oído hablar de la mancha mongólica?

Por lo menos hasta entonces. Hasta la pubertad acostumbraba pasearse desnudo por toda la casa. Le hicimos algunas insinuaciones, pero cuando siguió procediendo así, nos callamos. No queríamos que pensara que nosotros…

Perfectamente normal.

Quince. No, me equivoco. Catorce y medio.

Bueno, eso suponemos. Naturalmente, desde entonces no lo hemos visto desnudo.

Sí, le gusta la ropa. Se podría decir que es un poco vanidoso. Puede tardar hasta una hora en decidir si para ir por la mañana a la escuela se pondrá la camiseta con la imagen de Mr. Natural o con la de Conan el Bárbaro.

A veces pasa horas en la sauna. No se puede decir que no respetemos su intimidad.

Siempre tenemos la sensación de que el Nene nos oculta algo. De que está avergonzado. Particularmente de la pasión que sintió por su profesor de periodismo, el señor Berg.

El Nene es el director del periódico de su bachillerato. También lo fue durante los cursos secundarios.

Claro que es normal, de alguna manera. No es necesario que nos lo diga. Pero podrá entender que estuvimos un poco preocupados.

Sencillamente, no queríamos que el Nene sufriera. Vimos lo que sucedió cuando al señor Berg no le pareció bien uno de sus editoriales. El Nene estuvo enfurruñado y lloroso durante varios días.

No, no pondríamos objeciones si resultara serlo. Por lo menos hemos aprendido algo. Que si puedes ser feliz, ya llevas una ventaja sobre los demás.

Esto no significa que no nos sintiésemos aliviados cuando el Nene se casó. Seremos sinceros con usted.

Tampoco somos partidarios de los matrimonios prematuros. Los jóvenes deben descubrirse antes a sí mismos.

El padre de ella es ingeniero de sistemas en la Lockheed. Deberíamos hablarle de ella. Esta vez ya es demasiado tarde para empezar.

Sábado

El hecho de que hayamos olvidado algo aquí significa que al concluir la sesión anterior no queríamos irnos, ¿no es cierto?

Parece roto.

No, aquí. Fíjese.

No se preocupe, no importa. Tenemos otro en casa.

Quizá podríamos duplicar las sesiones. Podríamos venir ambos el mismo día. Uno por la mañana, otro por la tarde.

Naturalmente. Pero ¿a partir del lunes?

Bueno, no parece mejorar.

No, tampoco empeora.

No. ¿Por qué habríamos de ser pesimistas, doctor?

No somos pesimistas por naturaleza. Solo procuramos ser realistas.

El hecho de asistir a las sesiones de grupo infunde cierto grado de confianza, ¿sabe? Quizá confiábamos demasiado.

Laurie ha muerto.

El pato. ¿Recuerda? Se lo contamos.

En el patio trasero. A la luz de una vela.

No mucho. Lo cual es bastante sorprendente. Si el Nene pudo llorar cuando se enteró de que George Washington ya no vive, pensamos que lo menos que haría sería llorar por Laurie.

Le ofrecimos comprar otro pato, pero dijo que prefería una serpiente. En Culver City hay una tienda de serpientes, a la que fue el jueves pasado con un amigo al salir de la escuela. Quiere que vayamos con él, pero nos negamos. Malcriarlo, darle todo lo que desea, no servirá de nada, ¿verdad, doctor?

Peces, tortugas, un guacamayo. No, primero el guacamayo y después las tortugas. Murieron. El Nene olvidó darles de comer. Después los pollos y los dos patos.

Es curioso que ahora al Nene le gusten las serpientes. Cuando teníamos la casa en Doheny Hill, le aterrorizaba pensar que podía morderlo una serpiente de cascabel.

También teme a los policías. Esto empezó cuando tenía tres años.

Fingimos no percibir el olor a porro en su habitación. Y él finge no saber que nosotros fingimos no olerlo.

Claro que las ventanas estaban abiertas.

Compra una cantidad espantosa de libros pornográficos y manuales de sexualidad, o eso creemos. Cualquiera diría que ya ha aprendido bastante de todo eso en la escuela.

El Nene se pone auriculares cuando escucha sus casetes. Entienda que no lo tomamos como algo personal. Pero es otro de los medios de que se vale para aislarse de nosotros. Y la expresión que se refleja en su cara mientras escucha música es casi indecente.

¿Usted graba lo que decimos? Es raro que nunca se nos haya ocurrido preguntárselo. No hay un magnetófono sobre su mesa. Pero, naturalmente, eso no demuestra nada.

Muchos médicos lo hacen. El doctor Greenwich lo hace. No nos molesta. Probablemente sea un sistema muy bueno, sobre todo si uno no tiene una excelente memoria. Adelante.

¿Está seguro?

En realidad, quizá hasta nos resultaría útil escucharnos a nosotros mismos. Usted podría reproducir fragmentos de las sesiones y nosotros los comentaríamos.

Francamente debería contemplar esa posibilidad, doctor.

Lunes

¿Qué presión?

Cuando abandonó Occidental, al cabo de un año, no insistimos en que buscara empleo. Le dijimos que siempre tendría su habitación en casa.

Se quedó.

Eso fue más tarde, después de que intentara algo.

Correcto. Entonces le pagamos un curso en la escuela de pilotos de Long Beach. Se supone que es la mejor del país. Pero lo rechazaron por la nariz.

Tres operaciones de vegetaciones. Pero aún tiene un problema con la nariz.

¿Que si lo hemos hecho? A todos los especialistas habidos y por haber.

Claro que volveremos a intentarlo. No podemos dejar que el chico continúe respirando por la boca durante el resto de su vida.

Debería ver lo que ocurre cuando vamos juntos al cine. Su respiración es tan ruidosa que los espectadores más próximos cambian de butaca. En el teatro no pueden hacerlo, porque los asientos están numerados.

Ah, hay algo más. Antes de que lo olvidemos. En la sesión de anoche nos pidieron que les informáramos de lo que hacemos con usted, doctor. No le molesta, ¿verdad? Quizá deberíamos habérselo preguntado antes.

¿Disconformes? Claro que no.

Sin embargo, a veces, para ser sinceros, tenemos la impresión de que es usted quien está disconforme. Con nosotros.

Bueno, impaciente, entonces. ¿No es cierto, doctor?

Escuche, si cree que tenemos interés en prolongar esto, se equivoca lamentablemente. Por no hablar del dinero que malgastamos.

Está bien, pero imagine lo impacientes que estamos *nosotros*. Tenemos que convivir con el problema todos los días, durante las veinticuatro horas. Usted se sienta aquí, nos escucha, y puede olvidarse de nosotros después de que nos vayamos.

Claro que tenemos momentos de alegría. ¿Acaso lo hemos negado alguna vez?

Hoy al Nene le ha salido otro diente. No crea que eso no nos complace. Pero tampoco borra todo lo demás.

¿Cómo? Nosotros no vivimos sencillamente al día, como los lirios del campo, doctor. Por mucho que nos tiente la idea. Tenemos recuerdos y esperanzas. Y temores.

¿Miedo a usted? ¿Por qué habríamos de tenerle miedo a usted, doctor?

Los sentimientos son una cosa. Pero el buen consejo es otra. El doctor Greenwich lo avala. Estamos seguros de que el grupo le extenderá un certificado de competencia.

Le tenemos miedo al Nene.

Lunes

¿Por qué no habríamos de tener mala cara? Ha empezado a beber de nuevo. Mezcal. Southern Comfort. Y un brebaje atroz llamado Georgia Moon.

¿Cómo podríamos hacerlo, si es mayor de edad?

¿La fuerza moral? Es más fácil decirlo que hacerlo.

Pero el Nene tiene su propia voluntad, doctor. Esto es lo que usted no entiende. Una voluntad tremenda. La tentativa de frenarlo solo lo estimula a obstinarse aún más. Hará cualquier cosa con tal de desafiarnos.

Hasta lastimarse a sí mismo.

Tuvimos que colocar barrotes delante de la parrilla portátil después de que el Nene atravesara todo el comedor dentro de su parque, balanceándolo atrás y adelante, hasta poder apoyar encima las palmas de las manos. Sabía lo que hacía. Sabía que estaba caliente.

Una quemadura horrible. Tiene las manitas regordetas vendadas hasta más arriba de las muñecas, como si usara guantes. Pero el pediatra dice que no le quedarán cicatrices.

Un día se hará daño de verdad. Esto es lo que nos preocupa.

No estamos seguros de que sepa siquiera qué es lo que le produce dolor. O de lo contrario —y esto es peor— el Nene se ha convertido en un ser cada vez más insensible.

Cuando Thelma DeLara se mudó a otra parte fue imposible consolarlo. Lloró durante semanas sin parar. Recordará que le hablamos de Thelma. Su mejor amiga en primer grado.

Ahora se ha vuelto frío y severo.

Se opone a todo lo que deseamos hacer. Si hay algo que nos gusta, le escupe encima.

Anoche colgó una gran bandera negra de la antena de televisión, sobre el tejado. Casi nos rompimos el cuello al arriarla.

¡Pacientes! ¿Qué cree que hemos sido durante todos estos años? Usted ha oído hablar de los límites de la paciencia, ¿no es cierto, doctor?

Hemos salido a buscar una escuela especial. No un hospital psiquiátrico. Un lugar donde no se sienta encerrado ni nada parecido. Solo un lugar donde el personal sepa cómo manejarlo.

Es lo más razonable, ¿no le parece, doctor? Reconocer la derrota cuando uno está acorralado.

¿Para qué serviría eso? Lo hecho, hecho está, ¿no cree?

Pero *seguimos* perseverando. ¿Por qué demonios cree que vinimos a consultarlo a usted en primer lugar? ¿No es testimonio suficiente de buena fe el que hayamos…?

¿Ya?

Martes

¿Está resfriado, doctor?

Parece un resfriado. Será mejor que se cuide.

Esto no tiene nada que ver con lo nuestro, desde luego, pero nos gustaría conocer su opinión. ¿Cree en las dosis masivas de vitamina C?

El Nene sí cree. Últimamente se ha convertido en un verdadero maniático de la salud.

De todos modos, es mejor que convertirse en un fanático de Krishna, como su prima Jane. Toda pintada de azul y lo demás.

No la hermana de Bert. La prima de Bert. El Nene traga cincuenta píldoras de vitamina C al día. Pero sigue resfriándose.

Sí, es remilgado para algunas cosas. El Nene vomitó mientras comía un huevo pasado por agua porque la clara estaba líquida. Y se niega a besar a su tía Rae —la madre de Bert— porque dice que tiene un lunar negro en la mejilla.

No, no es algo que él imagine. Lo tiene. El chico no está chalado, por amor de Dios.

Pero no creemos que esa fuera la auténtica razón.

Rae es una muchacha bondadosa, pero hay que saber cómo tratar al Nene. Primero hay que conquistar su confianza. No es delicado pero sí muy nervioso, como todos los niños precoces.

No es posible abalanzarse sencillamente sobre él y abrazarlo. Hay que arrodillarse, colocarse a su nivel y hablarle primero. Antes de poder tocarlo.

El Nene nunca ha sido uno de esos críos a los que les gusta que los abracen y los besen como si tal cosa o que saltan sobre el regazo de los demás, como Bert. Todos los niños son distintos. Y entienden mucho más de lo que uno cree, aun antes de saber hablar. Esto es algo que hemos aprendido.

¿Sabe, doctor?, lo que acaba de decir nos coge un poco por sorpresa. Si hay algún malentendido, será mejor que lo aclaremos ya mismo. El Nene no está loco.

No tenemos la experiencia clínica de usted. Pero sabemos distinguir a una persona que está loca de otra que no lo está.

Sí, podemos darle un ejemplo. El Nene nos contó recientemente que durante los dos últimos años, cada vez que se dispone a montar en el autobús que lo lleva a la escuela, oye una voz. La voz dice: «Siéntate a la izquierda. O morirás». O: «Siéntate a la derecha. O morirás». Y cada mañana ignora qué orden le dará la voz.

Correcto. Pero espere hasta oír el resto. Nos preocupamos mucho, desde luego. La mañana en que el Nene nos contó eso, con la mayor naturalidad, mientras tomaba el desayuno antes de irse a la escuela, sentimos que se nos partía el alma. Una vez que empiezas a oír voces, y voces que te dicen que morirás si no las obedeces, la situación se pone muy seria.

Pero entonces se nos ocurrió formularle una pregunta al Nene. ¿Alguna vez te ha sucedido —le preguntamos— que, al subir al autobús, el lado del que salía la voz estaba completamente ocupado? ¿De modo que no te ha quedado más alter-nativa que sentarte al otro lado?

«Claro que sí —respondió el Nene—. Muchas veces.» ¿Y qué sucede en esos casos?, inquirimos. Preguntándonos si el Nene había notado que, aunque había desobedecido la orden de la voz, no había muerto.

«Ah, en esos casos —manifestó el Nene, alegremente—, en esos casos la voz dice: "Hoy no importa".»

¿Qué piensa, doctor?

Bueno, es obvio. Apostamos a que no podría hallar un ejemplo más perfecto de la diferencia entre la psicosis y la neurosis, aunque practicara su dudosa profesión durante cien años. ¿Sabe a qué nos referimos? El psicótico es alguien que no oye una voz que le dice en el último momento: «Hoy no importa».

¿No está de acuerdo, doctor?

No se trata de que le pidamos que nos dé muchas esperanzas. Pero él no está loco. No es eso lo que falla.

Quizá es algo peor.

Martes

El Nene se ha hecho vegetariano. Le seguimos la corriente. Superará esta etapa, ¿no cree?

Requesón y piña fresca. Y montones de guisantes crudos. Siempre lleva algunos en los bolsillos.

Y sus bolsillos siempre tienen agujeros. Ese sería el resumen de la situación.

Nunca se ocupa de sus cosas. Para el Nene, la ropa es una birria.

Ha dejado de usar ropa interior. ¿Es esta una nueva moda entre los chicos de los cursos preliminares del bachillerato, doctor?

Al Nene le gusta contener la respiración bajo el agua en la bañera. Tiene un cronómetro.

Hace dos meses que el Nene no se lava.

La junta de reclutamiento lo clasificó 1Y. Estaba preparado para huir a Canadá, dijo. Nos desesperamos. Pero resultó que las vegetaciones bastaron para descalificarlo. Por supuesto, nos sentiríamos más seguros con un 4 F. Pero el Nene dice que en realidad ahora las dos clasificaciones son equivalentes y que no deberíamos preocuparnos.

Ya no respeta ninguna convención. El día de la graduación en el bachillerato, lloramos cuando interpretaron «Land of Hope and Glory». El Nene ni siquiera fue.

No crea que nos compadecemos. Probablemente estamos en mejor situación que la mayoría de los padres. Dos amigos del Nene murieron por sobredosis. Otro se suicidó. Y a su mejor amigo del bachillerato lo sentenciaron a una pena de uno a cinco años en San Quintín por atracar gasolineras.

Desde luego, se basta a sí mismo.

Quizá habíamos depositado demasiadas esperanzas en él. Como sucede cuando se trata del único…

Solo esperamos que se pueda reparar parte del daño. No es mucho pedir, ¿no?

Si por lo menos confiara en nosotros, si nos contara algunos de sus problemas. Entonces podríamos ayudarlo mejor. Sabe que sabemos que no es fácil pertenecer a su generación.

Ambos hemos tenido una vida difícil. Nadie nos dio ninguna ventaja al principio y tuvimos que sacrificarnos para llegar a donde estamos ahora. Pero por lo menos podíamos dar por supuestas algunas cosas.

La familia.

¡Pobre Nene! Usted tiene que ayudarnos a ayudarlo. Nunca nos lo perdonaremos si no lo hacemos.

Su vida apenas comienza. La nuestra ya ha transcurrido por lo menos hasta la mitad. ¡No es justo, doctor!

Haremos cualquier cosa.

Pero ¿qué más podemos hacer?

Miércoles

El Nene ha preguntado más de una vez cómo se hacen los niños. Se lo explicamos, pero siempre lo olvida y vuelve a preguntarlo al cabo de pocas semanas.

Probablemente se deba a que no puede asociarlo con nada que forme parte de su experiencia. Nos sentimos muy ridículos al explicárselo una y otra vez.

Pero si no contestamos sus preguntas, puede pensar que hay algo vergonzoso en todo lo que concierne a eso.

Es muy habilidoso. Aprendió a atar los cordones de sus zapatos en una sola mañana.

Un amigo nuestro le regaló al Nene un chaleco antibalas de la Infantería de Marina para su cumpleaños. Por supuesto, ahora le resulta demasiado holgado. Tendrá que crecer hasta que sea su talla.

Ronnie Yates. Dirige el helipuerto de Venice West. Se aficionó a los helicópteros durante la guerra. Al Nene le encanta oír las historias de guerra que Ronnie cuenta.

El Nene quiere un juego de pesas y un aparato de gimnasia. Nosotros pensamos que ya hace suficiente ejercicio. Puro narcisismo, eso es lo que nos parece.

Siempre está haciendo flexiones en la barra fija.

El Nene quiere tatuarse. Un sol negro entre los omóplatos, más grande que un dólar de plata.

Sí, pero si algún día se harta de él, no podrá quitárselo. Dicen que es una operación muy dolorosa.

Tal vez sea estoico, pero no tanto.

Todos tienen un límite de resistencia al dolor, ¿no es así, doctor?

Claro que está sano. No se trata de eso. El pediatra puede extenderle un certificado de buena salud cuantas veces quiera, pero nosotros tenemos ojos para ver, y vemos.

El Nene ha encontrado un gurú. Doctor, tiene un aspecto horrible con el pelo largo. Repulsivo. El gurú vive en un todoterreno para transitar por las dunas que está aparcado junto al embarcadero de San Pedro. El Nene planea acompañarlos en una expedición a Guatemala, en busca de hierbas medicinales.

Lo amenazamos y lo amenazamos. Le dijimos claramente que le dejaríamos sin paga. Pero ellos le habían advertido que eso formaría parte de su iniciación.

Sin embargo, aborrecemos pensar que al fin nuestra autoridad sobre el Nene depende exclusivamente de que continuemos manteniéndolo.

Al parecer su esposa no quiere ir. Esta es nuestra única esperanza. En abril tiene programado dar unos recitales de poesía a mediodía y medianoche en Farmers Market, y no quiere perder la oportunidad.

Sí, pero todo depende de que el Nene la ame de verdad.

Francamente no creemos que el Nene sepa lo que es el amor. Ese es su problema.

Miércoles

Tememos, doctor —es espantoso tener que decirlo—, que el Nene nos esté envenenando. La otra noche lo descubrimos mientras trataba de sintetizar paratión en su laboratorio del garaje. Cuando le preguntamos qué hacía, pareció asustado y al principio no respondió.

Tiene razón. Deberíamos habérselo contado antes. Pero algunas cosas son, sencillamente, demasiado difíciles de encajar. Incluso los más valerosos de nosotros nos transformamos en avestruces de vez en cuando, ¿no es así?

Hemos oído decir que bastan tres gotas.

¿Le hemos contado que en el bachillerato ganó el Premio de Ciencias Bausch & Lomb para toda la ciudad? Y fue él quien fundó el club de química en la escuela secundaria.

La astronomía, también. El Nene pidió un telescopio para Navidad.

Por supuesto, nos gustaría que leyera más. Es decir, literatura. En este sentido, ha debido de salir a uno de nosotros. Es imposible conseguir que se acerque a un libro que

no sea un manual lleno de gráficos y fórmulas. Por otra parte, es más práctico que se interese por la ciencia.

Cuando usted era niño, ¿quería ser otra cosa, además de médico?

Qué ambición tan extraña.

El Nene es muy tenaz. Una vez que decide algo, es imposible hacerlo cambiar de idea. Usted no creería lo testarudo que es.

Claro, todos no soportamos equivocarnos. Pero el Nene lo toma mucho más a pecho que la mayoría de las personas.

¿Cambiar de tema? ¿Cómo?

Pero ¿qué podemos hacer? No tenemos ninguna prueba. No podemos llamar a la policía.

Oh, lo hicimos desaparecer. Mientras él no miraba. Aún no ha dicho nada al respecto.

Bueno, la verdad es que no dormimos tan bien como antes.

Con las luces encendidas.

Claro que esta noche acudiremos a nuestra cita con los Turnell. Si no fuéramos, el Nene seguramente desconfiaría. No podemos demostrar que lo sabemos.

Esta es la única ventaja que tenemos por ahora. Cree que somos tontos. Que no hemos notado nada.

No, ¿qué ayuda podría prestar el doctor Greenwich? Ni siquiera ha visto nunca al Nene.

Bueno, si no acudimos a las sesiones de mañana, por lo menos sabrá el motivo, doctor.

¿Así que odia las bromas de mal gusto, doctor? Escuche, si siempre nos tomáramos esto en serio, nos volveríamos locos.

Mire, no se preocupe. ¿Quiere que lo telefoneemos alrededor de la medianoche, para que sepa que no hemos recibido nuestros cuarenta y cuarenta y un hachazos, respectivamente?

No. Se supone que el Nene irá con Bert a un campeonato de yoyó en el teatro Wilshire Ebell.

El Nene tiene fantasías de omnipotencia.

No. Mucho más específicas. Se trata de que piensa que todas las personas que él mira reciben una bendición, o algo parecido, solo porque él las ha mirado. Aunque solo sea por un segundo, en medio de una multitud. Así que tiene que viajar lo más posible, para que su mirada enfoque el mayor número de personas.

Dice que esa responsabilidad recae sobre él.

Bueno, no se trata exactamente de una bendición. Pero sus vidas se vuelven distintas después de que él las ha mirado. Todas las personas que ha mirado recibirán su merecido. Las buenas serán recompensadas. Y las malas serán castigadas, con el tiempo.

Nosotros opinamos lo mismo, doctor.

No. Dice que no ha resuelto si la mirada actúa sobre las personas que solo ve en fotografías o en la televisión.

Eso expandiría mucho el alcance de sus poderes, ¿no le parece? Tal vez debería alentarnos el hecho de que por lo menos vacila en esos casos.

¡La justicia! ¿Qué tendrá que ver la justicia con eso? No hay nada en el mundo que esté más lejos de interesarle al Nene.

Quiere que nos sintamos mal. Quiere que nos sintamos indeseados en nuestro propio hogar.

Jueves

¿Por qué es tan agresivo, doctor? Si no se siente capaz de ayudarnos, podremos recurrir a algún otro.

A la defensiva, entonces, si usted lo prefiere.

Bueno, por supuesto, todo es relativo. ¿No es así, doctor?

Queremos que el Nene sea más independiente.

Es taimado. Esa es la palabra. Nunca nos cuenta nada.

Una cama de agua. Tenemos que mantener alejado al Nene, o la destrozaría.

Quiere que nos sintamos como unos parias.

Estamos fatal. ¿No se da cuenta, doctor? Ayúdenos.

¿Es doctor en medicina?

Sí. Mucho mejor.

Ah. ¿Le hemos contado que el Nene guarda un fusil en el armario? Es tirador juvenil de la Asociación Nacional del Rifle.

Entonces, usted cree que es posible elaborar venenos con un equipo infantil de química. Un equipo grande, costoso.

Lo tiene todo montado en el garaje. Eso reduce los daños, por lo menos. Como cuando se quemó con su mechero Bunsen.

Al Nene lo intoxicaron con gases en una manifestación antibélica en la base naval de Long Beach.

Siempre fue un pacifista nato. Cuando tenía cuatro años, le leímos una versión de la *Ilíada* para niños y lloró por la muerte de Patroclo.

Le hemos escondido el libro hasta que sea mayor.

El Nene lleva una foto de Steve McQueen en la cartera. Ese es el tipo de persona que admira ahora.

Está tratando de dejarse bigote.

Quizá se ha hartado de ser un niño sensible. Pero ¿no cree que ha ido demasiado lejos en la dirección opuesta? Nunca le pedimos que fuera un genio y nunca le pedimos que fuera un vago.

La maestra del Nene ha venido esta mañana y nos ha contado que él le dio una paliza a un crío pequeño de su curso y le robó el dinero del almuerzo.

No nos sorprendería que se enrolara en los Ángeles del Infierno. O en algo peor.

Si lo aceptan. El Nene no es tan duro como cree ser.

Ay, doctor, es terrible esperar algo de un niño. El Nene tiene razón. Deberíamos tratarlo como si fuera un visitante de otro planeta. No debería preocuparnos qué diablos hace. Deberíamos ocuparnos de nosotros mismos, para variar, en lugar de tirar el dinero a la basura.

No me refiero a usted, doctor.

Jueves

Tuvimos que amputarle la mano derecha al Nene. Fue la única solución. Se toqueteaba sin parar.

Fabricamos una pequeña silla de ruedas para el Nene. Y una cama con barandas, para que no se caiga.

Tuvimos que amputarle el pie izquierdo, porque intentó huir nuevamente.

Lo único que queríamos era que fuese feliz, que se ganara la vida, que mantuviera una familia, que aportara algo a la sociedad y que no se metiese en líos.

¿Usted cree todo lo que le contamos, doctor?

Esa no es una respuesta, realmente. Quizá forme parte de su profesión el ser evasivo, pero, por una vez, le estamos haciendo una pregunta directa. ¿Por qué no responde?

Claro que le decimos la verdad.

¿Respecto del pie?

Es cierto.

Y lo de la mano.

Pero le *dijimos* que era una situación terrible.

Quizá usted recibe a demasiada gente que debe exagerar para llamar su atención.

Si quiere saber la verdad, nuestro problema consiste en que tendemos a minimizar las cosas. Nos gusta afrontar la vida desde una perspectiva alegre. Ya hay suficientes atrocidades en el mundo sin necesidad de inventar otras más, ¿no cree, doctor?

Claro. Por supuesto, es probable que usted tenga una visión exageradamente triste de la vida. Porque pasa la mayor parte de su tiempo oyendo cómo la gente se lamenta. Siempre hemos pensado que cuanto más optimista es la actitud con que se aborda una situación, tantas más probabilidades existen de que se resuelva bien. Por lo menos en provecho propio.

Porque incluso los desastres pueden ser una bienaventuranza, ¿no es cierto? Te enseñan algo. Te espabilan.

Lo que no te mata, te fortalece.

Exactamente. Así es como procuramos afrontar la situación con el Nene.

El Nene dice que lo que no te mata, te deja cicatrices. Él también tiene razón.

Claro que sí, es horrible. Eso es lo que hemos estado tratando de explicarle desde el principio.

¿No nos creía?

Por el amor de Dios, doctor. Justamente ahora nos lo dice… después de todas estas semanas. Y luego consulta tranquilamente el reloj y anuncia que ha terminado la sesión. Póngase en nuestro lugar.

Está bien. Quizá hoy hayamos adelantado algo, después de todo.

Viernes

Fue el doctor Greenwich quien salvó nuestro matrimonio. Antes de incorporarnos al grupo, estábamos tan obnubilados por el ajetreo cotidiano que

habíamos quedado totalmente incomunicados. Bastó que concurriéramos a las sesiones una vez por semana…

A veces.

Sí.

Tiene razón.

Es un alivio hablar de nosotros mismos, para variar. Envidiamos a sus otros pacientes, doctor.

Bueno, de vuelta al trabajo.

Claro que lo hacemos. ¿No es lo normal?

Podría trabajar medio jornada en la oficina de Correos, o conducir un camión. Jim Turnell le ofreció un empleo como encargado de despacho de remesas en su almacén de Van Nuys. Pero él dice que no quiere hacer nada.

Le ofrecimos al Nene unas vacaciones de verano en Japón, en México, si promete ponerse a trabajar en otoño, cuando regrese. Pero dice que no le gusta viajar. ¿No es espantoso, a su edad?

Despectivo, precisamente, no. Todos los chicos de su generación son un poco despectivos. Pero no es eso.

Parece airado.

A veces, sencillamente, no parece que valga la pena. Ninguno de nosotros dos tuvo jamás muchas oportunidades de viajar cuando éramos jóvenes. Pero él, simplemente, no parece valorarlo.

¿Usted ha viajado mucho, doctor? Independientemente de que haya nacido en el extranjero, claro está.

¿Cuándo?

¿Tan pronto?

Probablemente espera poder resolver nuestro caso antes de entonces, ¿verdad?

No importa.

Escuche, hemos estado reflexionando. La carga económica de dos sesiones diarias es un poco más de lo que podemos permitirnos. Deberemos reducirlas a una por día.

No, el doctor Greenwich no ha dicho nada. Lo hemos decidido solos. Usted no se lo esperaba, ¿eh?

¿Mañana?

Sábado

Acerca de viajar y disfrutar de la vida mientras se pueda…

¿No recuerda? Lo que decíamos ayer. Con algunas personas, todo lo que se haga es sencillamente un despilfarro inútil.

Usted no, doctor. El Nene.

El Nene cree que vivirá eternamente. No queremos desilusionarlo. Es estupendo ser joven e ignorar cómo es el mundo.

Tal vez alguien debería decirle que no va a vivir eternamente.

No. No lo creería si se lo dijéramos nosotros. Debería ser una persona mayor, sensata. Si él conociera a alguien como usted, doctor, usted podría decírselo.

Decirle que él no va a vivir eternamente. Decirle que nosotros tampoco. Decirle que uno de nosotros debe morir antes y que hemos redactado un nuevo testamento. Decirle que no nos odie. Decirle que cuanto hemos hecho ha sido con la mejor intención. Decirle que no pudimos evitarlo. Decirle que no somos monstruos. Decirle hasta qué punto él ha sido monstruoso con nosotros. Decirle que no tiene derecho a juzgarnos. Decirle que no tenemos por qué vivir todos juntos, si él no lo desea. Decirle que es libre. Decirle que no puede dejarnos solos. Decirle que nos está matando. Decirle que no se saldrá con la suya. Decirle que no es nuestro Nene, sino que nació en Krypton. Decirle que lo odiamos. Decirle que nunca nos hemos amado mutuamente, sino solo a él. Decirle que no sabíamos qué otra cosa hacer. Decirle que nos hemos ido para siempre y que la casa y el coche familiar son suyos y que el segundo juego de llaves está bajo el felpudo de la entrada y que hemos vuelto a redactar el testamento totalmente a su favor y que hemos desheredado a Bert. Decirle que nunca nos encontrará. Decirle que

estaremos esperando en el patio contiguo a la fuente en la encantadora casita de San Miguel de Allende. Decirle que le contrataremos un maestro particular de aritmética para que no suspenda nuevamente el cuarto grado. Decirle que puede tener un perro: un perro de trineo, un viejo pastor inglés. Un perro samoyedo, un San Bernardo, el que sea, tan grande y estúpido como se le antoje. Decirle que quisimos abortarlo, pero que el médico estaba en Acapulco. Decirle que el año pasado conocimos a Steve McQueen y no le pedimos el autógrafo. Decirle que nosotros envenenamos a Laurie: también a Billy, pero el veneno no actuó y por eso solo murió Laurie. Decirle que fuimos nosotros, y no la criada, quienes arrojamos a la basura su colección de números viejos de *Rolling Stone* y *National Lampoon*, a sus espaldas. Decirle que use ropa interior porque es repulsivo no usarla. Decirle que tome sus píldoras de vitaminas, y la levadura y los botones de rosa. Decirle que la madre de Thelma DeLara es una tortillera. Decirle que él no es mejor que nosotros. Decirle que nunca debimos tener hijos, pero que creíamos que sí debíamos tenerlos. Decirle que nunca quisimos que se pareciera a nosotros. Decirle que es demasiado difícil criar a un hijo, sobre todo un hijo único, y que él mismo lo comprobará un día cuando sea mayor. Decirle que debe beber leche. Decirle que tiene un aspecto ridículo con bigote. Decirle que no debe quitarse el corrector dental por la noche porque si no sus dientes nunca se enderezarán. Decirle que se suene la nariz. Decirle que, por lo que a nosotros respecta, el perro puede cagar todo lo que quiera sobre la alfombra de la sala. Decirle que lo timaron y que lo que atesora en el bote de Skippy es una mezcla de alpiste y orégano. Decirle que algún día nos comprenderá cuando tenga hijos propios. Decirle que nacimos en Krypton y que solo fingíamos ser sus padres, pero que nos hartamos de ocultar nuestros superpoderes detrás de esta fachada mansa y afable y que nos hemos ido volando. Decirle que nos echará de menos cuando deba apañarse solo. Decirle que se sienta culpable. Decirle que se espabile y que queme su disfraz de Superman. Decirle que no ganará el premio Nobel; o que, si alguna vez lo gana, será tan viejo para entonces que ya no le importará. Decirle lo orgullosos que hemos estado siempre de él, y que lo seguimos estando. Decirle cuánto nos intimidaba. Decirle que sabemos que él robó el dinero. Decirle que limpie su habitación. Decirle que le escriba una carta a la tía Rae para agradecerle los patines. Decirle que debe renovar la matrícula y que no puede pasearse en el Toyota con un solo faro. Decirle cómo mentimos. Decirle cuánto lo lamentamos. Decirle que nosotros también somos víctimas. Decirle que nuestra infancia no fue mejor que la suya. Decirle cuánto lloramos de alegría cuando vino al mundo. Decirle que cuando nació empezamos a morir. Decirle que intentamos matarlo. Decirle que sabíamos lo que hacíamos. Decirle que lo amamos.

Dios santo, doctor, ¿por qué tuvo que morir nuestro Nene?

DOCTOR JEKYLL

Jekyll medita. En alguna otra parte, Gabriel Utterson examina el expediente de Jekyll, un cartapacio marrón, voluminoso, un poco manchado, con el apellido del doctor, seguido por la inicial H., pulcramente impreso en tinta purpúrea sobre la solapa. Jekyll está tumbado sobre la playa en declive, poco concurrida para un sábado de mayo, y explora su boca con la lengua para expulsar un poco de arena. Su crío da pasitos inseguros al borde del agua. Su esposa ha ido al coche familiar para cambiar su biquini húmedo por otro seco. Con la espalda pegada a la arena calcinada, y el abdomen contraído bajo el sol caluroso, Jekyll piensa en la guerra; Utterson se ha subido a una silla alta y anticuada de arquitecto (que no gira), pensando en Jekyll, y entre estos dos puntos se podría trazar una línea, un vínculo físico entre ambos semejante a un largo hilo de nailon. Podría extenderse en línea recta desde el llamativo cinturón de cowboy que Utterson se ha puesto hoy, para desconcertar a los discípulos exageradamente devotos que tiene en la ciudad, hasta el tobillo derecho de Jekyll, aquí, en East Hampton. Utterson usa gafas bifocales ahumadas. Si Jekyll tirara fuertemente de su extremo, o efectuara un súbito movimiento brusco, podría derribar a Utterson de su silla. Si Utterson cayera, sus gafas podrían romperse.

Jekyll mira los dedos blancos de sus pies, los flexiona. ¿A lo largo de ese hilo se podrían enviar mensajes compuestos por palabras? En clave, desde luego. ¿O solo se puede transmitir la violencia? A Jekyll empieza a picarle el tobillo derecho. La idea de enviar mensajes sugiere un problema que Jekyll ha estado rumiando durante meses. Evidentemente Utterson tiene fuentes de información a las que a Jekyll le está vedado el acceso. La hermosa pierna de Jekyll empieza a temblar: le gustaría recibir esos mensajes también. ¿Existe un circuito con el que podría conectarse? Un cangrejo de arena le pellizca el dedo gordo. Jekyll sacude ferozmente el pie derecho.

Dentro de la cabaña que los Jekyll alquilan en Labrador por todo el mes de junio, el buen doctor, con los nervios crispados por las largas horas que dedica todo el año a la clínica, no aprovecha sus vacaciones para relajarse. Piensa en Utterson. Las paredes son fragantes y ásperas al tacto. Las sábanas de la cama huelen a alcanfor. Los abetos filtran el vigorizante calor septentrional, y las montañas que se alzan a todo su alrededor abrevian los días, los acortan demasiado. El sol no asoma hasta las ocho de la mañana y a las cinco se ha deslizado detrás de un pico nevado.

A la intemperie, el recuerdo de Utterson aflora a la mente con menos frecuencia. Otros riesgos se vuelven más atractivos. Jekyll pasea por el bosque, alegre y despreocupado como nunca, con el acre sabor de la libertad en la boca. Alrededor de las tres, después de haber transgredido la promesa de no intentar nada peligroso en materia de montañismo, que le formuló de mala gana a su esposa, está casi en la cima de una empinada montaña. Normalmente el ascenso no habría sido una gran proeza para Jekyll, alpinista competente tras un año en Viena como estudiante de medicina en un curso de posgrado. Pero puede suceder una desgracia porque Jekyll lleva consigo a alguien mucho menos experimentado: Richard Enfield, el primo de su esposa, que comparte la cabaña con ellos durante la primera semana.

Jekyll avanza ágilmente, adelantando una mano por encima de la otra, y Enfield lo sigue, con su descuidado cuerpo suburbano dominado por una tenaz fuerza de voluntad. Al mirar hacia abajo, Jekyll vislumbra a Enfield enfrascado en un duelo con un peñasco, arrastrándose apenas. Jekyll se detiene al instante para mantener el grado justo de laxitud en la cuerda que los une. Seguro de que su primo político no se encuentra en un aprieto grave, Jekyll decide no abochornar a Enfield mostrándole un camino fácil para eludir el obstáculo, y le vuelve la espalda, espléndidamente vertical.

Jekyll aspira con fruición. Su torso está libre, mientras su codo izquierdo permanece apoyado en una grieta de la roca. Siente los pies tranquilizadoramente pesados, seguros con las suelas de sus botas de montañismo ancladas, casi pegadas, al angosto reborde sobre el que descansa esperando que Enfield pase la otra pierna por encima del peñasco y trepe hasta donde él está. Verifica la tensión de la cuerda que se eleva desde su cintura hasta el lazo que ha arrojado a una cornisa superior, y después tira con fuerza. El lazo resiste. Mira hacia arriba. El sol aún está alto. Con la boca seca, desdeñando su anhelo de fumar un cigarrillo, Jekyll absorbe más aire puro dentro de su cuerpo alto, robusto. No piensa en Utterson. Pensaría en él, sin embargo, si se pudiera realizar una sustitución, si Utterson estuviera en el lugar de Enfield atado a Jekyll de cintura a cintura, igualmente inepto. Porque entonces Jekyll podría imaginarse a sí mismo cortando la cuerda y dejando que Utterson se apañara solo en el último tramo del ascenso, que también era el más difícil. Pero sería improbable que llegara al extremo de imaginarse a Utterson aterrado, perdiendo apoyo, manoteando en el aire, chillando como un cerdo desollado, rebotando de roca en roca hasta precipitarse en el fiordo de abajo.

Bronceado y en forma, de regreso de sus vacaciones en Canadá, Jekyll merodea por una calle desierta al pie de la torre norte del World Trade Center. Espera a Hyde,

que presuntamente debe traerle un mensaje. Hyde llega casi siempre tarde, pero no tanto. Jekyll no ha comido para poder acudir a su cita con Hyde, quien, al empeñarse en citarlo en el World Trade Center, tan a trasmano, y un domingo, demuestra que no ha perdido su preferencia por los encuentros pintorescos. Utterson, que viajó esta mañana a la ciudad y que no se ha saltado un almuerzo en los últimos treinta años, está a medio terminar el suyo en el Russian Tea Room. Succiona una pipa apagada, con expresión glotona, esperando truculentamente su segunda ronda de *borscht* y *pirojkis.* Es posible que una línea se extienda desde la nuca relativamente lisa de Utterson hasta la corbata a rayas de Jekyll o hasta los cordones de sus zapatos nuevos. Pero Jekyll no contempla esa posibilidad. Hyde lo tiene excesivamente preocupado.

El joven que Jekyll espera que aparezca de un momento a otro ya no viene a menudo a la ciudad; si hoy viene, es como un favor especial a su respetable alter ego en cierne. Además, si viene, no tendrá el aspecto que generalmente le atribuyen. En los viejos tiempos, en los días de su perversidad urbanizada, Hyde se ganó la reputación de ser corpulento y pesado. Pero esa era una fantasía urdida con las pesadillas de la clase media del siglo XIX sobre los inmigrantes pobres de las ciudades, y difundida en nuestro propio siglo por las películas de monstruos filmadas en Hollywood. La verdad, que antaño desconcertó a Jekyll, es que Hyde es menudo, enfermizo y más joven que él. «Por supuesto —ha explicado Utterson—. La parte maligna de tu naturaleza está menos desarrollada que la parte buena.» El enfoque alegórico de Utterson sobre su disparidad física no convence a Jekyll. Para empezar, considera que lo halaga demasiado a él y que subestima demasiado a Hyde. Jekyll no ha sido tan bueno. Y ¿acaso Hyde no ha cometido suficientes delitos? Jekyll sospecha que el enanismo y la debilidad de Hyde son producto de una causa más trivial, sencillamente física: una grave crisis de fiebre reumática infantil que el pediatra de la escuela diagnosticó erróneamente y que sus ignorantes padres descuidaron. Hyde parece más desnutrido que monstruoso. Sus colmillos de fiera no son tan bestiales como defectuosos, a pesar de que, cuando rondaba la veintena, se sometió a un exhaustivo tratamiento odontológico pagado por Jekyll; y aún hoy le sangran las encías. También se han exagerado la exuberancia y distribución de la pelambre corporal de Hyde. Ciertamente Hyde es hirsuto y Jekyll es, hasta donde se puede esperar de un varón de raza caucásica, relativamente lampiño. Sin embargo, en tanto que Jekyll tiene una espesa cabellera castaña pulcramente recortada, donde no asoman canas, y que no ha empezado a replegarse en la frente y las sienes, la negra melena grasienta del más joven, tan larga que le llega a los hombros, ya ha empezado a ralear. Utterson es calvo, totalmente calvo. Jekyll no usa sombrero, porque si lo usara se le volaría.

Jekyll se afirma sobre las piernas para resistir el intempestivo viento de julio y evitar que este lo empuje contra el muro de la torre. Quizá desde el Caribe sopla un

huracán prematuro. En el preciso instante en que se dispone a darse por vencido y volver a casa, vislumbra la figura enclenque de su antiguo protegido, que todavía luce la capa negra que robó hace años de una boutique del East Village, y que avanza cojeando con paso vivo. Jekyll le hace señas. Hyde se aproxima deprisa, acercándose cada vez más, y luego pasa de largo junto a él… como si no lo hubiera visto.

—¡Espera! —grita Jekyll, agarrando la capa negra ondulante.

Hyde echa a andar con grandes zancadas, pero Jekyll lo alcanza en la esquina siguiente.

—Estoy en un aprieto —gime Hyde—. No puedo detenerme.

—Debo hablar contigo —dice Jekyll.

—Entonces ven a mi casa de campo —gruñe Hyde roncamente. Parece agitado—. Ahora me aguarda este petimetre…

—Se trata de Utterson, ¿verdad?

—¡Diablos, no! ¡Deja de hostigarme! —Hyde hace una finta, elude el manotazo de Jekyll y dobla impetuosamente la esquina.

Descorazonado, Jekyll lo deja escapar. Cruza la calzada pensativo, entra en una cafetería, ocupa una mesa junto a la ventana y pide un café helado. Cuando la camarera llega con su pedido, ve a la figura huesuda, envuelta en la capa, que gira nuevamente alrededor de la manzana, jadeando, pero sin modificar su paso vivo. Jekyll enciende un cigarrillo, luego lo aplasta (casi ha dejado de fumar), sorbe su café y espera. El brebaje contiene dos terceras partes de hielo, la mayor parte del cual extrae con los dedos y deja caer en el cenicero. Pocos minutos después, Hyde vuelve a doblar la esquina.

Jekyll está dispuesto a suponer que Hyde seguirá dando vueltas a la manzana durante toda la tarde y tiene ganas de pasar un poco más de tiempo vigilando. Pero la camarera se ha acercado y le ha entregado la cuenta para que desocupe la mesa. Jekyll le hace notar, indignado, que la cafetería está casi desierta. Ella no se deja disuadir.

—Una bebida da derecho a quince minutos —dice—. Es una regla de la administración. Aquí yo no dicto las normas.

—Pero puede transgredirlas —dice Jekyll.

—¿Cómo podría hacerlo? —replica ella.

Jekyll vacila, preguntándose si debe ceñirse a sus principios o si debe pedir otro indigesto café helado. Es probable que, con la cuerda que podría extenderse desde el correaje del paracaídas que Jekyll tuviera puesto (en el caso de que fuera tan necio como para caer en la tentación de saltar desde lo alto del World Trade Center) hasta la muñeca izquierda de Utterson, siempre que en ese momento Utterson estuviera en la finca de Oyster Bay (pero no está; está bebiendo ruidosamente su tercer cuenco de *borscht* y masticando su octavo *pirojki* en el centro de Manhattan), algo pudiera ocurrir para detener en seco a Hyde. Porque si la cuerda estuviera correctamente atada y Utterson estuviera en el lugar donde está habitualmente, lo cual lo situaría al nornoroeste de la cafetería donde se halla sentado Jekyll, entonces él, Jekyll, podría hacer tropezar a Hyde la próxima vez que este corriera alrededor de la manzana. Pero para ejecutar esta hazaña necesitaría la ayuda de Utterson, y Jekyll nunca sabe con certeza hasta qué punto Utterson está realmente bien predispuesto hacia él.

—¿Qué ha sucedido con tu confianza en mí?

El que habla es Utterson. Es la primera vez que le dirige la palabra a Jekyll desde que este se ha sentado ante la larga mesa ovalada del refectorio seudomedieval de Oyster Bay. Utterson agasaja a un tal señor Carew, ambivalente admirador y posible futuro alumno, quien, como director de mayor jerarquía de la colección de libros en rústica de una importante editorial, se está ocupando de la reedición de la obra maestra de Utterson, de mil páginas, *El extraño caso de Caín y Abel*, agotada hace mucho tiempo, y Jekyll ha sido invitado al almuerzo, junto con tres miembros del profesorado y un puñado de alumnos que residen en el Instituto. Utterson ocupa su silla habitual. Hacia el final del almuerzo, ha estado calculando locuazmente los cuantiosos derechos que va a rendir el libro y se ha estado lamentando de sus deudas. Jekyll ocupa una de las sillas de respaldo recto que Utterson ha diseñado para sus alumnos.

—Hijo mío, voy a revelarte algo que, realmente, no estás facultado para saber. Solo quienes están más evolucionados, quienes han progresado más en la Obra, lo saben. —Dos alumnos que se demoran junto a la mesa escudriñan con avidez a Utterson y con envidia a Jekyll. Sin mirar hacia el lado de la mesa donde ambos se encuentran, Utterson le ordena a uno que lo espere en la Casa de Estudios y al otro que recorte el césped de la entrada, y no continúa hasta después de que han apartado cuidadosamente sus sillas, se han levantado y se han ido—. Recibo mensajes del futuro.

Aun cuando se siente frustrado por el hábito que tiene Utterson de atribuirse un conocimiento previo de todo lo que los demás le dicen, Jekyll no puede ser tan escéptico

como le gustaría, porque Utterson ha exhibido muy a menudo serenos e inexplicables poderes de clarividencia. Pero nunca le ha oído a Utterson formular su reivindicación de facultades de una manera tan impúdica.

—¿Y bien? —dice Utterson.

—Me siento halagado…

—Piensas demasiado en el cuerpo, Henry —dictamina Utterson impacientemente—. Es lo natural en un médico, pero es incompleto. Nunca has captado una verdad espiritual.

Jekyll baja la cabeza al oír el reproche de Utterson, mientras continúa pensando tercamente que es injusto. Esta posición le produce un ligero calambre en los músculos del hombro, así que se endereza.

—¿Y el secreto? —pregunta.

Utterson, con las piernas cruzadas, está sentado en la tarima que ocupa en el centro de la circular Casa de Estudios, y se dirige a algunos alumnos.

—Haced lo que queráis —dice—, y comprobaréis cuán poco *podéis* desear.

Al inglés, que no es su idioma natal (así como Utterson no era su apellido), le infunde una entonación solemne y musical.

—Solo una pequeña parte de vuestra vida está bajo vuestro control —afirma—. Tal como sois, carecéis de voluntad.

También dice:

—Procurad descubrir lo que sentís —se explica—: Observaos, sí. Pero como si fuerais máquinas. No sois nada más que vuestro comportamiento.

Modificando la metáfora, añade:

—Y vuestro comportamiento, vuestras palabras son en su totalidad imitaciones.

Y más tarde:

—La introspección es nociva. No tenéis nada dentro de lo cual mirar.

Y más tarde aún:

—Empezad por el cuerpo. Es la única herramienta que tenéis.

Entretanto, Jekyll, que ha concluido su turno vespertino en la clínica, ha reducido su indumentaria a unos pantalones de deporte y unas chancletas para ducha, y se ejercita en un gimnasio particular de la avenida Lexington. Desde el otro extremo del recinto, el entrenador nicaragüense lo felicita por la destreza con que aporrea el saco de arena. Al asestar cada puñetazo, Jekyll siente que la sangre circula más jubilosamente por su cuerpo. Piensa en Hyde, que rara vez ha podido doblegar a sus víctimas mediante la pura fuerza física, y que generalmente debía emplear algún arma desagradable; y, aun así, necesitaba debilitarlas antes con la conmoción que les producían su rostro tenso y contrahecho, su figura encorvada y desnutrida, su vestimenta extravagante y neodiabólica. Él siempre había esperado que Hyde engordara, se volviera más robusto, más alto… si no sencillamente con el transcurso del tiempo, entonces mediante la gimnasia («movimientos», los llama Utterson) que Hyde realizaba mientras cumplía su breve estancia en el Instituto. Al tiempo que asesta un último gancho feroz de derecha al saco de arena, Jekyll llega —y no por primera vez— a la conclusión de que la gimnasia espiritual no basta. Utterson, cuya ancha cara vira al color rosa ladrillo al cabo de una hora de disertación ininterrumpida en la Casa de Estudios, se agacha un poco, se frota el cuero cabelludo reluciente y duro, y luego se deja mecer por la risa. Él, a su vez, llega a la conclusión de que se está descuidando. Y de que a partir de ahora será mejor que le preste más atención a Jekyll.

Así como Hyde se desentiende de Jekyll, con la indiferencia del feo por el apuesto, Jekyll envidia a Hyde, con la envidia del casi maduro por el joven. No obstante su organismo confiado, sensible, y un programa arrollador de trabajo, Jekyll se atribuye una escasa vitalidad («cincuenta vatios», se burló Utterson en una ocasión a sus espaldas); y, aunque llegue a ser un médico ejemplar, se acusa a sí mismo de una carencia crónica de iniciativa. Hyde opina lo mismo. El Instituto para la Desprogramación de Seres Humanos Potenciales, de Utterson, atrae a demasiadas personas de este tipo.

Hyde, por supuesto, sería una excepción, en la medida en que se le pudiera incluir entre quienes pasaron por las manos de Utterson. A pesar de su complexión frágil y sus resfriados crónicos, Hyde es un hombre que siempre saca fuerzas de flaqueza. Siempre ha tenido iniciativa. Cuando un psiquiatra de la Escuela Secundaria de Oficios Industriales lo remitió a la clínica porque padecía una enfermedad de la piel, circunstancia en la que atrajo por primera vez la atención de Jekyll, Hyde ya parecía un adulto, aunque entonces solo robaba coches y apenas estaba reclutando su lucrativo

contingente de prostitutas y prostitutos de trece años. Criado en el seno de una familia empobrecida (su padre es portero) con muchos hijos, tuvo que aprender pronto a luchar por todo lo que deseaba. Jekyll proviene de un hogar próspero (su padre aún viaja todos los días de Darien a Wall Street) y tiene una hermana, que es una eminente bioquímica; ningún hermano. Utterson, que cambió hace mucho tiempo su nombre, Gavril Uniades, por Gabriel Utterson, dice haber sido un niño expósito. Niega indignado que pueda tener hermanas o hermanos (exceptuando sus hermanos espirituales del lejano Tíbet, donde estudió Medicina Trascendental hace cuarenta años), pero se jacta de haber engendrado un montón de hijos ilegítimos en el estado de Nueva York. Jekyll sospecha que Poole, el jovencísimo alumno que se estremece al filo de la pubertad, que duerme en un catre en el corredor, frente a la puerta de Utterson, y que le sirve de ayuda de cámara, es en realidad uno de estos bastardos.

La mayor parte de la jornada de Poole está consagrada a limpiar lo que ensucia Utterson, y dicha jornada empieza cuando, cada mañana, Utterson lo llama a gritos, y Poole entra y encuentra la cama frenéticamente deshecha y húmeda. Hay manchas acres y espesas sobre los otros muebles y la alfombra. Hay excrementos en las paredes de su tocador. ¡Y el baño! Poole tiene visiones de grandes epopeyas fisiológicas involuntarias que se desarrollan todas las noches en el tocador y el baño. O tal vez Utterson se proponga conscientemente destruir estas habitaciones, quizá para poner a prueba la evolución de la voluntad de Poole, su «auténtica voluntad», como diría Utterson, mientras el chico trabaja a su servicio. Pero, sea como fuere, de nada valdría iniciar la limpieza concreta antes de que Utterson haya terminado su desayuno, que siempre le lleva a la cama porque el solo hecho de tomar café puede producir un holocausto: salpicaduras de café por todo el aposento, así como sobre la cama. Cuando, como hace a veces, Utterson toma su café de las últimas horas de la tarde en su habitación, en presencia de miembros de su personal y unos pocos alumnos, es necesario rehacer la cama por segunda vez con sábanas limpias. Aunque los irreverentes y los curiosos lo interrogan a menudo, Poole —consciente del gran honor de servir a Utterson— se niega a describir el estado exacto de los aposentos de Utterson. Y quién sabe si los detalles aclararían los persistentes rumores de que esos lugares son escenario de mucho más que el consumo de café y el desenlace de los dramas digestivos de Utterson. Lo único que Poole podría atestiguar verazmente —guiándose por la evidencia de cada desbarajuste matutino, por su diversidad, por su densidad— sería que prácticamente cualquier actividad humana podría haberse desarrollado allí la noche anterior.

A Utterson le sirven huevos, un bistec y café en una bandeja. Alguien yace junto a Utterson bajo una pila de mantas y sábanas pringosas, pero Poole no alcanza a distinguir de quién se trata. Bien adiestrado, no intenta adivinarlo. El chico entra en el tocador y escudriña las paredes para verificar si esa mañana necesitará una escalera.

Mientras tanto, Jekyll se levanta delicadamente de la cama para no despertar a su esposa, cruza el dormitorio de puntillas y atraviesa el apartamento rumbo a la cocina para prepararse el desayuno. Camina descalzo, no porque tema molestar a Utterson, que se halla en Oyster Bay, y que de todos modos ya está despierto bebiendo su café a grandes tragos directamente del viejo termo abollado, sino porque a él, a Jekyll, le produce placer sentir la mullida alfombra bajo las plantas de los pies.

Jekyll corre por Central Park, sudoroso, con los labios blancos. Está atardeciendo. Una tenue capa de color arcilloso se posa sobre los árboles, pero el viento rasga y redistribuye sin cesar la niebla cargada de polución, de modo que Jekyll corre acompasadamente a través de muchos matices y tonos de luz crepuscular: algunos negros, otros verde oscuros, otros marrón rojizos, todos difuminados por los cubos de refulgencia eléctrica que se multiplican de minuto en minuto sobre los sólidos muros que bordean la Quinta Avenida. Jekyll sigue corriendo, paralelamente al estanque. La grava cruje bajo sus zapatillas, y sería ridículo pensar que alguien lo sigue. Otras personas también corren por el parque. Es en el parque donde Hyde acostumbraba agazaparse, al acecho de transeúntes, chiflados, niñeras y corredores. Pero Jekyll camina o corre por allí a cualquier hora. No tiene miedo. Jekyll ha aprendido que, en última instancia, uno solo se teme a sí mismo. Ha dominado el terror a Hyde, se ha dominado a sí mismo. En la agenda de Jekyll, como en la de cualquier habitante espabilado de la gran ciudad, siempre hay un hueco para el peligro. Jekyll continúa corriendo. Entonces la voz le habla.

¿Es esta una voz que sale de mi mente?, se pregunta Jekyll.

Antaño hubo voces que afloraron y lo acusaron, pero Jekyll había resuelto —después de un complejo procedimiento en el que exigió a cada voz que se identificara— que todas esas eran voces interiores. Las desoyó. Se esfumaron. Ahora, respecto de esta otra, no está tan seguro.

Jekyll afloja el paso. Ha entrevisto un par de pies calzados con tacones altos entre dos arbustos. ¡Corre! No, detente. Vuelve hacia atrás, con un rictus adusto y el pulso acelerado. Una mujer negra vestida con una falda roja muy ceñida y una blusa de satén rosa está tumbada de bruces detrás de los arbustos, gimiendo. Jekyll se arrodilla junto al bolso abierto caído al lado de ella, y la coloca boca arriba. Parece rondar los cuarenta y cinco, exhibe los signos habituales del síndrome de Cushing, y pierde sangre de un corte mellado que tiene en el rostro y de un tajo profundo que tiene en el brazo izquierdo. Jekyll se levanta y vuelve al sendero, mirando alrededor para comprobar si hay alguien que pueda ayudarlo. La mujer gime. La luz crepuscular se convierte lánguidamente en oscuridad. No hay nadie a la vista.

Jekyll se agacha, recoge a la mujer en sus brazos, cae de rodillas y luego consigue ponerse en pie. Como últimamente ha alzado sin dificultad a pacientes tan pesados como ella, Jekyll se pregunta si está empezando a declinar. Aún se desenvuelve mejor de lo que lo haría Utterson si estuviera allí, agachado detrás de un arbusto, intentando levantar un cuerpo pesado. Utterson parece fuerte, pero esto se debe sobre todo a que es gordo. Y el ántrax maligno que le supura de su lado derecho debe de dolerle de vez en cuando. Si Utterson, al que le gusta fanfarronear, intentara levantar precisamente ahora a uno de sus dóciles alumnos por encima de la cabeza, a buen seguro se desplomaría, piensa Jekyll con una tensa sensación de placer. Jekyll avanza lentamente hasta la calle con su carga inerte, buscando un coche patrulla o un taxi.

Jekyll está sentado a un lado de la chimenea de tres metros y medio de altura (bajo el falso escudo heráldico) en el gran salón: el edificio principal de la finca de Oyster Bay es un castillo de estilo Languedoc construido en los años veinte por un millonario de Long Island, fabricante de grifos, y el alquiler de toda la propiedad es una suma que paga anualmente una de las admiradoras más generosas de Utterson, la viuda de un magnate del petróleo texano, que ahora vive en las Bermudas. Utterson, vestido con traje de etiqueta y camisa almidonada, llena con sus ancas el sillón tapizado que está frente a Jekyll y juega con una pistola de agua. En las sombras lejanas de la habitación, bajo una vidriera de colores art déco que representa la saga del Grial en diez paneles, un alumno toma notas. Jekyll ha ido a quejarse de que lo espían. Tiene la certeza de que su teléfono está intervenido y de que le abren la correspondencia.

Utterson, que nunca expresa asombro ante nada de lo que le cuentan los demás, y que raramente discrepa, sonríe esta vez con ironía.

—Quizá has hecho algo que te ha indispuesto con las autoridades civiles. Tus opiniones acerca de la guerra, por ejemplo. O alguna irregularidad en el ejercicio de tu profesión, como prescribir drogas ilegales, o no poner suficiente empeño en prolongar la vida de un paciente con cáncer incurable, o…

—No. —Jekyll niega con la cabeza—. Nada de eso. Estoy seguro de que lo hace gente del Instituto.

—¿Acaso yo no lo sabría, si fuera así?

—¿Lo sabrías? —pregunta Jekyll.

—Si puedo ver el futuro… —Utterson mira al alumno del rincón inclinado sobre su libreta de anotaciones, y le hace un guiño a Jekyll—, sería razonable suponer que también estoy en condiciones de ver el presente.

—¿Y no ves ningún peligro, a nadie que me siga, que vigile mis movimientos, que intente asustarme para que renuncie a lo que me gustaría hacer?

Utterson lanza una de sus célebres miradas despectivas.

—¿Qué me dices de tu amigo Hyde? Te he advertido que su compañía es peligrosa para ti.

—Pamplinas —responde Jekyll—. Ya no veo a Hyde. Además, sabes en qué se ha convertido. Vaya, solo… —hace una pausa—, solo da vueltas y vueltas en círculo.

—No sonrías como un idiota. No has dicho nada gracioso.

—Sí, eso es precisamente lo que he hecho —afirma Jekyll.

—Yo, yo, yo —ruge Utterson—. ¿Te estás oyendo? —Apunta a Jekyll con la pistola de agua—. ¿Quién tiene derecho a decir «yo»? —La estrella contra el suelo—. ¡Tú, no! ¿Me escuchas? ¡Ese derecho hay que ganárselo!

Jekyll lo mira a su vez con expresión desafiante.

—¿Y Ed Hyde? —pregunta—. ¿Ed Hyde puede decir «yo»?

—¿Por qué no? —replica Utterson—. Mientras continúe dando vueltas y vueltas en redondo, como tú dices. ¿Entiendes ahora?

Jekyll no entiende. Lo que le ha sucedido es algo mejor que entender. Utterson le ha metido una idea en la cabeza. Pero, como no se trata de una idea que se propusiera meter allí, no aligera en absoluto su gran cabeza calva; solo incrementa el peso de la de Jekyll. Si Jekyll saltara de su silla, se arrojara sobre el sillón tapizado que ocupa el hombre sentado frente a él y golpeara su dura cabeza contra la de Utterson —pero debería hacerlo en ese mismo instante, ahora que el equilibrio de fuerzas físicas se ha inclinado muy ligeramente en favor de él, de Jekyll— es posible que la cabeza de Utterson se partiera, que todas sus ideas se derramaran, y que Jekyll, y no Utterson, poseyera los secretos del desarrollo armonioso de la humanidad. Pero Jekyll no sabe con certeza si quiere la responsabilidad de tener toda esa sabiduría bajo su custodia. Mirad en qué criatura repulsivamente contradictoria, pagana, ha convertido a Utterson:

alguien a la vez taciturno y locuaz, mercenario y ascético, voluble y sabio, plebeyo y principesco, obsceno y puro, indolente y enérgico, taimado e ingenuo, encopetado y democrático, insensible y compasivo, torpe y perspicaz, irritable y paciente, caprichoso y fiable, enfermizo y robusto, joven y viejo, vacío y lleno, pesado como el cemento y liviano como el helio.

Utterson dijo en una ocasión: «Soy un ser humano sin entrecomillar». Jekyll no tiene una opinión tan elevada de sí mismo. Basta que Jekyll le haya birlado su nueva idea sobre Hyde; y, a remolque de esta, por si fallara la primera, otra idea. Acerca de Hyde.

Jekyll visita a su hermana, que trabaja en la Universidad Rockefeller, con su primera idea. Quiere preguntarle si ella y sus colegas pueden dedicar parte de su tiempo libre a perfeccionar una fórmula (que se ingerirá en forma de píldora, cápsula, supositorio o jarabe) capaz de tomar al asalto el bastión de la identidad. Lo que tiene en mente es una fórmula que le permitiría transformarse de cuando en cuando en su joven amigo Hyde. Es decir, convertirse físicamente en Hyde. Porque Jekyll está dispuesto —de vez en cuando, cuando piensa que podría ser útil o estimulante, o simplemente cuando se siente languidecer— a habitar de verdad el cuerpo esmirriado de Hyde. El premio es el aumento de energía: el tipo de energía distinta de la suya que posee Hyde. Y está dispuesto, con el más fraternal de los espíritus, y siempre que la duración del intercambio sea fijada de antemano, a permitir que Hyde tome en préstamo su propio cuerpo inteligente, sólido. Solo un auténtico trueque sería lo justo, aunque Jekyll no está dispuesto a permitir que Hyde ponga sus manos peludas, con los dedos manchados de nicotina y las uñas roídas hasta la cutícula, sobre su amada esposa.

Es comprensible que quiera convertirse en el granuja de algunos años atrás: Hyde, el de los crímenes prodigiosos; Hyde, antes de que fuera rehabilitado o perdiera las agallas; Hyde, antes de que fuera domesticado por Utterson; Hyde, antes de que se mudara a un suburbio rural en la parte norte. Ciertamente, Hyde, antes de que se enamorara de una pelirroja exbailarina de cabaret recientemente convertida en una respetable azafata de la Mohawk Airlines y que, dos años más tarde, fatigada por los abusos amorosos de Hyde, lo abandonara por un representante de la firma Volvo, de Great Neck. Jekyll supone que fue el inesperado enamoramiento de Hyde —¡el invulnerable, lascivo, vicioso, despiadado Hyde, enamorado!— lo que acabó por amansarlo, y no los cuidados solícitos de Utterson, como a menudo se alega. Jekyll anhela volver a ver al viejo Hyde, precipitándose por las oscuras calles portuarias de Chelsea en su Harley-Davidson, rechinando los dientes, acelerando el motor, con el bombín de una indígena de los Andes encasquetado sobre la pequeña cabeza, con la ridícula capa negra flameando tras él al viento, soportando contra su espalda enclenque

el peso de un aprendiz de forajido enfundado en una chaqueta de cuero y armado con tres navajas automáticas que se sujeta a la cintura, embistiendo viejecitas, distribuyendo droga, arrojando cócteles molotov por las ventanas de organizaciones antibélicas.

Jekyll explica la magnitud de los trabajos preliminares sobre la poción que ha realizado en su propio laboratorio, por qué no puede llevar hasta el fin sus investigaciones y cuál es exactamente la ayuda que puede prestar su hermana, que tiene a su disposición la mejor y más novedosa tecnología para descifrar el código genético. Su hermana, que usa una bata blanca y que tiene su recta espalda (como la de Jekyll) alineada con el marco de metal de la puerta de su refulgente laboratorio, rechaza cordialmente el pedido. Ahora el equipo está demasiado atareado con el nuevo encargo del Departamento de Defensa. Es guapa, y esto le recuerda a Jekyll que su familia lleva la belleza en la sangre. Él se demora un rato, más disgustado por la naturaleza de su petición que por la negativa de ella, con la esperanza de disimularlo con un chiste.

—Profesor Guest. Mi hermano, el doctor Jekyll —murmura ella cuando uno de sus ayudantes se escurre entre ellos por el hueco de la puerta, llevando un soporte cargado con tubos de ensayo llenos de líquidos de color rojizo, púrpura oscuro y verde aguado.

Mientras estrecha la mano libre de Guest, Jekyll recuerda que ha prometido visitar a Lanyon para someterlo a un examen rápido y aplicarle una inyección antes de volver a la clínica. Treinta minutos más tarde, en el céntrico despacho de Lanyon, inclinado sobre el anciano abogado con su estetoscopio, imagina que el corazón que oye palpitar es el de Utterson.

En alguna otra parte, en un barrio residencial de Londres, una cantante de ópera, famosa en otro tiempo, le explica a una amiga escéptica cómo es Utterson.

—Aunque podía hacerte sentir frenética, furiosa y desdichada, cada vez que se establecía un auténtico contacto todo parecía justificado.

—¡Pero es un cerdo! Dios mío, cuando pienso en esa espantosa historia que me contaste sobre la forma en que te pidió que…

—Sí, sí —la interrumpe la exalumna—. Sé que es difícil de entender… —suspira—. ¿Cómo podría explicarlo? Desde el comienzo… la primera vez en mi vida que vi al señor Utterson, me sentí unida a él por un vínculo profundo, un vínculo que se reforzó a lo largo de los años. Créeme que nunca fue un nexo hipnótico. Las enseñanzas del señor Utterson te ayudan a librarte de la sugestión. Ese vínculo interior (supongo

que se podría llamar vínculo magnético), ese nexo invisible con él, convertía al señor Utterson en la persona *más cercana* a ti, en el verdadero sentido de la palabra. Esta proximidad era… dolorosa, durante buena parte del tiempo. De cuando en cuando, conseguías ver al «auténtico» señor Utterson, con el que deseabas permanecer eternamente. Ese no era el señor Utterson «de todos los días», que a veces era afable y a veces era muy desagradable, y de quien a menudo deseabas huir.

—Un payaso —intercala su amiga—. Un borracho. Un sádico. Un charla…

—Pero aun entonces —continúa la exalumna— te quedabas con él, porque tu Obra dependía de ello.

—Pero al fin te fuiste —comenta la amiga.

—El señor Utterson hizo que me fuera. Dijo que yo ya tenía suficiente energía, y que no era probable que tuviera más.

—Lo echas de menos.

—Por supuesto —afirma la exalumna vehementemente—. Pero no quiero volver a verlo mientras viva.

Mientras tanto, otro día, Utterson está sentado en el gran salón de la finca de Oyster Bay, donde le concede quince minutos a Ron Newcomen, un exmiembro del grupo revolucionario Weathermen que recientemente ha salido de la clandestinidad y que ha hecho autostop con todos sus bienes cargados sobre la espalda, desde la costa hasta el Instituto, con la esperanza de que lo admitan como alumno. Utterson se niega a inscribirlo, y le dice que no es apto para el trabajo:

—Llegarás solo hasta determinado punto y entonces desertarás. —Sin darle tiempo a Newcomen a repetir sus protestas y promesas, Utterson prosigue—: No me supliques. Y no me digas que eres desdichado.

—¡Pero lo soy! Estoy desesperado.

—Serás mucho más desdichado si inicias la Obra conmigo. En este preciso instante estás sentado en una silla, cómodo.

—No estoy cómodo —grita Newcomen.

Utterson hace un ademán de impaciencia.

—Si te levantas de la silla sin poder realizar la Obra de este método, es mejor que no te levantes. Nunca volverás a esa primera silla después de que la abandones. Pasarás toda tu vida de pie.

Y otro día, en el mismo aposento majestuoso, un discípulo —un periodista que vive en Washington, D.C.— le explica a Utterson que necesita aplazar el semestre de residencia que tenía programado en el Instituto para poder terminar su libro.

—Olvida el libro —dice Utterson, frunciendo el entrecejo—. Si no vienes ahora, después será demasiado tarde. La primavera próxima te resultará tan imposible venir como besar tu propio codo.

Al mismo tiempo, en pleno reconocimiento de un niño sollozante en la sala de tratamientos de emergencia de su clínica del South Bronx, Jekyll siente una fuerte punzada en el codo.

Jekyll golpea el suelo con los pies descalzos, formando círculo con otros nueve discípulos cerca de una puerta pequeña en un extremo del vasto, desnudo y alto recinto conocido por el nombre de Sala de Ejercicios. Construido con armazones, parece un antiguo hangar. Del otro lado de la puerta hay un cubículo con una cama y una ventanita que permite ver un alegre panorama del huerto, cubículo este donde, años atrás, una muy aplaudida poetisa lituana pasó los últimos meses de su corta vida. Antes de que fuera a vivir a Oyster Bay, en un estado avanzado de la tuberculosis que había contraído durante sus años de cautiverio en Dachau, Utterson la había destinado inicialmente al establo; pero, cuando estuvo demasiado débil para trabajar, la trasladaron allí, y las bienaventuranzas solitarias que experimentó antes de que su boca se llenara completamente de sangre constituyen una de las leyendas más preciosas del Instituto. Utterson, a quien algunos discípulos disidentes atribuyeron la responsabilidad de su muerte, aún la menciona ocasionalmente en sus Charlas del Despertar. «Recordad a nuestras hermanas y nuestros hermanos desaparecidos», dice. Pero Jekyll carece de medios para saber si su salud física, a diferencia de la espiritual, fue descuidada realmente. Ella murió antes de que él conociera a Utterson o incluso oyera hablar del Instituto.

Continúan los lentos ritmos de percusión. Jekyll (que realiza un repaso de fin de semana en el Instituto) participa en una pantomima teatral que ha ideado Utterson, *La lucha de los Magos*, cuyo guion exige que los diez participantes se dividan en cinco Magos Malos y cinco Magos Buenos. Todos trabajan en absoluto silencio. Los movimientos no son extenuantes, no como los ejercicios que Jekyll ejecuta en el gimnasio con el saco de arena y las pesas, ejercicios que Utterson desaprueba. Utterson

está sentado en una silla plegable, en el otro extremo del recinto. Usa sus gafas bifocales ahumadas, que expanden el impacto de sus claros ojos azules. ¿Qué clase de mago es él?

Jekyll, que interpreta el papel de uno de los Magos Buenos, intuye que Utterson se burla de él. Jekyll se pregunta hasta qué punto es bueno. De su bondad dan testimonio todas sus buenas acciones, sus hábitos coherentemente dignos, su abnegación como médico, sus deleites como marido y padre. Su innegable complicidad con Hyde da testimonio de al menos una indignidad indirecta. Dentro de la ciudadela de virtud que Jekyll ha edificado para sí mismo reside un anhelo romántico y trivial de vida emancipada que lo ha llevado al extremo de encubrir los crímenes de Hyde. Jekyll maldice la debilidad que lo ha disuadido de amar su propia virtud y le ha hecho ansiar durante tantos años el canto de la sirena de labios carnosos.

—Ya basta —exclama Utterson suavemente. Se levanta, se aproxima al grupo y apoya la mano sobre la espalda de Jekyll—. Te esfuerzas demasiado. Sé realista. —Una serenidad misteriosa invade el cuerpo de Jekyll.

Utterson se encamina hacia una joven rechoncha, solemne, le rodea la cintura con el brazo y murmura unas pocas palabras contra su mejilla. Ella prorrumpe en llanto y sonríe. Mientras Utterson se aleja, los otros ocho se congregan alrededor de ella y la tocan como tanteando. A Jekyll le gustaría que Hyde estuviera allí, para poder estrecharlo en un fuerte y fraternal abrazo. Alzan a la joven sollozante, la transportan al centro de la habitación, la depositan en el suelo y se sientan alrededor de ella. Alguien empieza a tararear. Jekyll mira el rostro radiante de la chica. Perdona a Hyde, se perdona a sí mismo. Utterson se yergue detrás de él.

Jekyll no se ha sentido siempre tan obsesionado. Empezó a perder el aplomo cuando dejó de trabajar regularmente con Utterson. Tampoco podía emanciparse del todo de Utterson. Pero le horroriza el encierro, y la mayoría de los alumnos de Utterson termina conformándose con vegetar en una habitación. Acuden a Utterson para que este expanda sus energías, pero el viejo los subyuga con algún tipo de hechizo. Jekyll pugna por librarse del hechizo del mago; pero necesita ayuda, necesita amor, necesita contacto.

En la casa de baños construida recientemente en piedra dentro del recinto de la finca de Oyster Bay, Utterson cuenta chistes verdes, según la costumbre vespertina… y pide que le cuenten otros. Sus turbados discípulos hacen lo que pueden por divertirlo, como siempre. En su apartamento próximo a Lincoln Center, Jekyll contempla con ternura a su esposa. Hunde sus facciones húmedas en la larga cabellera rubia de ella.

—Te amo —jadea—. ¿Tienes idea de lo mucho que te amo?

Yacen entrelazados sobre el sofá de la sala. Los niños duermen. En la casa de baños un grupo de alumnos varones, bajo la dirección de Utterson, han terminado de embadurnar sus cuerpos con una arcilla especial importada de Turquía que elimina todo el vello y deja la piel elástica y tersa. Cubiertos solo por la toalla que les ciñe la cintura, entran en fila a la sala de vapor. Amar significa engordar, piensa Jekyll. Y amar significa adelgazar mucho, mucho.

Jekyll siente que se le escurre la energía. Entonces esto también es amar. Este escurrimiento lento pero incesante, esta sensación de yacer con las venas abiertas en una bañera llena de agua caliente. Se levanta y se seca. Mientras tanto, Utterson azota a uno de sus alumnos de más edad en las nalgas con su toalla húmeda y suelta una salva de carcajadas cuando el hombre de cabellos grises, fofo, se tambalea hacia atrás bajo los efectos del dolor inesperado. «Eso es lo que nunca has aprendido —vocifera Utterson estentóreamente—. ¡Cómo jugar!» El hombre, atónito, de temperamento casi siempre confiado, vacila en el rincón saturado de vapor, sin saber con certeza si está a punto de reír o llorar. «¡No seas tan serio! —grita Utterson, haciendo girar la toalla sobre su cabeza calva como si se tratara de un lazo de vaquero—. ¡Juega!» Jekyll se revuelve inquieto, y después se sienta nuevamente sobre el borde del sofá. Mientras desabrocha la blusa de su esposa con una mano, le gustaría apoderarse de la toalla con la otra, tirar con todas sus fuerzas, y hacer caer a Utterson, de bruces y despatarrado, sobre las tablas calientes.

Tranquilamente tumbado, en casa, flotando, durmiendo, tocando, resbalando, trepando. La oscuridad, el encandilamiento. Olores cálidos, sábanas ajadas. Pero no dura.

Una vez en la cama con su esposa, a Jekyll lo ataca una frenética distracción de la mente. Es innecesario aclarar que viene acompañada de una distracción del cuerpo. Su esposa, intrigada al principio por el ritmo menguante de sus abrazos, se adapta, y durante un breve lapso no hay problema. Ella lo sujeta con fuerza, agradecida. Pero Jekyll no parece entender, y actúa con mayor lentitud aún. Ahora su esposa está descorazonada. Suspirando, susurra su nombre y luego le tira del lóbulo de las orejas.

—¿Dónde estás, cariño?

Utterson no economiza esfuerzos en las flexiones que realiza, como todas las noches, junto a su enorme cama. Para tratarse de un hombre de su edad y corpulencia, que come y bebe tan desmedidamente como él, se encuentra en mejores condiciones de

las previsibles, según ha notado con frecuencia Jekyll. Este no puede imaginar quién yace en la cama recién hecha, esperando a Utterson.

—¡Cariño!

Jekyll, ahora apocado, sonríe.

—Me pareció oír algo —susurra.

—¿El pequeño?

—No. Dentro de mi cabeza. No importa. —Sigue sonriendo.

—Sí que importa.

—Lo que ocurre es que siempre pienso en ti —dice Jekyll, abatido—. Incluso cuando estoy a tu lado.

—De eso se trata —responde ella—. No estás cerca de mí.

Utterson, que experimenta unas súbitas dentelladas de dolor en el costado izquierdo del pecho, trepa deprisa a la cama. La figura oculta por las mantas se da la vuelta, expectante, desenrollando las mantas. Jekyll enciende la lámpara de la mesilla de noche y consulta el reloj.

Jekyll piensa en la misteriosa facultad de Utterson para transmitir energía de su persona a los demás. Jekyll ha experimentado los efectos de ese famoso poder en varias ocasiones, y también ha presenciado cómo Utterson lo practicaba con otros.

Escena retrospectiva a tiempos menos atribulados, a tiempos en que la conversación de Utterson le parecía a Jekyll extraordinariamente divertida, en que no era pasmosamente sabia. Una vez, años atrás, cuando Jekyll estaba muy deprimido, puede que al borde del suicidio, fue —sin telefonear antes— a Oyster Bay. Utterson, excepcionalmente afable, paternal aquel día, recibió al visitante en su dormitorio. Al verlo, Jekyll se sintió excitado, con fiebre. La cabeza empezó a retumbarle, como esta noche, mientras yace en la cama con su esposa.

—Estás enfermo. —Utterson pasó un brazo alrededor del hombro de Jekyll—. No hables. —Depositó a Jekyll en una silla—. Te serviré café —dijo, con toda la ternura imaginable en la voz—. Bébelo lo más caliente que puedas.

Jekyll recuerda haber estado sentado ante una mesa mientras Utterson vertía en una cacerola café del viejo termo que acostumbraba tener junto a la mesa y colocaba la cacerola sobre un hornillo caliente. Jekyll recuerda que no podía quitarle los ojos de encima a Utterson y que comprendió que Utterson parecía desesperadamente exhausto: nunca había visto a nadie que pareciera tan cansado. Jekyll recuerda que estaba encorvado sobre la mesa sorbiendo el café cuando tomó conciencia de un súbito acceso de energía dentro de sí. Fue como si una violenta luz eléctrica azul hubiera emanado de Utterson y penetrase en él. Pero, a medida que Jekyll sentía desaparecer el cansancio, el cuerpo extravagantemente pesado de Utterson se aflojaba y su rostro viraba al gris como si le estuvieran chupando la sangre. Jekyll lo miraba, perplejo.

Jekyll recuerda que Utterson masculló, con un tono de urgencia en la voz: «Ya te encuentras bien. Ahora debo irme». Jekyll recuerda que se puso bruscamente en pie para ayudarlo, y que Utterson lo apartó con un ademán y salió de la habitación bamboleándose lentamente.

Jekyll recuerda haber esperado a Utterson, saboreando inconscientemente una exquisita sensación de bienestar. Estaba convencido entonces (y lo está ahora) de que cuando Utterson transmite energía de su persona a los demás, solo puede hacerlo con un gran sacrificio. Pero le resultó obvio que Utterson sabía cómo renovar con rapidez su propia energía, porque Jekyll recuerda que quedó igualmente maravillado por el cambio que se había producido en él cuando volvió al dormitorio quince minutos más tarde. Utterson casi parecía un hombre joven, espabilado, sonriente y desbordante de buen humor. Dijo que ese era un encuentro afortunado, y que, si bien Jekyll lo había obligado a realizar un esfuerzo casi imposible, la experiencia había sido positiva para ambos. Luego anunció que Jekyll y él comerían juntos, a solas: un almuerzo opíparo, para el que descorcharía su mejor botella de excelente Armagnac añejo.

Jekyll recuerda que, mientras ingerían esa suculenta comida, Utterson le pidió a Jekyll que hablara de lo que lo había estado turbando, fuera lo que fuera. Jekyll recuerda que le resultó difícil empezar, porque en aquel momento le pareció que no tenía absolutamente ningún problema. Nunca en su vida se había sentido mejor. Y Jekyll recuerda que, cuando por fin consiguió explicar su aflicción y sus temores, Utterson lo escuchó sin hacer comentarios y dijo finalmente que lo que Jekyll le había contado carecía de verdadera importancia y no era nada de lo que hubiera que preocuparse. Fin de la escena retrospectiva.

Ahora Jekyll se siente exhausto, mientras abraza a su esposa. Quizá podría arrojarle un cable a Utterson que fuera desde su plexo solar hasta la robusta mano derecha de Utterson. Tiraría de ese cable, pidiendo auxilio, y Utterson, estuviera donde estuviera —en Oyster Bay o en la ciudad— sentiría la presión, comprendería que Jekyll se encontraba en apuros, activaría esa violenta luz eléctrica azul, cuyos rayos se transmitirían a lo largo del cordón directamente hasta el pecho de Jekyll, y este experimentaría un nuevo y puro repunte de energía, se sentiría maravillosamente, sentiría que sus problemas carecían de importancia. Pero, para que esto sucediera, Utterson no debería hallarse excesivamente ocupado con la actividad —sagrada o profana— que estuviera realizando en ese preciso momento. Y tendría que entender el sentido exacto de la señal de Jekyll, así como de quién provenía, de cuál de sus muchos exalumnos rebeldes. Y Utterson debería estar dispuesto a arriesgar, al menos por un tiempo, sus propias fuerzas. A estar él mismo, al menos por un tiempo, muy, muy cansado.

Todavía enfundado en su bata de cirujano, Jekyll se reclina hacia atrás en una silla en la sala de personal del tercer piso de la clínica, inmediatamente después de pasar en el quirófano dos horas que han salvado la vida de su paciente. Se concede la libertad de fumar un cigarrillo. Mientras en algún otro lugar se desarrolla una guerra, caen bombas, la carne es perforada y quemada, hospitales con paredes de bambú y techos de paja sirven de blanco a más bombardeos, Jekyll contempla el dorso de sus manos diestras, los pelos cortos de color claro que brotan de cada poro, las minúsculas líneas intrincadas que conectan los poros y forman una red, como si se tratara de un mapa elaborado a partir de una fotografía aérea… o de un juego.

Mientras una enfermera le trae a Jekyll el último parte sobre el estado (bueno) del paciente y se queda el tiempo suficiente para coquetear con él, la guerra continúa: un dolor sordo en los huesos, un dolor sordo en el vientre, un dolor sordo en el corazón. Para complementar las dosis cotidianas de atrocidades televisadas, ponen a disposición de los civiles excursiones en helicópteros que permiten presenciarlas personalmente. Incontables seres humanos de huesos pequeños y rasgos delicados, los hombres con facciones tersas y lampiñas, las mujeres con cabellos negros que les caen sobre las espaldas, de aspecto aún juvenil en su edad intermedia, pertrechados con rifles y lanzas, son masacrados día tras día. ¿Cómo los reemplazan?

Jekyll, monógamo como siempre, piensa en las piernas de su esposa y decide que no solo están mejor torneadas que las de la enfermera sino que quizá sean las piernas más hermosas que haya visto en su vida. La enfermera sale de la habitación con instrucciones para administrar cinco centímetros cúbicos de una nueva medicación al paciente que aún está postrado sin conocimiento en la sala de recuperación.

Utterson declara que es un derroche de energía preocuparse por la guerra, que la insensatez humana perdurará eternamente; que, puesto que la mayoría de las personas son idiotas que duermen durante toda la vida, el único deber de los pocos que luchan por despertar consiste en cultivarse a sí mismos. Para tratar la melancolía generada por la meditación sobre la guerra, Utterson recomienda varios ejercicios agotadores, espirituales y físicos, y una relectura del capítulo 109 de *El extraño caso de Caín y Abel.* Jekyll resuelve que está harto de esforzarse por afinar el dolorido instrumento de su personalidad, y también decide que, aunque no pueda ser Hyde, todavía puede buscar su ayuda.

—¡Eh, mira quién ha venido a explorar los arrabales! —chilla Hyde jubilosamente a través del cristal roto de una ventana cuando el taxi deposita a Jekyll junto al buzón, a la vera del camino, justo en las afueras de Plattsburg, Nueva York. El buzón abierto, con el banderín bajo, está atestado de propaganda y folletos. Jekyll avanza con grandes zancadas a través del amplio cuadrilátero repleto de malas hierbas, llega al porche, y luego pasa por encima de una pila de periódicos mojados, cada uno de los cuales está plegado y sujeto por una anilla de goma, de manera que ahora se pudren apelmazados unos con otros sobre el umbral de la desportillada puerta de entrada. Otra jornada ventosa, y con lluvia en el viento.

Hyde gira en la puerta abierta (desprovista de timbre o aldaba), cogiendo la gabardina impermeable de Jekyll y arrojándola para que quede colgada de un gancho junto a su capa negra, en el rincón de su cochambrosa guarida. Cuando Hyde cierra violentamente la puerta, Jekyll casi espera oír el repique metálico de un cerrojo y una cadena.

—Deja que te mire, camarada —gruñe Hyde—. Tan apuesto y remilgado como siempre. ¡No has cambiado nada!

Jekyll no puede devolver el cumplido, si de un cumplido se trata. En los tres meses que han transcurrido desde que Jekyll vio a Hyde por última vez dando vueltas y vueltas alrededor del World Trade Center, el más joven de los dos ha envejecido espantosamente. Ha seguido perdiendo su pelo ralo y crespo. En ese preciso instante, tras varios días dejándose crecer la barba en su cara macilenta, parece tener tantos años como realmente tiene Jekyll. Este experimenta un ramalazo de preocupación paternal.

Con extraordinaria rapidez, Hyde empuja a Jekyll hasta sentarlo sobre un cajón de embalar, vierte un poco de zumo de naranja en dos altos vasos azulados, les agrega a ambos algo que Jekyll no tarda en descubrir que es ginebra (proviene de una botella de trementina), y luego se agazapa alegremente sobre otro cajón.

—¿Qué tal, doctor? —comenta.

Esos dos vasos azulados que descansan sobre una mesa rota de caña le producen a Jekyll una extraña impresión. Como sabe Jekyll, Hyde ha vivido solo desde que su amiga lo abandonó. Los vasos sugieren que esperaba a alguien. ¿Precisamente a él? Jekyll no le ha escrito ni telegrafiado a Hyde (que no tiene teléfono) para anunciarle su visita de esa tarde. ¿Podría haberle informado alguien a Hyde de su visita?

Jekyll, que bebe un sorbo de su vaso, le pregunta a Hyde por la casa.

—¡No has recorrido toda esta distancia para charlar sobre mi roñosa casa!

Jekyll se pregunta si vivir en el campo aburre a Hyde, después de los cautivantes peligros de la vida ciudadana: la emoción de perseguir a sus víctimas, la excitación de ser acosado por los polis.

—No me atosigues —dice Jekyll.

—Lo siento, tío —grazna Hyde—. Supongo que lo que pasa es que me doy de cabeza contra mis desconchadas paredes, resollando de ganas de oír lo que te traes entre manos.

—Te comportas como si ya supieras de qué se trata —aventura Jekyll… por si Hyde hubiera adquirido una pizca del don de clarividencia de Utterson.

—Lo sé.

Jekyll reprime su ansiedad.

—Entonces no tienes motivos para estar impaciente.

—Mierda, eso no significa que sepa hasta la última palabra —chilla Hyde con tono quejumbroso.

—Aún me pregunto por qué sigues aquí —dice Jekyll.

—No fastidies, hombre. Deberías haber visto esta pocilga cuando me mudé. —Hyde parece casi ansioso—. Hice todo el trabajo por mi cuenta, como en el Instituto. Con mis dos manos.

—Lo sé —murmura Jekyll, distraído, mientras mira las nervudas manos de Hyde, manos de animal rapaz, con el dorso recubierto por una pelambre oscura, y nota que la tranquilidad de la vida rural no ha bastado para disuadirlo de morderse las uñas.

—Ves —grazna Hyde, con un brillo triunfal en sus ojillos—. Tú también lo sabes todo.

—Dada la naturaleza de mi problema —replica Jekyll lúgubremente—, ese sarcasmo es de pésimo gusto.

—El pésimo gusto… —la voz de Hyde se vuelve estridente— es mi especialidad, tío. —Aprieta sus puños compactos—. ¿Buscas camorra?

—No —responde Jekyll.

El mal gusto también es la especialidad de Utterson. Pero mientras que en Hyde parece natural, dados sus antecedentes arrabaleros y su agresiva falta de aspiraciones virtuosas, el caso de Utterson le plantea un problema a Jekyll… se lo plantea, probablemente, a cuantos han estado sujetos a la autoridad de Utterson. El humor procaz y sádico de Utterson debe avenirse con la solemnidad con que reivindica su liderazgo espiritual, así como sus manifiestos olores animales se combinan con el disimulado pero innegable aroma de santidad. Con Hyde no hay problemas. El hecho de que esa sórdida sala apeste a orina no molesta en absoluto a Jekyll, quien, en su condición de médico, no puede darse el lujo de ser remilgado. Hyde es Hyde. Pero Utterson siempre es más que Utterson. O menos. Y Utterson exige que sus admiradores lo acepten íntegramente. No les permite restar ni sumar.

Lo mismo sucede con las palabras que brotan a raudales de la boca de Utterson, la cual nunca se cierra por completo, ni siquiera cuando no habla. Largas narraciones obscenas. Perogrulladas y trivialidades acerca de la buena vida. Y una sabiduría genuina, sutil, casi inhumana. Pero Utterson no deja que desechéis las dos primeras partes y conservéis la tercera. Debéis retenerlo todo. ¿Es este el secreto del desarrollo armonioso, de la personalidad completa, del triunfo sobre la parcialidad? Si lo es, Jekyll nunca encontrará el camino: es incapaz. Y muy probablemente no sea este el secreto. Utterson nunca estimula a nadie para que lo imite. Por el contrario, la forma sardónica en que ejerce la prepotencia sobre sus discípulos sugiere que las libertades que se otorga a sí mismo no rigen de ninguna manera para ellos. De lo contrario, ¿por qué habría de permanecer Utterson en la cama hasta tarde, regodeándose con su desayuno, cuando en el Instituto todos los demás, alumnos y personal por igual, se levantan a las seis de la mañana y pasan la mayor parte del día podando árboles, cultivando los huertos,

ordeñando las vacas, preparando las comidas, cosiendo ropa, recortando el césped, pavimentando los caminos interiores o construyendo nuevos edificios? La «Obra» es el sistema básico de enseñanza de Utterson para ellos; y el poder caprichoso que flota sobre el mar de la libertad para él.

Jekyll ve un látigo que cuelga de la pared en la desolada habitación, presumiblemente un recuerdo de las travesuras sadomasoquistas de Hyde. Utterson maneja a sus discípulos como si fuese un domador de fieras. Pero Utterson, que no es ajeno al sadismo, físico y mental, desaprueba los látigos. Como ha observado que cada individuo emite radiaciones y emanaciones (que constituyen, según él, la esencia de la persona), Utterson utiliza las emanaciones que es capaz de emitir para sojuzgar, subyugar, hostigar, uncir, y finalmente liberar a cada uno de sus discípulos, próximos y lejanos, transformándolo en una auténtica voluntad. Jekyll preferiría el látigo.

Entretanto, Jekyll ha cambiado tranquilamente el cajón de embalaje por un sofá de plástico malva repleto de quemaduras de cigarrillo situado en el otro extremo de la habitación, mientras Hyde, que tiene grandes dificultades para quedarse quieto y que no puede permanecer sentado durante más de unos minutos, brinca de su cajón. Está sirviendo más zumo de naranja, vertiendo más ginebra: más ginebra que zumo de naranja, esta vez. Al tiempo que toma nota del gusto de Hyde y de lo que este revela sobre su deterioro —de satánico a excéntrico—, Jekyll acepta el zumo de naranja, porque Hyde siempre ha padecido una deficiencia de vitamina C. Con un ademán rechaza el segundo vaso que le ofrece.

—Maldito sea el amor —gime Hyde.

—¿Qué has dicho? —pregunta Jekyll.

—He dicho… —Hyde baja su voz ronca para reducirla a un gruñido—. Maldito sea el amor.

Hyde vacía su vaso con dos tragos. Hyde no solo parece haber perdido la mayor parte de su aptitud para la depravación moral, sino que su forma vehemente de beber indica que se está reblandeciendo. Jekyll está desalentado. Cree oírle sisear a Hyde una vez más: «Maldito sea el amor».

Hyde parece no poder quedarse quieto y corre de un lado para otro por la sala, desde la botella posada sobre la mesa de caña hasta su cajón y nuevamente en dirección

contraria, como un gorila malhumorado. Jekyll se repantiga en el sofá de color malva, cansado de presenciar tanto movimiento. Se siente aletargado, bajo agua. ¿Hasta cuándo deberá seguir persiguiendo a Hyde? ¿Están condenados a dar vueltas y más vueltas, como la greca de una urna? Nunca lo alcanzará. Hyde, a pesar de su extraña manera de andar, es increíblemente ligero, ágil. Sería imposible capturarlo con una cuerda, como uno podría imaginarse capturando a Utterson: un hombre con aspecto de toro, que marcha con pesada lentitud y que prefiere estar entronizado en una silla o, siempre que sea posible, tumbado en la cama. Jekyll imagina cómo podría enganchar a Utterson y arrastrarlo hasta allí, para continuar la conversación. No es con Utterson, sin embargo, sino con ese patán maniático que da vueltas por la habitación, con quien debe tratar de comunicarse.

Por lo menos el médico que hay en Jekyll se mantiene impertérrito ante las extravagancias corrosivas de Hyde. Jekyll observa que ahora la contextura de Hyde parece menoscabada. Por lo que se puede vislumbrar del pecho raquítico de Hyde a través de su arrugada camisa de trabajo, a la que le faltan dos botones, ha perdido peso, y su tos compite con la de Camille.

Mediante otro esfuerzo, Jekyll consigue despertar la unidad psíquica del elocuente y abnegado aspirante, y desde el sofá le apunta a Hyde con esa parte de sí mismo como si lo encañonara con un arma de fuego. Inicia un monólogo, dirigiéndose a Hyde. Hyde traga más ginebra mientras Jekyll enumera los puntos capitales del mapa de su descontento, explayándose sobre su sincero deseo de cambiar de vida. Utterson es objeto de un feroz ataque, Utterson y ese contingente variopinto de discípulos y bastardos que acampan en Oyster Bay en el Instituto para la Desprogramación de Seres Humanos Potenciales.

—Pero la Obra te hizo mucho bien, ¿no es cierto? —murmura Hyde, que sigue deambulando.

¿Cómo podría negar Jekyll que la Obra lo ha ayudado? Que, sin la Obra, no se habría convertido en un médico tan talentoso como lo es ahora; que no sería tan sosegado, controlado, equilibrado, atento a sus propios actos; que no podría inspirar confianza e imponer su voluntad tan fácilmente a colegas, subordinados y pacientes.

—El problema no es Utterson —confiesa Jekyll—. Soy yo.

—No entiendo —gimotea Hyde, poniéndose bruscamente a cuatro patas y agazapándose en un rincón.

—Se trata… de que quiero renunciar a todo. Me gustaría ser… ¡No te rías! Me gustaría estar en tu lugar.

—¡Anda! —Hyde se da una palmada sobre su frente de roedor—. ¡Cuánta mierda burguesa! ¿Te gustaría estar en mi lugar? —Se levanta del suelo, desmañado como siempre—. ¿Te gustaría vivir mi cochina vida? ¡Hombre, estás francamente chalado!

—Pero —dice Jekyll— si tu vida te deprime ¿por qué no vuelves a la ciudad?

—¿Para que me metan en chirona? ¡Muchísimas gracias!

—Pero las cosas se pueden solucionar, tú lo sabes. Se lo diré a Lanyon.

—¿Ese cretino? —Hyde gira, con la botella en la zarpa—. Está senil.

—No lo está. Y tú estás borracho.

—Solo porque conserves a ese picapleitos con vida mediante tus inyecciones, no es necesario que defiendas su salud —grita Hyde—. Lanyon no podría conseguir que un fiscal le reduzca los cargos a un bebé que ha ido a parar a presidio por el robo de un pañal.

—No bebas tanto. Aborrezco pensar en el aspecto que tiene tu hígado.

—¡Tranquilo, tío! —ruge Hyde, e interrumpe su indeciso paseo alrededor de la habitación—. ¿Quieres ver mis huellas? —Maniobra torpemente con la manga izquierda de su camisa de trabajo y la recoge por encima del codo—. ¡Bueno, ahora estoy limpio, mira! Y se lo debo todo… ¡al buen… y viejo… alcohol! —Palmea la botella y luego la deposita violentamente sobre la mesa de caña.

Utterson alza su copa de Armagnac, escudriña la larga mesa ovalada del refectorio y propone un brindis. Su motivo favorito para un brindis es un determinado tipo de idiota. Durante una cena desbordante de alegría que se celebró hace varios años, Utterson inventó una taxonomía completa de retraso espiritual; los «idiotas», como insistía en llamarlos, se podían clasificar en ingeniosas categorías y subcategorías, y la clave consistía en identificar en qué categoría estaba encasillado cada comensal. Todavía se practica el juego, mientras los alumnos se interrogan nerviosamente a sí mismos y Utterson se reserva el derecho de pronunciar el veredicto final. Utterson sorbe el Armagnac y sonríe.

Jekyll prosigue:

—Bueno, si no quieres volver a la ciudad, ¿considerarías la posibilidad de mudarte a alguna otra parte? Podríamos… —Vacila, y luego arremete—: Podríamos irnos juntos. Quiero decir que yo te acompañaría.

Eso pone fin a las piruetas de Hyde, al menos momentáneamente.

—¿Por qué habrías de querer hacer eso? ¡Tío, has perdido realmente la cabeza!

Jekyll siente, a través de las vigorosas raíces de su pelo, que le cosquillea el cuero cabelludo.

—Sé que parece demencial… —Jekyll hace una pausa—. Pero no tendríamos por qué quedarnos en un lugar fijo. Podríamos estar en marcha durante la mayor parte del año.

—Eh, ¿qué es esto? ¿Una declaración de amor? No me digas que después de tantos años de matrimonio feliz has descubierto que eres marica. ¡Tío, eso ya sería demasiado!

Se desploma en el suelo, se revuelca como un perro, y después se estira sobre la espalda, convulsionado por la risa.

—¡Ya basta, Eddy! —Jekyll, inclinado hacia delante sobre el sofá, está turbado—. Sabes que no se trata de eso. Es que… he descubierto que no tengo suficiente… suficiente imaginación. ¿Entiendes a qué me refiero?

Hyde agita sus piernas huesudas en el aire, mientras se sujeta las costillas con ambas manos para dejar de reír.

—¿Y crees que si te hago compañía… —se sienta ahogándose y tosiendo—, te volverás más… imaginativo?

—Bebe un poco de agua.

Hyde, que menea la cabeza hoscamente, se levanta tambaleándose.

—No lo entiendo. —Está resollando—. Quieres arrojar tu carrera a la basura, dejar un apartamento de renta limitada, abandonar a tu mujer…

—No —lo interrumpe Jekyll—. Me gustaría que mi esposa viniera con nosotros.

—¡Increíble! —exclama Hyde—. Está bien, quieres arrojar por la borda tu apartamento, alejar a tu esposa de sus amistades, despedirte de Utterson, traicionar a todos esos pobres negros que hacen cola en tu clínica pensando que eres el doctor Schweitzer, abandonar a todas esas enfermeras que nunca jodes… —Jekyll hace un ademán de asentimiento—. ¿Para qué?

—Porque no soy libre.

—¡Libre! —estalla Hyde, embriagado—. Eres un crío grande que debe madurar.

—Pero es cierto. Vivo una vida que está… totalmente programada. No me va a ocurrir nada. Mejor dicho, sé qué es lo que me va a ocurrir. Tengo treinta y ocho años, y con mi salud y mis antecedentes familiares es probable que viva hasta los noventa. Pero ya podría escribir mi propia nota necrológica.

—¡El gran nene de mamá!

—Eso ya lo has dicho.

—¡Libertad! —Hyde se frota el puño contra los ojos—. ¡Tío, qué anticuado eres!

—Correcto —responde Jekyll—. Por eso me hace bien estar contigo.

—¡Bueno, no empieces a pensar que puedo ayudarte! ¡Jesús!, tengo mis propios problemas. —Empieza a pasearse nuevamente alrededor de la habitación—. Dentro de un minuto te pondrás a hablar de la felicidad. —Se detiene en seco y mira ferozmente a Jekyll—. O del amor. —Sus ojillos parpadean.

—Escucha, Eddy, lamento sinceramente la forma en que ella… —Jekyll ve que la aflicción hace palidecer el rostro moreno de Hyde—. Lo… lo que te sucedió.

—Maldito sea el amor —gime Hyde. Se limpia la nariz con el dorso de la mano izquierda y se sirve otro trago.

Pero nada, y menos aún la desesperación, parece detener la incesante y desgarbada movilidad de Hyde. A Jekyll se le está durmiendo el pie izquierdo, y empieza a pensar que es muy tarde. Se levanta del sofá y estira los brazos sobre su cabeza.

—¡No te vayas! —chilla Hyde. Cuando Jekyll deja caer los brazos a los costados del cuerpo, Hyde se abalanza hacia donde él está—. De todos modos, tienes que pasar la noche aquí. —Acerca la esfera compacta de su cara al pecho de Jekyll y susurra, casi farfullando—: Has perdido el último tren.

Jekyll hace un ademán afirmativo. Pero no se sienta.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Hyde con tono beligerante.

—Me gustaría comer algo.

—¿Cómo es eso? —Hyde lanza una mirada lasciva—. Yo no tengo apetito.

Jekyll lo empuja a un costado y se encamina hacia el lavabo situado en el pasillo. Cuando se dispone a dejar correr el agua del inodoro, Hyde empieza a aporrear la puerta. Jekyll tira de la cadena, pero no sucede nada.

Hyde sigue golpeando.

—¡Eh! —Patea la puerta—. Le pediré a mi madre que prepare algo.

—¿Tu madre vive aquí contigo? —pregunta Jekyll a través de la puerta.

—Claro que sí. —Hyde patea nuevamente la puerta—. Desde… desde que se fue aquella fulana.

—¡Pero si tú odias a tu madre! Recuerdo que me lo dijiste hace muchos años.

—¿Y qué? —exclama Hyde—. Ella se ocupa de lo suyo. Yo me ocupo de lo mío. No me molesta.

Jekyll abre la puerta.

—No debería fastidiarte con mis problemas.

Hyde está justo fuera.

—¡No te preocupes! —La boca de Hyde se crispa en una mueca animosa, que pretende ser cordial y que deja al descubierto un montón de dientes cubiertos de sarro—. Me alegra que hayas venido, Hank. Y me gusta que seas tan franco conmigo, aunque estés majareta.

Jekyll vacila nuevamente, aunque ya ha perdido la esperanza de convencer a Hyde.

—Intenta ponerte en mi lugar —añade.

—¿Bromeas? ¿Por qué habría de querer hacerlo? —ladra Hyde, mientras en ese preciso instante Utterson, cualquiera sea la posición en que esté sentado o acostado, le dice a una de sus discípulas que, si escucha atentamente, aprenderá cuán graciosa puede ser la Verdad.

A la mañana siguiente, la madre de Hyde, de facciones ebúrneas, le sirve a Jekyll en la cama un bollo inglés y una taza de Nescafé. Mientras tanto Poole, con los ojos somnolientos, le sirve el desayuno a Utterson. Jekyll desea preguntar por Hyde —¿está despierto?, ¿siente los efectos de la resaca?—, pero desiste de hacerlo y se coloca deprisa boca abajo, simulando adormecerse nuevamente. Será mejor que no le formule a la anciana ninguna pregunta que ella podría devolverle a él. Jekyll recuerda una regla de la historia militar, perfectamente ilustrada por el caso Pearl Harbour, según la cual es difícil captar las auténticas señales por los ruidos circundantes, o sea, de los otros mensajes.

Cuando ella sale del desván, Jekyll se levanta de la cama, mordisqueando el bollo. Del otro lado de la ventana, altos sicómoros se alzan por encima del tejado de pizarra desvaída; el canalón está obstruido por las hojas. Vestido con una bata de cachemir, Utterson desemboca en el corredor y le grita a uno de los alumnos que salga a rastrillar las hojas. Entonces Jekyll se pone su pantalón de franela y su chaqueta de pana, baja por la escalera del fondo, atraviesa la cocina (donde la señora Hyde está inmovilizada frente al televisor, contemplando la guerra) y entra en la sala. Hyde está hincado de rodillas en el rincón reparando una bicicleta. Parece extraño imaginar a Hyde con una bicicleta y no con su letal Harley-Davidson.

—¿Hace mucho que estás despierto?

Hyde levanta la vista y gruñe convertido en un ser distinto del de la noche anterior: ojos claros, humanoide, más brutal, más juvenil, más alarmante. Se rasca la zona calva con un destornillador.

—Hace un día hermoso, ¿verdad? —prosigue Jekyll.

—No seas condescendiente conmigo, camarada —responde Hyde con tono amenazador—. Si se me antoja, puedo hablar en cualquier momento tan bien como lo

hacéis vosotros, los monigotes universitarios. —Gira nuevamente hacia la bicicleta y maniobra con los alicates.

Jekyll se detiene, indeciso, y luego avanza un paso en dirección a Hyde.

—¿Cuál es el horario de trenes del domingo?

—Quieres irte, ¿eh?

—Debo estar en casa a la hora de cenar.

Hyde da un porrazo con los alicates contra el suelo y apoya las manos sobre sus caderas afiladas como navajas.

—¿Significa esto que no nos fugaremos y viviremos felices por siempre jamás, atracando bancos juntos como Bonnie y Clyde? —Hyde fuerza la voz y la eleva hasta un falsete.

—Así es —responde Jekyll—. ¿Qué me dices entonces de los trenes?

—Hay uno de cercanías a las quince y cuarenta que depositará al maridito en casa justo a tiempo.

Jekyll le vuelve la espalda, irritado.

—¡No, espera! —grazna Hyde, que se levanta y salta por encima de su caja de herramientas y de la cadena de la bicicleta—. He estado pensando en nuestra conversación de anoche…

Jekyll se da la vuelta nuevamente.

—Escucha, tengo la solución. No me necesitas. Hazlo por tu cuenta.

—¿A qué te refieres? —pregunta Jekyll.

—¡Haz algo! Violento —sisea Hyde—. Róbale a un vendedor de periódicos ciego. Viola a una criatura. Dale una paliza a un marica. Estrangula a Utterson. Mete… —Hyde se interrumpe, al ver que las facciones de Jekyll palidecen, y se da palmaditas en los muslos—. Te he pescado, ¿eh? —se burla—. Anda, ese viejo loco calentón te tiene cogido por las pelotas. Deberías quitarle lo que te sirva y largarte. Como hice yo.

Hyde brinca sobre un pie alrededor de la habitación, como si quisiera ilustrar lo que dice.

—Eh, tío, ¿es que nunca has cometido un crimen?

Jekyll no contesta. Piensa en todos los crímenes imaginarios que ha perpetrado, y en todos los crímenes verdaderos que nunca ha imaginado. Si al menos tuviera la fuerza —no la fuerza física, sino la moral— necesaria para colocar las manos sobre el venoso cuello de Utterson…

—Ya sabes —insiste Hyde con una mueca—. Violencia. V-I-O-L…

—Sé cómo se deletrea —gruñe Jekyll. Experimenta una dolorosa contracción alrededor del corazón—. ¿*Qué* violencia?

—Bueno… —Hyde hace una pausa, con una parodia teatral (o gorilesca) de una persona que piensa—. No tienes cojones para espachurrar a Utterson, eso está claro. ¿Correcto? Entonces… entonces, ¿qué te parece algo fácil para empezar? Incendiar el Instituto, por ejemplo. Siempre podrías alimentar la esperanza de que no muera nadie.

—¿Crees que soy capaz de hacer eso?

—Podrías intentarlo. —Hyde ha dejado de moverse, y se hurga la nariz—. Quizá podrías conseguir que alguien te ayude.

—No necesito ayuda.

—Así que no, ¿eh? Anoche era otro cantar.

Jekyll, que desea irse, se encuentra junto al gancho del cual cuelga su gabardina.

—Supongamos —murmura Hyde, remontado por una nueva corriente de energía—, supongamos que te digo que alguien ya está planeando hacer cisco el Instituto.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—No me crees. —A Hyde se le congestiona el rostro.

—Tal vez te creería si me explicaras cómo lo sabes.

—No puedo revelar cuáles son mis fuentes. —Hyde carraspea y escupe en el suelo—. Pero te diré cuándo. Este mes, en la noche del dieciséis de octubre.

¿Lo que Jekyll siente es envidia o terror?

—¿Se… se lo dirás a Utterson?

Hyde no contesta. Retoza alrededor de su bicicleta.

—¡Tienes que decírselo!

—¿Por qué? —brama Hyde—. Es telépata, clarividente y todo lo demás, ¿no es cierto? Que ese crápula lo descubra por sus propios medios.

Jekyll no tiene una respuesta para eso. Parece un truco barato. ¿Acaso no habitamos todos el mismo espacio? Jekyll piensa en el crimen. Piensa en Utterson.

Una cita de Utterson: «Cuando el diablo ha estado enjaulado durante demasiado tiempo, sale rugiendo». Jekyll tiene la sensación de que algo le llega desde los claros que el cielo nublado le deja ver a través del cristal roto de la ventana, de los ruidos, los olores, la temperatura exterior…, algo que intenta mantener alejado. Entonces se entrega. Una voz le susurra reiteradamente: «¡Libre, libre, libre!».

Hay una escena que Jekyll presenció en una ocasión, y que se desarrolla de la manera siguiente. Un anciano de pelo blanco camina por Riverside Drive a una hora avanzada de una tarde estival —probablemente se trata de un estudioso judeoalemán refugiado que enseña en la Universidad de Columbia—, y otro hombre, joven, de muy pequeña estatura, enfundado en una cazadora de cuero negro, avanza hacia él. Cuando están cerca el uno del otro, el anciano saluda con una inclinación de cabeza majestuosa, anacrónica, y se detiene. Parece pedir que lo orienten: señala con la mano. Tiene un rostro complaciente, hermoso. El joven de baja estatura está frente a él, tamborileando una guitarra que lleva consigo. No responde. Entonces, como la hélice de un viejo avión, gradualmente empieza a vibrar de cólera, a zapatear con sus botas enlodadas, a blandir la guitarra. El anciano retrocede un paso, y su expresión refleja más disgusto que sorpresa o miedo. Debe de haber oído que los locos merodean por las calles, pero quizá confió en no encontrarse nunca con uno de ellos. Retrocede un paso más. El joven de baja estatura le asesta un mazazo con la guitarra y lo derriba sobre la acera. Una lluvia de golpes cae sobre la cabeza, el pecho y las piernas de la víctima. El anciano se queja, se convulsiona una o dos veces y se queda inmóvil. El joven de baja estatura

continúa hostigando y maltratando el cuerpo inerte, mientras tararea una melodía nasal.

Jekyll, que observaba la escena desde un portal situado calle abajo, también sintió que esa canción afloraba a sus labios. «¿Qué importaba?», dijo la voz. Él, que había visto morir a tantas personas —pobres, desahuciadas—, siempre los recordaba sin escatimar un sentimiento de compasión e indignación; él, que había salvado tantas vidas, que había remendado incontables cuerpos y les había devuelto la salud, podía ser perdonado por haber contemplado una vez, solo una vez, sin misericordia, sin intervenir —sin ceñirse a la parte mejor de los sentimientos—, como si fuera en un sueño. ¿Quién fracturaba los huesos de ese viejo? Si era Hyde, entonces había que impedírselo.

Jekyll busca la energía necesaria para dar vida a sus propios actos. Interiormente, empieza a redactar el nuevo testamento que le dictará a Lanyon a la mañana siguiente. Ahora la ayuda de Hyde parece fantasmagórica. Jekyll comprende que está solo en un mundo de monstruos, que la lucha entre los magos buenos y los malos es una distracción, si no una ilusión. Debe echarse encima a su cabecilla, al mago supremo, al que está más allá del bien y del mal, al que lo ha confundido y tentado. Que Utterson le transmita toda su energía, por aquellos conductos que estén abiertos. Esta vez no se la devolverá.

Mientras Utterson se revuelca en su cama en Oyster Bay, mirando cómo Poole friega la alfombra, y mientras Hyde está nuevamente acuclillado junto a la bicicleta en Plattsburg, Jekyll, también en Plattsburg, introduce sus brazos en la gabardina. Hyde vuelve a levantar la vista.

—¡Espera! —aúlla—. He cambiado de idea.

Jekyll, que se concentra en determinadas sensaciones que puede estar experimentando o no en el pecho, que piensa en la luz azul que puede estar emanando o no de Utterson en ese preciso instante, siente un ramalazo de alarma.

—¿Cómo?

—Quizá tuvieras razón. Me refiero a lo que dijiste anoche. —En la voz de Hyde hay una insinuación extraña, repulsiva—. Respecto de volver a la ciudad.

—¿Y tu madre? —Jekyll está desesperado.

—Que reviente —grita Hyde jubilosamente—. ¡Iré contigo!

Con las nalgas pegadas a los talones, baila en torno a la bicicleta, al estilo cosaco, estirando primero una pierna huesuda y después la otra, con el brazo izquierdo levantado sobre la cabeza, machacando los guardabarros con el martillo que empuña en la derecha.

—Solo tengo que reparar esto. —Hyde le asesta un tremendo martillazo al guardabarros posterior, produciéndole una enorme abolladura—. Y después traeré de arriba mis otros vaqueros y un suéter…

—¡No vengas! —vocifera Jekyll.

—Escucha, colega —brama Hyde, mientras coge unos alicates descomunales y arranca uno por uno los radios de la rueda delantera—. Puedo tomar un tren si quiero. Este es un país libre.

Jekyll arranca la capa negra del gancho y corre en dirección a Hyde, le arroja la capa encima y levanta la cadena de bicicleta que descansa sobre el suelo. Hyde forcejea como una gallina cuando Jekyll le pega una, dos, tres veces —intentando, infructuosamente al parecer, matarlo— mientras, en ese preciso momento, Utterson descuelga el teléfono tirando del largo cordón, en su dormitorio de Oyster Bay, para llamar a la policía.

Utterson se halla frente a la pizarra en la Casa de Estudios. Jekyll está sentado en el borde de su camastro en una celda húmeda. Ya ha pasado dos meses incomunicado. Jekyll está incomunicado, no porque su delito, la tentativa de asesinato, sea muy grave, sino porque una semana después de haber sido encerrado en la cárcel participó en una huelga de presos que pedían mejor comida; la huelga degeneró en motín, y dos guardianes capturados como rehenes fueron degollados. Jekyll reconoció que tenía el deber de hacer causa común con los presos, en su mayoría negros y puertorriqueños, mucho menos afortunados que él, y ahora se encuentra con que lo han castigado más severamente que a cualquier otro. Los guardianes lo maltratan y sus compañeros de presidio, que lo eligieron portavoz para parlamentar con el intermediario de Albany, sospechan que fue demasiado intransigente, razón por la cual al gobernador le resultó más fácil ordenar que la Guardia Nacional tomara por asalto el pabellón oeste. Durante el ataque fueron masacrados trece presos, entre los que se contaban todos los principales cabecillas de la rebelión, excepto Jekyll.

Hace mucho frío. Es el enero más frío en muchos años. Jekyll cree que aún es diciembre. De todos modos, sea diciembre o enero, los pronósticos no presagian que vaya a remitir la implacable ola glacial. Desde el punto de vista técnico, se puede decir

que la cárcel tiene calefacción. Se reciben regularmente suministros de carbón, y este es arrojado con palas a las calderas. Pero el calor no baja hasta Jekyll ni hasta ninguna de las otras celdas situadas en el piso donde alojan a los presos incomunicados. Lo que más le preocupa es que siempre tiene la nariz fría. También los pies. Cuando los presos llegan a la prisión, les entregan pantuflas… de piel auténtica, observó Jekyll sorprendido, aunque agrietadas, usadas, demasiado holgadas. Pero no los autorizan a usar calcetines. Jekyll, que en otra época fue un fanático del buen estado físico y que ahora pesa sesenta y tres kilos, está extraordinariamente débil. Si Utterson se mueve demasiado por la tarima, Jekyll se desplomará.

Lo que Utterson le dice al contingente de jóvenes y ávidos discípulos en la Casa de Estudios es lo siguiente: «Recordad a nuestros hermanos y hermanas perdidos». Jekyll, que cree que ese día es el catorce de diciembre, recuerda que el domingo pasado fue el cumpleaños de su esposa.

Richard Enfield, el primo de su esposa, visita a Jekyll, que ha sido trasladado del sector de incomunicados al pabellón este, donde alojan a los presos de dos en dos. Jekyll tiene el pie derecho escayolado como consecuencia de un accidente que sufrió el día anterior, al saltar del camastro superior, y ha sido autorizado a recibir visitas ese día en su celda, en lugar de tener que hacerlo en la larga sala rectangular dividida por una reja que va desde el suelo hasta el techo.

—Fue muy tonto lo que intentaste hacer —dice Enfield, tratando de ser informal.

Al principio, Jekyll piensa que se refiere a la forma estúpida en que se desgarró el tendón de Aquiles y se rompió un hueso del talón, y luego comprende que Enfield habla del intento de asesinar a Hyde. Pero no se ofende. Ya ha recibido una tierna visita, a primera hora de esa tarde, de su esposa, quien le ha llevado una caja de bombones y un pollo asado con gelatina. Ha tenido que compartir los bombones con su compañero de celda, un traficante de heroína que degolló a un guardián durante el motín, pero afortunadamente el hombre miró con asco el pollo y Jekyll consiguió devorarlo él solito. Jekyll ya ha aumentado un poco de peso (ha llegado a los sesenta y ocho kilos) y en la celda la calefacción es razonable, pero Enfield piensa que tiene un aspecto horrible.

Jekyll imagina que está esposado y que una cadena se extiende desde su muñeca hasta el pomo del dormitorio de Utterson. Si flexionara las manos, podría abrir la puerta de Utterson —tomando precauciones para no golpear en la cabeza a Poole, el acólito durmiente de catorce años, cuando la puerta se abra bruscamente— y podría observar realmente qué actos obscenos se consuman en esa habitación en plena noche.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta Enfield.

—Claro que sí —responde Jekyll—. Podrías traerme la noticia de que alguien ha muerto.

Enfield le vuelve la espalda con compasión y disgusto, y le pide al guardián que abra la puerta de la celda.

—Cierra bien la puerta —dice Jekyll—. Hay corriente.

Su compañero de celda, ahora desterrado al camastro de arriba, aprieta la boca manchada de chocolate contra la almohada y suelta un gruñido desagradable. Utterson, que duerme la siesta, se revuelve en su gran cama cochambrosa, y le grita a Poole que le traiga un poco de café recién hecho. Es hora de que se levante y se reúna con sus alumnos en la Casa de Estudios, para pronunciar otra disertación sobre la disciplina interior y los usos apropiados del egoísmo. Jekyll observa cómo la puerta se cierra violentamente.

Por fin, es el viejo y frágil Lanyon quien le trae a Jekyll la noticia que este aguarda. Hyde se ha suicidado: se ha ahorcado en su sótano.

Como ya han transcurrido dos semanas, Jekyll debería estar en condiciones de recibir a Lanyon en la sala de visitas, pero esa mañana ha tropezado con sus muletas mientras cojeaba desde su camastro hasta el cubo de las evacuaciones y se ha fracturado limpiamente un hueso del tobillo izquierdo. El médico de la prisión acaba de irse; la nueva escayola, de color rosado, aún está húmeda.

—En mi condición de abogado tuyo, ignoro si esto influye o no sobre tus probabilidades de obtener la libertad condicional.

Ay de mis pies, piensa Jekyll. No, no se trata de mis pies.

Lanyon continúa hablando:

—Una tentativa de asesinato sigue siendo una tentativa de asesinato, aunque la víctima elegida muera poco después por cualquier causa.

—¿Me dejó una nota? —pregunta Jekyll con voz ronca.

Lanyon le entrega a Jekyll un pequeño sobre que Jekyll desgarra. Dentro hay una hoja de papel rayado arrancada de un cuaderno de escuela, sobre la que está estampada

con lápiz de labios la huella de una gran boca. Lanyon trata de espiar por encima del hombro de Jekyll, pero este estruja el papel antes de que el abogado pueda ver, y lo introduce en la abertura superior de su escayola derecha.

—¿Qué dice? Podría ser útil en el expediente que presentaré a la junta que estudia las solicitudes de libertad condicional.

Jekyll menea la cabeza.

—¿Dejó algún otro mensaje? —inquiere fríamente.

—Para Utterson.

—¿Qué decía?

—Confesaba haber sido él quien intentó incendiar el Instituto el dieciséis de octubre.

—Pobre bastardo pretencioso —dice Jekyll, ocultando su desencanto.

—¡Calla! ¡Estoy tratando de dormir! —gruñe el asesino que ocupa el camastro de arriba.

Durante un lapso de silencio, Jekyll mira sus manos bellas, huesudas.

—¿Y qué dijo Utterson al respecto?

—Ya conoces a Utterson. —Lanyon ríe, con su risa disonante de viejo—. Dice que no se habría inmutado si Hyde se hubiera salido con la suya. Dice que todo hombre o mujer es libre de hacer lo que se le antoje.

—Oh, la libertad… —Jekyll mastica un caramelo de vainilla que su esposa le ha llevado esa mañana. Se recuesta cómodamente en su camastro, coloca las piernas, escayoladas hasta la mitad de la pantorrilla y una de ellas con el yeso todavía húmedo, sobre la almohada extra que le han dado y sonríe—. No me hables a mí de libertad.

DECLARACIÓN

… Larga y delicada cabellera, castaña con reflejos rojizos, de aspecto artificial, cabellera de actriz, la que tenía a los veintitrés años cuando la conocí (yo tenía diecinueve), cabellera entonces demasiado juvenil para necesitar teñido, pero ahora demasiado vieja para tener exactamente el mismo color; un cuerpo fatigado, refinado, con muñecas gruesas, busto tímido, hombros de anchos omóplatos, huesos pelvianos semejantes a alas de gaviota; un cuerpo ausente que uno podría resistirse a imaginar desnudo, lo que tal vez explica por qué sus ropas son siempre, cuando menos, afectadas y, a menudo, regias; un marido con oscuro bigote falócrata; propietario inesperadamente próspero de un restaurante del East Side con dudoso patrocinio de la Mafia, del cual se separó y después se divorció en escrupulosas etapas; dos criaturas de pelo tan rubio que parecían descender de otros padres, prudentemente evacuadas a internados en el campo. «Por el aire fresco», según ella.

Otoño en Central Park, hace varios años. Mientras yacíamos bajo un sicómoro con nuestras bicicletas apoyadas, una con la otra —la de Julia era de su propiedad (antaño había pedaleado con regularidad), la mía era alquilada—, confesó que últimamente encontraba menos tiempo para hacer las cosas: asistir a un curso de aikido, preparar una comida, telefonear a los niños, tener aventuras amorosas. Pero para fantasear parecía tener todo el tiempo del mundo: horas, días enteros.

¿Fantasear?

—Sobre… —dijo ella, mirando el suelo—. Oh, es posible que empiece a fantasear sobre la relación entre esta hoja —señalando una— y aquella otra —indicando una hoja contigua, también amarillenta, con la punta ajada casi perpendicular al nervio principal de la primera—. ¿Por qué descansan precisamente en esa posición? ¿Por qué no en otra?

—Participaré en el juego. Porque fue así como cayeron del árbol.

—Pero existe una relación, una conexión…

Julia, hermana, pobre huérfana acaudalada, estás loca. (Una pregunta loca: aquella que no se debería formular.) Pero no dije eso. Dije:

—No deberías hacerte preguntas que no puedes contestar.

No obtuve respuesta.

—Aunque pudieras contestar una pregunta como esa, no sabrías que lo habías hecho.

Mira, Julia. Escucha, Peter Pan. En lugar de ocuparte de hojas —cosa demencial—, ocúpate de personas. Seguro que, entre las dos y las cinco de esta tarde, ochenta y cuatro amargados veteranos de Vietnam hacen cola para recoger cheques de la Seguridad Social en una oficina sin ventanas ubicada en el centro, mientras diecisiete mujeres están sentadas en sillas de cuero sintético malva en la guarida de un cirujano de Park Avenue esperando que las examinen para verificar si tienen cáncer de pecho. Pero es absurdo empeñarse en relacionar estos dos hechos.

¿O no lo es?

Julia no me preguntó sobre qué fantaseo yo. Por ejemplo:

Lo que está mal

Una espesa sustancia pardoamarillenta se ha instalado en los pulmones de toda la gente: es producto del exceso de cigarrillos y de la historia. Una opresión en el pecho, náuseas después de cada comida.

Julia, delgada por naturaleza, se las ha arreglado últimamente para perder más peso. La semana pasada me dijo que solo el pan y el café no la enferman. «¡Ay, no!», lamenté. Hablábamos por teléfono. Esa noche fui a inspeccionar su hedionda nevera despoblada. Quise tirar a la basura la hamburguesa mustia del fondo envuelta en un sobre de plástico, pero no me lo permitió. «Ya ni siquiera el pollo es barato», murmuró.

Preparó un poco de Nescafé y nos sentamos con las piernas cruzadas sobre el tatami del cuarto de estar; después de las historias de su actual amante, ese bruto, nos pusimos a discutir sobre Lévi-Strauss y la agonía de la historia. Yo, devota hasta el fin, defendí la historia. Aunque Julia todavía usa caftanes suntuosos y regala sus pulmones con Sobranies de los Balcanes, la otra razón por la que no come es que es demasiado tacaña.

Una dosis de dolor a la vez. Es posible que Julia no quiera salir «en absoluto», pero muchas personas ya no tienen ganas de abandonar sus apartamentos «a menudo».

Esta ciudad no es una jungla ni la luna ni el Grand Hotel. Plano general: una mancha cósmica, un conglomerado de energías que se desangran. Primer detalle, es un circuito impreso bastante legible, un laberinto transistorizado de rastros malditos, un banco de datos para grabaciones de voces asmáticas. Solo algunos de sus ciudadanos tienen derecho a ser amplificados y a hacerse audibles.

Una mujer negra que ronda los cincuenta, enfundada en un abrigo de paño marrón más oscuro que la bolsa de la compra de papel de estraza que lleva consigo, monta en un taxi, suspirando. «Calle Ciento cuarenta y tres con Saint Nicholas.» Pausa. «¿Sí?» Después de que el silencioso, melenudo y joven conductor pone en marcha el taxímetro, la mujer coloca la bolsa de compras entre sus gordas rodillas y se echa a llorar. Esaú la oye desde el otro lado de la maltrecha mampara de plástico.

Con más gente, hay más voces para excluir de la sintonía.

Por supuesto, es posible que la mujer negra sea Doris, la criada de Julia (todos los lunes por la mañana), quien, hace una década, mientras se hallaba en Saint Nicholas Avenue comprando una caja de seis botellas de cerveza y un poco de ensalada de macarrones, perdió a sus dos hijos pequeños en un incendio que destruyó parcialmente su apartamento de dos habitaciones. Pero si se trata de Doris, no se hace preguntas sobre por qué se consumieron hasta determinado punto y no más, ni por qué los dos cuerpos yacían el uno junto al otro delante del televisor precisamente en esa posición. Y si se trata de Doris, desde luego no es lunes, el día de la señora Julia, porque la bolsa de papel contiene prendas descartadas por la mujer cuyo apartamento de siete habitaciones acaba de limpiar, y Julia nunca desecha ni regala ninguna de sus ropas.

No es fácil vestirse. Desde que la boutique de la tercera planta de Bloomingdale’s sufrió un atentado en Pascua, cachean en la entrada a los clientes de los grandes almacenes. ¡Ciudad nervada!

Si no se trata de Doris, la Doris de Julia, entonces quizá se trate de Doris II, cuya hija (licenciada en humanidades por el Hunter College, 1965), tras haber sido embrujada, vive ahora con una mujer de la misma edad que su madre, aunque más gorda, musculosamente gorda, y rica: Roberta Jorrell, la Reina de las Artes Negras; monologuista, poetisa, escenógrafa, cineasta, profesora de dicción, inventora del sistema Jorrell de conciencia corporal, movimiento y coordinación funcional, conocida en todo el mundo, y sacerdotisa iniciada de vudú de tercera categoría. Doris II, también sirvienta, no tiene noticias de su hija desde hace siete años: este es un cautiverio de duración bíblica que la chica ha venido sobrellevando como directora auxiliar de escena del Instituto Roberta Jorrell de Teatro Negro Total; contable de los consorcios Jorrell de

bienes raíces situados en Dakar, Cap-Haitien y Filadelfia; descifradora y mecanógrafa de la correspondencia en dos volúmenes entre R. J. y Bertrand Russell, y servidora permanente de la mujer a quien nadie, ni siquiera su marido, se atreve a abordar si no es llamándola «señorita Jorrell».

Después de llevar a Doris, si se trata de Doris, a la calle Ciento cuarenta y tres esquina con Saint Nicholas, el taxista se detiene en un semáforo en rojo en la calle Ciento treinta y uno, entonces tres chicos de tez morena —dos de once años y uno de doce— le ponen un cuchillo en la garganta y él les entrega su dinero. Con el letrero de «fuera de servicio» iluminado, regresa velozmente a su garaje, en la calle Cincuenta y cinco Oeste, y se relaja en un rincón, más allá de la máquina expendedora de Coca-Cola, con un porro.

Sin embargo, si no es a Doris sino a Doris II a quien ha dejado en la calle Ciento cuarenta y tres esquina con Saint Nicholas, el taxista no es víctima de un atraco sino que inmediatamente recoge a un pasajero que pretende ir a la calle Ciento setenta y tres con Vyse Avenue. Acepta. Pero teme extraviarse, no volver a encontrar el camino de regreso. ¡Qué ciudad convulsionada, incontrolable! En los años transcurridos desde que la ciudad dejó de suministrar el servicio de recogida de basura a Morrisania y Hunts Point, los perros que merodean por las calles se han ido transformando sutilmente en coyotes.

Julia no se baña con suficiente frecuencia. El sufrimiento huele mal.

Varios días más tarde, una mujer negra de mediana edad que lleva una bolsa de la compra de papel marrón sale del metro en Greenwich Village y aborda a la primera mujer blanca de mediana edad con la que se cruza. «Disculpe, señora, ¿puede indicarme por dónde se va a la penitenciaría de mujeres?» Esta es Doris III, cuya única hija, de veintidós años, ya ha cumplido buena parte de la tercera sentencia de noventa días que le han impuesto por ser una… etcétera.

Sabemos más de lo que podemos aprovechar. Observad todo este material que tengo dentro de la cabeza: cohetes espaciales e iglesias venecianas, David Bowie y Diderot, nuoc mam y Big Macs, gafas de sol y orgasmos. ¿Cuántos periódicos y revistas leéis? Para mí, son lo que los caramelos o los Quaaludes o la terapia del grito para mis vecinos. Compro mi ración diaria al veterano cascarrabias de la brigada Lincoln que lleva un estanco en la calle Ciento diez, no al vendedor ciego apostado en el quiosco de madera de Broadway, que está más cerca de mi apartamento.

Y no sabemos ni por asomo lo suficiente.

Lo que la gente intenta hacer

Por todos lados, hasta donde alcanzo a ver, la gente se empeña en ser ordinaria. Eso exige mucho esfuerzo. Lo ordinario, que generalmente pasa por ser más seguro, se ha convertido en algo mucho más raro que antes.

Julia telefoneó ayer para informar de que, una hora antes, había bajado para recoger la ropa de la lavandería. La felicité.

La gente procura interesarse en las apariencias. Los hombres desarmados se maquillan, resplandecientes, y se pavonean. Todo el mundo viste una especie de disfraz moral.

La gente intenta no preocuparse, no preocuparse demasiado. No temer.

La hija de Doris II presenció personalmente cómo Roberta Jorrell metía ambas manos hasta las muñecas —solemnemente, sin vacilar— en aceite hirviendo, cómo extraía tiras de harina de maíz que amasaba para hacer tortitas, y cómo luego volvía a sumergir fugazmente las tortitas y las manos. Sin dolor, sin cicatrices. Se había preparado mediante veinte horas de redobles incesantes de tambor y cánticos, reverencias y aplausos desacompasados; los presentes hacían circular agua salada bendita en un vaso de hojalata y la sorbían; y a ella le untaron las extremidades con sangre de cabra. Después de la ceremonia la hija de Doris II y otros cuatro prosélitos, entre los que se contaba Henry, el marido de Roberta Jorrell, la escoltaron de nuevo hasta la suite del hotel, en Pétionville. En ese viaje Henry no fue autorizado a alojarse en la misma planta. La señorita Jorrell dio instrucciones para que la dejaran dormir durante veinte horas y no la despertasen por ningún motivo. La hija de Doris II lavó las túnicas ensangrentadas de la señorita J. y se instaló en un taburete de mimbre frente a la puerta de la alcoba, esperando.

Trato de hacer salir a Julia para que se distraiga conmigo (han transcurrido quince años desde que nos conocimos): que vea la ciudad. En diferentes días y noches la he invitado a la carrera de patinadores en Brooklyn, a una exposición canina, a F. A. O. Schwartz, al Museo Tibetano de Staten Island, a una marcha de mujeres, a un nuevo bar para solteros, a ver películas desde la medianoche hasta la madrugada en el Elgin, a La Marqueta del domingo en la parte alta de Park Avenue, a un recital de poesía, a cualquier cosa. Invariablemente se niega. Una vez conseguí llevarla a una representación de *Pelléas et Mélisande* en el viejo Met, pero tuvimos que irnos en el entreacto; Julia temblaba: de aburrimiento, según dijo. Momentos después de levantarse el telón sobre el decorado de la primera escena, un calvero en un bosque oscuro,

comprendí que había cometido un error. «Ne me touchez pas! Ne me touchez pas!», gime la protagonista, inclinándose peligrosamente sobre el brocal de un pozo profundo. Son sus primeras palabras. El bienintencionado desconocido y salvador en ciernes —igualmente extraviado— retrocede, contemplando con lascivia la larga cabellera de la protagonista; Julia se estremece. Moraleja: No lleves a Mélisande a ver *Pelléas et Mélisande*.

Después de salir de la cárcel, la hija de Doris III intenta dejar la mala vida. Pero no puede darse ese lujo: todo se ha encarecido demasiado. Desde el pollo, incluidas las alas y el buche, hasta el biombo de Coromandel, otrora propiedad de un famoso modisto de los años treinta por el cual la madre de Lyle ofrece 18.000 dólares en una subasta de Parke-Bernet.

La gente economiza. Aquellos a quienes les gusta comer bien —una categoría que incluye a la mayoría de las personas, y excluye a Julia— ya no hacen las compras de la semana en una hora, en un supermercado, sino que deben consagrar la mayor parte del día a recorrer diez tiendas para reunir los alimentos que caben en un carrito. Ellos, también, vagan por la ciudad.

Los ricos, que han invertido en sus calculadoras de bolsillo, buscan ahora en qué usarlas.

La gente, a menos que ya esté subyugada, como la hija de Doris II, contesta a los anuncios que adivinos y curanderos publican en los periódicos. «No es necesario que espere el reparto del pastel en el cielo después de la muerte. Si quiere el pastel ahora, cubierto de nata, vea y escuche al reverendo Ike por televisión y en persona.» La iglesia del reverendo Ike no está situada, repito, no está situada en Harlem. Las nuevas iglesias desprovistas de edificio están migrando del Oeste al Este: la gente adora al diablo. En la calle Cincuenta y tres, al oeste del Museo de Arte Moderno, un chico rubio con un corte de pelo a trasquilones que se parece a Lyle procura despertar mi interés por la Iglesia del Proceso del Juicio Final. «¿Ha oído hablar del Proceso?» Cuando contesto que sí, continúa declamando como si hubiera respondido que no. Si me detengo a conversar con él no llegaré a la proyección de las cinco y media, pero le pago un dólar cincuenta por su revista. Y él me sigue los pasos, hablándome de los desayunos gratuitos que el Proceso organiza para los niños pobres, hasta que me introduzco en la puerta giratoria del museo. ¡Desayunos gratuitos, nada menos! Yo pensaba que se comían a los niños.

La gente graba en vídeo sus hazañas de alcoba, interviene sus propios teléfonos.

Mi buena acción del 12 de noviembre: telefonear a Julia después de tres semanas. «Hola, ¿cómo estás?» «Espantosamente», respondió, riendo. Reí a mi vez y exclamé: «Yo también», lo cual no era rigurosamente cierto. Reímos un poco más, al unísono. Sentía el auricular resbaladizo y caliente en mi mano. «¿Quieres que nos veamos?», pregunté. «¿Podrías venir otra vez a mi apartamento? Aborrezco salir en estos días.» Queridísima Julia, eso ya lo sé.

Procuro no reprochar a Julia el haberse desembarazado de sus hijos.

Lyle, que ahora tiene diecinueve años, me telefoneó la otra mañana desde una cabina situada entre Broadway y la calle Noventa y seis. Le digo que venga a casa y me trae un relato que acaba de terminar, el primero en años, que yo leo. No es tan perfecto como los que publicó cuando tenía once años y era un chico canijo, pálido, con voz de bebé, el Mozart de la *Partisan Review*. A los once años Lyle aún no se había metido todo ese ácido, no había quedado temporalmente ciego, no había seguido a los Rolling Stones como fan durante una gira por el país, no había sido internado dos veces por sus padres, ni había cometido tres intentos de suicidio… todo esto antes de terminar su primer año de estudios en el Instituto de Ciencias del Bronx. Lyle, con mi estímulo, accede a no quemar su relato.

Taki 183, Pain 145, Turok 137, Charmin 65, Think 160, Snake 128, Hondo II, Stay High 149, Cobra 151, y varios de sus amigos, envían mensajes insolentes a Simone Weil… que no es ninguna princesa judeo-norteamericana. Ella les explica que el sufrimiento no tiene fin. Eso es lo que tú crees, le responden, porque tenías jaquecas. Vosotros también las tenéis, afirma ella con acritud. Solo que no os dais cuenta de ello.

También les dice que lo único más aborrecible que el «nosotros» es el «yo»… y ellos continúan garrapateando sus nombres con aerosol en los vagones del metro.

Lo que alivia, consuela, ayuda

Es un placer compartir los recuerdos. Todo lo recordado es querido, entrañable, conmovedor, precioso. Por lo menos el pasado es seguro; aunque entonces no lo supiéramos. Ahora lo sabemos. Porque pertenece al pasado; porque hemos sobrevivido.

Doris, la Doris de Julia, ha decorado su sala con fotos, juguetes y ropa de sus dos hijos muertos, y cada vez que alguien la visita debe pasar la primera media hora examinando esos recuerdos. Ella se lo muestra todo, sin lágrimas en los ojos.

Un viento gélido se abate tiritando sobre la ciudad, la temperatura baja. La gente tiene frío. Pero por lo menos despeja la contaminación. Desde mi azotea en Riverside Drive, alcanzo a ver, escudriñando a través de una atmósfera aceptable, una arista de las montañas Ramapo, del otro lado de Nueva Jersey.

Ayuda decir que no. Una tarde, cuando visito el apartamento de Julia para recuperar un libro, telefonea su padre, el psiquiatra. Se supone que yo debo atender la llamada: mientras cubro el micrófono, susurro: «¡Cambridge!» y, desde el otro extremo de la habitación, ella susurra a su vez: «¡Di que no estoy en casa!». Él sabe que miento: «Sé que Julia no sale nunca», exclama indignado. «Habría salido —respondo— si hubiera sabido que usted iba a telefonear.» Julia sonríe —una sonrisa infantil, que me destroza el corazón— y muerde una granada que le he traído.

Lo que ayuda es conservar los mismos sentimientos a lo largo de toda una vida. Durante una fiesta que se celebra en Beekman Place con el fin de recaudar fondos para el candidato a alcalde alternativo de la Nueva Coalición Demócrata, flirteo con un maduro periodista yiddish que no quiere hablar de cupos de ingreso y de boicoteos a las escuelas en Queens. Me habla de su infancia en un shtetl situado a quince kilómetros de Varsovia («Por supuesto, nunca has oído hablar de un shtetl. Eres demasiado joven. Era una aldea donde vivían los judíos»). Había sido el compañero inseparable de otro chiquillo. «No podía vivir sin él. Era más importante para mí que mis hermanos. Pero ¿sabes una cosa?, no le tenía aprecio. Lo odiaba. Cada vez que jugábamos juntos me hacía enfurecer. A veces nos tratábamos a palos.» Me cuenta a continuación que, el mes pasado, un anciano desarrapado, con las orejas rígidas y enrojecidas, había entrado en la oficina del *Forward*, había preguntado por él, se había aproximado a su mesa, se había detenido allí y había dicho: «Walter Abramson, ¿sabes quién soy?». Y él había sondeado los ojos del anciano, había escudriñado su cabeza calva y su cuerpo semejante a una bolsa de la compra, y había comprendido súbitamente. «Eres Isaac.» Y el anciano había contestado: «Exacto».

«Después de cincuenta años, ¿te imaginas? Sinceramente, no sé cómo lo reconocí —comenta el periodista—. No fue por algo que viera en sus ojos. Pero lo reconocí.»

¿Qué sucedió? «Entonces nos fundimos en un abrazo. Y le pregunté por su familia, y él me contó que los nazis los habían matado a todos. Y él me preguntó por mi familia, y le conté que los habían matado a todos… Y ¿sabes una cosa? Al cabo de quince minutos, todo lo que decía me irritaba. Ya no me importaba que hubieran matado a toda su familia. No me importaba que fuera un viejo indigente. Lo odiaba. —Se estremeció… de vitalidad—. Tenía ganas de golpearlo. Con un palo.»

A veces ayuda cambiar drásticamente de sentimientos, como someterte a una transfusión completa de sangre. Convertirse en otra persona. Pero sin artes mágicas. No existe un equivalente moral de la operación que hace felices a los transexuales.

Ayuda tener sentido del humor. No he explicado que Julia es divertida, jocosa, ingeniosa… que puede hacerme reír. La he descrito como si no fuera más que una carga para mí.

A veces ayuda ser paranoico. Las conspiraciones tienen el mérito de la coherencia. Es un alivio descubrir a vuestros enemigos, aunque antes debáis inventarlos. Roberta Jorrell, por ejemplo, ha explicado seriamente a la hija de Doris II y a otras personas que tiene a sueldo cuál es la forma precisa de combatir a los enemigos de su Centro Negro de Rehabilitación de Filadelfia del Sur, subvencionado por el gobierno federal —banqueros blancos, psiquiatras de la Asociación Médica de Estados Unidos, Panteras Negras, polizontes, maoístas y la CIA— con polvos, embrujos y piedras planas sobrenaturalmente lisas bendecidas por una santera cubana en Miami Beach. Julia, sin embargo, no cree tener enemigos; así, cuando su actual amante se niega nuevamente a abandonar a su esposa, ella sigue sin entender que no la ama. Pero cuando sale a la calle, lo cual sucede cada vez con menor frecuencia, los coches le parecen amenazadoramente imprevisibles.

Se dice que volar ayuda. Los padres de Lyle, Dean y Shirley, que se retiraron del mercado el año pasado, han comprado un piso en un bloque de apartamentos de Sarasota, Florida, donde, a fin de hacer más atractiva la ciudad a los turistas, los patriarcas locales votaron recientemente una resolución para retirar todos los parquímetros que se habían instalado en el centro cinco años atrás. Los padres de Lyle no saben cuántas semanas al año pueden pasar realmente en la ciudad natal de los hermanos Ringling, pero no ha transcurrido una sola década sin que no hayan subido los precios de la vivienda, ¿no es cierto? Y ese enloquecido niño prodigio, su hijo, siempre tendrá su habitación allí, si la desea.

Ayuda no tener remordimientos por las propias opciones sexuales, aunque no está claro que muchas personas logren proceder realmente así. Después de hallar finalmente el camino de regreso desde Hunts Point hasta el retículo bien iluminado de los depredadores más conocidos, el taxista que llevó a Doris II a la calle Ciento cuarenta y tres con Saint Nicholas recoge a un muchacho pálido, rubio, con un corte de pelo desigual, que también se parece a Lyle, y que dice, al subir al taxi: «A West Street, esquina con los camiones de la carne, por favor».

Últimamente, mi vida sexual se ha vuelto muy pura. No quiero que parezca una película porno. (Puesto que he disfrutado de muchas películas porno, no quiero que sea como ellas.)

Acostémonos juntos, amor, y abracémonos.

Mientras tanto, el auténtico Lyle ha vuelto a saltarse la clase de las cuatro, Lit. Comp. 203 («Sade y la tradición anarquista»), y está despatarrado frente al televisor en la sala de la residencia para estudiantes. Cada vez ve más programas de televisión, con preferencia por las telenovelas como *Secret Storm* y *As the World Turns*. También ha empezado a ir a las fiestas de estudiantes, en lugar de rechazar las amables pero desganadas invitaciones de su compañero de cuarto. Una buena regla: toda fiesta es deprimente, si lo pensáis. Pero no tenéis por qué pensarlo.

Soy dichosa cuando bailo.

Tócame.

Lo que inquieta

Leer *Las últimas cartas de Stalingrado*, y llorar por esas voces perdidas, «demasiado» humanas, entre el más demoníaco de los enemigos. Nadie es un demonio si se le escucha con atención.

Que todos parezcan locos… Por ejemplo: tanto Lyle como sus padres. Y descubrir que los locos son particularmente audibles.

Tener miedo.

Saber que la semana próxima Lyle será presentado a Roberta Jorrell en una elegante fiesta con que la agasajarán en el SoHo después de que pronuncie su discurso en la Universidad de Nueva York; que ella lo reclutará; que abandonará la universidad, y que no se volverá a saber de él durante al menos siete años.

Percibir lo desesperados que están todos. A Doris, la Doris de Julia, la van a desahuciar de su apartamento. No solo no tiene dinero para pagar un alquiler más elevado, sino que además quiere seguir viviendo en el lugar donde murieron sus hijos.

Enterarse de que el gobierno —mediante el uso de información que ahora los bancos, la compañía telefónica, las líneas aéreas, las compañías de tarjetas de crédito

deben almacenar en ordenadores porque así se lo exige la ley— puede saber más que yo acerca de mí (acerca de mis actividades más sociales, por lo menos). Si fuera necesario, podría enumerar la mayoría de los viajes que he realizado en avión, y las matrices de mis talonarios de cheques descansan en un cajón… en alguna parte. Pero no recuerdo a quién telefoneé hace exactamente cuatro meses a las once de la mañana, y no lo recordaré jamás. No creo que fuera a Julia.

Descubrir en mí el deseo de dejar de escuchar las desventuras ajenas.

No saber con certeza cómo ejercitar los poderes que poseo.

Julia se dejó subyugar en una ocasión por una exinvestigadora de fenómenos parapsicológicos, entonces especialista en el ocultismo de los indios norteamericanos, quien afirmó saber cómo ayudarla. La mayoría de las personas que conocen a Julia, pasmadas por su vulnerabilidad, intentan ayudarla: el placer de su belleza, que es el único don que Julia ha podido tributar a los demás, también ayuda. La hechicera en cuestión, Martha Wooten, era blanca, nacida en Westchester, vigorosa, una estupenda tenista… más parecida a una profesora de gimnasia; yo pensé, con ánimo condescendiente, que tal vez podría beneficiar a Julia, hasta que en el curso de un programa encaminado a librarla de sus demonios, la hizo aullar a la luna llena a cuatro patas. Entonces volví a irrumpir en la pobremente pertrechada vida de Julia, ejecuté mis antiguos ritos de contraexorcismo —¡razón!, ¡autoconservación!, ¡pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad!— y Martha Wooten desapareció, o más bien se metamorfoseó en una de las Malvadas Brujas del Oeste, y se instaló en Big Sur con la identidad de Lady Lambda, cabecilla del único culto a Lucifer que practica la respiración profunda y el análisis bioenergético.

¿Procedí correctamente al desembrujarla?

No poder cambiar la propia vida. La hija de Doris III está nuevamente en la cárcel.

Vivir en una atmósfera nociva. Vivir una vida desprovista de aire. Sentir que no existe el suelo: que solo hay aire.

Nuestras perspectivas

Aleatorias. Repetitivas. Un lunes, después de llevar a casa a Doris, la Doris de Julia, tras haber limpiado el apartamento de Julia, el taxista se detiene para recoger a tres puertorriqueños de catorce años entre la calle Ciento once y Second Avenue. Si no lo atracan, montarán en el taxi, pedirán que los lleve al bar de zumos del callejón junto al puente de la calle Cincuenta y nueve y le darán una generosa propina.

Nada bueno. En la esquina de las calles Noventa y Amsterdam, un cartel manuscrito pegado a la altura de la vista, en el muro de ladrillo sin revocar de una urbanización inconclusa, reza plañideramente: Dejad de matar.

¡Ciudad herida!

Aunque ninguna de las reglas para tener más vivacidad sea válida, es sano continuar formulándolas.

He aquí una sólida regla conservadora que transmitió Goethe a Eckermann: «Todo esfuerzo sano está encauzado desde el mundo interior hacia el exterior». Meted esto en vuestra pipa de hachís y fumáoslo.

Pero digamos, o supongamos, que no estamos en condiciones de estar sanos. Entonces queda un solo camino para llegar al mundo. Estaríamos satisfechos con el mundo, si voláramos hacia él en busca de refugio.

En realidad, este mundo no es solo un mundo… ahora. Así como esta ciudad es realmente una estratificación de ciudades. Detrás de las múltiples capas de dolor, procurad conectaros con el anhelo exclusivo de placer que opera incluso en la violencia de calles y lechos, de cárceles y teatros de ópera.

Para decirlo con las palabras del reverendo Ike: «Podéis ser felices ahora». Por una extraordinaria coincidencia, hay un día en que es posible encontrar a Doris, Doris II y Doris III —que no se conocen entre sí— bajo el mismo techo: en la Iglesia Unida e Instituto de la Ciencia de Vivir del reverendo Ike, asistiendo a la Sesión Dominical de Curación y Bendición de las tres de la tarde. En cuanto a las perspectivas de ser feliz: ninguna de las tres Doris queda convencida.

Julia… ¡cualquiera! Eh, ¿cómo estás? Espantosamente, sí. Pero te reíste.

Algunos de nosotros flaquearán pero otros serán valientes. Una mujer negra de mediana edad con un abrigo marrón y una maleta marrón sale de un banco y monta en un taxi. «Lléveme a la estación de autobuses Port of Authority, por favor.» Doris II va a

coger un autocar rumbo a Filadelfia. Después de siete años, se enfrentará con Roberta Jorrell e intentará recuperar a su hija.

Algunos se acobardarán aún más. Mientras tanto, la mayoría nunca sabrá lo que está sucediendo.

Hurguemos en el pasado. Admiremos lo que sea, cada vez que podamos. Pero la gente ahora experimenta una reticente compasión por el pasado.

Si voy a cenar con mi traje espacial, ¿llevarás puesto el tuyo? Quizá pareceremos Dale y Flash Gordon, pero a quién le importa. Lo que ahora piensan todos: solo se puede concertar una alianza con el futuro.

Las perspectivas son de reincidir en lo mismo. Como siempre. Pero yo me niego.

Supongamos, solo supongamos, alma abatida, que intentas vivir una vida ejemplar. Ser bondadosa, honorable, considerada, justa. ¿En virtud de qué autoridad?

Y nunca sabrás, así, lo que más anhelas saber. Para alcanzar la sabiduría es preciso vivir una vida que sea singular en otro sentido, que sea perversa. Para saber más, debes invocar todas las vidas que existen, y excluir luego lo que no te place. La sabiduría es una empresa despiadada.

Pero ¿qué decir de aquellos a quienes amo? Aunque no creo que mis amigos sean incapaces de seguir adelante sin mí, sobrevivir no es tan fácil, y probablemente yo no pueda sobrevivir sin ellos.

Si no nos ayudamos recíprocamente, desamparados y enloquecidos albañiles que hemos olvidado la ubicación del edificio que estábamos levantando…

«¡Taxi!» Paro un taxi durante la hora punta de la tarde del miércoles y pido al conductor que me lleve lo más velozmente posible a la dirección de Julia. Últimamente había algo en su voz cuando me hablaba por teléfono… Pero cuando entro parece estar perfectamente. Incluso había salido el día anterior para llevar a enmarcar un batik (confeccionado un año antes); estará listo dentro de una semana. Y cuando le pido prestado un ejemplar atrasado de una revista feminista que veo bajo una pila de periódicos viejos, en el suelo, comenta tres veces que debo devolvérsela pronto. Prometo pasar por su casa el lunes próximo. Tranquilizada por el testimonio de esas pequeñeces con que se manifiesta a menudo la adhesión de Julia a la vida, me dispongo a partir. Pero entonces me pide que me quede unos minutos más, lo cual significa que las cosas cambian: quiere charlar sobre temas tristes. En el momento preciso, como una

vieja actriz de vodevil, recito mis parlamentos de encanto ético y secular. Parecen dar buen resultado. Promete intentarlo.

Lo que hago

Abandono la ciudad a menudo. Pero siempre regreso.

Conseguí que Lyle me entregara su relato —su única copia, desde luego— segura de que, no obstante su promesa, lo quemaría si se lo devolviese, como ha quemado todo lo que ha estado escribiendo desde que tenía quince años. Se lo he dado a un director de revista que conozco.

Exhorto, interfiero, me impaciento. Por amor de Dios, no es *tan* difícil vivir. Uno de los consejos que doy es: No sufras el dolor futuro.

Y tanto si mi interlocutor escucha el consejo como si no lo escucha, por lo menos yo he aprendido algo de lo dicho. Me doy un consejo bastante bueno a mí misma.

Aquella tarde del miércoles le dije a Julia que sería una estupidez que se suicidara. Estuvo de acuerdo conmigo. Creí haber sido convincente. Dos días más tarde salió nuevamente de su apartamento y se mató, demostrándome que no le importaba hacer algo estúpido.

A mí me importaría. Incluso cuando anuncio a mis amigos que cometeré una estupidez, no creo realmente que lo sea.

Deseo salvar mi alma, ese viento tímido.

Algunas noches sueño que sujeto a Julia por su larga cabellera, justo cuando se dispone a saltar al río. O sueño que ya está en el río: yo me encuentro plantada en mi azotea, de cara a Nueva Jersey; miro hacia abajo y la veo pasar flotando y salto, cayendo a medias, planeando a medias como un pájaro, y la cojo por el pelo y la saco del agua.

Julia, querida Julia, no se suponía que debías continuar asomándote al brocal del pozo… desafiando a cualquiera con buenas intenciones para que se aproximara, para que te salvara, para que fuese bondadoso. Se suponía que por lo menos debías morir en

una cama tibia… silenciosamente; rodeada por las personas culpables, torpes, que te adoraban, dejándolas frustradas y resentidas contigo hasta el fin.

No pienso en lo que el arrogante y contaminado Hudson hizo con tu cuerpo antes de que te hallaran.

Julia, rostro plastificado en el ataúd encerado, ¿cómo podías ser tan vieja como eras? Aún eres la chica de veintitrés años que inició una conversación absurdamente pedante conmigo en la escalinata de la biblioteca Widener… tan delgada; tan deliciosamente rebuscada; tan inquieta; tan ausente; mucho más joven que yo, que tenía cuatro años menos que tú; tan cansada ya; tan exasperante; tan conmovedora. Siento deseos de pegarte.

Cómo gemí bajo el peso de nuestra amistad. Pero tu muerte es más pesada.

La razón por la cual te hundiste, mientras otros igualmente ausentes de sus vidas sobreviven, es un misterio para mí.

Digamos que estamos todos dormidos. ¿Queremos despertar?

¿Es justo que yo despierte y vosotros, la mayoría de vosotros, no? ¿Justo?, decís con desdén. ¿Qué tiene que ver la justicia con esto? Que cada alma se apañe como pueda. Pero yo no quise despertar sin vosotros.

Vosotros sois las lágrimas de las cosas, yo no. Si lloráis por mí, yo lloraré por vosotros. Ayudadme, yo no quiero llorar por mí. No me rindo.

Yo, Sísifo. Me aferro a mi roca, sin necesidad de que me encadenéis. ¡Quietos! La hago rodar hacia arriba… arriba, arriba. Y… allá vamos. Sabía que sucedería esto. Mirad, estoy nuevamente en pie. Mirad, empiezo a hacerla rodar nuevamente hacia arriba. No intentéis disuadirme. Nada, nada podría arrancarme de esta roca.

ASÍ VIVIMOS AHORA

Al principio solo perdía peso, se sentía un poco enfermo, le dijo Max a Ellen, y no pidió una cita a su médico, según Greg, porque lograba seguir trabajando más o menos al mismo ritmo, pero sí dejó de fumar, señaló Tanya, lo que sugiere que estaba asustado, pero también que quería, aun más de lo que sabía, estar sano, o más sano, tal vez solo recuperar algunos kilos de peso, dijo Orson, porque le dijo a ella, prosiguió Tanya, que suponía que iba a subirse por la paredes (¿no se dice así?), y, ante su sorpresa, descubrió que no extrañaba los cigarrillos para nada y que se deleitaba con la sensación de que sus pulmones no sentían dolor por primera vez en años. Pero tenía un buen médico, quiso saber Stephen, porque habría sido una locura no hacerse un examen médico general después de que pasó el susto y que había vuelto de la conferencia en Helsinki, aun cuando por entonces se sentía mejor. Y él le dijo a Frank que iría, aun cuando estaba de verdad asustado, como reconoció ante Jan, pero quién no se asustaría ahora, sin embargo, por extraño que parezca, no se había preocupado hasta hace poco, le confesó a Quentin, fue solo en los últimos meses que sintió en la boca ese gusto metálico del pánico, porque caer gravemente enfermo era algo que ocurría a otras personas, una ilusión corriente, le señaló a Paolo, si uno tenía treinta y ocho años y nunca había tenido una enfermedad grave; no era, como confirmó Jan, un hipocondríaco. Por supuesto, era difícil no preocuparse, todos estaban preocupados, pero de nada serviría ceder al pánico, porque como le señaló Max a Quentin, no había nada que se pudiera hacer salvo esperar y tener esperanza, esperar y empezar a ser cuidadoso, ser cuidadoso y tener esperanza. Y aun si se probaba que uno estaba enfermo, no debía desalentarse, había nuevos tratamientos que prometían detener el curso inexorable de la enfermedad, la investigación progresaba. Parecía que todos estaban en contacto con todos los demás varias veces a la semana, interesándose, nunca pasé tantas horas seguidas hablando por teléfono, le dijo Stephen a Kate, y cuando me siento exhausto después de las dos o tres llamadas que me hicieron, dándome las últimas noticias, en vez de desconectar el teléfono para darme un respiro marco el número de otro amigo o conocido para darle la noticia. No estoy segura de que pueda permitirme pensar mucho en el asunto, dijo Ellen, y sospecho de mis propios motivos, hay algo morboso a lo que empiezo a acostumbrarme, que me agita, esto debe de parecerse a lo que sintió la gente en Londres durante los bombardeos. Que yo sepa, no corro peligro, pero nunca se sabe, dijo Aileen. Esto no tiene precedentes, dijo Frank. Pero no crees que debería ver a un médico, insistió Stephen. Mira, dijo Orson, no puedes obligar a la gente a que se cuide, y qué te hace pensar lo peor, podría estar

debilitado solamente, la gente todavía contrae enfermedades corrientes, algunas espantosas, por qué das por sentado que tiene *esa* enfermedad. Pero de lo único que quiero estar seguro, dijo Stephen, es que él entiende las opciones, porque la mayoría de la gente no las entiende, por eso no quieren ver a un médico o hacerse el análisis, creen que no se puede hacer nada. Pero quizá pueda hacerse algo, le dijo a Tanya (según Greg), quiero decir qué gano si consulto a un médico; si estoy realmente enfermo, se cuenta que dijo, pronto lo sabré.

Y cuando estaba en el hospital, su ánimo pareció mejorar, según Donny. Parecía más alegre de lo que había estado los últimos meses, dijo Ursula, y al parecer recibió la mala noticia casi como un alivio, según Ira, como un golpe verdaderamente inesperado, según Quentin, pero cuesta suponer que haya dicho la misma cosa a todos sus amigos, porque su relación con Ira era muy diferente de su relación con Quentin (esto según Quentin, que estaba orgulloso de su amistad), y tal vez él pensó que Quentin no se vendría abajo si lo veía llorar, pero Ira insistió en que esa no podía ser la razón por la cual se condujo de manera tan diferente con cada uno, y que a lo mejor se sentía menos sobresaltado, movilizando sus fuerzas para luchar por su vida, en el momento en que vio a Ira, pero vencido por la desesperación cuando Quentin llegó con flores, porque de todas maneras las flores lo pusieron de mal humor, como le contó Quentin a Kate, ya que el cuarto del hospital estaba atestado de flores, no se podía meter otra flor en aquel cuarto, pero seguramente estás exagerando, dijo Kate, sonriendo, a todo el mundo le gustan las flores. Bueno, quién no exageraría en un momento así, dijo Quentin, cortante. No crees que *esta* es una exageración. Por supuesto que lo creo, dijo Kate con ternura, estaba bromeando, quiero decir que no pretendía tomarte el pelo. Ya lo sé, dijo Quentin, con lágrimas en los ojos, y Kate lo abrazó y dijo bueno, cuando vaya esta noche no voy a llevarle flores, qué es lo que quiere, y Quentin dijo, según Max, lo que más le gusta es el chocolate. Y qué más, preguntó Kate, quiero decir como el chocolate pero sin ser chocolate. Dulce de regaliz, dijo Quentin, sonándose la nariz. Y además de eso. No *estás* exagerando ahora, dijo Quentin, sonriendo. Es cierto, dijo Kate, de manera que si quiero llevarle un montón de cosas, además de chocolate y dulce de regaliz, qué más. Caramelos de goma, dijo Quentin.

No quería estar solo, según Paolo y muchas personas vinieron la primera semana, y la enfermera jamaiquina dijo que había otros pacientes en la planta que estarían encantados de tener las flores sobrantes, y la gente no tenía miedo de visitarlo, no era como en los primeros tiempos, como Kate le señaló a Aileen, ya no están segregados en el hospital, como observó Hilda, no hay ningún cartel en la puerta de su cuarto advirtiendo a los visitantes la posibilidad de contagio, como ocurrió hace unos años; en realidad, está en un cuarto compartido y, como le dijo a Orson, el viejo que está en el otro extremo de la cortina (que evidentemente está con un pie en la tumba, dijo

Stephen) ni siquiera tiene la enfermedad, así que, como continuó diciendo Kate, realmente deberías ir a verlo, estaría contento de verte, le gusta que lo visiten, no vas porque tienes miedo, verdad. Por supuesto que no, dijo Aileen, pero no sé qué decir, pienso que me voy a sentir rara, cosa que él va a notar, y eso lo hará sentir peor, de manera que no le haré ningún bien, no te parece. Pero no se dará cuenta de nada, dijo Kate, dando palmaditas en la mano de Aileen, no es así, no es como lo imaginas, no está juzgando a la gente o preguntándose por sus motivos, solo está feliz de ver a los amigos. Pero realmente nunca fui su amiga, dijo Aileen, tú eres su amiga, siempre te quiso, me contaste que hablaba de Nora contigo, ya sé que me quiere, hasta se sintió atraído por mí, pero a ti te respeta. Pero, según Wesley, la razón por la cual Aileen era tan mezquina con sus visitas era porque nunca conseguía tenerlo enteramente para ella, siempre había otros y cuando ya se iban llegaban otros, había estado enamorada de él desde hace años, y comprendo, dijo Donny, que Aileen se sintiera amargada porque si hubiera habido una amiga con la que se acostara más que ocasionalmente, una mujer a la que realmente quisiera, y Dios mío, dijo Victor, que lo había frecuentado en esos años, él estaba loco por Nora, qué pareja tan conmovedora, dos ángeles hoscos, así que no habría podido ser ella.

Y cuando algunos de los amigos, los que venían todos los días, acorralaron a la médica en el pasillo, fue Stephen quien hizo las preguntas más pertinentes, se había informado leyendo no solo los reportajes que publicaba varias veces por semana el *Times* (que Greg había dejado de leer, confesando que ya era incapaz de soportarlos) sino también los artículos en revistas médicas de aquí y de Inglaterra y Francia, y quien había tratado a uno de los principales médicos que en París estaba efectuando una investigación muy publicitada sobre la enfermedad, pero la médica apenas dijo que la neumonía no ponía en peligro su vida, que la fiebre cedía, por supuesto que todavía estaba débil pero respondía bien a los antibióticos, que debía cumplir su estancia en el hospital, que implicaba al menos veintiún días de intravenosa antes que ella pudiera darle el nuevo medicamento, pues era optimista sobre la posibilidad de aplicarle el protocolo; y cuando Victor dijo que si le costaba tanto comer (les decía a todos, cuando lo obligaban a probar las raciones del hospital, que la comida no le sabía bien, que tenía un gusto metálico raro en la boca) no convenía que los amigos trajeran toda esa cantidad de chocolate, la médica se limitó a sonreír y dijo que en esos casos la moral del paciente era también un factor importante, y que si el chocolate lo hacía sentirse mejor no veía ningún inconveniente en ello, lo que preocupó a Stephen, como Stephen le dijo más tarde a Donny, porque querían creer en las promesas y en los tabúes de la medicina tecnológica actual, pero esta tranquilizadoramente lacónica especialista de cabello plateado, citada frecuentemente en los diarios, hablaba como un anticuado médico general que dice a la familia que el té con miel o la sopa de pollo le hará tanto bien al paciente como la penicilina, lo que podría significar, como dijo Max, que meramente lo

estaban tratando, que no estaban seguros de qué hacer, o mejor dicho, como interpuso Xavier, que no sabían qué diablos estaban haciendo, que la verdad, como dijo Hilda, aumentando la presión, era que los médicos no tenían en realidad ninguna esperanza.

Ay, no, dijo Lewis, ya no lo soporto, un momento, no me lo puedo creer, estás seguro, quiero decir están seguros, han hecho todos los análisis, las cosas se están poniendo de tal modo que cuando suena el teléfono temo contestar porque creo que alguno me contará que alguien más está enfermo; pero en verdad Lewis no lo supo hasta ayer, dijo Robert irritado, me cuesta creerlo, todo el mundo habla de ello, parece imposible que nadie hubiera llamado a Lewis; y tal vez Lewis sí sabía, por alguna razón fingía no saberlo todavía, porque, recordó Jan, acaso Lewis no le dijo algo a Greg hace unos meses, y no solo a Greg, que no tenía buen aspecto, que perdía peso y que estaba preocupado por él y que ojalá viera a un médico, de manera que no pudo haber sido una sorpresa absoluta. Bueno, ahora todos están preocupados por todos, dijo Betsy, así parece que estamos viviendo, así parece que vivimos ahora. Y, además, antes estuvieron muy unidos, acaso Lewis no guarda las llaves del apartamento de él, ya sabes, cuando se deja que el otro guarde las llaves después de la ruptura, un poco porque espera que una noche, tarde, aquel entre de improviso, ebrio o drogado, pero sobre todo porque conviene tener varios juegos de llaves distribuidos por la ciudad, si uno vive solo en la parte superior de lo que había sido un edificio comercial que, por pretencioso que sea, nunca tendrá portero, o conserje residente, alguien a quien se le puede llamar para pedir las llaves tarde en la noche si uno ha perdido las suyas o las dejó dentro. Quién más tiene llaves, preguntó Tanya, pensaba que alguien podría pasar mañana antes de venir al hospital y traer algunos de sus tesoros, porque el otro día, dijo Ira, él se quejaba de lo deprimente que estaba el cuarto del hospital, y cómo se parecía a estar encerrado en el cuarto de un motel, lo que hizo que todos se pusieran a contar historias graciosas sobre los cuartos de motel que habían conocido, y cuando Ursula contó sobre la Luxury Budget Inn en Schenectady hubo carcajadas alrededor de la cama, mientras él los observaba en silencio, con los ojos brillantes por la fiebre, mientras no paraba de devorar, como recordó Victor, ese maldito chocolate. Pero, según Jan, a quien Lewis permitió recorrer su cacareada guarida de soltero con la idea de llevarle algún consuelo artístico para alegrar el cuarto de hospital, el icono bizantino no estaba en la pared sobre su cama, lo que resultó un enigma hasta que Orson recordó que él había contado al parecer sin resentimiento (lo que Greg ponía en entredicho) que el muchacho del que se había librado recientemente lo había robado, junto con cuatro de las cajas de laca *maki-e*, como si estos fueran objetos tan fáciles de vender en la calle como un televisor o un equipo estéreo. Pero siempre ha sido muy generoso, dijo Kate en voz baja, y si bien le gustan los objetos hermosos no está verdaderamente apegado a ellos, a las cosas, como dijo Orson, lo que es inusual en un coleccionista, como comentó Frank, y cuando Kate se estremeció y las lágrimas asomaron a sus ojos y Orson preguntó ansiosamente si él,

Orson, había dicho algo indebido, ella señaló que habían empezado a hablar sobre él en un tono retrospectivo, recapitulando cómo era, lo que los había cautivado, como si estuviera acabado, concluido, como si fuera ya parte del pasado.

Tal vez se estaba hartando de tener tantas visitas, dijo Robert, que como Ellen no pudo dejar de mencionarlo, era alguien que había venido solo dos veces y probablemente buscaba una razón para no venir regularmente, pero no cabía ninguna duda, según Ursula, que el ánimo de él declinaba, no porque hubiera noticias desalentadoras por parte de los médicos, y ahora prefería estar solo durante algunas horas del día, él le dijo a Donny que había empezado a llevar un diario por primera vez en su vida, porque quería registrar el curso de sus reacciones mentales ante este giro sorprendente de los acontecimientos, y hacer algo en paralelo a lo que estaban haciendo los médicos, que venían todas las mañanas y conferenciaban ante su cabecera acerca de su cuerpo, y que tal vez no fuera tan importante lo que escribiera en el diario, que equivalía, como le dijo irónicamente a Quentin, a poco más que las trivialidades de siempre sobre el terror y el asombro de que le estuviera ocurriendo esto, además de las habituales evaluaciones llenas de remordimiento sobre su vida pasada, su excusable superficialidad, rematadas con propósitos de vivir mejor, con más profundidad, con más contacto con su trabajo y sus amigos, y menos fervientemente preocupado por lo que la gente pensaba de él, salpicadas de advertencias a sí mismo de que en esta situación su voluntad de vivir contaba más que nada y que si realmente quería vivir y confiaba en la vida, y se quería lo suficiente (¡fuera, Thanatos del diablo!), *viviría*, sería una excepción; pero tal vez todo esto, como reflexionaba Quentin, hablando por teléfono con Kate, no era lo que venía al caso, lo que venía al caso era que por el solo hecho de llevar un diario él estaba acumulando algo que leería algún día, astutamente apostando a un tiempo futuro, en el cual el diario sería un objeto, una reliquia, que no volvería realmente a releer, porque querría dejar atrás esa terrible experiencia, pero el diario permanecería allí en el cajón de su estupendo escritorio Majorelle, y ya se veía, le dijo efectivamente a Quentin al final de una tarde soleada, apoyado sobre las almohadas de su cama de hospital, con una mancha de chocolate que enmarcaba su desgarradora sonrisa, ya se veía en su ático bajo el sol de octubre irrumpiendo por aquellas claras ventanas, en vez de esta ventana estriada, y el diario, el patético diario, a resguardo dentro del cajón.

No tienen importancia los efectos secundarios del tratamiento, dijo Stephen (al hablar con Max), no sé por qué estás tan preocupado, todo tratamiento intensivo tiene algunos peligrosos efectos secundarios, es inevitable, quieres decir que de otro modo el tratamiento no sería eficaz, interrumpió Hilda, y de todas maneras, prosiguió Stephen obstinadamente, precisamente porque *hay* efectos secundarios no significa que tenga que sufrirlos, o todos, cada uno, o incluso algunos. Esa no es más que una lista de todas

las cosas que podrían salir mal, porque los médicos tienen que protegerse, por eso exageran el caso, pero eso no le está ocurriendo a él y a tantas otras personas, interrumpió Tanya, lo peor posible, una catástrofe que nadie habría imaginado, es demasiado cruel, y acaso no es todo sino un efecto secundario, se burló Ira, hasta *nosotros* somos todos efectos secundarios, pero no somos efectos secundarios nocivos, dijo Frank, a él le gusta tener la compañía de sus amigos, y también nos apoyamos unos a otros, porque su enfermedad nos une, reflexionó Xavier, y a pesar de los celos y las quejas del pasado que nos han vuelto cautelosos y malhumorados, cuando ocurre algo como esto (¡se nos viene el cielo encima, se nos viene el cielo encima!), entiendes lo que realmente importa. Es cierto, Chicken Little, se dice que dijo. Pero no crees, interrogó Quentin a Max, que, estando tan unidos a él, sacar tiempo al tiempo para pasar por el hospital todos los días es una manera de tratar de definirnos más irrevocablemente, con más firmeza, como los sanos, los que no están enfermos, los que no van a caer enfermos, como si lo que le ha ocurrido a él no pudiera pasarnos a nosotros, cuando de hecho las probabilidades indican que uno de nosotros terminará allí como él, y que probablemente él sintió lo mismo cuando era uno del séquito que visitó a Zack en la primavera (¿no conociste a Zack, verdad?), y según Clarice, la viuda de Zack, él no venía muy a menudo, decía que aborrecía los hospitales, y creía que no le hacía ningún bien a Zack, que Zack veía en su cara lo incómodo que estaba. Ah, era uno de esos, dijo Aileen. Un cobarde. Como yo.

Y cuando del hospital lo mandaron a su casa, y Quentin se había ofrecido a mudarse con él y cocinaba y recibía los mensajes telefónicos y mantenía informada a la madre en Mississippi, bueno, más bien impidiendo que ella volara a Nueva York y amontonara su pena sobre la de su hijo y turbara la rutina de la casa con su ayuda opresiva, él pudo trabajar una o dos horas en su estudio, en los días en que no insistía en salir, para comer o ir al cine, que lo cansaban. Parecía optimista, pensó Kate, tenía buen apetito, y lo que él decía, informó Orson, era que estaba de acuerdo cuando Stephen le aconsejó que lo principal era mantenerse en forma, él era un luchador, de acuerdo, no sería quien era si no lo fuera, y estaba dispuesto para la gran batalla, preguntó retóricamente Stephen (como le dijo Max a Donny), y él dijo por supuesto, y Stephen agregó que podía haber sido mucho peor, pudiste haber contraído la enfermedad hace dos años, pero ahora muchos científicos están investigando, el equipo estadounidense y el equipo francés, todos apostando por ese premio Nobel al cabo de unos años, que todo lo que debes hacer es conservar la salud uno o dos años y entonces habrá un buen tratamiento, un tratamiento eficaz. Sí, dijo él, según Stephen, fue el momento oportuno. Y Betsy, que había estado siguiendo y creando dietas macrobióticas durante una década, habló de un especialista japonés que quería que él consultase pero gracias a Dios, informó Donny, fue lo bastante sensato como para negarse a hacerlo, pero aceptó ver el especialista en visualización que le recomendó Víctor, si bien qué

cosa se podía visualizar, dijo Hilda, cuando el propósito de visualizar una enfermedad era verla como una entidad con contornos, límites, aquí más que allá, algo limitado, de lo cual eres el anfitrión, en el sentido de que puedes desinvitar la enfermedad, mientras esto era total, o podría serlo, respondió Max. Pero lo principal, dijo Greg, era asegurarse que no tomara el camino macrobiótico, que podía ser inofensivo para la regordeta Betsy pero solo podía ser desastroso para él, pues siempre había sido delgado, gracias a todos los cigarrillos y compuestos químicos que suprimen el apetito que había introducido en su cuerpo tantos años; y ahora no era precisamente la ocasión, señaló Stephen, de preocuparse de quedar limpio, y eliminar todos los compuestos químicos y otros contaminantes que tan alegre o no tan alegremente tomamos, alegremente porque estamos sanos, tan sanos como podemos; hasta ahora, dijo Ira. Carne y patatas es lo que me gustaría que comiera, dijo Ursula melancólicamente. Y tallarines y salsa de almejas, agrego Greg. Y tortillas de huevos ricas en colesterol con mozzarella ahumada, sugirió Ivonne, que había volado desde Londres el fin de semana para verlo. Pastel de chocolate, dijo Frank. Tal vez pastel de chocolate no, dijo Ursula, ya come demasiado chocolate.

Y cuando, no enseguida sino solo tres semanas más tarde, lo volvieron a internar para administrarle el nuevo fármaco, lo que requirió largos y ocultos cabildeos con los médicos, él habló menos sobre el hecho de estar enfermo, según Donny, lo que parecía una buena señal, sintió Kate, una señal de que no se sentía como una víctima, que no sentía que *tenía* una enfermedad sino, más bien, que estaba viviendo *con* una enfermedad (¿ese en el tópico adecuado, no es así?), un arreglo más hospitalario, dijo Jan, una especie de cohabitación que implicaba que era algo temporal, que podía terminarse, pero terminarse cómo, dijo Hilda, y cuando dices hospitalario, Jan, yo oigo hospital. Y resultaba alentador, insistió Stephen, que desde el principio, por lo menos desde el momento en que por fin lo convencieron de que llamara al médico, estaba dispuesto a decir el nombre de la enfermedad, pronunciarla a menudo y sin dificultad, como si solo fuera otra palabra, como chico o galería o cigarrillo o dinero, como si tal cosa, Paolo interpuso, porque, continuó Stephen, enunciar el nombre es una señal de salud, es una señal de que uno ha aceptado ser lo que es, mortal, vulnerable, no eximido, ni una excepción al fin y al cabo, es una señal de que uno está dispuesto a luchar por su propia vida. Y también debemos decir el nombre, y a menudo, agregó Tanya, no debemos quedarnos atrás en sinceridad, o dejarle sentir que, una vez hecho el esfuerzo de ser sinceros, que ya hemos cumplido y puede pasar a hacer otras cosas. Uno está mucho mejor preparado para ayudarlo, replicó Wesley. De algún modo, tiene suerte, dijo Ivonne, que se había ocupado de un problema en la tienda de Nueva York y regresaba esa noche a Londres, sin duda, afortunado, dijo Wesley, nadie lo evita, continuó Yvonne, nadie tiene miedo de abrazarlo o besarlo levemente en los labios, en Londres, como siempre, vamos con varios años de retraso comparados con vosotros; sé

de gente que ni remotamente corre peligro y que está aterrada, pero me impresiona lo tranquilos y racionales que sois vosotros; te parecemos tranquilos, preguntó Quentin. Pero debo decir, se cuenta que él dijo, estoy aterrado, me cuesta mucho leer (y ya sabéis cuánto le gusta leer, dijo Greg; sí, la lectura es su televisión, dijo Paolo) o pensar, pero no me siento histérico. Yo me siento muy histérico, le dijo Lewis a Yvonne. Pero podéis *hacer* algo por él, es maravilloso, cómo me habría gustado quedarme más tiempo, Yvonne respondió, no puedo dejar de pensar lo conmovedora que es esta utopía de la amistad que vosotros habéis convocado a su alrededor (esta patética utopía, dijo Kate), de manera que la enfermedad, concluyó Yvonne, ya no está allá, afuera. Sí, no creéis que estamos más familiarizados aquí, con él, con la enfermedad, dijo Tanya, porque la enfermedad imaginaria es mucho peor que la realidad de él, a quien todos queremos, cada uno a su manera, que tiene esa enfermedad. Para mí, el hecho de que él la contrajera ha desmitificado la enfermedad, dijo Jan, no siento miedo, no estoy aterrado, como lo estuve cuando enfermó, cuando solo eran noticias sobre personas apenas conocidas, a quienes no volví a ver tras la enfermedad. Pero sabes que no vas a contraerla, dijo Quentin, a lo que Ellen replicó, hablando por ella misma, no se trata de eso, y posiblemente sea falso, mi ginecólogo dice que todas las personas corren el riesgo, todos los que tengan vida sexual, porque la sexualidad es una cadena que nos vincula a muchos otros, otros desconocidos, y ahora la gran cadena del ser se ha convertido también en la cadena de la muerte. No es igual para ti, insistió Quentin, no es igual para ti como lo es para mí o para Lewis o Frank o Paolo o Max, yo estoy cada vez más asustado, y tengo todas las razones para estarlo. No pienso si corro peligro o no, dijo Hilda, sé que me asustaba conocer a alguien que tuviera la enfermedad, me asustaba lo que vería, lo que sentiría, y después del primer día que vine al hospital me sentí muy aliviada. Nunca volveré a sentirme así, a sentir ese miedo; él no me parece distinto a mí. No lo es, dijo Quentin.

Según Lewis, él hablaba más a menudo de los que lo visitaban más a menudo, lo que es natural, dijo Betsy, creo que incluso lleva la cuenta. Y entre los que vinieron o hablaron por teléfono todos los días, el círculo más íntimo, digamos, los que obtenían más puntos, había además otra competición, que era lo que ponía de los nervios a Besty, como se lo confesó a Jan: siempre hay esas vulgares manipulaciones para estar junto a la cabecera de los enfermos graves, y si bien todos nos sentimos llenos de virtud por nuestra lealtad (habla por ti, dijo Jan), hasta el punto de que le dedicamos nuestro tiempo todos los días, o casi todos los días, si bien algunos de nosotros hemos dejado de venir, como señaló Xavier, acaso no le sacamos al menos tanto provecho a ello como él. Lo crees, preguntó Jan. Rivalizamos para obtener la señal de que una visita ha sido especialmente placentera, queremos sentirnos los más requeridos, los verdaderamente más cercanos y más estimados, lo cual es inevitable tratándose de alguien que no tiene pareja e hijos o un amante oficial que viva con él, jerarquías que nadie se atrevería a

discutir, Besty continuó, de manera que somos la familia fundada por él, sin proponérselo, sin títulos oficiales ni rango (nosotros, nosotros, refunfuñó Quentin); y es tan evidente, si bien algunos de nosotros, Lewis y Quentin y Tanya y Paolo, entre otros, son examantes y todos nosotros más o menos amigos, a cuál de nosotros prefiere, dijo Victor (ahora somos nosotros, bramó Quentin) porque a veces pienso que espera más la visita de Aileen, que ha venido solo tres veces, dos al hospital y una después de que volvió a casa, que a ti o a mí; pero, según Tanya, después de quedar muy desilusionado de que Aileen no hubiese venido, ahora estaba enfadado, mientras, según Xavier, no estaba realmente ofendido sino conmovedoramente pasivo, al aceptar la ausencia de Aileen como algo que de algún modo merecía. Pero está feliz de tener gente a su lado, dijo Lewis; dice que cuando no está acompañado le da mucho sueño, duerme (según Quentin), y después se anima cuando alguien llega, es importante que no se sienta nunca solo. Pero, dijo Victor, hay una persona de la que no ha tenido noticias, de quien probablemente le gustaría tener noticias más que de cualquiera de nosotros; pero ella no solo desapareció, aun inmediatamente después de separarse de él, y él sabe dónde vive ella ahora, dijo Kate, me dijo que la había llamado la pasada Nochebuena, y ella le dijo qué agradable saber de ti y Feliz Navidad, y él quedó destrozado, según Orson, y furioso y despectivo, según Ellen (qué esperabas de ella, dijo Wesley, estaba quemada), pero Kate se preguntaba si él no habría llamado a Nora en medio de una noche de insomnio, cuál es la diferencia horaria, y Quentin dijo que no, no lo creo, creo que a él no le hubiera gustado que ella se enterara.

Y cuando se sintió aún mejor y había recuperado el peso que había perdido en el hospital, aunque la nevera se había empezado a llenar con germen de trigo orgánico y pomelos y leche descremada (está preocupado por su colesterol, se lamentó Stephen) y le dijo a Quentin que ahora podía arreglárselas solo, y lo hacía, empezó a preguntarles a todos los que lo visitaban qué aspecto tenía, y todos le decían que estaba muy bien, mucho mejor que hacía unas semanas, lo que no cuadraba con lo que le habían dicho en aquel momento; pero ocurría que se había vuelto cada vez más difícil saber qué aspecto tenía, contestar a esa pregunta con sinceridad cuando entre ellos querían ser sinceros, tanto por honradez (pensaba Donny) como para prepararse para lo peor, porque había tenido *ese* aspecto durante tanto tiempo, al menos parecía mucho tiempo, que es como si siempre hubiera estado así, qué aspecto tenía antes, pero habían transcurrido unos pocos meses, y esas palabras, pálido y descolorido y frágil, ¿acaso no las habían aplicado siempre? Y un jueves Ellen, al encontrarse con Lewis en la puerta del edificio, dijo, mientras subían juntos en el ascensor, ¿cómo está en *realidad*? Pero ya ves cómo está, dijo Lewis ásperamente, está bien, está muy sano, y Ellen entendió que por supuesto Lewis no creía que estuviera muy sano sino que no había empeorado, y eso era cierto, pero acaso no era casi despiadado, digamos, hablar así. A mí me parece inofensivo, dijo Quentin, pero entiendo lo que quieres decir, recuerdo una vez que

hablando con Frank, alguien que, después de todo, trabaja como voluntario cinco horas a la semana en el Centro de Atención (lo sé, dijo Ellen), y Frank se refería a un tipo al que le habían diagnosticado la enfermedad casi un año antes, y más adelante se quejaba por teléfono con Frank sobre la indiferencia de un médico, y estaba insultando al médico, y Frank le respondía que no había razón para alterarse, lo que implicaba que *él*, Frank, no se habría comportado de un modo tan irracional, y le dije, apenas podía contener mi desprecio, pero Frank, Frank, tiene todas las razones para estar alterado, se está muriendo, y Frank dijo, dijo según Quentin, ah, no quiero pensar sobre el asunto en esos términos.

Y fue cuando todavía estaba en su casa, recuperándose, recibiendo su tratamiento semanal, incapaz todavía de trabajar mucho, se quejaba él, pero, según Quentin, levantado y andando la mayor parte del tiempo y apareciendo en la oficina varios días por semana, que llegaron malas noticias sobre dos personas apenas conocidas, una en Houston y otra en París, noticias que fueron interceptadas por Quentin con el argumento de que solo lo deprimirían, pero Stephen replicó que estaba mal mentirle, era muy importante para él vivir en la verdad; esa había sido una de sus primeras victorias, era franco, estaba incluso dispuesto a hacer bromas sobre la enfermedad, pero Ellen dijo que no convenía darle esa sensación de fin del mundo, demasiadas personas estaban enfermando, se estaba convirtiendo en un destino común que tal vez parte de la voluntad de luchar por su vida se consumiría si parecía algo tan natural como, digamos, la muerte. Oh, dijo Hilda, que no conocía personalmente ni al que vivía en Houston ni al que vivía en París, pero había oído *del* que vivía en París, un pianista especializado en música checa y polaca del siglo xx, tengo sus discos, es una persona muy valiosa y, cuando Kate la miró con ira, continuó a la defensiva, sé que cada vida es igualmente sagrada, pero se trata de una reflexión, otra reflexión, quiero decir, todas esas personas valiosas que no llegarán a los ochenta como hasta ahora, a esa gente no la van a reemplazar, y es una pérdida enorme para la cultura. Pero esto no seguirá siendo así para siempre, dijo Wesley, no puede seguir siendo así, ya ellos descubrirán algo (ellos, ellos, murmuró Stephen), pero has pensado, dijo Greg, que si algunos no mueren, quiero decir que si pueden conservarlos con vida (ellos, ellos, murmuró Kate), siguen siendo portadores, y eso quiere decir, si tienes conciencia, que nunca más podrás hacer el amor, hacer el amor plenamente, como te gustaría; lascivamente, dijo Ira. Pero es mejor que morir, dijo Frank. Y a pesar de todo lo que dice sobre el futuro, cuando se mostró esperanzado, según Quentin, nunca mencionó la posibilidad de que aun si no moría, si era tan afortunado de pertenecer a la primera generación de sobrevivientes a la enfermedad, nunca mencionó, confirmó Kate, que en cualquier caso había terminado la manera como había vivido hasta ahora, aunque según Ira, él sí pensaba en ello, el final de la bravata, el final de la locura, el final de confiar en la vida, el final de dar la vida por supuesta y de vivir como si, a la manera de

los samuráis, pensaba que podía deshacerse de ella a la ligera, con insolencia; y Kate recordó, suspirando, una breve conversación que ella insistió en entablar hace dos años, apiñados en una banqueta cubierta por una alfombra industrial gris acero en una planta superior de The Prophet y dando unas caladas mientras se preparaban para salir a la pista de baile otra vez: ella dijo vacilante, porque parecía una tontería pedirle a un príncipe del libertinaje que, bueno, que se cuidara, y ella no se proponía hacer de hermana mayor, un papel, como lo confirmó Hilda, que él inspiraba en muchas mujeres, estás tomando precauciones, querido, ya sabes a lo que me refiero. Y él respondió, continuó Kate, no, ninguna, mira, no puedo, sencillamente no puedo, el sexo es demasiado importante para mí, siempre lo ha sido (empezó a hablar así, según Victor, después de que Nora lo dejó), y si me contagio, bueno, me contagio. Pero ahora no hablaría así, no es verdad, dijo Greg; se debe de sentir muy tonto ahora, dijo Betsy, como alguien que siguió fumando, diciendo que no puede dejar el cigarrillo, pero cuando aparece la radiografía desfavorable hasta el más empedernido adicto a la nicotina deja de fumar inmediatamente. Pero el sexo no es como el cigarrillo, ¿no?, dijo Frank, y, además, qué ganamos con recordar que él era imprudente, dijo Lewis con enfado, lo asombroso es que basta con tener mala suerte una vez, y acaso no se sentiría aun peor si lo hubiera dejado hace tres años y la hubiera contraído de todos modos, puesto que una de las características más terribles de la enfermedad es que no sabes cuándo la contrajiste, pudo haber sido hace diez años, porque seguramente esta enfermedad ha existido durante muchos años, mucho antes de que la reconocieran; es decir, que la nombraran. Quién sabe cuánto tiempo (pienso mucho en eso, dijo Max) y quién sabe (sé lo que vas a decir, interrumpió Stephen) cuántos van a contraerla.

Me encuentro bien, se cuenta que decía siempre que alguien le preguntaba cómo estaba, que era casi siempre la primera pregunta que le hacían. O: Me encuentro mejor, ¿cómo estás tú? Pero también decía otras cosas. Juego a la pídola conmigo mismo, se cuenta que dijo, según Victor. Y: debe de haber alguna manera de obtener algo positivo de esta situación, se cuenta que le dijo a Kate. Qué americano, dijo Paolo. Bueno, dijo Betsy, ya conoces la actitud en Estados Unidos: al mal tiempo buena cara. Lo que estoy seguro que no podría soportar, Jan contó que le dijo, es que me desfigurara, pero Stephen se apresuró a señalar que la enfermedad ya no suele adoptar esa variante, su perfil está mutando, y, al conversar con Ellen, acarreaba términos como barrera hematoencefálica; nunca pensé que *allí* hubiera una barrera, dijo Jan. Pero él no debe enterarse de lo que le pasó a Max, dijo Ellen, eso realmente lo deprimiría, por favor no se lo digáis, tendrá que saberlo, dijo Quentin, serio, y se pondrá furioso si no se lo cuentan. Pero queda tiempo para eso, cuando quiten a Max del respirador, dijo Ellen; pero no es increíble, dijo Frank, Max estaba bien, no se sentía nada enfermo, y de pronto despertar con una fiebre de más de cuarenta grados, incapaz de respirar, pero así suele empezar, sin ninguna advertencia, dijo Stephen, la enfermedad tiene tantas formas. Y

cuando, después de que pasara otra semana, él le preguntó a Quentin dónde estaba Max, no puso en duda la versión de Quentin sobre una escapada a las Bahamas, pero entonces el número de visitantes disminuyó, en parte porque las viejas rencillas, que habían sido olvidadas durante la primera hospitalización y el regreso a casa, se habían reanudado, y la vacilante enemistad entre Lewis y Frank estalló, aunque Kate hiciera lo posible para mediar entre ellos, y también porque él mismo había hecho algo para aflojar los lazos de cariño que unían a los amigos a su alrededor, al parecer por darlos por supuestos, como si fuera absolutamente normal que tantas personas dispusieran de tanto tiempo y atención para él, que lo visitaran cada pocos días, que hablaran de él incesantemente por teléfono; pero no se trataba, según Paolo, de que él estuviera menos agradecido, sino que se estaba acostumbrando a las visitas. Se había transformado, con el tiempo, en una situación más corriente, una especie de fiesta continua, primero en el hospital y ahora desde que estaba en su casa, apenas repuesto, es evidente, dijo Robert, que estoy en la lista B; pero Kate dijo, eso es absurdo, no hay ninguna lista; y Victor dijo, pero sí la hay, solo que no es él sino Quentin quien la está haciendo. Él nos quiere ver, lo ayudamos, debemos hacerlo como él quiere, se cayó ayer cuando iba al baño, no hay que contarle lo de Max (pero ya lo sabía, según Donny), las cosas están empeorando.

Cuando estaba en mi casa, se cuenta que dijo, tenía miedo de dormir cuando me vencía el sueño, cada noche me ocurría eso, era como si me cayera por un agujero negro, dormir era como ceder a la muerte, dormía todas las noches con la luz encendida; pero aquí, en el hospital, siento menos miedo. Y a Quentin le dijo, una mañana, el miedo se abalanza sobre mí, me desgarra; y a Ira, me aprieta, me estruja hacia mí mismo. El miedo da a todo su matiz, es excitante. Me siento, cómo decirlo, tan exaltado, le dijo a Quentin. La calamidad es un viaje alucinante también. A veces me siento *muy* bien, muy fuerte, es como si pudiera salirme de mí mismo. ¿Me estoy volviendo loco, o qué? ¿Es debido a toda esta atención y estos mimos que recibo de todos, como el sueño de un niño de ser querido? ¿Son las medicinas? Sé que parece una locura pero a veces pienso que esta es una experiencia *fantástica*, dijo tímidamente; pero también estaba ese mal sabor de boca, la presión en la cabeza y en el cogote, las encías rojas, sangrantes, la dificultad para respirar, quizá fueran los lóbulos rosáceos, y su palidez de marfil, de color chocolate blanco. Entre los que lloraron cuando se les dijo por teléfono que él había vuelto al hospital estaban Kate y Stephen (a los que había llamado Quentin) y Ellen, Victor, Aileen y Lewis (a los que había llamado Kate) y Xavier y Ursula (a los que había llamado Stephen). Entre los que no lloraron estaba Hilda, que dijo que acababa de enterarse de que su anciana tía de setenta y cinco años se estaba muriendo de la enfermedad, que había contraído por una transfusión con motivo de su exitosa derivación coronaria doble hacía cinco años, y Frank y Donny y Betsy, pero esto no quería decir, según Tanya, que no estaban conmovidos y consternados, y Quentin pensó que probablemente no volverían pronto al hospital sino que mandarían

regalos; la habitación, era privada esta vez, se estaba llenando de flores y plantas y libros y cintas magnetofónicas. La alta marea de acritud apenas disimulada de las últimas semanas cuando estaba en su casa amainó hasta derivar en la rutina de las visitas de hospital, aunque no fueron pocos los que se molestaron porque Quentin tuviera a su cargo el libro de visitas (pero fue a Quentin a la que se le ocurrió la idea, señaló Lewis); entonces, para asegurar una corriente continua de visitantes, preferiblemente no más de dos a la vez (esta, la norma en todos los hospitales, no era aquí obligatoria, al menos no en esta planta; ya sea por bondad o ineficiencia, nadie podía saberlo), debían llamar a Quentin primero, para hallar un hueco, ya no había visitas ocasionales. Y ya no se podía impedir que su madre cogiera un avión y se instalara en un hotel cercano al hospital; pero él parecía menos molesto de su presencia diaria de lo que cabía esperar, dijo Quentin; Ellen dijo que solo a nosotros nos molestaba, crees que ella se va a quedar mucho tiempo. Era más fácil ser generosos entre nosotros al visitarlo aquí en el hospital, como señaló Donny, que cuando estaba en casa, donde a uno le importaba estar nunca solo con él; al venir aquí, de dos en dos, no cabe duda cuál es nuestro papel, cómo deberíamos comportarnos, cooperativos, graciosos, entretenidos, poco exigentes, alegres, es importante ser alegre, porque en todo este pavor hay también regocijo, como dijo el poeta, dijo Kate. (Sus ojos, sus ojos resplandecientes, dijo Lewis.) Los ojos de él parecían opacos, apagados, Wesley le dijo a Xavier, pero Betsy dijo que la cara de él, no solo los ojos, parecía espiritual, cálida; sea como sea, dijo Kate, nunca me he fijado mucho en sus ojos; y Stephen dijo, tengo miedo de lo que revelan mis ojos, la manera como lo miro, con demasiada intensidad, o una fingida indiferencia, dijo Victor. Y, a diferencia de cuando estaba en su casa, estaba afeitado todas las mañanas, a cualquier hora que lo visitaran; su cabello rizado siempre estaba peinado; pero se quejaba de que las enfermeras habían cambiado desde que había estado la vez anterior, y que no le gustaba el cambio, quería que todos fueran los mismos. La habitación estaba amueblada ahora con algunos de sus efectos personales (palabra rara para las cosas de uno, dijo Ellen), y Tanya trajo dibujos y una carta de su hijo disléxico de nueve años, que ahora escribía, desde que le compró un ordenador; y Donny trajo champán y globos, que acabaron atados al pie de la cama. Contadme algo de lo que está pasando, dijo él al despertar de una siesta y encontrarse a Donny y a Kate a un lado de su cama rebosantes de alegría; contadme un cuento, dijo él anhelante, dijo Donny, que no sabía qué decirle: *tú* eres el cuento, dijo Kate. Y Xavier trajo una escultura guatemalteca del siglo xviii que representa a San Sebastián con ojos que miraban a lo alto y la boca abierta, y cuando Tanya dijo qué es eso, un tributo al eros perdido, Xavier dijo que de donde él venía Sebastián era venerado como protector contra la peste. ¿La peste está simbolizada por las flechas? Simbolizada por las flechas. Todo lo que recuerda la gente es el cuerpo de un hermoso joven atado a un árbol, atravesado por flechas (de las que siempre parece olvidarse, interrumpió Tanya), la gente desconoce que la historia continúa, que cuando las mujeres cristianas vinieron a

enterrar al mártir lo encontraron todavía con vida y lo cuidaron hasta que recuperó la salud. Y él dijo, según Stephen, que no sabía que San Sebastián no murió. Es innegable, no es cierto, preguntó Kate por teléfono a Stephen, la fascinación de los moribundos. Me avergüenza. Estamos aprendiendo a morir, dijo Hilda, no estoy dispuesta a aprender, dijo Aileen; y Lewis, que venía directamente del otro hospital, el hospital donde estaba internado Max en cuidados intensivos, se encontró con Tanya, que salía del ascensor en el décimo piso, y hablaron a lo largo del iluminado pasillo más allá de las puertas abiertas, apartando la mirada de los otros pacientes hundidos en sus camas, con tubos en la nariz, bajo la luz azulada de los televisores, si hay algo que no soporto, le dijo Tanya a Lewis, es pensar en alguien agonizando con la televisión encendida.

Ahora tiene esa extraña, desalentadora indiferencia, dijo Ellen, eso es lo que perturba, aunque resulte más fácil estar con él. A veces estaba irritable. No puedo soportar a las que vienen todas las mañanas a sacarme sangre, qué hacen con toda esa sangre, se cuenta que dijo; pero dónde había quedado su cólera, se preguntó Jan. Casi siempre era agradable estar con él, siempre preguntando como estás *tú*, como te sientes. Es tan encantador ahora, dijo Aileen. Es tan agradable, dijo Tanya. (Agradable, agradable, se quejaba Paolo.) Al principio estaba muy enfermo, pero estaba reponiéndose, según la información que tenía Stephen, no había temor de que esta vez no se recuperara, y la doctora dijo que lo daría de alta al cabo de diez días si todo iba bien, y convencieron a la madre de que regresara a Mississippi, y Quentin estaba preparando el ático para cuando volviera. Y todavía seguía escribiendo su diario, sin mostrárselo a nadie, si bien Tanya, la primera en llegar una mañana de fines del invierno, al encontrarlo adormecido, atisbó y se horrorizó, según Greg, no por algo que hubiese leído sino por el cambio gradual de su letra: en las páginas recientes garabateaba, era menos legible y algunas líneas de la caligrafía se desviaban e inclinaban. Estaba pensando, le dijo Ursula a Quentin, que la diferencia entre un relato y un cuadro o una fotografía es que en el relato se puede escribir: Todavía está vivo. Pero en un cuadro o en una foto no se pude indicar «todavía». Solo puedes mostrarlo vivo. Todavía está vivo, dijo Stephen.

DESCRIPCIÓN (DE UNA DESCRIPCIÓN)

Un día a las once de la mañana hace poco una frase que se demora. La memorabilia son las cosas dignas de recordarse, no las que se recuerdan. Puedes haber olvidado y entonces todo eso mismo vuelve. Es mejor una imprecisión meticulosa. Doy la hora (once, mañana) pero no el lugar (¿Nueva Inglaterra?). Esboza, si te parece, un cuadro de género. Taberna, iglesia. Cencerros, campanas. Mi insomnio, mis pesadillas: ya era tarde. Había dejado mi encantador cuarto de techo bajo, la funda de una privacidad neurasténica, y ya me encontraba en la calle, cerca de la oficina de correos de donde te había enviado tantas cartas abyectas. Bajo un sol mandarina de invierno y nubes desgarradas. En camino

un hombre se desplomó de pronto frente a mí tijereteando el magnífico listón de mi caminata. Alguien desconocido para mí: mesomorfo de traje azul. Había poca gente en la calle, y resulta que yo pasaba por ahí: caminando detrás de él, demorándome. Estaba tendido en el bordillo, su mejilla derecha contra el pavimento helado. Estropeo el cuadro de género: techos de paja, tres centímetros de nieve en la calle

como si lo hubiera fulminado un rayo lo que dará la idea de que fue repentino (nada me había preparado para este drama) y que la causa no era evidente. Nadie le rompió el cráneo con un hacha de guerra. No hubo disparo de pistola. Yo nada tenía que ver con su desgracia

y todas las mujeres que estaban cerca gritaron; era poco común ver a alguien vestido de manera respetable derrumbarse. Los respetables se mantienen verticales. El derroche del clima en la aldea, la sobriedad de los modales en la aldea. Pero como este no es un cuento moderno, la gente no era indiferente. ¿Suiza o el siglo XIX? Las mujeres estaban sorprendidas, temerosas, consternadas. ¿Quiénes? Por ejemplo, la jorobada del puesto de periódicos con su gorra granjera de cuero negro y orejeras alzadas. ¿Otras? Otras, también. No solo mujeres, por supuesto. Pero nadie hizo nada. Mi reacción fue distinta.

yo misma lo puse en pie el cuerpo pesado que no se había desmayado realmente sino quizá tan solo sucumbió a la llamada del suelo. Forcejeé con su peso en mis brazos, sentí que su cuerpo se expandía. Era mucho mayor que yo, el tiempo se le había venido encima. No era un depredador sino alguien en trance de fallecimiento. Su fuerza de gravedad natural, su natural inercia. Recuerdo su respiración espasmódica.

y lo ayudé le limpié el abrigo y coloqué las gafas de nuevo en su estrecha e inteligente cara gris y con ello lo recuperé de la inminencia. No llevaba sombrero y le limpié la coronilla. Un acto de intimidad. Oí que salía de él un extraño murmullo.

hasta que recobró la voz: porque cuando ya pudo hablar me di cuenta de que estaba lo bastante bien para seguir. Comenzó a hablar. Me dijo que se llamaba Ralph y que lo habían excarcelado hacía tres semanas; que su mujer lo había abandonado; que tenía muchos enemigos. Dejé que sus palabras calaran en mi corazón. Lo puedes imaginar... si te interesa. A medida que hablaba, su cara se ensombrecía, teñida por el temor. Debió de querer de mí un poco de reciprocidad animal.

durante ese lapso no se movió ni un músculo de mi rostro pero me sudaba la frente, las manos, y casi estoy segura de que levanté mis cejas circunflejas. Hubiera sido presuntuoso hablar así que permanecí estoica. Impasible

y no sentí nada, ni temor ni lástima, al menos eso me dije entonces aborrezco a la gente vulnerable no permito que otros me utilicen no soy un cálido refugio para almas desvalidas. Otros ofrecerán caricias y arrullos y mimos. Yo seré más consistente me he librado de la influencia de la piedad

pero hice lo que era preciso al escucharlo, al limpiarlo, al preguntarle si quería que lo llevara al médico (no) o le buscara un taxi (no, gracias). Su turbia sonrisa, sus ojos hinchados. Se tambaleó por la calle después de desearme un buen día. Quizá fue un malentendido colosal. ¿Estaría solo borracho? Estaba dispuesta a hacer algo más por él si hubiera hecho falta, su lacónica benefactora. Lo habría podido cubrir con palabras como con una manta. Mi vieja sensación de que el mundo entero necesita que lo proteja. Vivimos tiempos terribles.

y proseguí tranquilamente mi camino. Con un dolor en las costillas por el esfuerzo. La sensación de haber sido eficaz, serena, suave; ni mucho, ni poco. ¿Acaso debí obedecer un impulso anormal? No. No me avergonzaré de este momento.

Supongamos que alguien me hubiera advertido el día anterior como la gente suele hacer cuando te cuenta cosas, trata el tiempo como si estuviera ordenando la comida; como una película antes del estreno escucho con cuidado.

que mañana a las once de la mañana como una cita. ¿Seré tan predecible? Es verdad, diariamente a horas fijas pinto y dibujo al aire libre. Sin embargo, a las once de marras

podría haber estado de camino a un funeral, con un perrito siguiéndome el paso. Podría haber estado de camino a la estación del tren, para comenzar mis vacaciones de esquí. Podría haber estado comprando un periódico en la acera de enfrente

un hombre se desplomaría junto a mí de este modo: en realidad no frente a mí. Sin previo aviso. El mismo cuadro. Pero acaso detrás de la escuela más que al lado de la oficina de correos. Alguien con dientes podridos, una uña rota. Hiperdrama

habría padecido con antelación toda suerte de angustias al preguntarme si estaría presentable para la ocasión, al preguntarme qué era lo que le ocurría (¿una enfermedad?, ¿una pena?) me habría vuelto calculadora. Después de una terrible noche de insomnio me habría vestido para la ocasión, demasiado elegante (guantes blancos, un pañuelo de seda), habría estado húmeda, sudorosa. Y me habría encontrado aún más lejos de mi vieja inocencia y tranquilidad. ¿Es verdad que alguna vez fuimos felices?

y en el momento decisivo hay incisiones en la eternidad según las leyes de la fascinación, el tiempo parece detener el tiempo está suspendido en cuadro vivo. Reducida a un estado de hipersensibilidad.

en lugar de ayudar al hombre quizá habría hecho lo mismo. Caerme. Entonces habríamos sido dos, pronos junto al bordillo. Como fulminados por un rayo. Necesitados de la ayuda de una tercera persona, que pasara por allí…

Pues mientras tanto el lapso entre la notificación y el hecho… pero ¿quién habría podido prever semejante hecho? Nadie. Nadie, es decir, a menos que se crea que hay gente con el don de la profecía, excepto la persona que iba a derribar al hombre… Todo ello es, de hecho, fascinante.

todos los impulsos posibles habrían tenido tiempo de imaginar la experiencia ¿y sus impulsos? Y estar preparada. Advertida, habría podido traer las sales aromáticas, una carretilla.

y comentarla. Diciéndome cómo he de sentirme. Podía haber evitado esa calle a las once. Pero ¿por qué? Hay mucho que decir de un momento de certidumbre. Un desorden lleva a otro. Me sentía frágil. Me abandonarás. Estás tranquila, eres muy cortés; yo, en cambio, estoy sumida en la mala conducta de la desesperación… lloro, suplico, miento, insulto. Estos días duermo muy poco, tengo mucho que aprender. Cómo luchar, cómo cometer acciones desagradables, cómo parodiarme a mí misma. Mi

malestar, mi fervor evangélico. Todo debe ser aceptado. Descubro en quién me he convertido.

¿Qué son entonces nuestras experiencias? Eso que nos acontece, aquello para lo que no estamos preparados. Mi campaña de egoísmo ilustrado: a veces logro extraer serenidad de mis insignificantes terrores. Cada acontecimiento tiene una pequeña etiqueta. La cual dice: y pensar que esto, también, está dentro del ámbito de lo posible.

Mucho más siempre hay más siempre estamos tratando de prepararnos. Cómo enfrentarse a los otros sin temor ni debilidad.

lo que ponemos en ellas Sabía que no me amabas y que jamás me harías feliz pero no podía renunciar a mi amor por ti mi yo idílico.

¡que lo que ya contienen! No había razón alguna para reaccionar se podía seguir caminando pero yo quería mostrar que era fuerte y competente. Sin gestos grandiosos. Despojada de dignidad me conduje con dignidad sé que cometí muchos errores contigo.

¿O debemos llegar tan lejos para decir que Estar contigo es como vivir con una bomba de incesante tictac. Siempre estoy empezando, esforzándome por oír un cambio en el sonido, ese leve titubeo, el cambio de ritmo antes de que esa maldita cosa estalle.

en sí mismas las experiencias, si pueden llamarse así, o la sensación de vacío. Tictac. Quizá no estalle. Me puedo acostumbrar a moverme despacio.

¿nada contienen? Ya no hay nada. No estoy languideciendo. Pero se puede olvidar todo y entonces todo eso mismo vuelve, realzado con fantasías violentas.

¿Experimentar es inventar? Mi soledad vigilante. Como una Robinson Crusoe urbana, he contado esta historia muchas veces.

EL MUY CÓMICO LAMENTO DE PÍRAMO Y TISBE

(Un interludio)

MURO: Así es como Muro su papel termina y, ya terminado, Muro se retira.

El sueño de una noche de verano

(acto quinto, escena primera)

TISBE: Ya no está aquí.

PÍRAMO: Nos separaba. Nos añorábamos. Nos distanciamos.

TISBE: Siempre estaba pensando en él.

PÍRAMO: Creía que estabas pensando en mí.

TISBE: ¡No, no! *(Le da un beso.)* Cuántas veces te he tranquilizado. Pero estoy hablando de lo que no dije. Con cada frase que pronunciaba, había otra, media frase no dicha: «Y el muro…». Ejemplo: Voy al Paris Bar.

PÍRAMO: «Y el muro…»

TISBE: Ejemplo: ¿Qué ponen en el Arsenal esta noche?

PÍRAMO: «Y el muro…»

TISBE: Ejemplo: Lo de los turcos en Kreuzberg es terrible.

PÍRAMO: «Y el muro…»

TISBE: Precisamente.

PÍRAMO: Fue una tragedia. ¿Ahora será una comedia?

TISBE: No seremos normales, ¿verdad?

PÍRAMO: ¿Eso quiere decir que podemos hacer lo que nos venga en gana?

TISBE: Me empiezo a sentir un poco nostálgica. Ah, el corazón humano es muy veleidoso.

PÍRAMO: ¡Tisbe!

TISBE: ¡No me refiero a ti, querido! Ya sabes que siempre seré tuya. Quiero decir, tú siempre serás mío. Pero por supuesto que es lo mismo, ¿no? No, estoy pensando en… ya sabes. Lo echo en falta.

PÍRAMO: ¡Tisbe!

TISBE: Solo un poco. *(Ve que Píramo frunce el ceño.)* Sonríe, querido. ¡Ay, esta gente es tan seria!

PÍRAMO: He sufrido.

TISBE: Yo también, a mi modo. No como tú, claro. Pero no siempre fue fácil por aquí tampoco.

PÍRAMO: No peleemos.

TISBE: ¿Pelear? *¿Nosotros?* ¡Nunca! *(Ruido de pica-muros.)*

¡Escucha! ¡Qué sonido tan asombroso!

PÍRAMO: Ojalá hubiera traído mi grabadora. Es una Sony.

TISBE: Me alegra que ya puedas comprar lo que te apetezca. No me había dado cuenta de que fueras *tan* pobre.

PÍRAMO: Fue terrible. Pero, ya sabes, fue bueno para fortalecer el carácter.

TISBE: ¿Ves? Hasta tú puedes lamentarte. Una artista norteamericana me lo advirtió hace un año: Echarás de menos este muro. *(Espía a algunos pica-muros rociando de pintura su reserva de trozos del muro.)* Lo están mejorando.

PÍRAMO: No seamos nostálgicos.

TISBE: Pero estarás de acuerdo en que algo tuvo de bueno. Nos hizo distintos.

PÍRAMO: Seguiremos siendo distintos.

TISBE: No sé. Tantos coches. Tanta basura. Los pordioseros. Los peatones no esperan en la esquina a que el semáforo se ponga en verde. Los coches aparcados en la acera.

Entra el Espíritu de Nueva York.

ESPÍRITU: Ah, ciudad, te reconozco. Tus bares sados, tus festivales de cine independiente, tus ingentes cantidades de extranjeros de piel oscura, tus depredadores inmobiliarios, tus tiendas art déco, tu racismo, tus restaurantes mediterráneos, tus calles llenas de basura, tus bruscos obreros…

TISBE: ¡No! ¡Márchate! Esta es la Berkeley de Europa Central.

ESPÍRITU: Europa Central: un sueño. Tu Berkeley: un interludio. Esta será la Nueva York de Europa: ese fue siempre su destino. Solo pospuesto por apenas sesenta años.

El Espíritu de Nueva York desaparece.

TISBE: Bien, imagino que no será tan malo. Puesto que Nueva York no es Estados Unidos, esta ciudad no será…

PÍRAMO: Claro, claro, siempre que parezca desvencijada y también esté llena de extranjeros inoportunos. *(Suspira.)* No alberguemos muchas esperanzas.

TISBE: Ah, tengamos esperanzas. Seremos ricos. Solo es dinero.

PÍRAMO: Y poder. Me va a gustar.

TISBE: No recibiremos nada que no merezcamos. Estamos juntos. Somos libres.

PÍRAMO: Todo va muy deprisa. Y está costando demasiado.

TISBE: Nadie puede obligarnos a hacer lo que no queremos siempre que estemos juntos.

PÍRAMO: Lo paso mal pensando en los que tienen peor suerte que nosotros. Pero a veces lo recordaremos, ¿o no?

TISBE: Quiero olvidar estas historias viejas.

PÍRAMO: La historia es añoranza.

TISBE: Anímate, querido. El mundo está dividido en viejo y nuevo. Y siempre estaremos en el bando de los buenos. Desde ahora.

PÍRAMO: Goethe dijo…

TISBE: Ay, Goethe no.

PÍRAMO: De acuerdo.

TISBE: En un texto de Walter Benjamin…

PÍRAMO: ¡No, tampoco Benjamin!

TISBE: Bien. *(Permanecen callados unos momentos.)* Demos un paseo.

Miran una procesión de vendedores,

entre ellos algunos soldados rusos,

que cruzan un campo vacío.

PÍRAMO: Y pensar que *esa* era una tierra de nadie.

TISBE: ¿Qué venden?

PÍRAMO: De todo. Todo está en venta.

TISBE: Di que es mejor. ¡Por favor!

PÍRAMO: Claro que es mejor. No tenemos que morir.

TISBE: Entonces sigamos celebrándolo. Toma un poco de champán. Tómate una River Cola.

Beben.

PÍRAMO: Libertad al fin.

TISBE: Pero no tires la lata al suelo.

PÍRAMO: ¿Por quién me tomas?

TISBE: Perdona. Es que… lo siento. Sí, la libertad.

Telón.

UN PARSIFAL

Escena 1. Un paisaje (el bosque oscuro, el lago, las lágrimas). Gnomos de jardín. Una columna de luz.

JOVEN: Soy Parsifal. Aquí, según dicen, el tiempo se transforma en espacio.

AVESTRUZ: Lo dije yo. Antes se me daba muy bien explicar las cosas. Ahora observo.

JOVEN: Yo estoy de paso.

AVESTRUZ: Tú observas.

(Entra el REY DEL DOLOR *en una camilla motorizada, desnudo debajo de una gasa y con un tubo de oxígeno atado a la cara.)*

REY DEL DOLOR: Dolor. Sangre. Semen. Lágrimas. La herida. Estoy abierto. Soy culpable. Voy a morir.

(Cruza el escenario poco a poco,

de derecha a izquierda; sale.)

JOVEN: Ah.

AVESTRUZ: ¿Eso provoca que sufra tu corazón?

JOVEN: No lo sé.

AVESTRUZ: Estoy seguro de que tienes algún sentimiento, a pesar de la barbarie evidente de tu educación.

JOVEN: No se me da bien hablar. Puede que sea retrasado.

AVESTRUZ: Así no te vas a ganar mi compasión.

JOVEN: No, de verdad, soy una persona muy llana. Nunca he sentido la necesidad de ser distinto. ¿Debería ser distinto?

AVESTRUZ: Esperas algo de mí; algo paternal, quizá.

JOVEN: No lo sé.

AVESTRUZ: Pero te llamas Parsifal.

JOVEN: No lo sé. Digo cosas y luego no las recuerdo.

AVESTRUZ: Yo antes explicaba. Pero he cambiado. Las explicaciones han muerto. Tengo más por aprender que por transmitir.

JOVEN: ¿Qué es... «muerto»?

AVESTRUZ: Infeliz. ¿Y qué es eso? *(Señala una Uzi que el* JOVEN *lleva apoyada en el hombro.)* Me agotas la paciencia.

JOVEN: Ah, esto. Nada. En mi país todo el mundo tiene una.

(Entran DOS CABALLEROS *con armadura negra y la visera bajada que llevan un cisne muerto en una camilla.)*

CABALLERO 1: Has quebrantado nuestra ley, Parsifal.

JOVEN: Me he equivocado. No sé cómo me llamo. ¿Por qué sabe todo el mundo cómo me llamo? No sé quién soy. Reclamo la postura de la inocencia. De la ignorancia.

CABALLERO 2: *(Se quita el casco.)* Parsifal, has quebrantado nuestras leyes.

JOVEN: De la ignorancia. De la inocencia. *(Coge la Uzi y apunta al* CABALLERO 2.*)* Y dentro de un momento, cuando estés en el suelo con agujeros en el cuerpo y…

(Entra KUNDRY*, con los ojos bien abiertos y el pelo al viento.)*

KUNDRY: Alto, Parsifal. Tu huida del sentimiento ha terminado. Ha llegado el momento de llorar. Tu madre ha muerto.

(El JOVEN *se desploma.*

Los CABALLEROS 1 y 2 *confiscan la Uzi y se marchan.)*

KUNDRY: *(Ríe con amargura.)* Sí, así me imaginaba que reaccionaría.

AVESTRUZ: Déjalo en paz, Kundry. Tiene un futuro brillante.

JOVEN: *(Llora.)* Madre, madre, mi encantadora madre. Así que esto es la muerte.

KUNDRY: *(Se inclina, le da un beso en la frente.)* Sí, ahora sufre mi corazón.

AVESTRUZ: Está sucediendo. Está empezando. Estoy orgulloso. *(Pausa.)* No seas débil. No hay consuelo. Pero yo observo.

(KUNDRY *ayuda al* JOVEN *a levantarse.)*

AVESTRUZ: *(A* KUNDRY*.)* ¡Deja en paz al muchacho! *(Al* JOVEN*.)* Antes se creía que el avestruz incubaba sus huevos con la mirada y, si la apartaba aunque solo fuera un minuto, se pudrían.

JOVEN: ¿Eso es como los cuentos de hadas que me contaba mi madre? Ay, mi madre. *(Se apoya en* KUNDRY*.)* Ay, mi corazón.

AVESTRUZ: Se requiere una concentración sumamente infatigable, implacable, incesante e impoluta. Nunca hay que olvidar. Nunca hay que perderlos de vista. Todos los minutos son de concentración. Contar. *(Pausa.)* Además, se nos dice que si un huevo está malo el avestruz lo rompe.

KUNDRY: No sermonees. Estás confundiendo al chico. Procede de otro tiempo. A nadie le interesan las historias antiguas, el ajado tira y afloja del bien y el mal. Solo conocían los nombres. Unos nombres famosos y rutilantes.

AVESTRUZ: Por eso en las iglesias ortodoxas suelen colgarse huevos de avestruz del techo. Igual que el avestruz rompe el huevo podrido, Dios se ocupa de los malvados.

KUNDRY: No seas rencoroso. Llevo toda la vida sufriendo el rencor de los justos.

JOVEN: Mi madre...

KUNDRY: Pero mira a nuestro muchacho, nuestro Parsifal. Tú permitirías que desfalleciera. Voy a traerle agua.

(Sale.)

AVESTRUZ: Han pasado muchas cosas. No escuches a esa puta. Tienes un gran destino ante ti. Estoy observando. ¿Sabes lo que has presenciado?

JOVEN: No lo sé.

AVESTRUZ: Observa una vez más.

(Vuelve a entrar el REY DEL DOLOR *en su camilla, gimiendo y agarrándose el costado.)*

REY DEL DOLOR: Sangro. Soy culpable. ¿No me beberá nadie? Ay… *(Cruza el escenario muy despacio, de izquierda a derecha; sale.)*

AVESTRUZ: ¿Y bien?

JOVEN: A veces creo que lo entiendo.

AVESTRUZ: ¿Ahora? ¿Es ahora?

JOVEN: Y ese entendimiento se copia, se multiplica como las estrellas. Se lanza hacia el cielo como un delfín. *(Pausa.)* Pero entonces... No lo sé.

AVESTRUZ: Es la hora de tu rueda de prensa.

(Entran CIEN CABALLEROS *con armadura negra, la mayoría con la cara cubierta.)*

JOVEN: Tengo muy poco que decir. ¿Dónde está Kundry?

UN CABALLERO: Puedes decir lo que quieras. Ahora hay pocas expectativas.

JOVEN: No, me gustaría que tuviera sentido. No ambiciono todas las libertades.

AVESTRUZ: Despacio. Acuérdate del avestruz.

OTRO CABALLERO: No le sigas la corriente. *(Agarran al joven y se lo llevan a rastras del escenario.)*

Escena 2. Sala del Grial. Una enorme mesa ovalada de acero. Un huevo gigante colgado del techo.

JOVEN: Hay algunas preguntas personales que podría negarme a contestar. *(Los* CABALLEROS*, de pie detrás de la mesa, golpean los cascos con impaciencia. Uno se acerca y entrega al joven un micrófono gris rata.)* ¿Podría sentarme, por favor? *(Otro le trae una silla.)* Gracias. *(Se sienta.)*

AVESTRUZ: *(Al público, desde una posición elevada cerca del huevo.)* Me impresionaron sus modales intachables. No eran los que se esperaría de alguien con esos orígenes vulgares.

(Entra KUNDRY *con un vaso de agua.)*

KUNDRY: Regresos eternos.

JOVEN: Gracias.

KUNDRY: No tienes que darle las gracias a Kundry. Nadie le da las gracias a Kundry.

JOVEN: Qué injusto. *(Suspira.)* Pero no pretendo poner en tela de juicio cómo se hacen las cosas aquí. No he venido a alterar el orden existente, sino a la ensalzarlo. Soy sumamente ignorante. No leo si puedo evitarlo. Confío en lo que siento. Soy una persona muy espontánea.

(Entra KLINGSOR*, desnudo excepto por un taparrabos.)*

KLINGSOR: Kundry, échale una mano. Como solo sabes tú.

KUNDRY: *(Llevándose un dedo a los labios.)* Shhhhhh...

(El JOVEN *levanta el micrófono bien alto. Se vuelve rojo.*

Todo el mundo se queda callado. Se lo lleva a los labios.)

JOVEN: Sí, me he andado con rodeos y sí, estoy listo para empezar. *(Se detiene, de repente se apodera de él un intenso dolor. Respira hondo, vuelve a empezar.)* Sí, no entendí que matar al cisne estaba mal. Me crie en el amor a las armas. Me crie en un país violento. Era un cuerpo. Un cuerpo siempre en movimiento, incluso cuando estaba quieto. Apuntaba, disparaba. Mi madre me arrojó al mundo. Me metí en el paisaje. Avanzaba con rapidez. Entonces vi al viejo en una camilla. Descubrí la lentitud, la tristeza. Sí, estaba triste. Y sí, solté el arma. Me enseñaron qué es la vergüenza. Sí, ahora me arrepiento. Sí, me llamaron infeliz. Luego, quizá con excesiva facilidad, me llamaron santo. No, creo que no lo entendí. Mencionaron el Grial. Yo creía que era una persona, así que pregunté: «¿Quién es el Grial?». Se echaron a reír, les resultaba exasperante. Ahora parece divertido, sí. Me dijeron que ya descubriría si podía descubrirlo, si era el elegido. Estaba solo. Tengo que transformarme en otro. *(Hace una pausa.)* Más agua.

*(*KLINGSOR *le da otro vaso.)*

Muchas gracias.

(Bebe.)

No, por descontado, no empezó así. Era cierto que no podía hablar. No, no fingía. No, era inocente. Sí, era ignorante. No, eso no puedo saberlo. No, no me veo así. No, eso es demasiado personal. No, no era una misión. Sucedió sin más. No me corresponde explicarlo. Mi timidez, sí, ¿cómo pueden esperar que comente eso? No existió. Éramos pobres, los pájaros cantaban, engalanamos la falda de la montaña con velas. Nunca, no, eso no parecía molestar a nadie. No sé explicarlo, pero no me sorprendió, no. Miraba, escuchaba, veía luz por todas partes, en mi corazón había oscuridad. Encontré la meticulosidad del resplandor. Era frágil, empático. Todo el mundo se congregaba a mi alrededor, querían que los transformara. Por lo general era tarde. Esperaban. Yo no decía nada. Se acercaban más. Cuando me preguntaban les decía que no sabía. Y sí, sabía; sabía que no hablar, retener información, otorga un gran poder. Me responsabilicé de todo el mundo, no me responsabilicé de nadie. Eran un grupo, sí, una comunidad, sí, de anhelos, estaban perdidos, querían que los salvara. Yo no dije que fuera a salvar a nadie, cómo pueden imaginarse eso, pero me atribuyeron poderes y sí, me parecían propios, y cambiaron su vida por mí, estaban pendientes de mí cuando los necesitaba, para nuestro objetivo común, para nuestros rituales suntuosos, y fui cabecilla. Pero sí, no quería ser cabecilla. No querían verme la herida. *(Pausa.)* Yo no quería, y esa era mi fuerza, y me querían, sí, y traté de quedarme quieto. Traté de seguir moviéndome. Me movía más despacio. Me movía despacio para no estropear el cuadro. Quiero que el cuadro perdure.

(Hace una mueca. Parece decaído. Se levanta con esfuerzo.)

No, me encuentro bien. Sí, un muro de palabras. No lo pensaba. Querían un bárbaro. Querían un joven bien parecido. No hablé. Les dejé hacer lo que querían. Lo controlaba todo. Me miraban fijamente. Fui tierno, fui despiadado. Fui compasivo, fui indiferente. Sonreí con amabilidad. Iba a funcionar de las dos formas. Hicieron lo que pudieron. Me fui de vacaciones. Escribí postales. Volví. Estaban esperando. ¿Cómo iba a saber que lo que hiciera daría igual? Me pasé la noche en vela. Lo organizaron todo. Pero en mi nombre, sí, por supuesto. Era una institución. Me dijeron que querían que lo hiciera lo mejor posible. Lo hice lo mejor posible. Hice más. A veces tenían más juicio que yo. Sí, se lo permití. ¿Por qué no? Era a mí a quien conocían mejor que yo mismo.

(Se recuesta en la silla.)

Una cosa siguió a la otra. Lentamente.

KLINGSOR: *(Burlándose.)* ¿Y qué es eso que tienes entre las piernas?, ¿vas a cortártelo? También tiene voluntad propia.

JOVEN: Dinero sexo drogas limusinas. No, no niego mi relación con Kundry. ¿Quién dice que no tenía sentimientos impuros? No los tengo. El icor viviente. La normalidad psicótica. Los jóvenes envejecieron. Trabajé mucho y creía que me merecía relajarme. Salí y me permití acariciar y que me acariciaran en el parque, en el campo de golf, en el museo, en el jet privado. No sucedía nada. Todo estaba en suspensión. Cogí un avión. Vi el barco soldado al horizonte. Me fui a casa de Kundry. Después de la fiesta, sí, era tarde. Vi el coche patrulla aparcado delante con su cereza intermitente. Me colé por la puerta de atrás. Claro que estoy siendo sincero. ¿Por qué no iba a ser sincero?

AVESTRUZ: *(Al público, desde lo alto.)* Sigue siendo algo ingenuo. Os está diciendo que siente esa herida.

JOVEN: Deseaba a Kundry. *(Pausa.)* A mí me ha deseado mucha gente. *(Pausa.)* No tenía tiempo. Hice que avanzara muy despacio. Murió a mis pies. *(*KUNDRY *se desploma, muerta.)* Me negué a amarla. Dejé que muriera a mis pies.

(Salen algunos CABALLEROS*, que regresan con un patíbulo con ruedas. El* JOVEN *sube muy despacio mientras sigue hablando.)*

Esto es una obra de teatro, esto es una muerte, esto es la lentitud. Si reducimos la velocidad lo suficiente no moriremos nunca. *(Llega a lo alto del patíbulo.)* Si nos movemos, nos adentramos en el futuro. Moriremos.

(Se queda inmóvil. Se encienden las luces.)

No moriremos.

Se apagan las luces.

Telón.

DIÁLOGO ENTRE UNA DESCENDIENTE DE NOÉ Y UN PÁJARO

—Cuéntame un cuento —dijo una de las descendientes de Noé—. Sí, cuéntame un cuento.

—¿De qué clase? Mmmm. Puedo contarte uno con final feliz.

—No seas condescendiente. Puedo tolerarlo. Solo cuéntame un cuento.

—Entonces te contaré uno con final triste. Pero después de un rato ya no prestarás atención. Estarás inquieta, con la mirada distraída. Y te preguntaré lo que ocurre y me responderás que ya has oído ese cuento antes. Me dirás que no tenía por qué haber terminado tan mal.

—¿Solo hay dos clases de cuentos? No es cierto.

—Ay, el cielo es amplio. Ay, el océano, profundo. Y todos los cuentos ya han sido contados, ay, ay, ay…

—¡Basta! Solo quieres atemorizarme. Pero es inútil, no tiene remedio. Debo mantener el ánimo en alto. Sé que eres un pájaro agorero. Te *gusta* atemorizarme.

—¿Agorero yo? Te equivocas. Me encanta estar vivo. Precipitarme, lanzarme y posarme donde me apetece. Lo que ocurre es que si observo mi entorno no puedo sentir más que desánimo.

—Escucha, se supone que eres el portador de buenas nuevas.

—Solo puedo relatar lo que veo.

—Pues vuela, entonces. Y no vuelvas hasta que puedas contar algo optimista.

—¿Ves? Te lo dije, no quieres oír malas noticias.

—Vaya, es que no quiero escuchar malas noticias siempre. No me lo reproches.

—Bien, lo intentaré de nuevo. No creas que me gustan las calamidades, claro que no. Así que quieta aquí y déjame echar otro vistazo.

—¡Espera!

—¿Qué?

—No te distraigas por ahí. Quiero decir, no hagas el tonto. Es decir, solo trae las noticias.

—Primero me riñes por agorero, y ahora me reprochas que lo pase bien. Pero no puedo evitarlo. El éxtasis es lo mío. Soy un artista, ya lo sabes.

—¿El éxtasis, dónde?

—Por doquier.

—Vaya suerte.

—Qué, ¿nunca lo has sentido?

—Claro, pero…

—Sí, ya sé. Pero entonces algo te desanima. Cargas con todas estas posesiones que tanto te importan y tienes que guardar y reemplazar, y todos tus ambiciosos proyectos y tu crasa parentela, y …

—No hables de mis parientes, ¿te queda claro? Se esfuerzan mucho.

—Todos os esforzáis. Sobre todo en ignorar las malas noticias hasta que vienen a posarse en tu regazo.

—¿Y por qué no habríamos de albergar esperanzas? Considera a cuánto hemos logrado sobreponernos. Y aquí estamos, todavía. Perduraremos. Lo sé.

—Eso espero. Ojalá estés en lo cierto. En todo caso, ya me voy.

—Pero ¿volverás?

—Sin duda.

—¿Me lo prometes?

—Desde luego que volveré.

—¡Vaya, te has retrasado!

—Lo siento. Me lo estaba pasando bien.

—¿Y qué más?

—Estaba buscando buenas noticias.

—¿Y?

—Pues bien, siempre hay alguna buena noticia, si eso es lo que quieres saber. Te ruego que no creas que disfruto con tu preocupación.

—Vamos, preocúpame.

—Nada parece estar marchando muy bien allá. Vi cosas muy perturbadoras.

—Estoy seguro de que te desviaste para encontrarlas.

—No hizo falta ir muy lejos.

—Quizá no te parezcan bien a ti. Quizá mi punto de vista es distinto.

—Muy bien, prueba tú. Traigo algunas fotos.

—Vaya, fotos. ¡Qué bien!

—Míralas.

—¡Dios mío, es la luna! Las aguas retrocedieron y recalamos en la luna. Alabado sea el Señor.

—No, es el desierto.

—Ah. Mira, estas son magníficas.

—Gracias.

—Me parece muy hermoso. Estos dorados, rosados y castaños. Y el cielo. Y la luz. No veo que haya nada malo.

—Bien, no se trata solo de mirar. Tienes que saber lo que ha estado sucediendo. Hay un cuento que acompaña las fotos. Cuando conoces el cuento, las fotos cobran otro sentido.

—Ya sé, ahora me vas a venir con lo de la maldad humana. Ya me sé la historia. Por eso hubo un diluvio.

—No, no quiero contarte algo tan general. Más bien quiero hablar de la pasividad. Y del poder. Quizá adviertas que no hay gente en las fotos. Pues esto es lo que ha hecho la gente.

—De igual modo, me parece hermoso. ¿No puedes ver el friso sutil de las ruinas a lo lejos, casi del mismo color que la arena?

—A veces, cuando las cosas son destruidas, parecen hermosas.

—¿Más hermosas?

—A veces.

—¿Y cómo lo sabes?

—Debes aprender a interpretar las señales.

—No, puro graznido.

—Graznido humano, te lo aseguro.

—¿Hay mucha gente que conoce esta historia?

—Sí. Mucha. La cuestión no está en saber sino en preocuparse.

—Pero debes aceptar que preocupaciones sobran. No puedes preocuparte por todo.

—Creo que esto debería preocuparte.

—Pero el mundo es un lugar muy amplio, ¿no es así? Quiero decir, hay mucho espacio. ¿Realmente importa lo que sucede en unos cuantos lugares? ¿Si unos lugares se estropean, arruinan o profanan? Siempre hay espacio para continuar. ¿Si se le prende fuego a unas bibliotecas llenas de libros y manuscritos viejos, si se saquean unos cuantos museos? Al mundo le sobran más cosas viejas, si eso es lo que te gusta ver.

—Debes de ser de Estados Unidos.

—¿Cómo?

—No importa.

—Creo que le contaré esta historia a unas cuantas personas. ¿Les puedo mostrar las fotos?

—¿Por qué no?

—No vueles ahora. Quédate en tu percha. ¡Volveré antes de que me eches de menos!

—¿Me echaste de menos?

—¿Qué dijeron los demás?

—Dijeron que las fotos eran hermosas.

—¿Es todo?

—Dijeron que también estaban inquietos.

—¿Qué más?

—Dijeron que no había nada que hacer.

—¿Eso dijeron? ¿Todos?

—Bueno, no todos…

—Y…

—Dijeron que el mundo allí fuera es cruel.

—Yo diría que el mundo también es cruel aquí dentro. En tú, ¿cómo le has llamado?, arca.

—Nos las arreglamos.

—Ya veo.

—¡De verdad! Solo tenemos que, mira, reducir nuestras expectativas.

—A medida que todo empeora.

—Exacto.

—¿Y ahora quién es el pesimista?

—No es pesimismo. Es realismo.

—Sí, claro.

—Y también me advirtieron de que me tomara con reservas lo que decías. Dijeron que eras un artista.

—Yo ya te dije eso.

—Creí que tu labor era traer noticias.

—Los artistas también hacen eso.

—Sí, malas noticias.

—No siempre, te lo aseguro.

—Dijeron que a los artistas les gusta centrarse en los desastres. Que se deleitan en las malas noticias. Y que son moralistas ingenuos que no comprenden las leyes de hierro de la historia. Y (no te rías) del progreso.

—¿Como cuáles?

—Bien. El porqué tienen que hacer eso. La gente que todo lo domina. Por qué tienen que destruir el desierto. Y, a veces, las ciudades y los pueblos. Lo que me mostraste en las fotos.

—¿Por qué, entonces? Dímelo tú.

—Porque tenemos enemigos. Enemigos malévolos. Hemos de estar preparados. Tenemos que defendernos. Tenemos que ir allá y detenerlos antes de que sean lo bastante fuertes para hacernos algo.

—¡Loro!

—Oye, no todos somos pájaros aquí.

—¿De verdad te crees lo que acabas de decir?

—Mira, estoy pensando en lo que me comentas. Es una pena, en verdad. Las marismas se convirtieron en desierto. El desierto profanado. Y lo que les sucedió a los animales. Y a la gente y a lo demás. Pero hay muchas otras consideraciones, políticas, económicas, científicas, que no comprenderías. Eres un vagabundo. Eres un artista.

—Es cierto. No tengo ataduras. Como un pájaro.

—Digamos.

—Veo que has conocido a muchos artistas.

—Si te he ofendido, lo lamento.

—¡Dios mío, dame fuerzas! ¡Estos ilusos tan…!

—A mí no me graznes. Yo no fui. Yo no devasté el desierto. No maté a los animales. Ni masacré a los conscriptos. No prendí fuego a la biblioteca ni saqueé el museo de antigüedades.

—¿Sabías que durante la primera Guerra del Golfo se mostraban películas pornográficas a los pilotos justo antes de que los enviaran a sus misiones de bombardeo?

—Pilotos de Estados Unidos.

—Así es.

—Oye, esa ha sido una práctica en más guerras coloniales norteamericanas que las que puedo contar. Pero los estadounidenses no inventaron el vínculo entre la

testosterona y el placer de dar muerte, sobre todo de dar muerte desde lo alto de los cielos a gente indefensa en la tierra, del mismo modo que no es el único país que envenena su propio territorio.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos hacen lo mismo en cuanto se les presenta la oportunidad. Así pues, ¿por qué te metes con Estados Unidos?

—Supongo que porque soy un artista estadounidense.

—¿Estás poniéndote sarcástico?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo, el serio y solemne.

—Sí, tú.

—Hasta pronto, yo me largo al desierto de la alegría.

—Sabes, antes de que te marches, debes reconocer que la naturaleza es violencia.

—Y la naturaleza humana.

—Sí. Aunque no todos se comportan tan mal como la gente puede llegar a comportarse.

—Como si fuera perenne. Eso está sucediendo ahora mismo.

—Pues yo no soy una de las perpetradoras. La gente que de hecho hace esto ni siquiera hablaría con una criatura como tú. La gente que hace esto solo alzaría un arma y te borraría de los cielos.

Se oye un aletear de alas.

—¡Eh! ¡No te vayas! ¡No soy una de los dirigentes del planeta! ¡Soy una pobre criatura como tú! No te… vayas.

—Aquí estoy de vuelta.

Silencio.

—¿Hola?

—Creí que no ibas a volver.

—Ay, soy un pájaro persistente.

—¡Sin duda alguna! Pero, en serio, te admiro porque no te has dado por vencido.

—Pensé que si seguía cantando, lo comprenderías finalmente.

—Pues sí, la tenacidad es una de las virtudes. Y las fotos son inolvidables. He de reconocerlo. Tus paisajes de catástrofe.

—Pero te gustaría olvidar lo que te he mostrado, ¿no es así?

—Claro que sí. ¿Quién quiere sentirse más desamparado?

—Pero no lo olvidarás.

—Aunque me quedara ciega no podría olvidar esas fotos.

—Es curioso que menciones la ceguera. Pues ese era el tema de la homilía que tenía intención de pronunciar. ¿Lista para la homilía?

—Dispara.

—Dios mío.

—Vamos, es una broma.

—No hay bromas.

—Tienes que tener sentido del humor. Para sobrevivir.

Silencio.

—Vale, pues.

Silencio.

—En serio, estoy escuchando.

—Mi homilía. Acaso lo sepas o no, pero hay dos clases de ceguera. La retiniana, que causa deterioro ocular, y la cortical, que resulta de una lesión en el cerebro y deja los ojos intactos.

—Qué interesante.

—El punto es que la gente con ceguera cortical ve, en algún sentido, es decir, recibe impresiones visuales en la conciencia. Pero se considera ciega porque esas impresiones no pasan a la plaza más pequeña de la conciencia. Esto ha sido demostrado en un experimento reciente.

—Me gustan los experimentos.

—Sí, ya lo sé. Bien, en todo caso, imagina una persona con ceguera cortical en un lado, por ejemplo, digamos, el derecho. La sientas a la mesa. Giras su cabeza a la izquierda. Colocas unos objetos, digamos, una taza de café y un candelabro, en la mesa, a la derecha. Si preguntas «¿Qué ves en el lado derecho de la mesa?». La respuesta es «Nada. Ya sabes que estoy ciego de ese lado.» Pero si replicas: «Sí, es cierto, no puedes ver de ese lado, estás ciego. Pero supongamos que *pudieras* ver, imagina que puedes ver, ¿dónde crees que están los objetos en la mesa?». Y entonces, oh milagro, apenas dudándolo, la persona ciega extiende el brazo, abre la mano un poco en busca del candelabro, y la abre más para la taza.

—¡Vaya! ¿De verdad?

—Sí. Pero esta es una historia. Me pediste un cuento. Esta es una parábola.

—¿Cuyo sentido es…?

—Que lo mismo sucede con nuestras acciones. De igual modo que sabemos mucho más de lo que nos damos cuenta, podemos hacer mucho más de lo que nos creemos capaces. Formula la pregunta directamente: ¿Qué podemos hacer para evitar la destrucción del planeta y la creciente ola de violencia humana? La respuesta tiene que ser: Nada. ¿Los seres humanos contra los animales, los hombres contra las mujeres, la historia contra la naturaleza? Nada. Pero qué sucede si decimos: De acuerdo, no puede

evitarse. Sin embargo, si imaginamos, solo como hipótesis, aunque desde luego es imposible…

—Ya veo —dijo la descendiente de Noé.

—Sí —respondió el pájaro—. Otro marco para la voluntad. Porque está tan claro como el día y la noche: los bosques están siendo arrasados; las aguas, envenenadas; el aire se está oscureciendo y volviendo tóxico. Y los gobiernos presuntuosos continúan proyectando su poder con éxito: para conmocionar y asombrar, masacrar, explotar y despojar. Es cierto, no se puede salvar al mundo. Pero ¿y si actuamos de todos modos como si pudiera salvarse? Pues entonces…

—Ya veo —repitió la descendiente de Noé.

—Sí —dijo el pájaro agorero, algo más animado—. Casi es posible que se pueda salvar el mundo.

La colección de relatos de ficción de una de las intelectuales y escritoras más importantes del siglo XX

Susan Sontag suele ser recordada ante todo por sus brillantes ensayos, escritos inquisitivos, analíticos y valientes, adelantados siempre a su tiempo. Pero aunque su producción ensayística fue más extensa y frecuente, y solo de forma intermitente se asomó al territorio de la ficción, es precisamente en los cuentos donde la escritora mostró su lado más íntimo: «la sala de estar está bien para los ensayos, pero los relatos hay que escribirlos en el dormitorio», solía decir.

Declaración reúne la totalidad de la obra cuentística de Susan Sontag. Escrita a lo largo de casi tres décadas, la diversidad de estilos constituye uno de sus mayores atractivos: la alegoría, la parábola, el diario, el cuento autobiográfico, el documental o la escena teatral son algunas de las formas de las que la escritora se sirve para atrapar fragmentos de vida y dar respuesta a sus propios miedos y aflicciones, algo que no podía hacer en el ensayo.

Al volumen de relatos *Yo, etcétera*, publicado originalmente en 1978, se añaden hoy piezas posteriores, entre las que se cuentan joyas como «Peregrinación», en la que una Sontag adolescente conoce a Thomas Mann en su casa de Los Ángeles, o el soberbio «Así vivimos ahora», relato en el que da cuenta de la devastadora crisis que trajo consigo la irrupción del sida en determinados círculos sociales. Estos y otros extraordinarios relatos pasan, pues, a formar parte del imprescindible legado de una de las escritoras e intelectuales más importantes del siglo XX.

Susan Sontag (1933-2004) inició su carrera literaria en 1963 con la publicación de la novela *El benefactor*, pero fue a partir del reconocimiento internacional de sus ensayos reunidos en *Contra la interpretación* cuando se consolidó como una de las principales figuras de los movimientos intelectuales de los años sesenta. Desde entonces su prestigio no ha hecho más que aumentar, tanto por sus obras como por su implicación en la denuncia de los grandes problemas sociales y políticos contemporáneos. En 2000, su novela *En América* fue galardonada con el National Book Award. En 2001 recibió el Premio Jerusalén por el conjunto de su obra, y en 2003 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio de la Paz, concedido por los libreros alemanes. A principios de 2007 se publicó en esta misma colección su obra póstuma: *Al mismo tiempo* (2007, una colección de ensayos sobre cuestiones políticas, literarias, intelectuales y morales), *Renacida. Diarios tempranos 1947-1964* (2011) y *La conciencia uncida a la carne. Diarios de madurez 1964-1980* (2014). Susan Sontag falleció en Nueva York en 2004.